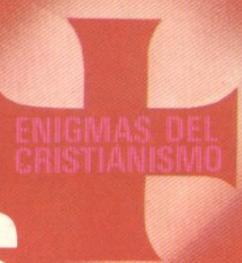


Robert Ambelain



Los secretos del Gólgota

**La historia no manipulada
de Jesús y el Cristianismo**

Por el autor de «Jesús o el secreto
mortal de los Templarios»



INDICE

Introducción

PRIMERA PARTE : LOS ZELOTES

Los zelotes. Origen del movimiento. Las sucesivas insurrecciones. El testimonio de los manuscritos del mar Muerto.

Los hijos de Aarón. El doble poder entre los zelotes. La verdad sobre Zacarías.

Los hijos de David. Los hermanos y lugartenientes de Jesús. Los que continuaron la lucha contra Roma, y los que desertaron.

Ezequías-har-Gamala. El antepasado de Jesús. Sus operaciones contra Siria. Es capturado y mandado crucificar por Herodes el Grande.

Juda-har-Gamala. Hijo de Ezequías, padre de Jesús. Lo que se sabe de él. Su muerte en el curso de la Revolución del Censo, en el año 6.

Los hermanos Santiago. Sobre la incertidumbre reinante en lo que concierne a su puesto dentro de la familia davídica. Su muerte en Palestina y en Jerusalén. La mistificación de Santiago de Compostela.

Andrés, alias Eleazar, alias Lázaro. Hermano de Simón-Pedro y, por lo tanto, de Jesús. Relacionado con un "tema de resurrección".

La resurrección de Lázaro. Sobre lo dudoso de tal milagro, ignorado por Mateo, Marcos, Lucas y Pablo. Posible explicación.

Judas-bar-Judas, el hermano gemelo de Jesús, alias Tomás, alias Lebeo, alias Tadeo. El procurador Cuspio Fado lo manda decapitar.

Felipe. Es de los que abandonaron el movimiento después de la muerte de Jesús. Lo que la historia ignora de él.

Mateo. Es de los que desertan del movimiento. Probablemente tío de Jesús, quizá padre de Juan de Gischala, otro jefe zelote que destacará durante el asedio de Jerusalén.

Bartolomé, alias Bar-Thalmai. Ejecutado por orden del procurador Cuspio Fado, después de su captura en Idumea.

Iochanan o Juan el Evangelista. También hermano de Jesús. No estuvo jamás en Roma, pero fue el jefe religioso de los zelotes. Murió en Jerusalén a la vez que Santiago el Menor.

Las "lenguas de fuego" de Pentecostés. Lo que fue en realidad el "don de lenguas". Significado psiquiátrico de la "glosolalia". Qué era el ritual del Tikun Chabouth.

Menahem, el "consolador" anunciado por Jesús. Nieto de Judas de Gamala, toma Massada, luego Jerusalén, se hace proclamar rey, cae en una tiranía sangrienta y por último es ejecutado por los israelitas.

Simeón-bar-Cleofás. Descendiente de David también, y crucificado en Jerusalén después de un nuevo levantamiento.

Simeón-bar-Kokheba. Llamado el "hijo de la estrella", apoyado por Rabbi Skiba, desencadena la gran revolución del año 135. Al principio obtiene la victoria, pero luego es aplastado por las legiones romanas, y será el responsable del fin de Jerusalén como nación.

María, madre de Jesús. Su genealogía. Sus dudas en lo referente a la divinidad de su hijo suscitaron la creación del personaje imaginario de María de Magdala. Murió también en Jerusalén.

Las grandes familias: asmonea, davídica, herodiana, se disputan el trono de Israel. La hermanastra de María madre de Jesús no es otra que Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén, novena esposa de Herodes el Grande. Sus complotos y su final.

El verdadero Herodes Filipo II: Lysanias, hermanastro de Salomé II y su esposo real. El por qué del embrollo creado por los monjes copistas.

SEGUNDA PARTE : LOS SECRETOS DEL GÓLGOTA

Jesús-bar-Juda. Cómo se censuró a Tácito, Suetonio y Flavio Josefo, para mejor sustentar la leyenda de un dios encarnado.

Jesús-Barrabás. Imposibilidad de una sustitución penal en Jerusalén en aquella época. Por qué se creó ese personaje imaginario, destinado a enmascarar la actividad zelote de Jesús.

El crimen del Templo. El camino de Jericó a Jerusalén. El ataque de los mercaderes y de los peregrinos. El maquillaje de las palabras en los relatos iniciales.

La verdad sobre la Pasión. Imposibilidad de la farsa de la irrisión, contraria a las leyes romanas, y su explicación; los hechos reales sobre los cuales se bordó ulteriormente.

El secreto de Simón de Cirene. Una controversia discreta entre los exégetas de los primeros siglos. Lo que enmascaraba esa discusión.

La evasión de Jesús. Capturado seis semanas antes de Pascual, evadido con el acuerdo tácito de Pilato, subleva la Samaria. Es capturado de nuevo en Lydda y devuelto a Jerusalén, donde es crucificado.

Dos caídas en desgracia harto misteriosas. Pilato es denunciado por los saduceos por haber permitido la evasión de Jesús y, por consiguiente, la revolución de los samaritanos. Es exiliado a Vienne, donde muere. A su vez, Herodes Antipas es también exiliado a Vienne. Motivos reales.

¿Cuándo murió Jesús? Por qué son erróneos los datos avanzados por los exégetas oficiales. Cómo calcular exactamente el día y el año de la muerte de Jesús.

El misterio de la tumba. ¿Tuvo Jesús el privilegio de contar con una tumba ritual, o fue lanzado a la *fossa infamia*, como todos los condenados a muerte?

Sobre la incineración del cadáver de Jesús en Makron, Samaria, el 1 de agosto de 362, por orden del emperador Juliano. Imposibilidad de que se tratara del de Juan el Bautista.

Los resucitados del viernes santo. Imposibilidad de admitir dicho cuento. Se trataba de combatientes zelotes ocultos en el cementerio ritual del Monte de los Olivos.

La sombra de Tiberio. Por qué el emperador pensaba hacer de Jesús un tetrarca, o incluso un rey de Israel. Jesús era un peón en su estrategia contra los partos.

A los muertos de Massada

Se me reprocha que, de vez en cuando, me Entretenga con Tasso, Dante y Ariosto. Pero ¿es que no saben que su lectura es el delicioso brebaje que me ayuda a digerir la grosera sustancia de los estúpidos Doctores de la Iglesia? ¿Es que no saben que esos poetas me proporcionan brillantes colores, con ayuda de los cuales soporto los absurdos de la religión? ...

BENEDICTO XIV, papa
Respuesta al R.P. Montfaucon¹

¹ Prosper Lambertini, arzobispo de Bolonia, luego cardenal en el cónclave de 1740, a la muerte de Clemente XII, y luego también papa, de 1740 a 1758, fue el discreto protector de Voltaire. Como ese cónclave se eternizaba, y él no era candidato, declaró bromeando: "¿Quieren un santo? ¡Pues tomen a Gotti! ¿Un político? ¡Tomen a Aldobrandi! ¿Un tonto simpático? ¡Pues tómenme a mí ..." Tras algunas vacilaciones, el Espíritu Santo se decidió e hizo elegir a Prosper Lambertini por sus pares, bajo el nombre de Benedicto XIV. Y fue un excelente papa, hombre de estudios y además escritor, como León X, aquel que consideraba al cristianismo como una fábula (cf. *El hombre que creó a Jesucristo*). Este arranque de Benedicto XIV lo hemos extraído de la *Histoire des Papes*, de Pierre de Luz, París, 1960, Albin Michel édit., *imprimatur* París, 1960.

Introducción

Un iniciado puede ser el instrumento de una fatalidad asesina, cuyo fin escapa a nuestra comprensión ...

MAURICE MAGRE, *Priscilla d'Alexandrie*

En el recinto del Templo reservado a los hombres, los judíos piadosos se habían reunido ya, vueltos hacia el este, con la cabeza cubierta por el *taleth*, con los *tephilim* en mano, a punto de salmodiar la oración ritual apenas despuntara el sol: "Alabado sea, oh Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, Tú que creaste la luz y conservaste las tinieblas ... Alabado seas, oh Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, que diste al gallo la inteligencia para distinguir el día de la oscuridad ..."

En la noche oscura del último día de Nisán, el oscuro terciopelo azul del cielo estaba salpicado aún por mil diamantes. En el poniente, más oscuro, declinaban las estrellas de *Al Khus*, el *Arquero*, mientras que en el levante, más claro ya, se veían ascender poco a poco las de *Ab Menkhir*, la *Ballena*. Fue entonces cuando el gran gallo solitario del Templo, el único tolerado en la Ciudad Santa, y al que alimentaban con trigo las manos frágiles de las hijas de los *cohanim*, aquel al que llamaban el Avisador, aquel gallo cantó, advirtiendo de este modo a los levitas de guardia de la salida del sol.

Entonces, de toda la ciudadela *Antonia* se elevó un clamor ritmado. La cohorte de la Legión I, formada en cuadrados tras su águila y sus pendones, y según era costumbre en Siria, saludaba la aparición del sol, y los veteranos, con el brazo derecho levantado, de cara al astro rey, repetían el triple saludo al "sol invictus". ¿No era acaso él, bajo el nombre de Mitra, quien marchaba invisiblemente en cabeza de ellos, asegurando así la gloria de Roma en todos los combates?²

Con tonalidades azafranadas, amarantáceas y anaranjadas la creciente luz inundaba el horizonte en amplios mantos paralelos y ascendentes, y Jerusalén, como respondiendo a la llamada del profeta: "recuperaba su luz ..."³ Pronto llegaría el alba; el frescor nocturno se iba desvaneciendo progresivamente, y mil olores diversos se entremezclaban al antojo de la brisa y de sus cambios de humor, jugando como un gatito joven por callejas y encrucijadas. Al aroma de los *metzo*, del *ferik*, de *rechta* o de la *difna*, que cocían lentamente desde la víspera en el horno de las familias pudientes (pues Judea sufría el azote del hambre), se añadía el olor, algo ácido, de la intimidad de las mansiones que al fin habían vuelto a abrirse al exterior, y también el perfume de hierbas aromáticas procedente de los cercanos bosques. En los cobertizos de las viejas dependencias del exterior de la ciudad, sacudiéndose de su pelaje polvoriento el frescor de la noche pasada, los pequeños asnos grises resoplaban bajo los primeros rayos del sol, liberando el acre vapor de sus camas de paja. Y aquí, dominándolo todo, flotaba ese poderoso olor, formado por el sudor, el cuero y las armas engrasadas, que acompaña por doquier a los soldados.

Los jinetes de la *I Augusta* estaban, efectivamente, allí, pie a tierra, al completo, silenciosos, en cabeza de sus monturas alineadas a lo largo de los fosos de defensa. Detrás de ellos, en la sombra rosa y ocre de las almenadas murallas, estaba abierta de par en par la puerta de Damasco, que ellos jamás habían franqueado montados en sus cabalgaduras, dado que la entrada a la Ciudad Santa

² Tácito, *Historias*, III, 24.

³ Isaías, 60, 1.

estaba vedada a los caballos, tanto por respeto a las costumbres religiosas judaicas, como por su inutilidad en una ciudad tan accidentada como Jerusalén. Y el *ala* legionaria, acampada muy cerca de la ciudad, había acudido simplemente al encuentro del tribuno de caballería, su jefe, que se había alojado en el palacio del procurador, en una operación preliminar a un cambio de guarnición.

Los hombres y sus jefes iban equipados exactamente igual que sus compañeros de a pie. Un gran escudo oblongo cubría el flanco izquierdo del caballo, la larga espada reglamentaria pendía de la silla al mismo lado. A su derecha el legionario conservaba la daga corta y ancha. Pero además de la lanza de los legionarios de a pie, éste llevaba en bandolera un carcaj de cuero con tres venablos de hierro cortante como una navaja de afeitar.

Separado de ellos, cerca de un grupo de oficiales silenciosos, el Tribuno de Caballería iba y venía lentamente: parecía estar esperando algo. De pronto se dejaron oír los pasos de una pequeña tropa armada, chocando contra las piedras del camino, y poco después aparecieron, a la luz del amanecer, una treintena de hombres. Era el destacamento explorador que el Tribuno había enviado en vanguardia.

La caballería de la *I Augusta* debía abandonar su acantonamiento próximo a Jerusalén, donde era de poca utilidad en caso de disturbios urbanos, para ir a instalarse en la Cesarea Marítima, en los límites de la llanura de Saron, frente al mar. Y el Tribuno se había alegrado de abandonar Jerusalén, esa ciudad de fanáticos, para encontrarse de nuevo con la apacibilidad de las guarniciones romanas y también con los cuerpos cálidos y mórbidos de las cortesanas idumeas. Porque los cuadros superiores de Roma no tenía derecho a llevar consigo a sus esposas a los territorios de ultramar; el imperio temía, y con razón, que el clima, al que las sensuales romanas resistían bien poco, y las influencias sobre el carácter, ablandaran a las guarniciones legionarias.

No obstante, antes de emprender la marcha, al alba, por el camino sinuoso que descendía a través del valle del Terebinto, todavía medio oscuro, y en el que tanto jinetes como caballos constituyan unas dianas ideales para los arqueros de la disidencia judía, el tribuno de caballería había mandado un destacamento a efectuar un reconocimiento hasta una cierta distancia. Después, una vez el sol estuviera en lo alto, el *ala* legionaria cabalgaría por un terreno descubierto, donde estaría en condiciones de responder a cualquier emboscada, y de castigar severamente a sus eventuales agresores.

El centurión que estaba al mando de las tres decurias de exploradores, reordenó las filas, ordenó el alto, y luego, rígido bajo su capa escarlata, con el brazo derecho levantado, saludó al magistrado militar:

- Centurión, ¿cómo está el camino?
- Tranquilo y seco, tribuno ...

En esas regiones mediterráneas, bastante bajas de latitud, las auroras y los crepúsculos son muy cortos. Y el sol naciente ya empezaba a lanzar sus destellos por el horizonte, irradiando una nueva luz que abrazaba con sus rayos las rojizas murallas de la antigua ciudad de Adoni Tsedek.

En lo alto, dominando la Ciudad Santa, el oro y el cobre rojo del techo y de las gigantescas puertas del nuevo Templo lanzaban un insoportable y deslumbrante fulgor. Y bajo el ligero calor que insidiosamente se dejaba sentir, la brisa de pronto llevó un olor a la vez dulzón y nauseabundo.

Olfateando ese ligero viento con un rictus de asco, el tribuno se dirigió lentamente hacia el ángulo del recinto nuevo, desde donde podían distinguirse, a lo lejos, las masas de la torre Psephinos. Entre ésta y la puerta de Damasco se elevaba un montículo que los judíos llamaban *Gólgota*, una palabra hebrea que significa *cráneo*. Según una de sus inverosímiles leyendas, era allí donde reposaba el

cuerpo incorruptible de Adán, y era precisamente el cráneo de éste el que estaba revestido por la tierra de aquella colina estéril. Calva como un lugar maldito por el cielo y por los hombres, la colina tenía, tanto de día como de noche, un aspecto siniestro. Allí era donde, de día, se precipitaban en busca de pasto los cuervos y buitres. Allí era donde, de noche, merodeaban con el mismo fin el chacal y la hiena. Pues así es el destino de los lugares de ejecución, que hace que la muerte alimente a la vida.

En la cima del monte calvo se erguían algunos postes patibulares, que parecían esperar su siniestro travesaño, y también dos cruces completas, recortándose sobre el cielo claro de Judea. El tribuno de caballería, seguido por algunos oficiales, se acercó lentamente, y, al llegar a corta distancia, se detuvo y miró.

En las cruces había dos crucificados. Estaban muertos. Y quizás ya desde la antevíspera. Pero lejos estaban ya los tiempos en que Roma, en su tolerancia religiosa, permitía a las familias de los condenados a muerte no esclavos que descendieran del ignominioso patíbulo el cadáver del ser querido antes de la puesta del sol, para, según la ley judía, "no mancillar la tierra santa de Israel".⁴

Por eso era por lo que, apoyados sobre su lanza, con la nariz tapada por su capa de estameña marrón, algunos soldados de la *III Cyrenaica*, aunque se les revolviera el estómago, montaban una guardia, a pesar de todo vigilante, frente al *Gólgota*. Y es que, por orden de Tiberio Alejandro, los cuerpos tenían que permanecer en las cruces patibulares hasta que la putrefacción y las rapaces hubieran llevado a término su acción natural. Así, según había declarado el procurador, ya no se vería renacer jamás aquella absurda leyenda que había seguido a la ejecución de Jesús, el "rey de los judíos", hijo primogénito de Judas el Galileo, y crucificado catorce años antes, en tiempos del procurador de Poncio Pilato. Porque sus faccionarios, los zelotes, bien corrompiendo o bien emborrachando a la milicia del Templo encargada de la vigilancia de la tumba, habían conseguido apartar la losa sepulcral, habían recuperado el cadáver, previamente embalsamado con mirra y áloes para este fin, y se lo habían llevado en secreto a Samaria, donde los judíos no podían penetrar ni efectuar pesquisa alguna. Allí lo habían inhumado secretamente en una tumba en apariencia ocupada ya por un tal Ioannes, al que los judíos llamaban el Bautista. Y luego sus seguidores afirmaron que había resucitado.

Esta vez los creadores de leyendas lo tendrían francamente difícil, ya que no había muchas posibilidades de que, ante los inmundos despojos que quedaran fijados a cada uno de los patíbulos, pudieran montar semejantes fantasías.

Cada una de las cruces llevaba, detrás de la cabeza del crucificado, una placa en la que se había grabado a fuego una inscripción trilingüe. En la de la izquierda podía leerse: "*Simón-bar-Judá, crímenes y bandolerismo*". En la de la derecha se había inscrito: "*Jacob-bar-Juda, jefe zelote, ídem*".

Complaciente, el tribuno comentó para aquellos de los centuriones que no sabían leer:

- El de la izquierda es el famoso Simón, llamado también "la piedra"; era el hermano de Jesús, el rey de los judíos, y le sucedió como rival de Herodes Agripa, como pretendiente al trono de Israel. El de la derecha es Jacobo, su otro hermano, que al final fue el preferido de sus bandas, pero su muerte tampoco resuelve nada, porque deja un nieto, Menahem ... Mientras Roma no haya aniquilado a esta familia, no tendremos paz en estas regiones.

Silenciosos, envueltos en sus capas rojas, los centuriones contemplaban los cuerpos de los ajusticiados, pues el *ala* legionaria acuartelada en Betania no había ni asistido ni participado en la ejecución, ya que se le había mantenido en reserva para el caso de que se produjeran posibles

⁴ Deuteronomio, 21, 23.

disturbios. Alrededor de las dos cruces, manchadas por la orina y los excrementos de los condenados, se arremolinaban enjambres de moscas zumbantes. Y el tribuno de caballería, por su parte, revivía la espantosa escena de esa doble crucifixión.

Aquella mañana, muy temprano, la *tuba* de guardia en la ciudadela *Antonia* había lanzado las notas de congregación general, notas repetidas por los otros diversos acuartelamientos. Poco después, las rejas de la *Antonia* se habían abierto a lo alto de la doble escalera de piedra, y habían aparecido, en filas apretadas, los manípulos. Los hombres iban con equipo de asalto, llevando únicamente la espada corta y el *pilum* o lanza, y el escudo al brazo izquierdo. Habían tomado la dirección del *Gólgota*, lugar habitual de las ejecuciones, hacia el que convergían asimismo todos los otros destacamentos. Centuria tras centuria, el sonido rítmico de sus pasos sobre el pavimento había congregado por las callejuelas y detrás de las ventanas a las multitudes judías de todos los barrios próximos, silenciosas y graves.

Formados en cuadrado, los dos tercios de la cohorte de los veteranos se habían colocado alrededor de la fúnebre colina, dándole la espalda y haciendo frente a la multitud, mantenida a respetuosa distancia. De la *Antonia* al *Gólgota* las tropas ordinarias estaban codo a codo, apretando a los curiosos contra las murallas, y bloqueando en triple fila a aquellos que, en cantidades innumerables, venían a amontonarse por las callejas transversales. Habían esperado largo rato. En el intervalo, de la ciudadela había salido una carreta tirada por un esclavo, escoltada por algunos legionarios ligeramente armados. En la carreta había dos braseros, sacos de carbón de leña, fuelles, y media docena de *flagra*, especie de grandes mazos, cuyo mango de madera se convertía en hierro en el extremo superior y llevaba cuatro cadenitas con bolas de bronce y cuyos anillos eran planos y oblongos. Y un largo murmullo temeroso había corrido entonces entre la muchedumbre: "Los látigos de fuego ... los látigos de fuego ...".

Una vez llegados al *Gólgota*, los soldados que, según la costumbre romana, debían ejercer el oficio de verdugos, dispusieron los braseros, colocaron carbón, los encendieron y atizaron el fuego con ayuda de los fuelles de cuero. Cuando el carbón no fue ya más que brasas ardientes sumergieron en él las cadenitas de los *flagra*, cuidando que los mangos de madera no estuvieran al alcance de las pavesas encendidas.

Bruscamente la muchedumbre se agitó, y, volviéndose, los legionarios la retuvieron y la hicieron retroceder a golpes de escudo o de mangos de *pilum*. Acababa de salir de la *Antonia* un nuevo cortejo.

Precedidos y enmarcados por los hombres de un manípulo completo, dos hombres de edad avanzada caminaban lentamente, con el torso desnudo. Les habían bajado las vestiduras hasta los riñones, y avanzaban con los brazos en cruz, atados a un madero que, a la manera de yugo, reposaba sobre sus hombros y su nuca. Del cuello de cada uno de ellos colgaba una plancha que llevaba una inscripción en latín, griego y hebreo: la que debía figurar tras sus cruces. Sus rostros estaban pálidos y demacrados, envueltos por una cabellera y una barba hirsuta, sus ojos ardían de fiebre, y de sus flancos palpitantes sobresalían las costillas.

El corto trayecto de la *Antonia* al *Gólgota* se realizó, en un silencio de muerte, al paso lento de los condenados. Para dar mayor solemnidad a la doble ejecución, Tiberio Alejandro había prohibido el habitual acompañamiento de las plañideras. Al pie de la colina, el manípulo se detuvo bajo una orden breve, y sólo unos pocos soldados empujaron con sus picas a los dos hombres hacia la cima, al encuentro con sus verdugos.

Primero desnudaron completamente a los condenados, luego les condujeron hacia el poste vertical de su futura cruz. Allí, de una zancadilla, les hicieron caer de bruces, la cara contra el madero.

Les sujetaron fuertemente la cintura con una cadena, y el cuello con otra, los brazos seguían atados al travesaño que llevaban encima. Dos parejas de verdugos sacaron, cada uno, un *flagrum* del fuego del brasero y se colocaron a ambos lados de cada condenado. El situado a la izquierda debía golpear en primer lugar, y el otro debía seguir. Volvieron la cabeza y esperaron; el centurión *exactor mortis* levantó la mano, y la bajó. Los verdugos situados a la izquierda balancearon sus cadenas, al rojo blanco, y, con toda su fuerza, golpearon los costados de los dos condenados. Un horrible alarido brotó del pecho de los condenados, pero los verdugos, tras un breve lapso de tiempo, arrancaron la carne viva de los *flagra*, y ya los de los segundos ejecutantes se abatían desde el otro lado, con el mismo breve lapso de espera y el mismo golpe para su extracción de la carne. Y las elásticas y pesadas descargas de hierro al rojo vivo continuarían abatiéndose con cadencia, en medio de los gritos de sufrimiento y de un olor a carne chamuscada, abriendo en los costados y riñones de los condenados largos surcos negruzcos, donde, como delgadas lágrimas, destilaban el suero y la sangre. A intervalos regulares volvían a introducir sus *flagra* en el fuego de los braseros, y los recuperaban de nuevo cuando estaban bien rojos.

La ley judía (que en materia de castigo no utilizaba más que el látigo de cuero) limitaba a treinta y nueve el número de latigazos que un condenado podía recibir. Pero la ley romana no fijaba ningún límite en el caso de una condena a muerte. De todos modos, y a fin de que los condenados no murieran bajo los espantosos sufrimientos del *flagra* y padecieran íntegramente la crucifixión que debía seguir, el *exactor mortis* responsable de la ejecución, al ver que uno de los dos hombres se había desvanecido, ordenó al fin: "Satis ..."⁵. Los verdugos se detuvieron, pero no obstante uno de ellos cruzó una última vez la espalda de su víctima. El látigo de vid del centurión silbó y le golpeó en pleno rostro. "He dicho bastante ...", exclamó airado. El hombre se llevó la mano a su cara tumefacta, y no pronunció palabra.

Desataron a los condenados y los separaron de los postes.

La continuación se desarrolló como todas las crucifixiones. Se hizo beber a los dos hombres la bebida calmante ofrecida por las mujeres de una cofradía judía que asistía a los condenados a muerte. A continuación, sin miramientos, los pusieron espalda contra el suelo, y la arena y la grava sucia penetraron en las heridas supurantes, por el propio peso del cuerpo, haciendo estallar las ampollas y arrancando largos gemidos a los dos infortunados.

Simultáneamente clavaron los verdugos un grueso clavo en las palmas de sus manos, y los doblaron a golpes de martillo, haciendo penetrar la cabeza de los clavos en la carne de los dedos. Acto seguido levantaron a cada hombre, de manera que el madero al que así estaba clavado se introdujera en el hueco dispuesto para tal fin en el poste patibulario. Lo ataron todo en diagonal, y, para que el peso del cuerpo no desgarrara la palma de la mano, clavaron, siempre a martillazo limpio, una enorme espiga bajo las partes sexuales de cada hombre, a fin de que soportara la carga. Y el filo del ángulo de semejante soporte, al herir el perineo, añadía todavía más dolor al suplicio del condenado. Por último, y con ayuda de un nuevo clavo para cada uno, fijaron ambos pies, haciendo crujir los huesos, y luego desataron los antebrazos de las ligaduras anteriores. A fin de que los futuros cadáveres pudieran ser atacados cómodamente por los animales carroñeros, sus pies estaban a menos de dos palmos del suelo.

A todo eso había que añadir que los miembros inferiores y superiores de los dos rebeldes no habían sido previamente quebrados, sin duda para que los condenados permanecieran más tiempo con vida. La sed, el calor, las moscas vinieron a aumentar los dolores físicos, ya terroríficos por sí mismos, pues la sangre y el suero que destilaba la espalda hacían que se adhirieran al rugoso madero las heridas en carne viva. Continuaba la fiebre.

⁵ En latín: *bastante*.

Hacia el atardecer encendieron delante de ellos un abundante fuego de leña, tanto para alumbrar el *Gólgota* como para permitir a los legionarios de la legión siria⁶ que se calentaran en el frío de las noches de Nisán. Además, y por prudencia, otras dos antorchas ardían permanentemente detrás de las cruces, en lo alto de unas pértigas plantadas en el suelo. Y poco a poco, con la noche, las manos de los crucificados se crisparon alrededor de las enormes puntas de los calvos, y los dedos, ya muertos, producían el efecto de una araña encogida sobre sí misma. Las cabezas pendían sobre el pecho, y los cuerpos desplomados, en zigzag, causaban la impresión de una suprema renuncia a la vida. Para los dos moribundos, que temblaban de fiebre y a los que la asfixia iba ganando poco a poco, cada hora había equivalido a un día, y cada día a una semana.

A pesar de eso, por segunda vez se les negó una muerte piadosa y dulce. Hacia el mediodía siguiente, obedeciendo a las consignas recibidas, el jefe de la patrulla de control dio una orden, y un legionario de rostro curtido por la edad y las campañas se acercó a los inmóviles crucificados. Hizo deslizarse y descender la punta de su *pilum* bajo la axila derecha y, apoyándola, el soldado fue encontrando el relieve de las costillas. A la altura de una de ellas se detuvo y, lentamente, introdujo su lanza: de la herida fluyó un poco de sangre. El agonizante se estremeció ligeramente y volvió a respirar. A continuación el legionario se dirigió a la segunda cruz, y repitió el proceso.

Y así el suplicio duró más.

Tímidamente, un centurión preguntó: "Tribuno, ¿no fue a consecuencia del nacimiento de esa superstición judía sobre la pseudorresurrección de aquel Jesús, por lo que Tiberio César promulgó el edicto que castigaba a la pena capital a los que desplacen la losa de las tumbas para sacar los cadáveres de ellas ...?".

El tribuno reflexionó un instante: "Sin duda, probablemente fue eso. Pero también para evitar que los de la secta de Hécate se apoderen de los despojos fúnebres que necesitan para sus invocaciones maléficas ...".

Siguió un silencio. Luego, acompañado por sus oficiales, el tribuno de caballería regresó apaciblemente a la Puerta de Damasco, donde habían ido a esperarle jinetes y caballos, procedentes de sus acuartelamientos de Betfage y Betania. Hizo una señal a un centurión, se oyó una breve orden, y todos montaron en sus cabalgaduras. Hubo una segunda orden y, en silencio, el *ala* legionaria se puso en movimiento, al paso, en la claridad de la mañana, con el único ruido de los cascos de sus monturas o el tintineo de sus armas.

El fuego de la noche acababa de morir en sus brasas todavía rojizas, y de las últimas ramitas con que lo habían alimentado se elevaba todavía, a veces, un delgado hilillo de humo oloroso y azul, símbolo de una dulzura extraña a esos lugares, y que no llegaba a cubrir el nauseabundo olor que llegaba de las cruces patibularias.

A cierta distancia, posados en los postes que aún estaban libres, graznaron una pareja de cuervos, y luego alisaron sus plumas. Invisible, pero alegre, un grillo lanzó desde su minúscula madriguera su canto hacia el sol.

Entonces una sombra vaga pareció descender ante la luz. En un vuelo silencioso y elástico, levantando con sus aleteos el polvo amarillo del *Gólgota*, varios *oricous* se abatían pesadamente

⁶ La *I Augusta* era de reclutamiento sirio, la *III Cirenaica* de reclutamiento argelino y tunecino, la *III Augusta* de reclutamiento íbero. Sólo la *Cohors II Italica Civium Romanorum*, a la que habría pertenecido el centurión Cornelio (Hebreos, 10, 1) era de reclutamiento italiano. Pero los altos mandos, suficientemente políglotas, cambiaban bastante fácilmente de unidad.

sobre los crucificados. Los primeros en llegar lanzaban ya hacia el abdomen, a la manera de su látigo, sus cuellos largos y pelados terminados en un cuello ganchudo y cortante. Y con rabiosos gruñidos los buitres hurgaban en los cadáveres, hundiendo su cabeza hasta el corazón mismo de las entrañas, salpicándose mutuamente con las saines viscerales, y con su plumaje ya manchado.

Los legionarios sirios contemplaban tranquilamente este terrible espectáculo, apoyados negligentemente en su *pilum*. Y uno de ellos, después de haber bostezado de aburrimiento y de sueño, pronunció el viejo proverbio arameo: "Esté donde esté la carroña, los buitres se reunirán en torno de ella ...".

Un poco apartado, el decurión que estaba al mando del pequeño grupo de guardia se volvió, con desprecio, y colocando su mano por encima de la visera de su casco, contempló el cielo.

Muy alto, sobre las nubes, acababa de aparecer un vuelo de cigüeñas. Estas aves blancas, en formación, batían sus alas negras a un ritmo majestuoso y regular, y se dirigían hacia el mar. Venían de muy lejos, de más allá de las ruinas de Babilonia y de Persépolis, y apenas comenzaron los días de bonanza, cuando el clima era aún templado, emprendieron la huida para evitar el tórrido verano de esas regiones.

El decurión las seguía con la mirada, silencioso y grave. Era un griego, uno de los últimos descendientes de los bactriadas, destronados y dispersados antaño por la invasión de los Saka, que habían bajado de una parte lejana de Asia, y nunca había pisado el suelo de Grecia. Se le oprimió el corazón, a pesar suyo. Las cigüeñas iban a sobrevolar su verdadera patria; ellas atravesarían quizás el cielo de la Hélade por encima de Corinto, o, rozando la armonía dórica del Partenón, irían a anidar en el corazón de la Acrópolis por el *Pelargikon* de las nueve puertas que, como supremo honor, los atenienses habían bautizado como la "Muralla de las Cigüeñas". Y a la mañana siguiente, cuando remontaran el vuelo, irían a beber, sedientas, a las aguas proféticas del valle de Delfos.

Eran los símbolos vivientes de la *Piedad* y de la *Bondad* en el mundo antiguo, y conocerían, sin comprenderla y sin apreciarla, una paz que el decurión aún no había conocido jamás, en una patria todavía no mancillada por dogmatismos limitados ni por fanatismos sanguinarios, y donde el pensamiento del sabio permanecía libre e inmortal.

Por orgullo ante sus hombres, el bactriada se tragó las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos, y, a pesar suyo, sus labios murmuraron, pensando en los hermosos pájaros que se perdían en el espacio, el saludo y el deseo de la antigua Acaya: "*Sed felices ...*".

Pero, debido a la emoción de aquel instante, no advirtió el fúnebre presagio. En efecto, las cigüeñas volaban de la diestra a la siniestra, y eso era el anuncio de desgracia para la tierra que acababan de sobrevolar.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

A decir verdad, los caballos no estaban absolutamente prohibidos en la Ciudad santa, aunque el Deuteronomio (17, 16) precisa: "El rey no deberá multiplicar sus caballos". Sin embargo, parece que su circulación fue reglamentada y, sobre todo, prohibida en los barrios cercanos al Templo; esto era a causa de sus excrementos, que ensuciaban las sandalias de los fieles que subían al santuario. Por eso las *cuadras de Salomón* (si es que se trataba realmente de las cuadras de este rey, y no simplemente de las de los templarios, cosa que en cambio sí que es cierta) fueron construidas en los límites del recinto sudeste de la ciudad, lo más lejos posible del Templo, y limítrofes con la Puerta de la Fuente, frente al monte del Escándalo (véase plano de Jerusalén, cap. 27).

Primera parte

Los zelotes

¡Todo está sacado de vuestros propios autores!
Para qué necesitamos a otros testimonios, si vosotros
ya os contradecís bastante entre vosotros mismos ...

CELSO, *Discurso verdadero*

1

Los zelotes

El mundo sólo será salvado, si lo es, por insumisos.
ANDRÉ GIDE

Se da el nombre de "discípulos" a los que están sometidos a una *disciplina*. Esta palabra viene del latín *disciplina*, que significa *regla, ley*. Entre los judíos, esta *disciplina* es la *Ley*, la *Thora*. Y ahora sabemos que los mesianistas, los zelotes o los sicarios eran fanáticos de la *Ley*. Querían instaurar en Israel una teocracia en la que no habría más rey que Dios, y no habría maestros, sino jueces simplemente. Rechazaban rotundamente toda prestación de juramentos. Releamos los Evangelios:

"Pero vosotros no os hagáis llamar *rabbi*, porque uno solo es vuestro Maestro ..." (Mateo, 23, 8).

"Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera (...) Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, del mal procede". (Mateo, 5, 34-37).

Pues bien, entre los manuscritos descubiertos cerca del mar Muerto, en las grutas del Khirbet-Qumran, se encuentra un "*Manual de disciplina*", especie de ritual de una estrategia militar mezclada con ritos ocultos y cabalísticos. En él se "ordena" el combate, como una liturgia oculta, los estandartes llevan nombre de ángeles, que son al mismo tiempo *nombres de poder* (como una cábala), y ese ritual de una batalla a la vez oculta y militar evoca inevitablemente el sitio de Jericó (Josué, 6, 5).

Si el depósito de Qumran se realizó para poner los manuscritos portadores de las Escrituras sagradas en lugar seguro, es porque importantes disturbios amenazaban su existencia.

Esas Escrituras sagradas, compuestas por manuscritos de diversas épocas antes de nuestra era, debieron gozar del privilegio de todas las Santas Escrituras entre los judíos. Expresan la palabra divina, o la de los profetas del Señor. Serían transcritas sobre pieles de *animales puros*, con la tinta ritual, por escribas especialistas. Si éstos cometían algún error de transcripción, se detenían de inmediato, no podía efectuarse ninguna rectificación (ni raspado), simplemente se relegaba el texto interrumpido e imperfecto a un lugar especial, llamado *ginnza*, junto con los que le habían precedido, y se volvía a empezar la citada transcripción. Una vez terminada, sería objeto de una especie de veneración por parte de los fieles de la comunidad israelita. El lector seguiría el texto línea por línea, palabra por palabra, con ayuda de un instrumento especial, la "*mano de Thora*". Ésta consiste en una vara de madera preciosa, terminada en una minúscula mano de bronce, plata u oro.

Una vez efectuado el depósito de Qumran, las Escrituras sagradas serían envueltas cuidadosamente en un paño de lino, y depositadas en vasijas de tierra cocida, en el seno de la gruta. Teniendo en cuenta el respeto inmenso que testimonian los fieles a tales Escrituras sagradas, es inimaginable suponer que para envolverlas tomaran cualquier trapo usado. Eso hubiera constituido una auténtica mancilla ritual para los manuscritos, que, así profanados, hubieran sido inutilizables. Por lo tanto, lo que se utilizaría para envolver los citados textos serían piezas de lino nuevo. Práctica que, en realidad, es universal en este campo.

Pues bien, en enero de 1951, en el *Instituto de Estudios Nucleares* de la Universidad de Chicago, se procedió a un análisis de los elementos vegetales que formaban ese tejido, con ayuda del “carbono 14”. Este procedimiento, descubierto por el doctor W. Libby, es ya clásico para las investigaciones arqueológicas, y se basa en el siguiente principio: todo ser vivo, vegetal o animal, absorbe al respirar “carbono 14”, cuerpo radiactivo que permanece en el organismo incluso después de la muerte del vegetal o del animal. Pero el grado de radiactividad disminuye de forma regular a medida que el tiempo pasa, y *ese grado puede medirse*. Al apreciar de esta manera el residuo, puede establecerse con una considerable precisión la fecha en la que la materia orgánica (vegetal o animal) dejó de vivir. Este método ha sido suficientemente controlado como para que ya no se ponga en duda su valor.

Y en lo que concierne a los tejidos nuevos que sirvieron para envolver los manuscritos del mar Muerto, cuando fueron puestos en lugar seguro en las grutas del Khirbet-Qumran, el “carbono 14” permite afirmar que el lino con el que están elaborados fue recolectado unos 1917 años antes del experimento de Chicago. Deduzcamos 1917 de 1951, y tendremos el año 34 de nuestra era, fecha media de la crucifixión de Jesús *por los romanos*⁷. Pero con el “carbono 14” hay un margen posible de error de medio siglo, antes o después de esa fecha. De modo que esos documentos pudieron haber sido ocultados desde el año 15 antes de nuestra era, al 85 de ésta. Tengámoslo en cuenta.

Esto demuestra, no obstante, que la puesta en lugar seguro de los manuscritos fue efectuada en pleno período de disturbios. Ahora bien, los Evangelios no nos hablan ni de la sangrienta revolución del Censo, cuando tuvo lugar el pretendido nacimiento de Jesús en Belén, ni de una revolución que coronara el período en que fue crucificado en Jerusalén por los romanos. Y en lugar de una época bucólica, llena de dulzura y de paz, a orillas del lago de Genezaret, nos encontramos históricamente sumergidos en una de las innumerables y sangrientas revoluciones judías. El lector que estudie la historia del cristianismo en los libros piadosos seguirá ignorando que del año 68 antes de nuestra era al año 6 de ésta (la famosa Revolución del Censo, de la que no se habla jamás) hubo *treinta y seis revoluciones judías*, que esas revoluciones representan millares de judíos mesianistas crucificados por Roma, ciudades y pueblos incendiados y arrasados varias veces, campos desolados, rebaños aniquilados y un hambre sangrienta. Ese lector seguirá ignorando que se establecieron oficialmente gobiernos judíos.

Entre el año 66 y el 58 a.C., es decir, en ocho años, se cuentan en Judea veintiséis movimientos insurreccionales. Y eso que las fuentes que nos hablan del tema emanan de Flavio Josefo, partidario de la colaboración con Roma, cuyos manuscritos se perdieron y fueron reemplazados por copias de los siglos IX y XII de nuestra era, efectuadas en el fondo de los conventos por los famosos monjes copistas.

Miembros de la dinastía asmonea, expulsados del poder por Pompeyo, arrastraron al pueblo a la revolución ocho veces entre el año 58 y el 27 a.C. Se organizaron unas “guerrillas” que intentaban periódicamente golpes de fuerza. En el año 43 a.C., Ezequías, padre de Judas de Gamala, *de estirpe real y davídica*, ya hacía tiempo que hostigaba a las legiones romanas. Al final lo capturaron y crucificaron. Costobaro (27 a.C.), Bagoas (6 a.C.), Judas de Gamala y Matitiatas (5 a.C.) continuaron la lucha contra Roma.

En el año 6 a.C. se levantó un gobierno federal judío, frente a los establecidos por Roma, que agrupaban por una parte a la Traconítide, la Batania y la Auranítide, por otra parte Galilea y Perea, y por último Judea, Idumea y Siria. Ese gobierno judío es el de Simeón en Jericó, del pastor Athronge en Judea y de Judas de Gamala, hijo de Ezequías, en Séforis.

⁷ Porque es falso que Jesús tuviera sólo dos años de actividades públicas, y san Ireneo tiene razón al hacerlo morir hacia la cincuentena. El episodio de la mujer adúltera narrado en Juan (7, 3 a 11) demuestra que el hecho tuvo lugar *antes del año 30*, ya que después de esa fecha los judíos no tuvieron ya derecho a condenar a muerte y a ejecutar.

Las legiones romanas aplastaron este último movimiento, y dos mil patriotas judíos fueron crucificados. Coponio, futuro procurador, aniquiló a los combatientes galileos dentro del mismo Templo, donde se había atrincherado. En el curso de ese combate fue donde pereció Zacarías, padre del futuro Bautista, “entre el Templo y el Altar”.

Finalmente, la ciudad fue tomada, incendiada, y sus habitantes deportados y vendidos como esclavos (Cf. Alphonse Séché: *Histoire de la nation juive*). Sin duda, María, sus hijos y sus hijas escaparon a esta suerte mediante una huida organizada de antemano, ya que volveremos a encontrarlos más tarde, cuando regresaron a Galilea. No es menos evidente que, cuando el emperador Juliano declararía más tarde a san Cirilo de Alejandría, su antiguo condiscípulo, en una carta citada por este último: “El hombre que fue crucificado por Poncio Pilato era sujeto de César, y vamos a demostrarlo ...”. (Cf. Cirilo de Alejandría: *Contra Julianus*), debió emplear el término *servus*, que significaba esclavo, o bien *obnoxius*, que significa lo mismo, porque el término de sujeto, en el sentido que le damos ahora, se traduciría por *civis*, ciudadano. ¡Y, evidentemente, Jesús no era ciudadano romano!

Por consiguiente, los habitantes de Sérifos se convirtieron todos en “esclavos de César”, es decir, en siervos y siervas del Imperio romano, igual que todos los deportados. Este era el caso de todos los fugitivos que fueron entonces considerados como *esclavos contumaces*. Cirilo de Alejandría hizo saltar la demostración del emperador Juliano, a fin de no revelar esa condición. Porque, en efecto, ella implicaba la crucifixión inevitable para Jesús y todos los suyos, y más aún cuando a este caso se añadía el agravante de rebelión contra Roma. Pero en aquella época había que hacer recaer la responsabilidad de la muerte de Jesús sobre los desgraciados judíos.

Esa fue, probablemente, una de las razones del segundo casamiento de María, esta vez con el misterioso Zebedeo.⁸

Y esa condición de *esclavo contumaz*, de deportado convertido en *siervo del Imperio*, nos es confirmada por Comodiano de Gaza, el más antiguo poeta cristiano, que vivió en el siglo III, y que nos declara que Jesús era “inferior”, que pertenecía a una clase “abyecta” (en latín *abjectus* significa rechazado, y se aplica a una clase social, no a una categoría moral), y precisa además: “*especie de esclavo*” (cf. Comodiano: *Carmen apologeticum*).

Está muy claro. Jesús estaba, pues, clasificado por la policía romana dentro de la categoría de los rebeldes contumaces, es decir, de los “esclavos de César” en fuga, por haber escapado a la deportación del año 6.

Esta vida de guerrilleros al margen de la ley, teniendo en cuenta las exigencias de la supervivencia, implicaba por parte de los zelotes, inevitablemente, requisiciones o incluso pillajes.

Por eso Flavio Josefo, como buen fariseo aristocrata, los juzga con severidad:

“Cuando Festo llegó a Judea, la encontró destrozada por bandoleros que incendiaban y saqueaban todos los pueblos. Aquellos a los que se llamaba sicarios -eran bandoleros- se hicieron entonces muy numerosos. Se servían de puñales cortos, poco más o menos de la misma longitud que los *acinaces* persas, pero estaban curvados, como los que los romanos llaman *sicae*, y con ellos esos bandidos mataban a mucha gente, y a ellos deben su nombre”. (Flavio Josefo: Antigüedades judaicas, XX, viii. 10.)

Luego viene esa misteriosa revolución que el examen de los tejidos de la gruta de Khirbet-Qumran con la ayuda del “carbono 14” nos hizo descubrir providencialmente. y cuyo relato - cosa curiosa-

⁸ *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 85-86 (Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1982).

desapareció de todas las copias de los autores antiguos. Esos tejidos datan *aproximadamente* de los años 32-34 de nuestra era.

Abramos aquí un paréntesis. Entre los numerosos documentos llamados “del mar Muerto”, existen unos rollos de cobre cuyo texto hebreo pudo ser descifrado en 1456, en Gran Bretaña, por Wright Baker, en la universidad de Manchester. Son del siglo I de nuestra era. Están redactados en un dialecto coloquial, el de la Michna, parte más antigua del Talmud, y no en hebreo neoclásico.

Se sabe (Dupont-Sommer *dixit* en sus *Manuscrits de la mer Morte*) que los *zelotes* estuvieron constituidos por la fracción política militante de los *esenios*, de los que por último se separaron. Para Cecil Roth, los hombres de Qumran (lugar donde fueron descubiertos todos esos manuscritos) eran zelotes. Pues bien, esos rollos nos hablan de un tesoro considerable, compuesto de unas *doscientas toneladas de oro, plata y otras materias preciosas*, oculto en sesenta puntos diferentes de Tierra Santa. Se comprende que Nerón, a quien a pesar de todo repugnaban las ejecuciones inútiles, prefiriera hacer pagar a los jefes enormes rescates, y a los militantes ordinarios los abandonara a las leyes romanas y a las terribles prácticas que estas implicaban. Aquí, una vez más Flavio Josefo demuestra ser un excelente historiador, pues como se ve, sus afirmaciones están corroboradas por los rollos de cobre de Qumran. Pero volvamos a la lucha de los zelotes.

Catorce años más tarde, Judea y Galilea fueron azotadas por el hambre: lo contrario sería de extrañar. Y en el año 47 de nuestra era, nueva revolución importante (hubo otras entretanto, ya las veremos). Y Tiberio Alejandro, procurador de Judea, caballero romano, sobrino de Filón, manda crucificar a los jefes del movimiento, en Jerusalén. ¿Cómo se llaman? Se llaman Jacobo (es decir, Santiago ...), y Simón, y también ellos son “*hijos de Judas de Gamala*”. Según nos dice Flavio Josefo, y hermanos de Jesús (Cf. Marcos, 6, 3).

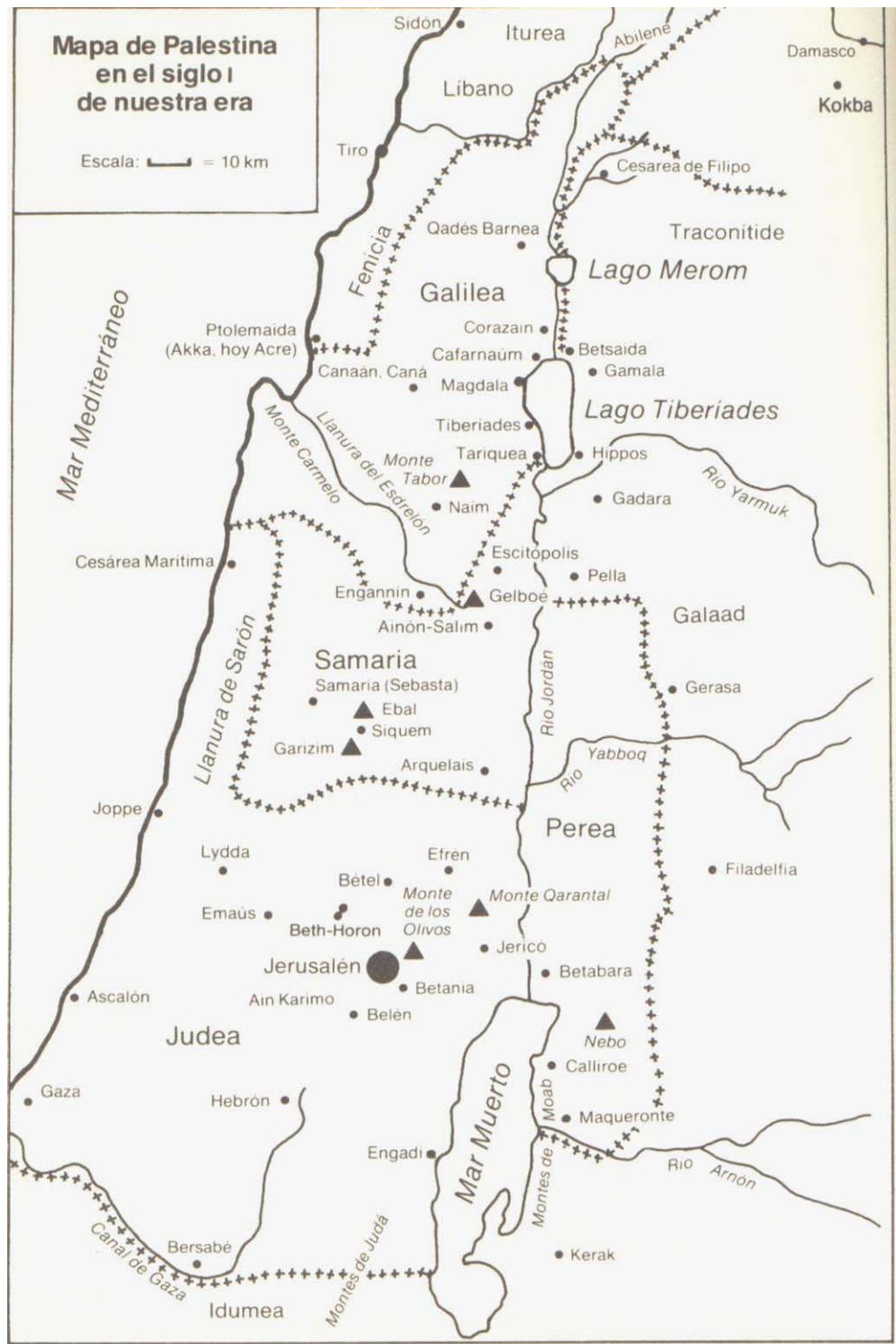
Y la revolución del año 47 es la continuación de la del 34, que era la continuación de la del año 6 (revolución del Censo), que a su vez era la continuación de las precedentes.

Se observará que Judas de Gamala, al proclamar una especie de república judía, en el año 6 de nuestra era, acuñó unas monedas que llevaban en exergo esta calificación. De este episodio permanece un eco discreto en el seno de los Evangelios:

“Entonces se retiraron los fariseos y celebraron consejo para ver el modo de sorprenderlo en alguna declaración. Enviáronle discípulos suyos con herodianos para decidir: “Maestro, sabemos que eres sincero y que con verdad enseñas el camino de Dios, sin darte cuidado de nadie, y que no tienes acepción de personas. Dinos, pues, tu parecer: ¿Es lícito pagar tributo al Cesar, o no?”. Jesús, conociendo su malicia, dijo: “¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo”. Ellos le presentaron un denario. El les preguntó: “¿De quien es esta imagen y esta inscripción?”. Le contestaron: “Del César”. Díjoles entonces: “Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”...” (Mateo, 22, 15-21).

Había, pues, una moneda que, a los ojos de Jesús, era “ortodoxa”, y otra que no lo era.⁹

⁹ De esta moneda poseemos ejemplares, descubiertos en Massada, en abrigos situados bajo el muro de la casamata del segundo palacio, llamado “palacio del Oeste”. Se descubrieron allí numerosas monedas, la mayor parte de las cuales datan del segundo y tercer año de la revolución judía contra Herodes, en especial tres “shekels” muy raros, fechados “año 5”, y que fueron los últimos acuñados durante esa revolución. Esas informaciones las hemos extraído del *Guide Bleue “Israël”*, página 489, edición de 1966 (Hachette Edith.)



De esta filiación davídica Roma siempre desconfiará, mucho o poco. Es testimonio de ello el siguiente pasaje de Eusebio de Cesárea:

“Quedaban aún, de la raza del Salvador, los nietos de Judas, de quien *se decía que era su hermano carnal*. Se les denunció también como miembros de la raza de David y el evocatus los transfirió ante Domiciano César ...” (Eusebio de Cesárea, Historia eclesiástica, III, XX, I).

Recordemos que Judas era el verdadero nombre del *taoma*, el hermano gemelo de Jesús¹⁰ como cuentan Taciano y san Efrén.

¹⁰ *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 60-69.

Pero es muy difícil desentrañar las verdaderas personalidades de todo este mundo confuso, *o que se ha hecho intencionadamente confuso*. Júzguese:

“Tras la Ascensión de Jesús, Judas, llamado también Tomás, envió a Abgar, rey de Edesa, al apóstol Tadeo, uno de los setenta discípulos ...”. (Eusebio de Cesárea, Historia eclesiástica, XXX, xx, I.)

Como se ve, Eusebio confirma a Taciano y a san Efrén en lo que respecta al verdadero nombre del gemelo de Jesús.

Así pues, cuando leemos un episodio evangélico en el que se habla de un tal Judas, es posible que se trate de Tomás. Porque había dos personajes con dicho nombre entre los lugartenientes de Jesús.

Del mismo modo, cuando nos encontramos con el nombre de Alfeo, padre de Santiago el Menor, no prestamos atención la mayoría de las veces al hecho de que se trataba de un sobrenombre, *y de un sobrenombre en lengua griega*. Porque esa palabra designa a un hombre afectado de psoriasis (*alphos*: herpes blanco). Su verdadero nombre quizás era Simón el Leproso, el de Betania (Mateo, 26, 6; Marcos, 14, 3).

Y del mismo modo, cuando nos encontramos con un tal Simón el Cananeo (Marcos, 3, 18; Lucas, 6, 15; Hechos, 1, 13), no establecemos relación alguna con Simón el Zelote, alias Simón el Sicario. Pues bien, en hebreo un cananeo es el que es de Caná, y Caná, en hebreo, significa *celo, fanaticismo, celos*. Caná, ciudad de Galilea donde tienen lugar las famosas bodas, es, por lo tanto, el centro de reunión de los zelotes, los sicarios, el centro del integrismo judaico (del griego *zelotes*: celoso, fanático). Y Simón el Cananeo y Simón el Zelote son un solo y único personaje. Y, lo que es más, ese personaje es un apóstol (Hechos, 1, 12-14) y un “hermano del Señor” (Marcos, 6, 3).

En Caná se encontraban en familia, como lo prueba el texto de *Juan*:

“Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda ...” (*Juan*, 2, 1-2.)

Las relaciones entre galileos y zelotes son evidentes, e incluso indiscutibles. Flavio Josefo nos dice de ellos:

“Luego los galileos, *al cesar la guerra civil*, se consagraron a los preparativos contra los romanos”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, manuscrito eslavo, II, xi.)

Porque, según nos dice más tarde: ”Los galileos son guerreros ...” (Op. cit., III, tt.)

Por otra parte, en nuestra época, el cardenal Jean Daniélou nos dice en su obra *Théologie du judéo-christianisme*, que:

“... Aquí los galileos parecen no ser sino otro nombre de los zelotes...” (Op. cit., p. 84), y “... Galilea parece haber sido uno de los principales focos del zelotismo.” (Op. Cit., p. 84.)

El historiador protestante Oscar Cullmann observa asimismo en su libro *Dieu et César* que “a los galileos mencionados en Lucas, 13, 1, hay que identificarlos como zelotes ...”.

Ahora bien, antes que todas esas autoridades, el emperador Juliano, en el siglo IV, utilizaba el término de galileo para designar a los cristianos.

Por lo tanto, zelotes, galileos, cristianos, fueron los términos que designaron sucesivamente a los primeros partidarios de Jesús, antes de que la herejía paulina hubiera extendido su confusión sobre los gentiles y sobre los judíos de la Diáspora.

Ni siquiera el verdadero nombre del Bautista ha dejado de ser materia de investigación:

“El dominio de Arquelao fue confiado por César a uno de sus oficiales llamado Coponio, con poder de vida y muerte sobre lo que quisiera. Y hubo en sus tiempos un hombre de Galilea que reprochaba a los judíos descendientes de Abraham el que trabajaran ahora para los romanos, el que les pagaran tributo, y que tuvieran así unos dueños mortales, por haberse privado del Dueño inmortal. *El nombre de este hombre era Judas, y había decidido vivir apartado, sin parecerse a nadie más ...*” (Flavio Josefo, Guerra de los judíos. II, II).

Ese Judas era, evidentemente, Judas el Gaulanita.

“Y en aquellos tiempos apareció Juan el Bautista predicando *por el desierto de Judea. Vestía una piel de camello*, con un cinturón de cuero alrededor de los riñones, y se alimentaba de saltamontes y también de miel silvestre ...” (Mateo, 3, 1 y 4).

¿No se presenta aquí, engañosamente, al mismo personaje con otro hombre? La verdad es que uno se pierde, y esa es la finalidad perseguida.

El otro Santiago, llamado el Mayor, tiene por padre a un tal Zebedeo. Ahora bien, ese nombre es totalmente desconocido en la tradición judía del Antiguo Testamento. Encontramos *Zabdi* (que significa dotado), *Zabud* (hijo de Natán, I Reyes, 4, 5), *Zabulón* (que significa morada), *Zebul* (Jueces, 9, 28), *Zebach* (Jucces, H, 5), *Zeeb* (Jueces, 7, 25), con el significado de “mano derecha”, es decir, el miembro viril paterno, y eso es todo.

En su versión francesa de la Biblia católica, Lemaistre de Sacy traduce *Zebedeo* por *don, dotada* (en 1 femenino), pero el *Dictionnaire hébreu-français* de Sander (París, 1859), destinado a los rabinos, no conoce ningún *Zebedeo*, y en hebreo traduce *don* por tres tetras: *zain-beth-daleth*, y eso se pronuncia *Zabad*. Después viene *Zabdiel*, que significa “*Don de Dios*”.

Así pues, hay un misterio sobre ese Zebedeo, padre de *Santiago el Mayor* (o sea, de Jacobo el Primogénito), quien también lleva un nombre que no es hebreo, como Alfeo, padre de Santiago el Menor (*Jacobo el Benjamín*).

Toda esta embrollada selva de nombres que a veces se sustituyen por sobrenombres, sobrenombres que cambian al antojo de los copistas, o incluso nombres que no tienen ninguna realidad en Israel, todo eso no tiene otro objetivo que desviar al lector que sienta aunque no sea sino un mínimo de curiosidad, y que *esté deseoso de verificar* datos. Porque no se trata de *comprender* sino de *creer*.

Y aquí lo que importa, ya sea borrando el estado de Galilea y de Judea sesenta años antes de nuestra era y sesenta después (es decir, ciento veinte años de guerras, de rebeliones despiadadas y de represiones sangrientas, agravadas todavía por el horror de una guerra civil permanente entre los terroristas integristas, zelotes-sicarios, y los judíos colaboradores, fariseos-saduceos), o embrollando las pistas nominales y las genealogías, es impedir al lector perspicaz que desemboque donde nosotros desembocamos: *en el hecho de que Jesús es el hijo legítimo de Judas de Gamala y de María, su esposa, el nieto de Exequias, padre de Judas de Gamala, y como tal, descendiente de David, y rey legítimo de Israel*.

De donde esta frase de los *Hechos de los Apóstoles*:

“Los reunidos le preguntaban: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?. Él les dijo: ‘No os toca a vosotros conocer los tiempos y los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder ...’.” (Hechos, 1, 6-7).

El texto griego de los Hechos que ha llegado hasta nosotros es del siglo IV. ¿Inicialmente estaba “el Padre”, o simplemente “mi padre”? Porque en este ultimo caso tendríamos una alusión evidente a Judas de Gamala. No olvidemos que a Jesús se le llama “hijo del carpintero” (Mateo, 13, 55), pero en hebreo, *heresh* significa a la vez *carpintero* y *mago*. Si el término que hay que tener en cuenta es este ultimo, tendríamos una alusión a un aspecto particular del padre de Jesús, y no sería nada descabellado suponer que había dejado, de antemano, unas instrucciones, *de las que se afirmó que eran proféticas*, que daban el desarrollo cronológico de las guerras zelotes, es decir, una especie de plan de campaña que abarcaba un período de tiempo bastante largo.

Pilato, que representaba a César y al Imperio Romano, no se equivocó al hacer transcribir en tres lenguas (judía, griega y latina) la identidad oficial de Jesús: “*Jesús de Nazareth, rey de los judíos*”.

Por otra parte, se observara que el *vino*, en la religión de Zoroastro, fuente primitiva de la de Mithra, y especialmente en esta última, simboliza la *realeza*. Pues bien, ¿qué es lo que declara Jesús? Lo siguiente:

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador ...” (Juan, 15, 1)

Y en Mateo (17, 24-26), se pretende “hijo de rey”. De modo que, o bien Jesús copia su simbolismo de la religión de Mithra (religión que para los judíos piadosos era maldita), o bien un escriba que estaba al corriente de ésta imaginó dicho pasaje, en el curso de su redacción en el siglo IV, y las palabras atribuidas a Jesús son inventadas. Así pues, ¿de quien fiarse?

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Sobre la analogía de los términos *galileos* y *zelotes*, poseemos otro ejemplo, extraído de los propios Evangelios. Lucas (13, 1-4) nos cuenta que con ocasión de la caída de la *torre de Siloé*, *Pilato mezcló la sangre de dieciocho galileos con la de sus sacrificios*.

Esta torre, cercana a la piscina de Siloé, formaba parte del recinto sudoeste de la ciudad de Jerusalén, frente al monte del escándalo. Al venir de Oumran, el centro zelote donde fueron descubiertos los manuscritos llamados del mar Muerto, se desembocaba en la puerta de la Fuente, y al penetrar en la ciudad, en la torre. Si ésta se derrumbó, matando así a dieciocho galileos, y si Pilato fue el responsable de ello, es que se habían atrincherado allí, porque no se derrumbó sola.

Esos hombres eran, por lo tanto, los zelotes, y como los únicos sacrificios admitidos por la Ley judía eran exclusivamente los ofrecidos en el Templo de Jerusalén, uno puede preguntarse de qué naturaleza eran esos sacrificios que los zelotes ofrecían en el seno de una torre fortificada, y que suscitaron una intervención armada de la potencia ocupante.

Los hijos de Aarón

¿Acaso no está tu hermano Aarón, *el levita?* ... Aarón,
tu hermano, será tu profeta ...

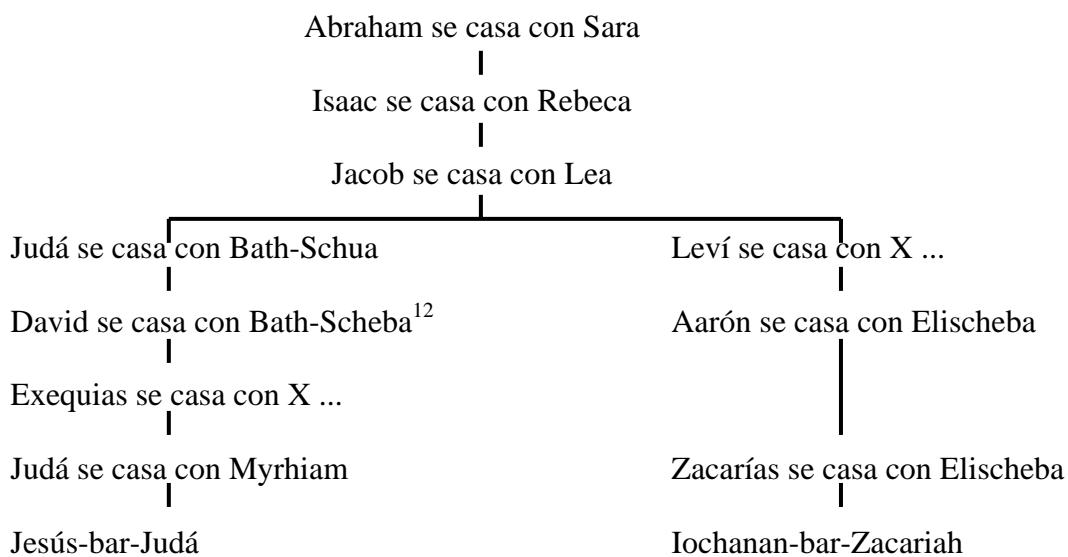
Éxodo, 4, 14, y 7, 1

Esta simple frase nos habla de la existencia de un sacerdocio independiente e individual, a la vez adivinatorio y mágico, mucho antes de que Moisés hubiera instaurado un pontificado en el seno de Israel, todavía inexistente como nación organizada. El lector se convencerá de ello si relee la historia de Mica en el Libro de los Jueces, en los capítulos 17 a 19, ambos inclusive, porque:

“Ese Mica tenía una casa-dios; hizo, por lo tanto, un *ephod* y un *teraphim* y consagró a uno de sus hijos, que le sirvió de sacerdote.¹¹ Porque en aquellos tiempos no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que le parecía bueno”. (Jueces, 17, 5-6).

Consagrados por Moisés, Aarón y sus hijos se convirtieron en el tronco de la filiación sacerdotal y en los antepasados carnales de todos los *cohanim* (en hebreo: sacerdotes, sacrificadores).

La genealogía los muestra como primos de los hijos de David:



¹¹ El papel de médium atribuido a un niño virgen, o al menos impúber, es clásico en todas las mancias del Oriente Medio, y Moisés no lo innovará con el joven Josué (Cf. Éxodo, 23, 11; Números, 27, 18).

¹² Es la forma hebrea de Betsabé, esposa de Uriás, a quien David hizo matar en combate, a traición, a fin de quitarle a la mujer (II Samuel, 11, 1 a 27). Jesús descendía, por lo tanto, de una pareja adultera y asesina, según Mateo, 1, 6. extraña elección para un dios encarnado deseoso de dar ejemplo. La Iglesia, que rechaza el divorcio, lo santificó y fijó su fiesta el 20 de diciembre. Hay que observar, por cierto, que el esposo (o la esposa) que asesina a su cónyuge puede volverse a casar, una vez purgada su pena de prisión. Porque en este caso no se trata de un divorcio, sino de una viudedad. Y las segundas nupcias son legitimadas por la Iglesia.

Sabemos que la corriente integrista de los zelotes estaba invariablemente dirigida:

- a) por un descendiente de David, en posesión del poder temporal.
- b) Por un descendiente de Aarón, en posesión del poder espiritual.

Y así, según nos dice Flavio Josefo, con Judas de Gamala hubo un fariseo llamado Saddoc. Con Simeón-bar-Kokba estuvo Rabbi Akiba. Y con Jesús-bar-Juda estuvo Iochanan-bar-Zacariah, alias Juan el Bautista. Por eso el primero se sometió al bautismo, administrado por el segundo. Esta subordinación de Jesús a Juan aparece, además, subrayada por la frase impaciente del Bautista, que envía a sus discípulos a reprender a Jesús, quien, tras la detención de Juan, se había “retirado” a Galilea (Mateo, 4, 12), luego a Tiro y a Sidón, en vez de pasar a la acción directa:

“Eres tú el que ha de venir, o (al final) habremos de esperar a otro ...? (Mateo, 11, 1 a 4).

Esas diversas constataciones van a permitirnos ahora indagar quién podía ser ese misterioso Saddoc, nombre que en hebreo significa “el justo”, y que por lo tanto debía ser necesariamente *cohen* (sacerdote), y descendiente de Aarón. Para eso, estudiaremos atentamente la vida del padre de Juan el Bautista.

Se trata de Zacarías, en hebreo Sacaría. El *Protoevangelio de Santiago* nos habla de él, y asocia su muerte, por orden de Herodes el Grande, a la famosa *Matanza de Inocentes*, sobre la que ya hicimos luz en la obra precedente.¹³ Veamos lo que dice de ello ese apócrifo célebre:

“Herodes buscaba a Juan, y envió a sus servidores junto a Zacarías, diciendo: “¿Dónde has escondido a tu hijo? ...”. Él les respondió: “Estoy al servicio de Dios, y ligado al Templo del Señor; no sé dónde se encuentra mi hijo”. Los servidores se alejaron y contaron todo esto a Herodes. Y éste, irritado, les dijo: “*Su hijo debe reinar sobre Israel*”. Y les envió de nuevo junto a Zacarías, diciendo: “¡Di la verdad! ¿Dónde está tu hijo? ...”. Los servidores partieron y contaron todo esto a Zacarías. Y Zacarías dijo: “Yo seré mártir de Dios si derramas mi sangre. Porque el Todopoderoso recibirá mi espíritu, porque es una sangre inocente la que tú te dispones a derramar a la puerta del Templo del Señor ...”. Y, al amanecer, dieron muerte a Zacarías, y los hijos de Israel no sabían que se le había dado muerte. A la hora de la salutación los sacerdotes acudieron al Templo. Y Zacarías no vino, como era costumbre, ante ellos para bendecirlos. Los sacerdotes se detuvieron, esperaron a Zacarías para saludarlo en la oración y bendecir al Altísimo. Como tardaba, todos fueron presa del miedo; uno de ellos, más valeroso, entró en el Templo y vio, cerca del altar, sangre coagulada. Una voz decía: “Han dado muerte a Zacarías, y su sangre no se borrará hasta que llegue su vengador”. Al oír estas palabras sintió miedo, y salió para llevar la noticia a los otros sacerdotes”.

Si tuviéramos alguna duda, aquí tendríamos sobrada confirmación de que toda esta historia se refiere en realidad, no a la pseudo *Matanza de Inocentes* de Belén de Judea, sino a la agitación zelote. Porque se nos dice: “Su hijo debe reinar ...”. Por lo tanto, Herodes está al corriente de la existencia de ese doble poder en el partido zelote, porque el hijo de un *cohen* como Zacarías no puede acceder al trono de Israel, por ser *hijo de Aarón*, y no de *hijo de David*. Pero Herodes sabe que el pretendiente al trono temporal estará respaldado por el pretendiente al pontificado, y que los dos copríncipes serán *ipso ipso* los adversarios de la dinastía idumea de los Herodes.

Ese texto del *Protoevangelio de Santiago* puede compararse con el de Lucas: “Zacarías, su padre, se llenó del Espíritu Santo y profetizó diciendo: “Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, y suscitó a favor nuestro *un poder salvador* en la casa de David, su siervo, como había prometido por la boca de sus santos profetas desde antiguo, *un salvador que nos libra de nuestros enemigos y del poder de todos los que nos aborrecen ...*”. (Lucas, 1, 67-71).

¹³ *Jesús o el secreto de los templarios*, pp. 50-53.

Pues bien, se trata de su propio hijo, el futuro Bautista, y no de Jesús. Además, el salvador así anunciado es nada menos que un *mesías guerrero*, y no un cordero que bala ... ¿Hubo rivalidades entre las dos familias? No sería imposible, al menos en un período dado. En el siglo IV, los copistas de Eusebio hicieron desaparecer todo eso.

Por otra parte, en ese relato se habla de dejar la mancha de sangre de Zacarías sobre las losas del Santo Templo, hasta que llegue “*su vengador*” ... Aquí de lo que se trata es, indudablemente, de represalias zelotes, en virtud de la ley mosaica del *talión*, porque lo de un vengador no tiene nada de evangélico.¹⁴

Ese vengador será su hijo Iochanan, el Bautista, y para convencerse de ello, el lector no tendrá más que releer un cierto pasaje de Flavio Josefo que trata, justamente, del citado Bautista:

“A su alrededor se habían reunido gentes, porque *se sentían muy exaltados al oírle hablar*. Herodes (Antipas) temía que *semejante facultad de persuasión suscitara una rebelión*, ya que las multitudes parecían dispuestas a seguir *en todo* los consejos de ese hombre ...” (Flavio Josefo: *Antigüedades judaicas*, XVIII, v, 118).

Herodes el Grande había mandado matar a Zacarías por prudencia. Su hijo Herodes Antipas hará, pues, matar al Bautista por el mismo motivo. Véase a este respecto el capítulo consagrado al tema en la obra precedente.¹⁵

Y nueva confirmación de todo lo que está relacionado con las actividades zelotes, inmediatamente después de los pasajes del *Protoevangelio de Santiago* citados antes. El texto termina así:

“Pues bien, yo, Santiago, que he escrito esta historia, *como se produjeron disturbios en Jerusalén a la muerte de Herodes*, me retiré al desierto, hasta que la agitación se calmó en Jerusalén.” (Cf. *Protoevangelio de Santiago*, 25).

Herodes el Grande murió en el año 6 antes de nuestra era.

Esos disturbios fueron, en realidad, el resultado de la primera revuelta dirigida por Judas de Gamala, padre de Jesús, contra Arquelao, hijo de Herodes el Grande y su sucesor designado. Se iniciaron en el año 5 antes de nuestra era. Y esa fue la verdadera “huida a Egipto” de María y de sus hijos más pequeños. Fueron enviados allá, a lugar seguro, lejos de los combates que libraba el jefe de la familia, Judas de Galilea. Porque en aquella época, Santiago era todavía un chiquillo, y no un hombre hecho y derecho, como tiende a hacerlo creer, al silenciar la presencia de su madre y de sus hermanos y hermanas. Él, o los escribas anónimos del siglo IV ...

Al redactar su Apocalipsis, Jesús recordará esa huida:

“Y estando encinta, gritaba con los dolores del parto y las ansias de parir (...) La mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la alimentasen durante mil doscientos sesenta días”. (Apocalipsis, 12, 2 y 6). Lo que equivale a cuarenta y dos meses.

¹⁴ San Jerónimo, en su *Comentario sobre el Protoevangelio de Santiago*, nos afirma que en su época (347-420) los peregrinos cristianos veneraban todavía en Jerusalén, en el lugar donde se levantaba antaño el Templo destruido en el año 70, los restos de la sangre de Zacarías. Debían renovar con bastante frecuencia esta maculatura tan provechosa. Es cierto que en la Edad Media, en Europa, se vendían corrientemente botellas que contenían un fragmento del manto de san Jorge, embebido por su sudor cuando combatía al dragón, etcétera.

¹⁵ *Jesús o el secreto de los templarios*, pp. 126-138.

Esa permanencia en Egipto fue, por lo tanto, de unos tres años y medio. El dragón rojo que persigue a la mujer simboliza a Roma, porque los pretorianos de la guardia imperial tenían la cota de armas roja y los centuriones ordinarios un manto del mismo color. Las siete cabezas del dragón son las siete colinas de la capital del Imperio romano, y los diez cuernos son los diez reyes vasallos. Y, efectivamente, fueron las legiones de Publio Quintilio Varo, legado de Roma en Siria del año 6 al año 4 de nuestra era, quienes reprimieron despiadadamente esta revolución. Fueron crucificados más de dos mil rebeldes alrededor de Jerusalén. Por lo tanto, fue en el curso de esta represión cuando fue asesinado Zacarías, tío de Jesús, esposo de Isabel, prima de María. Debió de morir el 8º día del mes de Thot, según un folio del manuscrito nº 1.305 de la Biblioteca Nacional, redactado en copto sahídico. Esto nos da el 5 de agosto del año 4 antes de nuestra era, es decir, el segundo año de la revolución, el de su aplastamiento final por Varo, y éste abandonó a continuación Siria, con dirección a la Germania.

Como hemos visto, el combate final se desarrolló en el Templo de Jerusalén, transformado en fortaleza por los insurrectos, y Jesús hizo alusión a la muerte de Zacarías, si damos crédito al texto de Mateo:

“... Para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías,¹⁶ a quien matasteis entre el Templo y el altar ... En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación ...”. (Cf. Mateo, 23, 35-36).

Como se ve por el texto, una vez más nos encontramos en presencia de un Jesús zelote, rencoroso, que en modo alguno practicaba el perdón de las ofensas, sino, por el contrario, la ley del *talión*, cosa que *políticamente* constituía su derecho y su deber. Pero es muy probable que ese texto fuera añadido por los escribas del siglo IV, que eran muy antisemitas, y, además, estaban obligados a dar coba a los romanos. Porque Zacarías no fue asesinado por los judíos, como se le hace decir a Jesús en el evangelio de Mateo, sino por los legionarios de Varo o por los mercenarios griegos de Arquelao, hijo y sucesor de Herodes el Grande.

Sobre el hecho de que el Zacarías asesinado “entre el Templo y el altar” fuera el padre del Bautista, y no el profeta “hijo de Baraquías, hijo de Addo”, que vivió bajo Darío, es decir, en el siglo V *antes* de nuestra era, nos basta como prueba el testimonio de Orígenes, quien en su tratado XXVI, capítulo XXIII, sobre “*San Mateo*”, nos dice que el profeta fue lapidado (Cf. *II Paralipómenos*, XXIV, 20 y siguientes), mientras que el padre del Bautista fue asesinado por la espalda.

En sus *Antigüedades judaicas* (XVII, IX, manuscrito griego), Flavio Josefo nos dice que los rebeldes, tomando como pretexto que Arquelao no mandaba castigar a los oficiales de Herodes el Grande, que habían hecho quemar vivos a los jóvenes que habían arrancado del frontispicio del Templo el águila de oro que Herodes había ordenado insertar, se atrincheraron en el Templo de Jerusalén, que, por su colossal arquitectura, constituía una verdadera fortaleza.

Una tropa de hoplitas mercenarios, mandada por un quiliarca, fue enviada al Templo para apaciguar a los insurrectos, pero éstos mataron a todos los soldados. Entonces fue cuando se inició la represión, en el curso de la cual se combatió incluso dentro del santo lugar, y resultó muerto Zacarías “entre el Templo y el altar”, cosa que estrictamente no quiere decir nada, tan sólo significa que sucumbió entre el altar y el *Santo*, y por consiguiente, en el propio santuario. Según Nicolás de Damasco, el número de insurrectos superaba los diez mil. En cuanto a los muertos, crucificados o caídos en combate (como en el caso de Zacarías), éstos se elevaron a más de tres mil.

¹⁶ Si Zacarías es el *alter ego* de Judas de Gamala, su padre Baraquías pudo haberlo sido de Exequias, padre del citado Judas, del mismo modo que Juan el Bautista lo será de Jesús.

Y aquí se plantea un problema histórico, una tentativa de recuperación de la verdad.

Ahora es seguro que ese tal Zacarías desempeña, al lado de Judas el Gaulanita, el papel de poseedor del poder espiritual, ya que es *cohen* (sacerdote), y por lo tanto hijo de Aarón, lo mismo que el citado Judas tiene la autoridad temporal como hijo de David.

No es menos cierto que Iochanan el Bautista, su hijo, desempeñó el mismo papel al lado de Jesús, hijo de Judas el Gaulanita. Por consiguiente, su compañero de equipo (de Jesús) no fue Judas, su hermano gemelo, alias Tomás (*tôama*: gemelo en hebreo), sino el citado Juan.

Y esto barre la hipótesis que, como último recurso, podrían sostener nuestros algunos de nuestros lectores, quienes, tras la revelación de la existencia de dicho hermano gemelo, imaginarían un Jesús todo dulzura (y además deificado) y un Jesús, probablemente Barrabás, todo violencia, manchado de numerosas muertes, pillajes y saqueador despiadado de peajeros y prostitutas. Porque Jesús y Juan fueron, como se ha visto, jefes tan violentos el uno como el otro, del mismo modo que lo fueran, hermanados por la misma pasión, Simeón-bar-Kokba y Rabbi Akiba, y mucho antes que ellos Judas de Gamala y Rabbi Saddoc.

Y esta nueva constatación nos abre horizontes inesperados. ¿Cuál era, entonces, el verdadero nombre de Zacarías, o, mejor aún, cuál era el verdadero nombre de Rabbi Saddoc? *Porque, evidentemente, se trata del mismo personaje ...*

Zacarías significa en hebreo “memoria de Dios”. Es una alusión al hecho de que la mancha de sangre no deberá borrarse hasta que llegue “su vengador”. En realidad, sería más adecuado decir *Sakariel*, nombre de uno de los siete arcángeles a las órdenes de la justicia divina.

Saddoc significa en hebreo “*el justo*”, término evocado por la frase de Mateo (23, 35-36), es también *cohen*, y por lo tanto hijo de Aarón, de modo que su título oficial es el de *Rabbi Saddoc*. Y eso se lee: “Maestro Justo”.

¿Sería él el “Maestro de Justicia” de los manuscritos del mar Muerto? No. Porque el que citan los textos de Qumran es sometido al suplicio por el “sacerdote impío”, Aristóbulo II, rey y sumo sacerdote de Israel hacia los años 65-63 antes de nuestra era. Se trata probablemente de Onías, y, según la leyenda, también él se apareció a sus discípulos después de muerto.

Pero como el “*Maestro de Justicia*” recibe también el calificativo de “*Mesías de Aarón y de Israel*” (mientras que el liberador temporal se espera simplemente bajo el nombre de *mesías*), pensamos que aquí se trata de un título que designa una función, y no de un *nomen*, que calificase a una individualidad. Flavio Josefo nos cuenta que, en efecto, el nombre de “Legislador” era, después del de Dios, objeto de máxima veneración. Quien blasfemara sobre él o lo injuriara, en el seno de la comunidad de los esenios sería reo de muerte”. (Cf. *Guerra de los judíos*, II, VIII, 145-152).

Por consiguiente, en el seno de los zelotes, que como se sabe procedían de la corriente esenia primitiva, de la que constituían el ala guerrera, el nombre del poseedor del poder espiritual no se pronunciaba; se utilizaban circunloquios, análogos a la regla pitagórica: *autos épha*, o sea, “Él ha dicho ...”.

Así pues, es probable que esos nombres de Zacarías y de Saddoc fueran subterfugios que nos velen el verdadero nombre del compañero de guerra de Judas de Gamala. Pero es bien cierto que ese personaje fue el padre del Bautista y el esposo de Isabel, prima de María.

Queda todavía un último punto que precisar. Decir de Jesús que es “sacerdote según la orden de Melquisedec” (Salmos, 110, 4; Hebreos, 10, 6; 20; 7, 17), es reconocer implícitamente que poseía un

sacerdocio común a toda la descendencia de Abraham, que fue el primero investido con tal sacerdocio (Génesis, 14, 18), que es lo mismo que *no decir nada*. Porque en virtud de esta ordenación hereditaria un israelita podía efectuar, en el seno de su familia, la ceremonia del sábado noche (sabbat), con la bendición del *Kidduch*, efectuada sobre la copa de vino, y la del *ha-Motzi*, pronunciada sobre dos panes. Y eso es lo que permitió a David comer los panes que ya habían sido consagrados a Yavé por el sacrificador Ajimelec (cf. I Samuel, 21, 1 a 6).

Se observará que, en el *segundo libro de Enoc*, se dice que ese Melquisedec fue el hijo de Sophonim, esposa de Nir y hermana de Noé. Fue concebido en su vejez sin que ella hubiera “dormido con su esposo”, y lo alumbró de forma milagrosa, porque estaba destinado a ser “jefe de los sacerdotes de otra raza”. (41, 3-4) Ahora bien, este apócrifo es judío, y fue descubierto también en Qumran. *Por lo tanto, de él se sacó la leyenda de Jesús en lo referente a su concepción y nacimiento milagrosos.*

Por otra parte, en función de la filiación judaica de los altos grados de la francmasonería tradicional, es por lo que se puede celebrar La *Cena melquisedeciana* en los capítulos del 18º grado, donde se congregan los “*Caballeros de la Rosacruz*”. Porque el fundador imaginario de los Rosacrucres, Rosenkreutz, no es otra cosa que un epónimo, deformación del hebreo *rozen Koroz*, que significa “príncipe heraldo”...¹⁷

Jesús, por lo tanto, no detentaba sino una especie de sacerdocio laico, si esos dos términos no se acoplan.

¹⁷ En el siglo XVIII, los rituales masónicos transcribían el nombre con una “z”, *roze-croix*.

Los hijos de David

Todo hombre es una guerra civil ...

JEAN LARTÉGUY, *Les Libertadores*

Actus Apostolorum ... Praxeis Apostolón ...

Quienquiera que esté aunque sea un poco versado en latín o en griego, traducirá correctamente estos títulos por *Hechos de los Apóstoles*. Pero ese plural, al leer la obra, resultará bastante decepcionante.

En efecto, salvo la segunda parte de los Hechos, que trata exclusivamente de la acción de Saulo, alias Pablo, de los once apóstoles restantes sólo se trata en la primera parte; los quince primeros capítulos son típicamente petrinos, *y sólo, y de forma muy breve, en el primero se habla de ellos*.

En el curso del texto encontraremos simplemente a Simón, llamado el Zelote, es decir, Pedro (y ya demostramos en la obra anterior que se trata del mismo personaje),¹⁸ a Santiago el Mayor (Jacobo en hebreo) y Santiago el Menor. Porque el Felipe citado en 7,5 y en 21,8, no es otro que el diácono, elegido con otros seis en 6,5. No es por lo tanto el apóstol, citado sin embargo en 1, 13, y que había desaparecido no se sabe dónde ni cómo. Lo mismo que Andrés, Tomás, Bartolomé y Judas, sobre los cuales no ha subsistido en el *corpus* neotestamentario nada que sea históricamente válido.

Por eso, sobre todos esos hombres que no fueron nunca otra cosa que hermanos y parientes de Jesús, y agentes de la resistencia judía nacional,¹⁹ uno no puede sino sumarse a la conclusión de monseñor Dúchense, miembro del Instituto, quien en su obra *Les origines du culte chrétien* nos dice que:

“Los apóstoles misioneros, con la única excepción de san Juan, habían desaparecido sin dejar ningún recuerdo concreto. La leyenda que pronto se apoderó de ellos, parece haberlo hecho con tanta más libertad, cuanto que no chocaban sino con tradiciones muy fugaces ...” (Cf. Dúchense, *Les origines du culte chrétien*, París 1903, pp. 14 y 15).

Hay que creer que este obispo letrado no era un historiador demasiado curioso, ya que si hubiera sido tan tenaz como nosotros, habría terminado por descubrir la verdad. A menos que, en el interés del cuerpo al que pertenecía, hubiera preferido silenciar sus propios descubrimientos.

Mejor aún, Clemente de Alejandría, discípulo de Pantenio, quien lo era a su vez de un discípulo inmediato del apóstol Marcos (por lo tanto no hay más que dos eslabones entre Clemente y Marcos), nos dice lo siguiente, que confirma la opinión de monseñor Dúchense, pero que nos pone en el camino de futuros descubrimientos sensacionales:

“Los elegidos, no todos confesaron al Señor *por la palabra*, y no todos murieron en su nombre. Entre ellos se cuentan Mateo, Felipe, Tomás, y muchos otros ...” (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates*, IV, IX).

¹⁸ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 70-90.

¹⁹ La palabra *apóstol* significa *enviado, agente, misionero, mensajero*. El latín *apostolus* podría, por lo tanto, sustituir a *ángelus*, que tiene el mismo significado. Se denominaba *apostoli* a las cartas de aplazamiento que iban de un tribunal a otro, al que se apelaba. Al exigir que le enviaran al tribunal imperial (*cesare apello*), Saulo-Pablo hacía el papel de *apostoli*.

¿Hay que entender que este autor, uno de los grandes escritores eclesiásticos de los primeros siglos (fue el maestro de Orígenes), sugiere con medias palabras que esos hombres, tanto apóstoles como discípulos, se desinteresaron rápidamente de la misión que les había sido confiada por Jesús? Porque en los *Hechos de los Apóstoles* no se cuenta nada de ellos, y es verdaderamente curioso.

Quizá poseamos la explicación de esta prudente retirada por su parte en un pasaje muy curioso del Evangelio según Mateo: “Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, *aunque algunos vacilaron* ... Acercándose, Jesús les dijo ...”. (Mateo, 28, 16-17).

Así pues, al verlo a fin a plena luz, *a él o a su sosía, el hermano gemelo*²⁰, algunos de ellos, los menos ingenuos, creen que puede tratarse de una superchería. No es exactamente Jesús, al menos no el que fue crucificado en Jerusalén. Hay diferencias, el maquillaje de las pseudo-llagas no es perfecto, o bien se ha diluido un poco, y algunos estigmas de la Pasión, del rostro o la frente, están ausentes o son diferentes; y quizás el hermano gemelo no es un sosia rigurosamente exacto. Y de ahí esa duda discreta, esa reticencia cortés pero significativa, que condicionará luego su retirada de la leyenda que ya está en curso de elaboración. Ahora se comprende el motivo de la desaparición del primer Evangelio de Mateo, simple recopilación en arameo de sentencias, máximas, frases lapidarias, pronunciadas por Jesús mientras aún estaba vivo. La desaparición de ese texto se había producido ya en la época en que el gran Orígenes recopilaba todo el *hábeas* judeocristiano existente. En aquella época deplora y reconoce no tener a mano sino el segundo Mateo, el nuestro, el *pseudo-Mateo*.

Y más aún, hay un hecho muy extraño: sobre la pretendida llegada de Simón-Pedro a Roma y sobre su crucifixión cabeza abajo, a petición suya,²¹ las Epístolas de Pablo, de Juan, de Santiago, y los Hechos de los Apóstoles, guardan un mutismo total. Y en el siglo VI, Eusebio de Cesarea podrá decirnos, lleno de dudas:

“Los asuntos de los judíos estaban en ese punto. En cuanto a los santos apóstoles y discípulos de nuestro Salvador, estaban dispersos por toda la tierra habitada. Tomás, *según cuenta la tradición*, obtuvo en el reparto el país de los Partos, Andrés la Escitia, Juan Asia, donde vivió. Murió en Éfeso. Pedro parece haber predicado en el Ponto a los judíos de la Diáspora, y en Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, I, 1).

Rufino, en su traducción latina de la obra de Eusebio de Cesarea, añade lo siguiente después de Tomás: “Mateo obtuvo Etiopía, y Bartolomé la India anterior”. Poco antes, Eusebio nos había señalado, quizás involuntariamente, la vaguedad de la tradición petrina”:

“Se cuenta que bajo su reinado (de Nerón César), a Pablo le cortaron la cabeza en la misma Roma, y que aparentemente Pedro fue crucificado allí. Y esto lo confirma el hecho de que, hasta ahora, se da los nombres de Pedro y Pablo a los cementerios de dicha ciudad”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, II, XXV, 5).

Supongamos que un cataclismo destruyera nuestras bibliotecas. Dentro de dos milenios aproximadamente se deduciría que las ruinas del Arco de Triunfo albergan la tumba de un general llamado De Gaulle, basándose como todo argumento en:

- a) la presencia de una tumba y de un esqueleto, o de sus cenizas;
- b) el culto rendido el 11 de noviembre de cada año, durante lustros, al hombre allí inhumado;

²⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 60-69.

²¹ Los rebeldes políticos eran crucificados cabeza abajo (cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 225-226). Por lo tanto, no era necesario reclamarlo.

- c) el hecho de que semejante monumento no podía en modo alguno haber sido erigido sobre la tumba de un soldado de segunda clase, y para colmo completamente desconocido de identidad y de comportamiento guerrero;
- d) el nombre mismo, dado a la plaza sobre la que había sido erigido el Arco.

Y eso es lo que ha sucedido, poco a poco, con el nombre dado a ese cementerio en Roma, cuatro siglos después de la muerte de los interesados.

De hecho, los “santos apóstoles del Señor” no escribieron jamás nada de todo lo legendario que se nos presenta y administra desde hace veinte siglos bien cumplidos. Si dudáramos de ello nos bastaría con releer el *Dictionnaire de théologie catholique*:

“Clemente de Alejandría conoció también algunas tradiciones *orales* procedentes, no de los propios apóstoles, sino del medio apostólico ...” En otros pasajes recuerda ese carácter *oral*: “Los presbíteros no escribían”. (Cf. Clemente de Alejandría, *Ecogloe prophetae*, XXVII).

“Esta doctrina ha llegado hasta nosotros *oralmente (agrafos)* de los apóstoles ...” (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates*, VI, VII, 61).

Por esas declaraciones sin ambigüedad se ve lo que hay que creer sobre la autenticidad de los pseudo-Evangelios redactados por los mismos apóstoles.

Ezequías-har-Gamala

Los muertos de las batallas perdidas son las razones
para esperar que haya vencidos ...

MARCEL PAGNOL: *La Fille du puisatier*

En el año 46 antes de nuestra era, Herodes, segundo hijo de Antípater, es el gobernador de Galilea por orden de César. Tiene entonces unos veintisiete años. Después de innumerables persecuciones y combates, sus mercenarios idumeos y sirios consiguen capturar a Ezequías, que causa estragos en Siria, entonces provincia romana, desde sus inexpugnables reductos de la Alta Galilea. Herodes lo manda crucificar. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVII, X). Este episodio se sitúa, probablemente, en el año 43 antes de nuestra era.

Acto seguido, Herodes es citado a comparecer ante Hircano II, pontífice y rey de Israel, de la dinastía asmonea (los macabeos), quien le reprocha verbalmente la muerte de Ezequías. Herodes consigue hacerse absolver, tanto gracias a una buena defensa, como a la sombra enfurecida de Roma, que Hircano no se atreve a afrontar a pesar de todo (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, XVII); en efecto, el legado imperial interviene en seguida en su favor:

“Que quede exento Herodes de todo proceso, tanto si ha incurrido en falta como si no”. Esta es la imperativa orden que Sexto César, gobernador de Siria y pariente de Julio César, dirigió en esta ocasión a Hircano II. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, manuscrito eslavo, I, IV).

Tanto si ha incurrido en falta como si no ... Sexto César reconocía aquí implícitamente el carácter legítimo del combate llevado a cabo por Ezequías.

Y entonces se plantea otra cuestión: ¿Cómo Hircano II, *pontífice y rey de Israel*, pudo sentirse indignado por el hecho de que Herodes mandara ejecutar al cabecilla de unos bandoleros? Pues simplemente porque ese “bandolero” era, en realidad, el jefe de la estirpe real, un “hijo de David”; ese rey “en potencia” probablemente había recibido ya la *unción* entre sus seguidores, y su bandolerismo era, de hecho, la manifestación de la resistencia judía. Hircano II, aunque tenía un sucesor legítimo en la persona de su hermano Aristóbulo II, no debió olvidar que la dinastía asmonea era una usurpadora del trono de Israel, y que la legitimidad real y religiosa, asociadas, reposaban en el seno de la filiación davídica. Porque, como pontífice supremo, no olvidaría la promesa divina, esa promesa que el profeta Natán recibió del Eterno y que tenía orden de comunicar a David:

“Cuando tus días hayan llegado al colmo y hayas reposado con tus padres, yo haré subsistir la *semilla* que saldrá de tus vísceras ... Por eso serán estables tu casa y tu reino para siempre ante mí ... (Cf. II Samuel, 7, 12, 16).

Pues bien, ese Ezequías tenía un hijo, que le sucedería en cabeza del movimiento.

Juda-har-Gamala

La Guerra y el Hambre vagaban por nuestras ciudades,
 Y nosotros gritábamos, desesperados, en los suplicios:
 ¿Cuándo vendrás a nuestro lado, Libertad?
 ¡Cuánto tardas, Justicia!

MAURICE MAGRE, *Le Poète et la Cité, la Liberté*

“Había asimismo un tal Judas, hijo de Ezequías, aquel temible cabecilla de bandoleros a quien antaño Herodes no consiguiera aprehender sino tras las mayores dificultades. Ese Judas reunió alrededor de Séforis, en Galilea, una tropa de desesperados, y efectuó una incursión en el palacio real. Se apoderó de todas las armas que se encontraban allí, equipó con ellas a todos cuantos le rodeaban, y se llevó todas las riquezas que había recogido de dicho lugar. Aterrorizaba a todo el contorno a causa de sus razzias y sus saqueos, que tenían como meta alcanzar una elevada fortuna e incluso *los honores de la realeza*, ya que esperaba elevarse a dicha dignidad, aunque no mediante la práctica de la virtud, sino precisamente mediante los excesos de la injusticia” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVII, X).

Dejemos a Flavio Josefo y su encono rencoroso (porque se las tuvo con los zelotes), y constatemos que, de hecho, al apoderarse del palacio real de Séforis, y al expulsar de él a aquellos a los que consideraba usurpadores (Herodes el Grande y toda su corte), Judas,bar-Ezequías no hizo sino vengar a su padre y recuperar sus legítimos bienes. Y más cuanto que hay una zona de sombras bastante misteriosa en todo eso. Pronto lo veremos. María-Bath-Ioachim, la madre de Jesús y la esposa de Judas de Gamala, *había nacido en Séforis*, y en esa primera fase entrada en guerra, Judas-bar-Ezequías quizá tenía otras cuentas que arreglar de las que no sabemos ya nada, *pues María era también de filiación davídica, y su familia era rica*, como pronto veremos.

Y esto tiende a demostrar que Judas de Gamala y su padre Ezequías no fueron unos bandoleros ordinarios, como pretende Flavio Josefo, sino que existió una doctrina, que fue elaborada por él y que luego se convirtió en la de todo su movimiento. En sus *Antigüedades judaicas*, Flavio Josefo nos describe cuatro sectas que se reparten el pueblo hebreo. Cita primero a los *fariseos* y los *saduceos*, luego a los esenios. Y a continuación una cuarta:

“Pero un tal Judas el Gaulanita, de la ciudad de Gamala, se acompañó de un fariseo llamado Saddoc, y se precipitó en la sedición. Pretendían que dicho censo no traía consigo sino una servidumbre completa, y apelaban al pueblo a que reivindicara su libertad ... La cuarta secta filosófica tuvo como autor a ese Judas el Galileo. Sus sectarios concuerdan en general con la doctrina de los fariseos, pero sienten un invencible amor por la libertad, ya que juzgan que *Dios es el único jefe y el único señor*”.(Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, I).

Ese Judas de Gamala, llamado también Judas de Galilea o Judas el Galaunita, cuyo nombre de circuncisión era Judas-bar-Ezequías, murió en el curso de la segunda revolución del año 6 de nuestra era. Tuvo varios hijos, de los cuales por lo menos seis perecieron de muerte violenta, en manos de Roma y de sus procuradores. El más célebre fue, evidentemente, Jesús, su hijo primogénito.

Simón-Pedro

Algunos eruditos dicen que san Pedro no estuvo jamás en Roma; y el papa lo tuvo muy difícil a la hora de replicar a tales sabios ... Sólo san Pablo es indudable que estuvo allí ...

MARTÍN LUTERO, *Wider das Papsttum vom Teufel gestiftet*

De hecho, la leyenda de la muerte de Simón-Pedro en Roma no apareció ni tomó cuerpo hasta principios del siglo III. Ya precisamos las circunstancias en una obra precedente.²² Por eso es por lo que el papa Pío XI (cardenal Achille Ratti, 1857-1939) pudo declarar, en privado, naturalmente, que en su opinión “era seguro que san Pedro no puso jamás los pies en Roma ...”. Es evidente.

Y, en efecto, Simón-Pedro desaparece bruscamente, y en sólo unas líneas, de los Hechos de los Apóstoles. Había sido detenido por orden de Herodes Agripa I (rey de Judea desde el año 37, rey de Judea y de Samaria desde el año 41, muerto en el 44). Simón-Pedro estaba encadenado, durmiendo entre cuatro soldados del citado Herodes Agripa. Un ángel se le apareció en el curso de la noche, y las cadenas se soltaron. Siguió al ángel, y las puertas se fueron abriendo solas, misteriosamente, ante él. Una vez en la calle, el ángel desapareció y Pedro recuperó el contacto con la realidad. Se dirigió entonces, a toda prisa, a casa de “María, madre de Juan, de sobrenombre Marcos”, se dio a conocer a la sirviente Rodeh a través de la puerta, y mandó aviso a Santiago y a sus hermanos de su liberación. Eso significa que: “Después salió y se fue a otro lugar ...”. (Cf. Hechos de los Apóstoles, 12, 6 a 17). Y ya está ...²³

Eso es todo, y nunca más oiremos hablar de Simón-Pedro en el relato apostólico. Y Dom J. Dupont O. S. B., cuya versión de los Hechos de los Apóstoles seguimos en la Biblia de Jerusalén, concluye, tranquilizado en lo que se refiere a la suerte de Simón-Pedro, pero sin demostrar tampoco demasiada curiosidad por lo que sigue: “Encontramos aquí una pequeña historia llena de vida, de detalles pintorescos, de *prodigios populares* ...”. (op. cit., pág. 115).

De prodigios populares. Recordemos el término, es perfecto. Al menos este exégeta no es víctima de toda esa perpetua fantasmagoría. Porque relatar el fin de Simón-Pedro y de Jacobo-Santiago, crucificados ambos en el año 47 en Jerusalén, por orden de Tiberio Alejandro, procurador de Roma, “por ser hijos de Judas de Gamala”,²⁴ sería descubrir el pastel.

Pero es evidente que el tal Simón, como todos los demás, *murió en Palestina*.

²² Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, p. 82.

²³ M. GUY FAU, crítico tan “racionalista” como distinguido, y que tuvo a bien hacernos el honor de atacarnos por nuestra tesis de un Jesús zelote, se tomó la molestia de redactar 522 páginas para demostrarnos la inexistencia del personaje (lo que exige, después de su lectura, varios comprimidos de Alka Seltzer). No obstante, en su inmerecida benevolencia, nos dice que “sin embargo parece que puede admitirse la existencia de los tres apóstoles, Santiago, Pedro y Juan”. (op. cit. P. 333). Ya se ve que es posible tener discípulos sin necesidad de existir uno mismo.

²⁴ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, p. 81.

Por tratarse de una región sometida por excelencia a revoluciones esporádicas, esta provincia estaba sujeta a una vigilancia especial por parte de las autoridades romanas. Y si se tienen en cuenta los puestos militares, con barreras, y a veces incluso puertas (como las famosas *Puertas cilicias* que separaban Siria de Cilicia y obturaban un estrecho desfiladero), puestos que cortaban todas las vías de comunicación, y que había que franquear necesariamente para pasar de una provincia a otra (abonando las inevitables tasas de paso, como es obvio, tanto para los hombres como para los animales), teniendo en cuenta que había que justificar de manera válida una petición de embarque con destino a Italia, a causa del decreto de Tiberio César (en el año 19), confirmado por el de Claudio (en el 49), por el que se expulsaba de Italia a los judíos libres, y no se permitía que permanecieran allí más que los esclavos del lugar y que eran propiedad de un dueño, teniendo en cuenta todas esas considerables dificultades, no vemos como Simón-Pedro, llamado el Zelote, es decir, el Sicario, o también Simón Ishkarioth, es decir, el “matador” (Lucas, 6, 15, y Hechos, 1, 13), con tal reputación, habría podido obtener de las autoridades romanas ocupantes el permiso y el visado que le facilitaran un viaje a Roma, capital del Imperio Romano.

Y además, ¿a qué habría ido allí? Todo el movimiento zelote, que desde que se produjera la muerte de Jesús, su hermano mayor,²⁵ lo dirigía él, ayudado por Jacobo-Santiago, “hermano del Señor” (Cf. Pablo, Epístola a los gálatas, 2, 9), tenía sus intereses y sus móviles, así como las actividades políticas que resultaban de todo ello, exclusivamente en Palestina. Recordemos la recomendación de Jesús:

“*No vayáis a los gentiles ni penetréis en ciudad de samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel ...*” (Mateo, 10, 5-6, y 15, 24).

Y Clemente de Alejandría (*Stromates*, VI, V, 43), y Eusebio de Cesarea (*Historia eclesiástica*, V, XVIII), cuentan que Jesús ordenó a los apóstoles que no se alejaran de Jerusalén durante doce años. Esto nos lleva al año 47 de nuestra era, y *este año es precisamente el de la muerte de Pedro y de Santiago, crucificados en Jerusalén*.

Como se ve, esos versículos constituyen la negación misma de la misión que se atribuirá pronto Saulo-Pablo, y justificarán la desconfianza, y luego la hostilidad, que le testimoniarán los sucesores de Jesús en la cabeza del mesianismo político.

Por otra parte, intentando afirmar esa estancia de Pedro en Roma, el papa Pío XII hizo efectuar largas y costosas excavaciones a fin de probar que sus restos habían sido descubiertos bajo la basílica de San Pedro de Roma. De hecho, sólo se encontraron, en un escondrijo de las murallas de la base, algunas osamentas indidentificables. También podía tratarse de los vestigios de un *sacrificio de fundación*, rito trágico que los *collegia* romanos de constructores conservaron durante largo tiempo, ya que, incluso bajo los emperadores cristianos, las familias prohibían a los niños y a los adolescentes que, al caer la noche, se acercaran a las grandes canteras de construcción.

Por cierto que, tras esta burla oficial, el R.P. Maxime Gorce, arqueólogo y *provincial* de los dominicos, abandonó indignado la Iglesia católica, y se pasó a la Iglesia anglicana.

De todos modos, esos restos tan penosamente descubiertos serían la contradicción de lo que se ofrece a la veneración de los fieles en la basílica de San Juan de Letrán, a saber, un tabernáculo, encima del altar papal, que encierra, según la tradición de la Iglesia, *los cráneos de Pedro y de Pablo*. Dicha basílica, construida originariamente por el papa Milcíades por orden de Constantino, destruida y restaurada varias veces, incendiada en el año 1308, reconstruida por Clemente V, vuelta a incendiar en 1360, vuelta a reconstruir bajo Urbano V, debe quizás todas sus desgracias al bien conocido antagonismo de esos dos apóstoles, que no podían sufrirse mutuamente.

²⁵ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, p. 81

Y esa enconada antipatía se perpetuaría entonces *post mortem*, sobre todo si Saulo-Pablo estaba detrás de la detención y la ejecución de Pedro y de Santiago, como todo tiende a hacer creer.

Hemos estudiado en otra obra la técnica de las “*interpolaciones con reenganche*” que utilizaron (y de las que abusaron) nuestros falsificadores anónimos del siglo IV.²⁶

Aquí nos limitaremos a poner de manifiesto la que fue utilizada por los mismos para hacer creer que Jesús había confiado la dirección de su “iglesia” a Simón-Pedro. Pretensión que, por otra parte, cae por sí misma si se recuerda que, para él, la creación de una organización religiosa con proyección en el futuro era absolutamente impensable, ya que el citado Jesús afirmaba que el fin del mundo estaba próximo y que todo eso debía suceder “antes de que esta generación pase”. (Mateo, 24, 34; Marcos, 13, 30; Lucas, 21, 32).

Pongamos, pues, en evidencia la impostura de los escribas “a las órdenes de ...”. Tomamos nuestras citas de la versión católica romana de Lemestre de Sacy:

MARCOS, 8, 27-30	MATEO, 16, 13-20	LUCAS, 9, 18-21
<p>“Iba Jesús con sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo, y en el camino les preguntó: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos le respondieron: Unos, que Juan el Bautista; otros que Elías, y otros, que uno de los profetas. Él les preguntó: Y vosotros, ¿quien decís que soy yo? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Mesías”.</p> <p>Fragmento interpolado</p> <p>“Y les encargó que a nadie dijeran esto de Él”.</p>	<p>“Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos contestaron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías u otro de los profetas. Y Él les dijo: Y vosotros, quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simón-Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”.</p> <p>“Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón <i>bar-jona</i>, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo a tí que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella”.</p> <p>“Entonces ordenó a los discípulos que a nadie dijieran que Él era el Mesías”.</p>	<p>“Aconteció que, orando Él a solas, estaban con Él los discípulos, a los cuales preguntó: ¿Quién dicen las muchedumbres que soy yo? Respondiendo ellos, le dijeron: Juan Bautista; otros, Elías; otros, que uno de los antiguos profetas ha resucitado. Díjoles Él: Y vosotros, ¿quien decís que soy yo? Respondiendo Pedro, dijo: El Ungido de Dios”.</p> <p>“Jesús les prohibió <i>con amenazas</i> decir esto”.</p>

Es fácil constatar que el famoso pasaje conocido como el de las “llaves” fue interpolado, y eso en una época en que hubo que imponer la supremacía del obispo de Roma sobre todas las demás. El Evangelio de Juan, por su parte, ignora todo esto.

En conclusión, aparte del principio de los Hechos de los Apóstoles (1, 13), donde se evoca su existencia aunque de forma muy rápida, no sabemos nada canónicamente válido sobre esos once

²⁶ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 94-95. (Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1985).

hombres, ya que el que hacía doce había sido ejecutado por ellos o por orden suya, como consecuencia de su traición (sobre la muerte de Judas Iscariote remitimos al lector a la obra precedente).²⁷

Tal como señala monseñor Duchesne, y antes de él Clemente de Alejandría, todos desaparecieron de pronto y sin hacer ruido en la historia. *Ese silencio fue intencionado*. Muchos siglos después, un dominico italiano, Jacques de Voragine, que murió en 1298, redactó un amplio compendio hagiográfico al que tituló, con toda franqueza, *Legenda áurea*, es decir, *La leyenda dorada*. Por lo tanto, no se trata sino de leyendas y de nada más, de lo contrario habría titulado su libro *Historia aurea*, *Historia dorada*. Además, uno puede preguntarse de qué documentos, ignorados o desconocidos, habría podido disponer en el siglo XIII, aparte de los archivos secretos del papado. Y si esas piezas hubieran existido en regla, y hubieran sido conservadas, no dejarían de exponérnoslas todavía en nuestros días. Y tal no es el caso.

Pero el método histórico debe ser implacable, y no se debe detener ni limitar por ningún tabú. Además, el verdadero historiador y curioso por naturaleza; hay en él algo de juez de instrucción. Y, como deformación profesional, todo silencio le parece sospechoso, pues es una negativa a dar respuesta. Por consiguiente, esa negativa oculta algo muy importante, y por lo tanto es ahí donde hay que ahondar. En contrapartida, el historiador conformista no es sino un simple *historiógrafo*, un dócil compilador, y su papel es muy diferente.

Partiendo de esos principios básicos, nosotros profundizaremos en la segunda parte del “*secreto de la Iglesia*”²⁸, ese secreto evocado por el juramento del obispo el día de su consagración, y secreto del que el pontifical romano sólo habla en singular: *concilium vero ...*

Esta segunda parte del secreto tiene relación con los “*hijos de David*”. Por lo tanto es conveniente estudiar antes sus características genealógicas.

Volvamos, pues, ahora a los otros hijos de Judas de Galilea, y veamos lo que dice al respecto Flavio Josefo:

“Fue bajo este último precursor (Tiberio Alejandro) cuando sufrió Judea la enorme carestía de víveres que hizo que la reina Elena (reina de Abdiadena) comprara trigo a Egipto a elevado precio para distribuirlo a los indigentes, tal como he dicho antes. Fue también en aquel momento cuando apresaron a los hijos de Judas de Galilea, quien había incitado al pueblo a rebelarse contra los romanos cuando Quirino procedía al censo de Judea, como hemos contado precedentemente. *Esos dos eran Jacobo y Simón. Alejandro ordenó crucificarlos ...*”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, V, 2).

Es evidente que Jacobo, nombre hebreo, es nuestro Santiago apóstol (en latín: *Jacobus*; en griego: *Jacobos*). Su compañero es nuestro Simón, por sobrenombre Pedro. Y por esta razón es por lo que no se encuentra ya ningún rastro más de él después del sínodo de Jerusalén (Hechos de los Apóstoles, 15), ni tampoco de su hermano Santiago, alias Jacobo.

Eusebio de Cesarea, en su *Historia eclesiástica*, lo único que confirma es que se hallaba en Jerusalén “durante la época del hambre” (op. cit., III, vii, 8), lo que nos confirma que se trata, efectivamente, de nuestro personaje. No encontramos, pues, en los años 46-47, y todo coincide a la perfección.

²⁷ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, p. 274-286.

²⁸ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, p. 16-17.

Así pues, Simón-Pedro y Santiago el Mayor,²⁹ alias Simón-bar-Juda y Jacobo-bar-Juda según sus nombres de circuncisión, fueron crucificados *juntos*, en Jerusalén, bajo el procurado de Tiberio Alejandro.

Obsérvese también que siempre se les cita como inseparables: “Luego, pasados tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas (alias Simón-Pedro), a cuyo lado permanecí quince días. A ningún otro de los apóstoles vi, si no fue a Santiago, el hermano del Señor”. (Cf. Pablo, Epístola a los Gálatas, 1, 18-19).

Simón-Pedro no murió, por lo tanto, en Roma en el año 64 o 67 (no se está muy seguro de la fecha), crucificado cabeza abajo a petición suya. Faltaría, pues, saber *dónde estuvo y qué hizo* durante los diecisiete o veinte años que separan el año 47, en que desaparece del nuevo Testamento, bajo Claudio César, de su pretendida muerte en Roma, en el 64 o 67.

Ahora bien, Simón-Pedro y Santiago, su hermano, tienen otros varios hermanos más, y esto no lo inventamos:

“¿No es acaso el carpintero,³⁰ hijo de María, y el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no viven aquí entre nosotros ...? (Marcos, 6, 3).

Jesús, por otra parte, hace una alusión muy clara a sus relaciones familiares y de sangre con Simón-Pedro, cuando le dice:

“Bienaventurado tú, Simón *bar-jona* (en acadio: el anarquista, el fuera de la ley), porque *no es la carne ni la sangre* quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos ...” (Mateo, 16, 17).

Lo que quiere decir claramente que el hecho de que Jesús sea el Cristo, en hebreo el *Messiah* tan esperado, Simón-Pedro lo reconoce no por efecto de una simple tradición familiar, a causa de los lazos de la carne y de la sangre, sino por una verdadera intuición espiritual de origen divino. Lo que implica, por otra parte de Jesús, la confesión implícita de los lazos familiares y de sangre con Simón-Pedro, cosa que nos ha ocultado siempre cuidadosamente.

Sobre la absoluta certeza de que los términos de *hermanos* y *hermanas* no deben tomarse en el sentido de *primos* y *primas*, y sobre la demostración que de ello hicimos, remitimos a la obra precedente.³¹

Ese “carpintero” del que habla Marcos es Jesús.

Y entonces, silogismo inatacable, si Santiago (Jacobo) y Simón (Simeón) son *hermanos de Jesús*, y si son asimismo *hijos de Judas de Galilea*, es que este último también lo es. Y si este descubrimiento satisface al historiador equilibrado y sincero, es porque puede concluir que María, su madre carnal, lo concibió como se concibe a todos los hijos de los hombres. Ningún arcángel vino a fecundarla en nombre de un Espíritu Santo, tercera “persona” de una trinidad divina desconocida en Israel, ya que

²⁹ Los exégetas no están de acuerdo sobre cuál es el Santiago a quien corresponde el sobrenombre de *Mayor* y a cual conviene aplicarle el de *Menor*. Uno era hermano de Jesús, el otro de Juan. Hablaremos de ello más adelante.

³⁰ En hebreo, *heresh* significa a la vez *carpintero* o *mago*; por lo tanto es difícil decir cuál de las dos acepciones debe tenerse en cuenta. Los escribas griegos del siglo IX eligieron, evidentemente, *carpintero* para sus traducciones de las fuentes judías, porque confesar que era mago ...

³¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, p. 60 y ss.

semejante hipótesis habría constituido una blasfemia sobre la unicidad divina. Y, lo que es más, *los discípulos de Juan el Bautista ignoraron siempre que hubo un Espíritu Santo*:

“Él (Pablo) halló allí algunos discípulos y les dijo: “¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?”. Ellos le contestaron: “Ni siquiera hemos oído que exista un Espíritu Santo? ...” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 19, 1-3).

Observemos de paso que María fue milagrosamente fecundada *por la oreja*, como asegura a veces el pueblo ordinario en son de burla:

“En el mismo instante, mientras la virgen santa decía esas palabras y se humillaba, el Verbo de Dios penetró en ella por su oreja ... Y en el mismo momento comenzó el embarazo de la santa virgen”. (Cf. *El libro armenio de la infancia*, V, 9).

Hay que confesar que para la población judía, imbuida de la célebre salmodia ritual: “*;Schema Israel! ¡Adonai elohenou! ¡Adonai echad!* ...”, es decir, “¡Escucha, oh Israel! Yavé es nuestro Dios, Yavé es UNO SOLO ...” (Deuteronomio, 6, 4), ver que les enseñasen que hay tres dioses diferentes en uno solo representaría pura y simplemente una blasfemia.

Por otra parte, la afirmación injuriosa, lanzada ulteriormente por algunos talmudistas, de que Jesús fue el bastardo adulterino de María y de un legionario sirio llamado Bar-Panteros, no tiene fundamento, una vez descubierto su esposo real, padre legítimo de sus hijos.

Y ahora vamos a poder establecer la ficha de filiación de cada uno de los otros apóstoles, y ver qué fue de ellos.

Para hacer memoria, recordemos sus nombres dados por Mateo (10, 2), Lucas (22, 14), y Hechos (1, 2). Son: Simón, Andrés, Santiago el Mayor, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo, Judas Iscariote.

No hacemos figurar al duodécimo, llamado Simón, porque ya hemos demostrado su identidad como Simón-Pedro.

No obstante, nos parece necesario efectuar un último resumen en lo referente a él, ya que hay contradicciones que no pueden reducirse a silencio si no se aportan argumentos apropiados: por lógica, el Simón apodado el Zelote (Lucas, 6, 15; Hechos, 1, 13), el Cananeo (Marcos, 3, 18), o el Iscariote (Juan, 6, 70), al que Jesús llama *bar-jona* (en acadio: fuera de la ley), al que Herodes Agripa I hace apresar en Jerusalén el año 45 de nuestra era (Hechos, 12, 3), es el mismo personaje que el Simón hijo de Judas de Gamala, y por lo tanto igual de zelote que su padre, y a quien el procurador Tiberio Alejandro mandó crucificar con su hermano Jacobo (*Santiago*) en el año 47 en Jerusalén (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, c, 2).

Negar esta identidad nos parece, por lo tanto, una gran imprudencia, ya que sería subrayar que Jesús no se rodeaba sino de extremistas, partidarios de toda violencia.

No podemos dejar el personaje de Simón-Pedro sin mostrar una vez más la desvergonzada falsificación sufrida por la historia, al pasar por el cálamo de los escribas anónimos del siglo IV. Veamos un mismo episodio, relatado primero por Flavio Josefo, y luego por ellos:

“Sucedío que un judío de Jerusalén, llamado Simón, *que tenía la reputación de conocer bien la ley, convocó a la multitud a una asamblea* mientras el rey (Herodes Agripa I) había partido hacia Cesarea, y osó acusarlo de impuro y de merecer ser expulsado del Templo, cuyo acceso no estaba permitido sino a las gentes del país. Una carta del prefecto de la ciudad hizo saber al rey que Simón

había arengado así al pueblo, el rey le mandó acudir a Cesarea y, como entonces se encontraba en el teatro, le hizo tomar asiento a su lado. Luego, con calma y suavidad, le dijo: “Dime si hay aquí algo que esté prohibido por la Ley ...”. el otro, no sabiendo qué responder, le rogó que le perdonara. Entonces el rey se reconcilió con él más rápido de lo que se esperaba, puesto que juzgaba que la suavidad era más digna de un rey que la cólera, y sabía que a la grandeza le conviene más la moderación que el arrebato. *Y dejó ir a Simón, después de haberle ofrecido incluso un presente*. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIX, VIII, 4).

Es evidente que este episodio es el equivalente de aquel de los Hechos en el que vemos a Simón-Pedro y a los otros que “estando todos reunidos en el pórtico de Salomón, nadie de los otros se atrevía a unirse a ellos, pero el pueblo los tenía en gran estima”. (Cf. Hechos de los Apóstoles, 5, 12-13). Porque si no se atrevían a unirse a ellos, es que sus arengas eran muy comprometedoras, no se trataba de los lugares comunes sobre el amor al prójimo o la buena conducta moral. Y por eso el prefecto de Jerusalén, que representaba al rey Herodes Agripa I, se creyó en la obligación de advertir a este último. La continuación, como acabamos de leer en Flavio Josefo, reza con aquello de que bien está lo que bien acaba, y ese relato está dentro de la plausibilidad más evidente. Pero veamos en qué se convierte esa historia bajo la pluma de nuestros piadosos falsificadores:

“Por aquella misma época, el rey Herodes se puso a maltratar a algunos miembros de la Iglesia, y dio muerte, por la espada, a Santiago, hermano de Juan.³² Viendo que esto era del agrado de los judíos, mandó apresar también a Pedro. Esto sucedía durante los días del pan ácimo. Después de haberlo capturado y encarcelado, lo puso bajo la guardia de cuatro escuadras de cuatro soldados cada una, con la intención de hacerlo comparecer ante el pueblo después de Pascua. Así pues, Pedro estaba en prisión, y la Iglesia no cesaba de dirigir oraciones a Dios, rogando por él.

“La noche que precedió al día en que Herodes iba a hacerlo comparecer, Pedro, sujeto por dos cadenas, dormía entre dos soldados; y había unos centinelas delante de la puerta, guardando la prisión. Y he aquí que apareció un ángel del Señor, y una luz brilló en la mazmorra. El ángel despertó a Pedro, dándole unos golpecitos en el costado y diciéndole: “¡Levántate rápido!”. Las cadenas cayeron de sus manos. Y el ángel le dijo: “Ponte el cinturón y las sandalias”. Y así lo hizo. El ángel le dijo aún: “Envuélvete con tu manto y ségueme”. Pedro salió y lo siguió, sin saber que lo que hacía el ángel era real, e imaginando que era víctima de una visión. Cuando hubieron pasado la primera guardia, y luego la segunda, llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad, y ésta se abrió sola delante de ellos, salieron y se adentraron en una calle. Y en seguida el ángel abandonó a Pedro.

“Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: “ahora me doy cuenta de que realmente el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío”. Después de haber reflexionado, se fue a casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban muchos reunidos y orando. Golpeó la puerta del vestíbulo y salió una sierva llamada Rodeh, que luego que conoció la voz de Pedro, fuera de sí de alegría, sin abrir la puerta, corrió a anunciar que Pedro estaba en el vestíbulo. Ellos le dijeron: “Estás loca”. Insistía ella en que era así, y entonces dijeron: “Será su ángel”. Pedro seguía golpeando, y cuando le abrieron y le conocieron, quedaron estupefactos. Haciéndoles señal con la mano de que callasen, Pedro les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió: “Contad esto a Santiago y a los Hermanos”. Después salió y se fue a otro lugar”. (Cf. Hechos de los Apóstoles, 12, 1-17).

Todo comentario sería, evidentemente, inútil. Pero aún así y todo, nos permitimos asombrarnos de que Simón-Pedro, que estaba tan severamente vigilado, hubiera podido conservar al alcance de la mano todo su pequeño equipo: manto, cinturón y sandalias.

³² Ahora se sabe por Flavio Josefo que eso es falso (véase el capítulo 7).

Y del mismo modo, es igual de sorprendente que el redactor anónimo de los Hechos de los Apóstoles, que se nos afirma que fue Lucas, secretario de san Pablo³³, quien frecuentó a Pedro, ignore todo cuanto se refiere al lugar adonde acudió este último, así como las actividades posteriores de éste. Porque *nunca jamás* vuelve a aparecer Pedro en los relatos de los Hechos, y tan sólo nos enteramos de su suerte última a través de Flavio Josefo.

Hay todavía un punto que señalar sobre la inexistencia de la noción de un pontífice a principios del siglo IV: Eusebio de Cesarea, al redactar su célebre *Historia eclesiástica*, en su primera mitad, no conoce otra cosa en Roma que un *obispo* como los demás. Júzguese:

“Los mismos recomendaron a Ireneo, que entonces era el sacerdote de la cristiandad de Lyon, *al obispo de Roma* del que se acaba de tratar ... (op. cit. V, IV, 1).

El canónigo Bardy, en sus anotaciones a las traducciones de Eusebio, observa (op. cit, V, IV, 2):

“El título de padre no es aquí sino un término de respeto. Se sabe que, más tarde, bajo la forma de “papa”, se convertirá en el título reservado al obispo de Roma”.

Esto aparece subrayado todavía por otro pasaje de Eusebio:

“Para mí, he recibido esta regla y este modelo de nuestro bienaventurado papa Heraclas” (Op. cit. VII, VII, 41).

Ahora bien, Heraclas era simplemente obispo de *Alejandría*. De ahí la nota del canónigo Bardy:

“La palabra *papa* se aplica todavía en esta época a todos los obispos”.

Sobre lo de “obispo de Roma”, simplemente, y no “el papa”, citemos todavía, del mismo Eusebio de Cesarea: *Historia eclesiástica*, V, XXIV, 9; XXV, 14; XL, III, 3; VI, XLVI, 3; IV, V, 2; VII, V, 3, VI; VII, VII, 6; V, 21, etcétera.

Así pues, en el siglo IV, para el historiador oficial de la Iglesia de los primeros siglos, *no existe ningún papa cabeza de la Iglesia, sólo hay un obispo de Roma, sin más, igual, pero no superior, a todos los demás*. Y se necesitarán siglos y siglos para llegar a ver a los fieles, ignorándolo todo de la historia de su religión, prosternarse ante un hombre casi deificado, y besar devotamente *su sandalia*, con gran escándalo de los primeros doctores de la Reforma.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

En los Hechos de los Apóstoles (9, 36-42), vemos a Simón-Pedro resucitando a un tal Tabitha-Dorcas, que figura “entre los discípulos” (*sic*) y que vive en Joppe.

Ahora bien, en la *Guerra de los judíos*, de Flavio Josefo, vemos a un tal Juan (Iochanan), de la ciudad de Gischala de Galilea, jefe zelote insurrecto, levantado contra Roma, que “... queriendo matar también a aquellos, envió a un asesino llamado Tabitha ...”. (op. cit., IV, II, manuscrito eslavo).

Y el manuscrito griego de la misma obra lo dice: “... hijo de Dorcas”, es decir, en hebreo: X...-bar-Tabitha. A partir de ahí es fácil establecer nuestro silogismo.

³³ ¿Fue Lucas realmente el secretario de Pablo? Monseñor Ricciotti, historiador de la Iglesia, lo duda.

- a) *mayor*: Tabitha-Dorcas es una discípula de Jesús (Hechos, 9, 36), y figura entre ellos, en Joppe;
- b) *menor*: esta Tabitha-Dorcas tiene un hijo, llamado X...-bar-Tabitha, que es un *sicario*, bajo las órdenes de Juan de Gischala, jefe zelote insurrecto;
- c) *conclusión*: esos “discípulos de Jesús” no son, pues, otra cosa que zelotes, que cuentan entre ellos elementos todavía más extremistas (sicarios), cosa que la continuación nos confirmará (véase el capítulo 8), ya que, según Flavio Josefo, ese Juan era: *galileo, mago y aspirante a la realeza*, lo que demuestra que era, más que probablemente, “hijo de David” él también.

Como se ve, caemos sin cesar en los mismos ambientes, y no salimos de la misma familia.

Sobre la pseudotumba de Pedro en Roma, cf. MAXIME GORCE, *La vérité avant tout* (París, 1959, J. Vitiano édit.).

Los hermanos Santiago

Son los ricos los que os oprimen y os arrastran ante los tribunales, y son ellos los que blasfeman del hermoso Nombre que ha sido invocado sobre vosotros.

Epístola de Santiago, II, 6-7

Si dudáramos de que el Santiago de la *Epístola* es un zelote, nos bastaría con continuar la lectura, pues es muy edificante sobre este particular:

“¡Ahora os toca a vosotros, ricos! ¡Llorad, gritad por las desgracias que va a abatirse sobre vosotros! Vuestras riquezas están podridas, y vuestras vestiduras roídas por los gusanos. Vuestro oro y vuestra plata están oxidados, y su herrumbre se elevará en testimonio contra vosotros: como un fuego devorará vuestra carne. ¡Habéis amasado vuestros tesoros en los últimos días! ¡Grita contra vosotros el salario de los obreros que han hecho la mies en vuestros campos y del que les habéis privado! Y los gritos de esos segadores han llegado hasta los oídos del Señor de los Ejércitos ...”³⁴ (*Op. cit.* V, 1-5).

Está muy claro, y tanto más cuanto que la citada *Epístola* está dirigida “a las doce tribus que están dispersas”, es decir, a toda la Diáspora. Como observa muy exactamente Charles Guignebert:

“... El interés que se le concede es grande, porque aparece como *muy poco cristiana, muy judaizante, y antipaulina*). (Cf. Charles Guignebert, *Le Christ, I, I.*)

Sobre los dos apóstoles que llevan ese nombre, *el Mayor* y *el Menor*, reina una confusión probablemente intencionada, y organizada hacia el siglo IV. Eusebio de Cesarea nos dice, en efecto, lo siguiente:

“Hubo dos Santiagos: uno era el Justo, que fue precipitado desde el pináculo del Templo y golpeado hasta la muerte con un bastón de batanear, y el otro, que fue decapitado”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica, II, I, 5.*)

Sea lo que fuere, para Teofilacto, obispo de Acria, en Bulgareia, antes de 1078, la “*María, madre de Santiago*” citada en Lucas (24, 10), y evocada en Juan (19, 24-27), no es otra que la “*Théotokôs*”, es decir, *María madre de Jesús* (cf. Su *Comentario sobre el Protoevangelio de Santiago*, citado por el abad Emile Amann en *Protévangile*, París, 1910, Letouzey édit., *Imprimatur* París, 1910).

Tenemos, pues, un obispo de Oriente que, en el siglo XI, ignora, o niega, la perpetua virginidad de María, y que, lo que es más, sabe que Jesús y Santiago son verdaderos *hermanos*, en el sentido de consanguinidad de la expresión.

El canónigo G. Bardy, traductor, comentarista y anotador de la obra de Eusebio de Cesarea (*Imprimatur*: Divione, 1951), al pie de la página 50 del tomo cuarto añade las siguientes notas:

³⁴ *lawet Sabaoth*, en hebreo. Es de espíritu zelote a más no poder.

“(9) En este pasaje, Clemente (*Hypotypes*, libro VII) parece no conocer más que a dos Santiagos: el Justo y el hermano de Juan. Habría, pues, que concluir que identifica al Justo con el hijo de Alfeo, que es mencionado en los Evangelios como uno de los Doce; cf. M-J. Lagrange, op. cit., página 87. Esta conclusión no se impone en absoluto. En otro lugar (*Stromates*, VII, 93-94), Clemente hace de Santiago el Justo un hijo de José. Y lo mismo *Adumbrat.in epist. Canonicas*, fragmento 13, Staehlin edit., III, 206”.

“(10) Clemente de Alejandría, *Hypotypes*, fragmento 13, Staehlin edit., III, p. 199. Staehlin atribuye incluso la frase siguiente a Clemente. Por el contrario, los editores de Eusebio la atribuyen al historiador. Sobre estos fragmentos de las *Hypotypes*, véase Th. Zahn, *Forschungen*, III, p. 73 y ss.”

Intentemos ver claro, aunque no sea nada fácil.

Herodes Agripa I murió en Cesarea, en primavera, y probablemente el 10 de marzo del año 44 (en el calendario gregoriano, es decir, el 1 en el calendario juliano), de una muerte muy digna, como nos precisa Flavio Josefo (*Antigüedades judaicas*, XIX, VIII), y no escandalosa, como pretendiera el anónimo autor de los Hechos de los Apóstoles (12, 21-24). Sería él quien mandó decapitar a Santiago “hermano de Juan”, y por lo tanto “hijo de Zebedeo”, si damos crédito a los mismos Hechos (12, 1-2), y eso debió de tener lugar en Jerusalén, a la vez que procedía a la detención de Simón-Pedro. Ya hemos visto que todo eso era falso (véase el capítulo 6).

Desde ese momento, nos permitimos plantear algunas cuestiones bastante embarazosas:

- a) Si Santiago (Jacobo), hijo de Zebedeo y hermano de Juan, fue según los Hechos de los Apóstoles, decapitado a finales del año 43 o principios del año 44 en Jerusalén, por orden de Herodes Agripa I, ¿cómo pudo evangelizar España y *morir en ella*, si su tumba se encuentra oficialmente en la basílica de Santiago de Compostela, en la extrema punta noroeste de la España atlántica, lo que implica que tenía que haber pasado necesariamente por las “columnas de Hércules” (Gibraltar), cosa que, en aquella época, era una verdadera aventura marina?

En realidad, hasta el siglo VII no comenzaría a difundirse la leyenda de Santiago evangelizando España, y fue en la primera mitad del siglo IX cuando una estrella resplandeció encima de un campo, señalando así la tumba del apóstol, hasta entonces ignorada. El rey Alfonso II de Asturias aprovechó enseguida la ocasión y mandó erigir una iglesia que los árabes infieles, insensibles al piadoso engaño, hicieron demoler a continuación.

- b) Si fue sólo su cadáver el que fue milagrosamente transportado por los aires al famoso campo de “compostella”, ¿cómo pudo evangelizar España *una vez muerto*?
- c) Si de verdad evangelizó en vida España, *después de la muerte de Jesús*, y si, *tras regresar inmediatamente a Judea*, fue *decapitado allí en los años 43 o 44*, se plantean otras preguntas:
 - 1) ¿Cómo pudo en tan poco tiempo evangelizar esa misma España, y una región desconocida, donde la propia Roma apenas tenía acceso?
 - 2) ¿Por qué regresó inmediatamente a Judea, para que allí le decapitaran, ignorando así la suerte que le esperaba?
 - 3) ¿Por qué, después de esa ejecución, fue transferido milagrosamente su cadáver a la punta atlántica extrema de esa “provincia” romana, que no lo era más que de nombre, y que prácticamente se limitaba a sus regiones mediterráneas?

Porque, a fin de cuentas, el santuario de Compostela representa, desde hace numerosos siglos, un inmenso ingreso para la cristiandad, y la venta del Libro de los Hechos de los Apóstoles también. Entonces, pues, ¿cuál de los dos obtiene una recaudación ilícita, y por lo tanto impura?

Como se ve por todo esto, los escribas iniciales, deseosos de velar a cualquier precio la verdadera personalidad de los dos Jacobo-Santiago, se embrollaron mutuamente en sus redacciones trucadas. Y eso sucedió por falta de una sincronización de sus trabajos comunes, imposible de obtener en aquella época por la ausencia de comunicaciones regulares.

La verdad, como siempre, es mucho más sencilla. Recapitulemos.

Santiago el Mayor fue crucificado en el año 47, con Simón-Pedro, a la salida del sínodo de Jerusalén, durante la época de hambre que siguió a la nueva insurrección de los zelotes (véase el capítulo 6).

No fue en absoluto decapitado por orden del rey Herodes Agripa I, porque el rey benevolente y generoso que nos describe Flavio Josefo, el rey que perdona injurias y las calumnias de Simón-Pedro y lo deja marchar tras haberle hecho incluso algunos presentes (véase el capítulo 6), no tenía ninguna razón para hacer cortar la cabeza a su hermano, y es a Tiberio Alejandro, procurador de Roma, a quien hay que imputar esta doble crucifixión.

Y si damos crédito a Clemente de Roma en su *I Epístola* y a la carta de Ignacio de Antioquía a los romanos, Simón-Pedro debió de ser ejecutado después de haber sido *denunciado* (cf. Clemente de Roma, *I Epístola*, V). No es necesario buscar nada, el responsable de dicha denuncia fue Saulo-Pablo³⁵, y en ella estaba incluido también Santiago.

Santiago el Menor, por su parte, fue lapidado en el año 63, por orden de Ananías, pontífice de Israel y saduceo, es decir, de la casta conservadora y prorrromana, y bastante materialista, ya que rechazaba la inmortalidad del alma y las recompensas póstumas. Esta ejecución, como tuvo lugar durante la suspensión del *jus gladii*, por orden de Roma, y se situó en el intervalo de tiempo que separó la salida del procurador Festo y la llegada de su sucesor Albino, fue la causa de la destitución de Ananías. De todos modos, la condena fue aplicada por crímenes de derecho común: bandolerismo, saqueos, ataques a mano armada, aunque inspirados por móviles indiscutiblemente políticos, y los crímenes de derecho común dependían de la justicia romana, no de la del Sanedrín, pues éste no juzgaba sino los delitos religiosos. De ahí la sanción contra Ananías. Y aquí tenemos la prueba:

“Una vez muerto Festo, Nerón dio el gobierno de Judea a Abino, y el rey Agripa quitó el sumo sacerdocio a José, para dárselo a Ananías, hijo de Ananías. Ese Ananías padre fue considerado como uno de los hombres más afortunados del mundo, ya que gozó tanto como quiso de dicha dignidad, y tuvo cinco hijos, que la poseyeron, todos, después de él, cosa que jamás sucedió a ningún otro. Ananías, uno de ellos, y del que hablamos ahora, era un hombre audaz y emprendedor, y de la secta de los saduceos, que, como hemos dicho, son los más severos de todos los judíos, y los más rigurosos en sus juicios. Escogió el período en que Festo había muerto, y Albino todavía no había llegado, para reunir un consejo ante el que hizo presentarse a Santiago, hermano de Jesús, de sobrenombre el Cristo, y a algunos otros, los acusó de haber contravenido a la Ley, y los condenó a ser lapidados. Esta acción desagradó extraordinariamente a todos aquellos de los habitantes de Jerusalén que tenían piedad y un verdadero amor por la observancia de nuestras leyes. Enviaron secretamente al rey Agripa, para rogarle que ordenara a Ananías que no volviera a hacer nada semejante, ya que lo que había hecho no tenía excusa. Algunos de ellos fueron ante Albino, que había ido a Alejandría, para informarle de lo que había sucedido, y comunicarle que Ananías no habría podido ni debido reunir ese consejo sin su permiso. Él entró en sus sentimientos y escribió a Ananías encolerizado y amenazándole con que lo haría castigar. Agripa, al verle tan irritado contra él, le retiró el sumo

³⁵ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 79-92.

sacerdocio, que no había ejercido más que durante cuatro meses, y se lo concedió a Jesús, hijo de Damneus.

“Cuando Albino hubo llegado a Jerusalén, empleó toda su atención en *devolver la calma a la provincia, mediante la muerte de una gran parte de esos ladrones*. En esos mismos tiempos, Ananías, que era un sumo sacerdote de gran mérito, ganaba el corazón de todo el mundo. No había nadie que no lo honrara, a causa de su liberalidad”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XXI, VIII).

Es perfectamente evidente que todo ese fragmento del manuscrito de Flavio Josefo sufrió modificaciones de los monjes copistas, y además modificaciones poco inteligentes. Porque:

- a) Se nos dice que Ananías y sus hijos se sucedieron en el sumo sacerdocio, y a la vez que uno de ellos sucedió a un tal José. Hay, por lo tanto, contradicción;
- b) Se nos dice que Santiago, hermano de Jesús (es Santiago el Menor, porque el Mayor había muerto con Simón-Pedro en el año 47), fue lapidado junto con algunos otros por haber contravenido a la Ley judía. Ahora bien, esa misma Ley judía, de la que los saduceos eran observadores tan estrictos, prohíbe pronuncia varias condenas de muerte el mismo día. Contra eso es contra lo que protestaron los habitantes de Jerusalén, pero no contra el hecho de condenar a violadores de la Ley, porque el hecho de protestar por ello sería violar también la Ley ... ¿Santiago el Menor y esos “otros” fueron, pues, juzgados y condenados *por otros motivos?* ¿Cuáles?. Aquí están:
- c) El último párrafo de esa cita nos dice que Albino “empleó toda su atención en devolver la calma a la provincia, mediante la muerte de una gran parte de *esos ladrones*” Pero, *¿dónde se había hablado de ladrones en todo el texto precedente?* *En ninguna parte.* ¡Al menos no en el relato de los monjes copistas, porque en el de Flavio Josefo sí que se hablaba! Lo mismo que en los capítulos precedentes, ya que nos detalla las exacciones de los sicarios.

De hecho, el pasaje que los monjes copistas suprimieron cuidadosamente nos daba, en efecto, el relato de la ejecución de ese “Santiago (Jacobo), hermano de Jesús, de sobrenombre el Cristo”, pero no se trataba solamente de la violación de los usos *religiosos* de la Ley judía, sino de una violación del derecho común puro y simple. En ese pasaje retirado por los copistas figuraba el término de “ladrones”, ya que a él se refiere la continuación. Pero nuestros copistas más o menos ignoros, teniendo en cuenta la época (alta Edad Media), deletreando penosamente línea por línea, siguiendo con el dedo, palabra a palabra, no leían tan cómodamente como nosotros, y no vieron que su interpolación no cuadraba con la continuación del texto.

A fin de evitar utilizar una traducción contemporánea que pudiera reflejar los añadidos ideológicos y las preferencias religiosas de los traductores, hemos tomado el texto de Flavio Josefo en la traducción de Arnauld d’Andilly (1588-1674), traductor de varias obras religiosas, hermano mayor de Antoine Arnauld, el “gran Arnauld”, defensor de los jansenistas contra los jesuitas, y de Angélique, su hermana, abadesa de Port-Royal.

Santiago el Mayor murió, pues, a una edad bastante avanzada, hacia el año 63 de nuestra era. Y su muerte será muy rápidamente vengada por su sobrino Menahem, nieto de Judas de Gamala, y ese Menahem hará dar muerte a Ananías, en Jerusalén en el curso de la revolución de marzo del año 64, que preludió a la gran guerra judía que se declaró oficialmente en el año 66.³⁶

³⁶ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 244-245.

“Toda su vida –nos cuenta Epifano- Santiago se abstuvo de baños, y no se cortó ni los cabellos ni la barba”. Su muerte fue la de un judío ortodoxo a más no poder, según Flavio Josefo. Pero Hegesippo, citado por Eusebio de Cesarea (cf. *Historia eclesiástica*, II, XXIII), nos asegura que fue la de un buen cristiano. Poco limpio, en todo caso.

Y queda el “hermano Santiago”, llamado el Mayor.

Según los Hechos de los Apóstoles (12, 1), Herodes Agripa I lo mandó decapitar en Jerusalén. Eso es poco probable, dado que dicho soberano era piadoso, indulgente y bueno (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIX, VII).

“La naturaleza de ese rey lo inclinaba a ser benevolente por sus dones y a intentar dar a sus vasallos un alto concepto de su soberano ... Le alegraba complacer a las gentes, le gustaba que le alabaran su modo de vida, cosa en la que era totalmente diferente del rey Herodes (el Grande), su predecesor”. (Op. cit.)

Su comportamiento con Simón-Pedro confirma lo dicho por Flavio Josefo (véase el capítulo 6).

Como conclusión diremos que Santiago el Menor fue lapidado, efectivamente, por orden de Ananías, pontífice de Israel, por actividades zelotes y como guerrillero más o menos mezclado con actos de bandolerismo, en el año 63 de nuestra era, y que Santiago el Mayor había sido crucificado en el año 47, por orden de Tiberio Alejandro.

Andrés, alias Lázaro

San Andrés, crucificado, predica durante dos días a veinte mil personas. Todos le escuchan, cautivados, pero nadie piensa en liberarlo ...

JULES RENARD, *Journal*

Este fin en una cruz en forma de aspa concuerda con la tradición más común. De todos modos, san Pedro Crisólogo, en su *Sermón 133*, asegura que fue colgado de un árbol.

Veremos en lo que sigue que hubo una tercera solución, la crucifixión romana, probablemente.

Ese personaje aparece citado en Mateo (4, 18, y 10, 2), en Marcos (1, 29; 3, 18; 13, 3), en Juan (1, 41; 6, 9; 12, 22), y en los Hechos (1, 13).

Eusebio de Cesarea lo cita asimismo en su *Historia eclesiástica*, en III, I; II, y en III, XXXIX, 4. Este autor declara que los *Hechos de Andrés* son considerados como apócrifos en su época, dado que sólo lo recibieron sectas heréticas cristianas ya separadas de la gran Iglesia general.

En III, 2, 1, ya citado, dice simplemente que Andrés, “*por lo que cuenta la tradición*, obtuvo la Escitía”. Cita también a Papías, “oyente de Juan y discípulo de Policarpo”, nos dice Ireneo, pero cuyas obras, claro está, han desaparecido, lo que hace que pueda ponérsele en boca suya lo que uno quiera. Y la prueba es es:

“Papías, en el prefacio de sus libros, no se muestra jamás a sí mismo como si hubiera sido alguna vez oyente o espectador de los santos apóstoles. Pero nos dice que él recibió cuánto se refiere a la fe de los que los habían conocido ... Si en algún lugar llegaba alguien que había estado en la compañía de los presbíteros, yo me informaba de las palabras de los presbíteros: lo que habían dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o algún otro de los discípulos del Señor; y lo que había dicho Aristion, y el presbítero Juan, discípulo del Señor”. (Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXXIX, 2-4).

Y eso es todo lo que nos dice sobre Andrés. Es poco.

Observemos, sin embargo, que ese vocablo no es un nombre judío de circuncisión. Deriva del griego *Andrōs* (hombre), y más concretamente de *Alexandrōs* (hombre vencedor). Ahora bien, según opinión de Dom J. Dupont, O. S. B., profesor de la abadía de Saint-André, que tradujo y anotó los *Hechos de los Apóstoles* en el marco de la Biblia de Jerusalén, ese nombre no sería en realidad *sino la forma helenizada de Eleazar* (cf. *Los Hechos de los Apóstoles*, Editions du Cerf, París, 1964, p. 58, nota referente al IV, 17). ¡En Dom J. Dupont, benedictino, podemos confiar! *Alexandrōs*, en griego, dio *Andreas* en latín, y *Alexis* y *Alex* en diversas lenguas, especialmente eslavas, y en griego siguió como *Andreas*.

Pues bien, Eleazar, en el Nuevo Testamento, se nos presenta siempre bajo la forma contracta de Lázaro.³⁷ Él fue el compadre de la famosa “resurrección”; volveremos a ello en el próximo capítulo.

³⁷ *Alexandrōs* (*Al*), tiene por analogía *Eleazar* (*El*). Su contracción recíproca da, pues, *Andrós* y *Lázaro*.

Y no en vano las diversas corrientes del iluminismo de los rosacrucianos hicieron de él el patrón de los iniciados, es decir, de aquellos que están *en el secreto*.

Por consiguiente, y primera constatación, el misterioso Andrés, cuyo nombre de circuncisión se nos oculta, no es otro que Eleazar, alias Lázaro. Él es el pseudo-resucitado. De donde su papel esotérico en el *corpus* de los alquimistas, donde se encuentran símbolos como el *Phenix*, que renace de sus propias cenizas, y, como por casualidad, sobre una pira compuesta por cuatro o dos troncos de madera, dispuestos en forma de *cruz de san Andrés*. También es la “X”, imagen de la *incógnita* en un problema sin resolver. Para nosotros, lector, ese problema al fin ya está resuelto.

La *Epístola* de Clemente de Roma menciona la leyenda del *fénix* para simbolizar la resurrección: “Consideremos el extraño prodigo que se opera en las regiones de Oriente, es decir, en Arabia. Allí se ve un pájaro, llamado *fénix*. Es el único de su especie, y vive quinientos años. Cuando se acerca su fin, se construye con incienso, mirra y otros aromas, un sepulcro, donde penetra para morir en él, cuando se ha cumplido su tiempo. De su carne en putrefacción nace un gusano que se alimenta de la podredumbre del pájaro muerto, y luego se cubre de plumas. Cuando se ha hecho fuerte, levanta el féretro donde reposan los huesos de su progenitor y, con ese paquete, vuela de Arabia a Egipto, hasta la ciudad de Heliópolis. Allí, en pleno día, a los ojos de todos, va volando a depositarlo sobre el altar del Sol, después de lo cual emprende el vuelo de regreso. Entonces los sacerdotes, consultando sus anales, constatan que ha regresado una vez cumplidos quinientos años”. (Cf. Clemente de Roma, *Epístola a los Corintios*, XXV).



El Fénix sobre su pira.

Así pues, en la época de la redacción de la *Epístola* (siglo I) no se ignoraba que Andrés y Lázaro no eran sino una misma persona, ya que el *fénix* constituía la clave esotérica de la leyenda.

Por otra parte, a partir del siglo XVIII y la aparición de los grados elevados de la francmasonería, vemos que los manuscritos rituales más viejos nos representan un grado jerárquico que lleva ese vocablo: “Caballero Roze-Croix, y es el título que le conviene mejor); Caballero del Águila (...), Caballero del Pelícano (...), Masón de Heredom (...), Caballero de san Andrés (...).” (Cf. Manuscrito de la *Instruction générale du grade de Chevalier Roze-Croix*, por Devaux D’Hugueville, datado de 1746, en G. Bord, *La Francmaçonnerie en France*, París, 1908, p. 512 y ss.).

En su *Introduction*, Devaux D’Hugueville recuerda que la joya habitual, que representa al santo en su cruz típica, a veces es sustituida en ciertos Estados por “una medalla de la Resurrección” (*sic*).

La joya masónica que adorna el sautor rojo vivo distintivo de ese grado representa, además, un compás coronado, apoyado sobre un cuarto de círculo, que lleva en su cara *un pelícano alimentando a sus pequeños*, y en la otra cara *un fénix sobre su hoguera de resurrección*.

Se observará que el manuscrito transcribe *Roze-Croix* con una *z*, y no *Rose-Croix*. Recuerdo discreto del verdadero origen del término. El hebreo “*rosen-koroz*” significa “príncipe heraldo”, y *rôz* (*rosah*) significa *secreto*, es decir, “heraldo secreto” o “heraldo del secreto”. De ahí es de donde nació el nombre, puramente imaginario, del personaje llamado *Rozenkreutz* o *Rosenkreutz*.

Así pues, los francmasones del siglo XVIII, o al menos los que codificaron el ritual iniciático, *no ignoraban que el apóstol Andrés estaba asociado en su leyenda a un tema de resurrección*. ¿Y quién en el Nuevo Testamento, aparte de Jesús, había resucitado, de no ser Lázaro?³⁸ Y más aún cuando Jesús estaba representado en la otra cara de la joya como el pelícano que se sacrificaba por sus pequeños.³⁹

Sobre el hecho de que él fuera también el patrón de los iniciados (latín: *initium*, comienzo) tenemos la prueba en los Evangelios canónicos. Él es, en efecto, a quien se va a ver *antes*, cuando uno desea ser presentado a Jesús. Para éste, rey legítimo, si no legal, de Israel, Eleazar-Lázaro es algo así como el gran chambelán. Esto nos lo precisa Juan (12, 20-22). Pero además tiene en su poder unas temibles llaves, y los escribas anónimos que en el siglo IV, bajo la vigilancia de Eusebio de Cesarea y de otros diversos obispos, compusieron por orden de Constantino los actuales Evangelios canónicos (haciendo desaparecer a continuación los antiguos, llamados apócrifos), esos escribas enredados en las redes de sus censuras, interpolaciones y extrapolaciones, sin querer dejaron subsistir algunas palabras de la verdad. Júzguese:

Se nos dice que Andrés es el hermano de Simón-Pedro:

“Caminando, pues, junto al mar de Galilea, vio a *dos hermanos*: Simón-Pedro, y Andrés, *su hermano ...*” (Mateo, 4, 18, y Marcos, 1, 16).

Está muy claro. Esos *dos hermanos* lo son en el sentido familiar del término.

Muy embarazados, como es de suponer, por el asunto, los exégetas modernos pretenden que ese *hermano* no sea sino un *asociado*. Pero subsisten otros textos que prueban que se trataba de perfectos *hermanos* en el sentido carnal y familiar del término, ya que al principio incluso tenían la misma vivienda familiar:

³⁸ El mosaico del templo de Dafne, que representa el *fénix* (Museo del Louvre), no lo muestra sobre una pira en forma de cruz, sino sobre un montículo. Sólo a partir de la época en que se asocia el *fénix* y *san Andrés* es cuando se sitúa a este pájaro sobre una hoguera en forma de aspa, símbolo de la resurrección. Eso es muy significativo.

³⁹ Por cierto que ahora se toma equivocadamente al pelícano como símbolo de la caridad y del sacrificio. ¡Porque la leyenda de esta ave jamás ha significado tal cosa! Nos dice simplemente que, al volver a su nido, el pelícano es atacado por sus polluelos, muertos de hambre. *Al defenderse, los mata. Tres días mas tarde*, al regresar al nido, se apiada de ellos, y al derramar sobre cada uno de ellos una gota de su propia sangre, los hace volver a la vida. Ese es el tema de toda iniciación. Los pequeños quieren dar muerte a su padre (el Iniciado matará al Iniciador, dice el viejo adagio esotérico); el Iniciador dará muerte al Iniciado, pero le hará revivir a continuación a un nuevo nivel de conciencia (el pelícano mata a sus pequeños y los resucita luego). Es todo el tema masónico de la “muerte de Hiram” en el ritual del grado de Maestre. Por otra parte, y en el mundo antiguo, esa leyenda a quien se atribuía era al *buitre*. Y fue el cristianismo quien la transfirió al pelícano.

“Luego, saliendo de la sinagoga, vinieron *a casa de Simón y Andrés*, con Santiago y Juan. La suegra de Simón estaba acostada, con fiebre”. (Marcos, 1, 29-31).

Así pues, esos dos hermanos tenían la misma vivienda familiar.

Por otra parte, las *Homilías clementinas* confirman que tenían el mismo padre, y que la muerte de éste los había dejado huérfanos.

“Porque yo y Andrés, *mi hermano a la vez carnal* y ante Dios, no solo fuimos criados como huérfanos ...” (Cf. Clemente de Roma, *Homilías clementinas*, XII, VI).

¿Qué más hace falta? ...

Y el *Evangelio de Pedro* nos dice lo mismo:

“En cuanto a mí, Simón-Pedro, y *Andrés, mi hermano*, tomamos las redes y nos hicimos a la mar”. (Cf. *Evangelio de Pedro*, 58 a 60).

Ahora recapitulemos de forma definitiva:

- a) Andrés, alias Eleazar, alias Lázaro, es el hermano de Simón-Pedro, y ambos son huérfanos.
Porque, en efecto:
- b) Simón es el hijo de Judas de Gamala, muerto en el año 6 de nuestra era, en el curso de la célebre revolución del Censo.
- c) Ahora bien, Simón es el hermano de Jesús: “¿No es acaso el carpintero, hijo de María, y el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no viven aquí entre nosotros? ...” (Marcos, 6, 3). Por consiguiente:
- d) Jesús, Simón, Santiago, Andrés, José y Judas *son, por lo tanto, todos hermanos*, y todos *hijos de Judas de Gamala*.

Por otra parte, tuvieron hermanas (Marcos, 6, 3). ¿Quiénes son?

Volvamos a los Evangelios:

“Había un enfermo, Lázaro, de Betania, de la aldea de María y de Marta, su hermana. Era esta María la que ungíó al Señor con ungüento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. Enviaron, pues, las hermanas a decirle: ‘Señor, el que amas está enfermo’ ... (Juan, 11, 1-4).

“Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en casa. Dijo Marta a Jesús: ‘Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto *mi hermano*’,” ... (Juan, 11, 20-21).

“Así que María llegó donde estaba Jesús, viéndole, se echó a sus pies, diciendo: ‘Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto *mi hermano*’ ...” (Juan, 11, 32-33).

Ahora bien, como acabamos de ver, Juan nos habla de la unción que María había conferido a Jesús. Pero ¿dónde ha comunicado antes este acontecimiento? ¡En ninguna parte! Tenemos que dar un salto hacia delante, para encontrar el relato de la unión en los versículos 1 a 7 del capítulo 12. Aparte de eso, los textos antiguos no parecieron tomarse muy en serio su trabajo.

Y tanto más cuanto que los dos pasajes de Juan citados son absolutamente contradictorios en lo que se refiere a la actitud de María ...

¡Y aquí es donde nos espera la mayor sorpresa, y *también el mayor escándalo!* Lo evocamos discretamente en la obra precedente. Al final del presente capítulo levantaremos el velo. Ahí el lector podrá constatar la veracidad de lo que decíamos al principio de este estudio, a saber, que Andrés tenía las llaves de muchos misterios ... Vayamos ahora a su suerte final, y para ello echemos mano de nuestro Flavio Josefo.

“Cuando el rey Agripa hubo muerto, como contamos en el libro precedente, el emperador Claudio envió a Cassio Longino,⁴⁰ para suceder a Marso, rindiendo así homenaje a la memoria del rey que, estando con vida, le había pedido en numerosas cartas que Marso no presidiera más los asuntos de Siria.

“Cuando Fado llegó como procurador a Judea, encontró a los judíos de la Perea en lucha contra los Filadelfos⁴¹ a causa de una aldea llamada Zia, llena de gentes belicosas, y cuyos límites eran disputados por los unos y por los otros. Las gentes de la Perea habían tomado las armas, contra el parecer de sus jefes, y habían matado a numerosos filadelfos. Al enterarse de esto, Fado se irritó mucho porque no le hubieran dejado a su cuidado decidir si habían sido ultrajados por los filadelfos, y porque no hubieran temido recurrir a las armas.

“Se hizo, pues, con tres de sus notables, que eran también responsables de la revolución, y los mandó encadenar. A continuación mandó matar a uno de ellos, llamado Aníbal, y castigó con el exilio a los otros dos, Amram y *Eleazar*. Hizo perecer asimismo a *Tholomaios*, cabecilla de bandoleros que, poco después, le fue llevado encadenado, y que había causado los mayores males a la Idumea y a los árabes. A partir de ese momento, Judea quedó enteramente purgada de bandoleros gracias al celo y a la prudencia de Fado. Éste entonces mandó acudir a los grandes pontífices y a los príncipes de Israel, y les invitó a depositar en la ciudadela *Antonia* las vestiduras sagradas y las ropas pontificales que la costumbre permitía revestir al sumo sacerdote, para que estuvieran, como antes, en poder de los romanos ...” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, i, 1 a 6).

Pero las cosas no acaban ahí. Sigamos releyendo a Flavio Josefo:

“En Judea las cosas adoptaban, de día en día, un cariz peor, ya que el país estaba *de nuevo* lleno de bandoleros y de *impostores que engañaban al pueblo*. Cada día Félix capturaba a muchos de éstos y los hacía perecer como a bandidos. Eleazar, hijo de Dinaios, que había reunido a su alrededor una cuadrilla de bandoleros, fue capturado con vida gracias a una estratagema. Después de darle su palabra de que no le haría ningún daño, le persuadió de que se presentara ante él, y luego, tras hacerle encadenar, *lo envió a Roma* ...” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, VIII, 5).

Veamos ahora el manuscrito griego de la *Guerra de los judíos*:

“Apenas Félix ocupó su cargo, declaró la guerra a esos *ladrones* que causaban estragos en todo el país *desde hacía veinte años*, capturó a *Eleazar, su jefe*, y a otros varios con él, y los envió

⁴⁰ Casio Longino, célebre jurisconsulto, fue *consul suffect* en el año 30, procónsul de Asia en el 40, gobernador de Siria en el 45 a 50. Por lo tanto fue del 45 al 50 cuando Eleazar, alias Andrés, fue capturado por primera vez, y sin duda en el año 47, cuando sus hermanos Simón-Pedro y Santiago fueron crucificados, a la salida del sínodo de Jerusalén. Su adversario, Saulo-Pablo, sin lugar a dudas no fue ajeno a este fin.

⁴¹ Filadelfia se convirtió en Amman, capital de Transjordania. Se observará que, para atacar la Idumea y la Arabia nabatea, había que tener un fondo de bandolerismo en mente. A menos que se tratara de simples operaciones de avituallamiento y de cobro de contribuciones, de grado o por fuerza.

prisioneros a Roma, y dio muerte a otro número incalculable de bandidos ...” (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, XXI, manuscrito griego).

Antonio Félix fue procurador de Judea en el año 51 de nuestra era, y hacía ya veinte años que el citado Eleazar causaba estragos en el país. La cosa se remontaba, por consiguiente, al año 30 aproximadamente, año en que comienza la revolución judía dirigida por Jesús, quien sería crucificado en el año 35. Todo concuerda cronológicamente, y más aún cuanto que el año 31 es el de la detención de Juan el Bautista. Al enterarse Jesús, se refugió prudentemente en Tiro y Sidón.⁴²

Fijémonos, por otra parte, en que los manuscritos eslavo y griego de la *Guerra de los judíos* no llevan indicación alguna sobre un supuesto padre de Eleazar llamado Dinaios, o Dineus en el manuscrito de *Antigüedades judaicas*. Nosotros afirmamos que se trata ahí de una interpolación de los monjes copistas medievales (los manuscritos son de la Edad Media, no hay otros). Porque ¿qué plausibilidad hay en que Flavio Josefo diera la indicación referente al padre de Eleazar en las *Antigüedades judaicas*, y no la repitiera en la *Guerra de los judíos*, que fue posterior?

¿Y cómo un judío llamado Eleazar puede tener un padre llamado Dinaios o Dineus, que son nombres respectivamente griego y latino, admitiendo, además, que esos nombres estuvieran en uso en Grecia y en Italia? En hebreo hay un nombre femenino de ese tipo: DINA, que significa “justa” (Génesis, 30, 21, y 34, 1). Hay también un nombre común, a la vez hebreo y caldeo: *din'*, que significa “justicia” y “justo”. Y si intentamos reconstruir el vocablo que designa al jefe de esos zelotes, tenemos entonces *Eleazar-bar-ha-Din'*, es decir, *Eleazar-hijo-del-Justo*.

Dinaios o Dineus no son entonces sino la traducción de *sobrenombres* hebraicos en griego y en latín, y no nombres. Y ese “justo”, que es el padre de Eleazar, hermano de Simón-Pedro, de Jacobo-Santiago, y de los otros hermanos, es evidentemente Judas de Gamala, el “héroe” (en hebreo *geber*) de la revolución del Censo.

Volvamos ahora a la suerte de Eleazar alias Andrés, y sigamos con Flavio Josefo:

“Él también (Nerón César) nombró procurador a ese mismo Félix que capturó a seiscientos bandidos con su jefe y una multitud de cómplices suyos, y los envió a César (Nerón). Éste hizo crucificar a esa gentuza; en cuanto a los jefes, les retiró incalculables riquezas y los dejó en libertad”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, manuscrito eslavo, II, V).

Traduzcamos. Los “cómplices” de esos seiscientos “bandidos” no eran otros que los campesinos que les avituallaban, y esos “bandidos” eran los guerrilleros zelotes. De todos modos, es difícil imaginar el traslado por mar de semejante multitud en aquella época. Fueron, efectivamente, crucificados, pero en Judea, por orden del procurador Félix, y sólo los jefes fueron enviados a Roma, dado que Félix les había prometido astutamente que *él* no les haría daño. Eleazar-Andrés cayó en esta trampa. No obstante Nerón, a quien repugnaban las ejecuciones inútiles, prefirió hacerles pagar fuertes rescates, a cambio de la promesa de que se mantuviieran tranquilos, como acabamos de ver.

Y la prueba de que esto sucedió efectivamente así la tenemos en que aquí perdemos el rastro nominal de Eleazar-Andrés. De él nunca más se volvió a oír hablar, y para paliar esta carencia de la historia verídica, entró en escena la leyenda, como declara monseñor Dúchense en su libro *Les Origines du culte chrétien*. Y de ahí la aceptación cortés pero reticente del alto clero ortodoxo cuando el Vaticano le hizo restituir el cráneo del apóstol Andrés, tras el encuentro de Pablo VI y de Atanágoras.

⁴² Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 126-138, y 184-190.

Sin embargo, una vez hubieron regresado a Judea, después de haber pagado el rescate exigido por Nerón, nuestros zelotes no se mantuvieron tranquilos por mucho tiempo, y sus venganzas se ejercieron de inmediato. Júzguese:

“Cuando hubieron regresado, se entregaron a crímenes de otro estilo, golpeando a las gentes en pleno día en medio de la ciudad (Jerusalén), y sobre todo durante las fiestas; se mezclaban con el pueblo, y bajo sus vestiduras ocultaban unos puñales agudos (la *sicca* palestina), con los que atravesaban a sus adversarios; a continuación se plantaban delante de la víctima y fingían lamentar lo que le había sucedido y buscar al asesino. Su primera víctima fue el sumo sacerdote Jonathan, y siguieron muchos otros. Un miedo horrible se apoderó de todos, y cada uno esperaba cada día la muerte, como en la guerra”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, V, manuscrito eslavo).

En lo que concierne a las riquezas que sirvieron para pagar el enorme rescate de ese hermano de Jesús y de sus lugartenientes inmediatos durante su corto cautiverio en Roma, procedían del inmenso botín acumulado por las luchas zelotes desde hacía casi un siglo. Hemos demostrado su existencia real, documentos en mano, en el capítulo referente a los *zelotes* (capítulo 1).

Todo esto, sin embargo, nos demuestra que:

- a) Eleazar-Andrés, sus seiscientos “bandidos” y la “multitud de cómplices” suyos, no eran bandidos ordinarios y de derecho común, sino simplemente guerrilleros zelotes.
- b) La naturaleza de sus actividades y la pertenencia a ellas los relaciona *ipso ipso* con los zelotes del movimiento anteriormente dirigido por Jesús, ya que este último era su jefe indiscutible, como demostramos en la obra precedente (según la obra del historiador protestante Oscar Cullmann, en su libro *Dieu et César*). *Son los mismos*, lo que explica que ese Eleazar-Andrés, hermano de Jesús y de Simón-Pedro, fuera también uno de sus dirigentes, y con mayor razón después de la crucifixión de sus dos hermanos Simón y Santiago en Jerusalén, en el año 47.

Con ellos estaba también otro miembro del estado mayor primitivo de Jesús, y miembro también, sin lugar a dudas, de la gran familia davídica, ya que formaba parte de los *Doce*; hemos nombrado a Bartolomé, que durante las actividades de Eleazar-Andrés se ocupaba de “evangelizar” la Idumea y la Ambateña de una manera muy peculiar. Pronto estudiaremos su destino, después de la muerte de Jesús.

En cuanto a la cruz en aspa sobre la que habría muerto en Patrás, aparece en el siglo VIII, cuando se convirtió en patrón de Escocia.

La resurrección de Lázaro

Siendo el primero en la resurrección de los muertos, había de anunciar la luz al pueblo y a los gentiles.

Hechos, 26, 23

Acabamos de ver que Andrés, apóstol, no es otro que Eleazar, cuyo abreviatura es Lázaro. Él es el “resucitado” célebre. Sin duda los espíritus desconfiados hace mucho tiempo que hicieron observar que ese viaje al más allá no le había dado a conocer nada nuevo, y que, todo lo más, se había comportado como un hombre corriente, emergiendo de un profundo sueño, natural o *provocado*. Veamos un poco más de cerca el relato de los hechos.

Éste no nos lo aporta más que el evangelio llamado de Juan. Antes había aparecido el episodio de la hija de Jairo, jefe de la Sinagoga (Lucas, 8, 41), pero como se nos precisa que la niña dormía y no estaba muerta (*Jesús dixit*, Lucas, 8, 52), no se trata sino de un fenómeno de catalepsia, y no de una resurrección.

En el caso de Lázaro, alias Eleazar, alias Andrés,⁴³ la cosa es muy distinta. Este episodio sólo figura en Juan, 11, 1 a 44. aquí está:

“Había un enfermo, Lázaro, de Betania, de la aldea de María y de Marta, su hermana. Era esta María la que ungíó al Señor con ungüento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. Enviaron, pues, a las hermanas a decirle: “Señor, el que amas está enfermo”. Oyéndolo Jesús, dijo: “Esta enfermedad no es de muerte, sino para Gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”.

“Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro. Aunque oyó que estaba enfermo, permaneció en el lugar en que se hallaba dos días más, pasados los cuales dijo a sus discípulos: “Vamos otra vez a Judea”.⁴⁴

Los discípulos le dijeron: “Rabbi, los judíos te buscan para apedrearte, ¿y de nuevo vas allá?”. Respondió Jesús: “¿No son doce las horas del día? Si alguno camina durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque no hay luz en él”. Esto dijo, y después añadió: “Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarle”. Dijeronle entonces los discípulos: “Señor, si duerme, sanará”. Hablaba Jesús de su muerte, y ellos pensaron que hablaba del descanso del sueño. Entonces les dijo Jesús claramente: “Lázaro ha muerto, y me alegra por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vamos allá”. Dijo, pues, Tomás, llamado Dídimo, a los compañeros: “Vamos también nosotros a morir con él”.

“Fue, pues, Jesús, y se encontró con que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Estaba Betania cerca de Jerusalén, como a unos quince estadios,⁴⁵ y muchos judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano.

⁴³ Véase el capítulo 8.

⁴⁴ ¡Como si Betania no estuviera en Judea! Los escribas ignaros del siglo IV no tenían ninguna idea de la geografía de Palestina.

⁴⁵ Un estadio equivale a 185,015 metros.

Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en casa. Dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios lo otorgará”. Díjole Jesús: “Resucitará tu hermano”. Marta le dijo: “Sé que resucitará en la resurrección, en el último día”. Díjole Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?”. Díjole ella: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo”.⁴⁶

“Diciendo esto, se fue y llamó a María, su hermana, diciéndole en secreto: ‘El Maestro está ahí, y te llama’. Cuando oyó esto, se levantó al instante y se fue a Él, pues aún no había entrado Jesús en la aldea, sino que se hallaba aún en el sitio donde le había encontrado Marta. Los judíos que estaban con ella consolándola, viendo que María se levantaba con prisa y salía, la siguieron pensando que iba al monumento a llorar allí.

“Así que María llegó donde estaba Jesús, viéndole, se echó a sus pies, diciendo: “Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano”. Viéndola Jesús llorar, y que lloraban también los judíos que venían con ella, se conmovió hondamente y se turbó, y dijo: “¿Dónde la habéis puesto?”. Dijeronle: “Señor, ven y ve”.

“Lloró Jesús.

“Y los judíos decían: “¡Cómo le amaba!”. Algunos de ellos dijeron: “¿No pudo éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese?”.

“Jesús, otra vez conmovido en su interior, llegó al monumento, que era una cueva tapada con una piedra. Dijo Jesús: ‘Quitad la piedra’. Díjole Marta, la hermana del muerto: ‘Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días’. Jesús le dijo: ‘¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?’. Quitaron, pues, la piedra, y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: ‘Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que tú me has enviado’. Diciendo esto, gritó fuerte: ‘¡Lázaro, sal fuera!’. *Salió el muerto, ligados con fajas pies y manos, y el rostro envuelto en un sudario.* Jesús les dijo: ‘Soltadle y dejadle ir’.” (Juan, 11, 1 a 44).

Aquí plantearemos una pregunta embarazosa:

¿Cómo un hombre, con la cara envuelta, los miembros atados con vendas, y reducido al estado de momia impotente, pudo levantarse, caminar, dirigirse a ninguna parte?

Volvamos ahora atrás, y tomemos de nuevo a Juan, en el capítulo 10, y leámoslo entero, hasta el versículo 39. *Todo lo que cuenta se desarrolla en Jerusalén:* “... Se celebraba entonces en Jerusalén la Dedicación. Era invierno. Y Jesús se paseaba en el Templo por el pórtico de Salomón”. (Op. cit., 10, 22-23).

Ahora pasemos a los versículos 39 a 42 del mismo capítulo: “(Jesús) Partió de nuevo al otro lado del Jordán, al sitio en que Juan había bautizado la primera vez, y permaneció allí”. (Op. cit., 10, 40-41).

El lugar “en que Juan había bautizado la primera vez” es el vado “de Betania, al otro lado del Jordán” (Juan, 1, 28), es decir, un lugar situado en Perea, territorio llamado, efectivamente, “más allá del Jordán” (véase el mapa nº 8 del *Atlas biblique pour tous*, del R.P. Grollinger, O.P., Editions

⁴⁶ Observemos que el tema de una resurrección final estaba lejos de ser una creencia oficial en el Israel de aquella época. En cuanto a la idea de un Hijo de Dios en el sentido que nosotros le damos hoy, hubiera sido blasfematoria.

Sequoia). Pero no es la Betania de los alrededores de Jerusalén, *que está situada en Judea* ... Así pues, la “Betania, al otro lado del Jordán” (Juan, 1, 28) es desconocida, y Ainón (más o menos: “regiones de fuentes”), donde Juan bautizaba “porque había mucha agua”, “cerca de Salim” (Juan, 3, 23), tampoco puede localizarse con certeza, según nos dice el R.P. Grollengerg. Pero una vez más, y de todos modos, no es la que está situada a unos dos kilómetros de Jerusalén, sino que esa otra está al menos a cuarenta kilómetros, a vuelo de pájaro, del otro lado del citado Jordán.

Juan el Bautista, por lo tanto, se encontraba en Perea, y eso está bien establecido. Ahora saltemos de Juan 10, 42 al capítulo 12,1:

“Seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos”. (Juan, 12, 1). ¡Pero si ya estaba allí! ¡Si todo el capítulo precedente lo muestra precisamente en Betania! Decididamente, esa localidad se convirtió para nuestros piadosos falsificadores en una verdadera obsesión, y no sabiendo ya cómo salirse del fárrago de mentiras que elaboraron de manera tan imprudente, cayeron por último en la incoherencia.

Y, en efecto, del mismo modo que el episodio de la mujer adúltera (Juan, 8, 3) no fue introducido en ese Evangelio hasta que accedió al pontificado el papa Calixto (217-222), la pseudo-resurrección de Lázaro tampoco apareció en los “arreglos” de los monjes copistas hasta los siglos IV y V.⁴⁷ Porque es de todo punto evidente que si Mateo, Marcos, Lucas y los Hechos de los Apóstoles, así como todas las Epístolas de Pablo, Pedro, Santiago, Juan y Judas *ignoran semejante prodigo* (como es el caso), es que en la época de su redacción nadie conocía dicho relato. Y queda en pie una prueba perentoria, el pasaje siguiente de los Hechos de los Apóstoles, en el que Pablo, entonces en Cesarea Marítima, en el año 58, declara al rey Agripa y a la reina Berenice:

“Gracias al socorro de Dios persevero firme hasta hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes y no enseñando otra cosa sino lo que los profetas y Moisés han dicho que debía suceder: que el Mesías había de padecer, *que siendo el primero en la resurrección de los muertos*, había de anunciar la luz al pueblo y a los gentiles”. (Cf. Hechos de los Apóstoles, 26, 23).⁴⁸

De modo que Pablo ignora que el primer resucitado de entre los muertos fue Lázaro, y no Jesús. Por lo visto ignora que en el instante del último suspiro de éste en la cruz de la infamia, resucitaron también numerosos muertos, que hasta entonces yacían en las tumbas del cementerio ritual de Jerusalén, próximo a los Olivos, porque:

“La tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de santos que dormían, *resucitaron*; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Él, vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos”. (Cf. Mateos, 27, 52-53).

Por consiguiente, si damos crédito a Juan y a Mateo, Jesús no pudo ser el primer resucitado de entre los muertos. A menos que todo eso fuera imaginado en los siglos IV y V.

Pero si los testigos del prodigo que constituyó la resurrección de Lázaro tuvieron una existencia real, conviene desvelar la superchería de que fueron víctimas o cómplices, pues vamos a ver la forma en que se operó:

⁴⁷ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*: “Las piezas del expediente”, catálogo de los manuscritos, pp. 24-36.

⁴⁸ Eso son afirmaciones gratuitas, y a un Doctor de la Ley de aquella época no le era difícil demostrar que Saulo-Pablo ignoraba todo sobre las Escrituras en lo que concernía al Mesías esperado.

En todo Egipto, y principalmente en la península del Sinaí, existe una solanácea llamada *sekaron*, es decir, “la embriagadora”. Pertenece al subgrupo de los beleños, es la *Hyoscyamus muticus*.

De ella, los antiguos extraían el *banj* o *bang*, que, según la dosis utilizada, era un potente narcótico o un simple alucinógeno.

Por otra parte, conviene saber qué era lo que se entendía por *tumba ritual* en aquella época, en Israel.

En una pared rocosa, se excavaba primero un estrecho pasillo en suave pendiente y a cielo abierto, a menudo provisto de escalones, a fin de alcanzar más rápidamente la profundidad requerida. Entonces, en la fachada frente a la que iba a desembocar el pasillo, se practicaba una abertura muy baja, que generalmente se obturaba con una losa de piedra. Si la tumba era importante, se utilizaba una muela de grano, que se hacía rodar cómodamente por una zanja practicada a derecha o a izquierda.

Tras la abertura así comenzada en la pared, se hacía una primera cámara funeraria, en el centro de la cual se excavaba una pequeña fosa. Alrededor de esta fosa corría un alzapié, especie de camino de ronda que permitía circular.

En la pared del fondo de esta primera cámara, se practicaba otra puerta, y se excavaba detrás de ella una segunda cámara funeraria. Las paredes de esta última tenían nichos, en los que se depositaba a los muertos. Esos nichos tenían una pendiente destinada a facilitar el flujo de los líquidos orgánicos procedentes de la descomposición de los cadáveres, y esos líquidos eran recogidos en canales que desembocaban en la fosa central de la primera cámara.

Cuando los esqueletos estaban totalmente descarnados y secos, se los retiraba de su nicho y se los encerraba en pequeños osarios análogos a nuestros “férretros de reducción”. Los líquidos orgánicos se evaporaban poco a poco en la fosa central, pero mientras ésta no se hubiera secado, según los términos de la Ley judía se debía pintar de blanco, con cal viva, todo el exterior de la tumba: escalera, losa de cierre, canal, marco de la puerta. De donde la expresión de “sepulcro blanqueado”, sinónimo de “lugar impuro”. Cuando Jesús trataba a sus adversarios con este mismo término, la injuria no era leve, como se ve. Esto equivalía, en efecto, a calificarlos de “carroña”, o de “podredumbre”.

Volvamos ahora a Lázaro. Supongamos que este último aceptara desempeñar el papel de “compadre” en una superchería destinada a inflar desmesuradamente la reputación taumatúrgica de Jesús, y a facilitar así el reclutamiento y la acción del movimiento zelote.⁴⁹

Absorbería el *banj* o un potente narcótico equivalente. Tras un simulacro de enfermedad de evolución rápida y muerte oficial, le llevarían a una tumba, siempre dormido, y le abandonarían en el rodapié funerario, enrollado dentro del sudario habitual y provisto de los vendajes rituales, y a continuación cerrarían la tumba. El *herbario* secreto del vudú africano o antillano posee recetas que permiten hacer creer en una muerte aparente sin discusión posible. Era con semejantes procedimientos que se obtenía, no hace aún demasiado tiempo, a los famosos *zombies*, y el Código penal haitiano se vio en la obligación de dictar penas extremadamente severas para luchar contra estos asesinos mentales. En el caso de Lázaro no se trata sino de un sueño muy corto. La permanencia de cuatro días en esa capilla funeraria sería facilitada mediante el aporte de víveres y de agua por Marta y María. La impureza ritual y el miedo supersticioso a los muertos descartaban cualquier indiscreción nocturna. No quedaba ya sino prevenir a Jesús y esperar su llegada, el

⁴⁹ Durante las guerras tribales que desolaron el ex-Congo belga, los brujos vendían a los guerreros negros un “agua mágica” destinada a hacerlos casi inmortales.

“milagro” estaba a punto. En cuanto al olor de putrefacción, era fácil de obtener en el último momento con una pieza de carne pasada, en el fondo de la cueva.

¿Quién puede saberlo? Quizá la pseudo-resurrección de Lázaro no fue en realidad otra cosa que *una tentativa de ensayo de la que proyectaba Jesús*. La crucifixión vino a trastornarlo todo.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Se observará que:

1. María es la hermana de Lázaro, alias Andrés (Juan, 11, 1-4).
2. Andrés es el hermano de Simón-Pedro, por lo tanto lo es también de Jesús (véase el capítulo 8).
3. María es por lo tanto la hermana de Jesús, por vía de consecuencia, lo mismo que Marta. Esas son las hermanas anónimas citadas en Mateo (13, 56), y en Marcos (6, 3).
4. Ahora bien, María es la mujer que unge a Jesús con nardo en Betania (Juan, 1-4).
5. Y la mujer que unge a Jesús es precisamente la pecadora pública de la ciudad, una prostituta, según Lucas (7, 38).
6. María, hermana de Jesús, es por lo tanto una mujer de mala vida.
7. Y Jesús la anima a perseverar, a pesar de los reproches de Marta, su otra hermana (Lucas, 10, 42).

Empieza a comprenderse aquí por qué Jesús declara, en Mateos (20, 31 y 32), que las prostitutas adelantarán a los otros creyentes en el reino de Dios, y por qué las gentes “de mala vida” le ofrecen un festín en la casa de Leví (Mateo, 9, 10; 11, 19; Marcos, 2, 15-16; Lucas, 5, 30; 14, 1; 15, 2).

Judas-bar-Judas, el gemelo

Todavía existían, de la raza del Salvador, los nietos de Judas, a quien llamaban *hermano carnal* de aquél

...

EUSEBIO DE CESAREA,
Historia eclesiástica, III, XX, 1

Ese Judas (en hebreo: *Juda*, alias *Iehuda, alabanza*), citado en Marcos (6, 3) como hermano de Jesús, no debe ser confundido con Judas llamado el Iscariote (en hebreo: “hombre del crimen”):

“Díjole Judas, *no el Iscariote*: “Señor ...”. (Cf. Juan, 14, 22).

No es otro que Tomás (en hebreo: *Taôma*, es decir, gemelo). Taciano, discípulo de san Justino, en su *Diatessaron* (síntesis de los cuatro Evangelios canónicos), declara, hacia el año 175 de nuestra era, que Judas es en realidad su verdadero nombre. Más tarde, san Efrén (306-375), uno de los Padres de la Iglesia siriaca, lo confirmará en sus *Himnos*.

Hay que saber que Tomás no es, en hebreo, un nombre propio, sino simplemente un adjetivo y un nombre común: *taôma*, en plurar *taômim*, significa, como hemos dicho antes, gemelo. De ahí el epíteto de *dídimo* (en griego: gemelo) que le asocia Juan (11, 16 y 20, 24). La existencia de un hermano gemelo de Jesús ha sido ya largamente demostrada, *textos antiguos en mano*, en una obra precedente, a la que remitimos al lector.⁵⁰ Aquí nos limitaremos a citar, simplemente, un evangelio muy viejo, en su manuscrito copto del siglo V., el *Evangelio de Bartolomé*:

“Él (Jesús) habló con ellos en lengua hebraica, diciendo: “¡Salud a tí, Pedro, mi celador, salud a tí, mi *gemelo*, segundo cristo!” ... (Cf. *Evangelio de Bartolomé*, 2º fragmento, *Imprimatur*: París, 1904, Firmin-Didot, édit.).

Otro hermano de Jesús, cuya identidad sigue siendo un misterio, aparece citado por Hipólito de Tebas y por José el Eclesiástico, bajo el nombre de *Sidonios*, “el de Sidón”. (Cf. Abad Mine, *Patrologie*, XVI, p. 187). Quizá fue en su casa donde se refugió Jesús cuando huyó a Fenicia (Mateo, 15, 21).⁵¹ También podría ser el mismo que los Evangelios canónicos citan como Jesús-bar-Aba o Barrabás, ya que el gran Orígenes asegura que en manuscritos antiguos se daba a ese bandido el nombre de Jesús.⁵²

Lo que hay de particular en el caso de Judas es que los escribas anónimos del siglo IV, que le pusieron la máscara de Tomás sobre el rostro para disimular que Jesús, “Hijo único del Altísimo”, tenía un hermano gemelo, es que aquellos falsificadores le dieron diversos nombres.

⁵⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 60-69.

⁵¹ Op. cit., pp. 184-190.

⁵² De hecho, veremos más adelante que hay muchas posibilidades de que se tratara del mismo Jesús.

Se le cita, efectivamente, con el patronímico de Tomás en Mateo (13, 55), Marcos (6, 3), Hechos (1, 13), Judas (1, 1). El hecho de que se tratara del mismo personaje que el hermano gemelo de Jesús nos lo confirma Eusebio de Cesarea:

“El mismo Domiciano ordenó suprimir a los descendientes de David. Una antigua tradición cuenta que algunos herejes denunciaron a *los descendientes de Judas*, que era un *hermano carnal* del Salvador, como pertenecientes a la raza de David y emparentados con el propio Cristo”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XIX).

Eusebio aportaba ahí el texto exacto de Hegesipo en sus *Memorias*, compuestas por cinco volúmenes, y que Eusebio declara haber tenido en sus manos. Y este Hegesipo, judío converso, vivió de 110 a 180 de nuestra era en Palestina, visitó las diversas iglesias, entre las cuales se hallaba la de Roma bajo el papa Aniceto (155-166), y, una vez regresado a su patria, compuso sus *Hypomnemata*, en donde se documentó ampliamente Eusebio de Cesarea.

Por consiguiente, si por una parte Tomás es el mismo que Judas, y es asimismo el hermano gemelo de Jesús, el nombre de este último es, efectivamente, como decían Taciano y san Efrén, Judas, en hebreo Iehuda o Juda, como su padre carnal Judas de Gamala.

Donde todo esto se complica, aunque resulta bastante revelador, es en la versión protestante de la Biblia del pastor Louis Segond, quien nos dice que Judas es también la misma persona que Lebeo, citado en Mateo (10, 3), y que Tadeo (op. cit.). y es también el sobrino de Leví, alias Mateo. De esas relaciones familiares se desprende, pues, que el citado Mateo-Leví era el tío de Jesús (y probablemente el hermano de Judas de Gamala o de María), ya que era tío del gemelo del citado Jesús ... Como se ve, entre los “apóstoles” nos encontramos realmente “en familia”.

En una obra precedente⁵³, ya señalamos que ese Tomás, *taôma* en hebreo, o *gemelo*, había sido vendido como esclavo a fin de permitirle pasar las fronteras de Judea sin temor de ser identificado y detenido por la policía romana, después de haber interpretado su papel de pseudo-resucitado. Pero a continuación tuvo que volver forzosamente al terreno de las actividades zelotes, ya que lo encontramos ejecutado por orden de Cuspio Fado, procurador de Roma en Judea, de finales del año 45 a principios del 47 de nuestra era. También en este punto, consultemos a Flavio Josefo:

“Mientras Fado era procurador de Roma, un mago llamado Theudas⁵⁴ persuadió a una gran multitud de gente para que le siguiera, llevando sus bienes hasta el Jordán. Pretendía ser profeta y que, por orden suya, las aguas del río se dividieran para asegurar a todos un paso fácil. Diciendo esto, sedujo a muchas gentes. Pero Fado no les permitió abandonarse a su locura. Envió contra ellos un escuadrón de caballería, que los sorprendió, mató a muchos de ellos y capturó con vida a muchos otros. En cuanto a Theudas, que fue hecho prisionero, los de a caballo le cortaron la cabeza y la llevaron a Jerusalén. Esto es, pues, lo que sucedió a los judíos durante el tiempo en que Cuspio Fado fue procurador”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, V, 1).

Para encubrir mejor la verdadera personalidad del hermano gemelo de Jesús, se le dieron, pues, varios nombres: Judas, Theudas, Tadeo, Lebeo, Tomás. Pero, lo que es más, poco a poco fueron haciendo de él un hijo de Santiago el Menor, pretendido “hijo de Alfeo”, quien sería decapitado en Jerusalén en el año 44. Y todos los exégetas católicos y protestantes, por una vez, estuvieron de acuerdo.

⁵³ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 65-67.

⁵⁴ Theudas es la forma griega de Tadeo, en hebreo: *Todah*. El *Talmud*, sin embargo, no conoce más que a cinco (y no doce) discípulos de Jesús. Son: *Matai* (Mateo), *Nagai* (Nicodemo), *Netzer* (?), *Nuni* (Nun), y *Todah* (Tadeo).

Acabamos de ver, a la luz de una verificación precisa, el crédito que puede concederse a conclusiones tan “autorizadas” como “unánimes” cuando son interesadas, porque es bien evidente, teniendo en cuenta los documentos antiguos que aportaron las pruebas necesarias, que Tomás-Judas-Tadeo-Lebeo no fue otro que el hermano gemelo de Jesús, y no un vago pariente lejano.

De todos modos, queda un punto en pie, muy importante, y que se debe subrayar. En el relato del fin trágico de Judas, alias Tomás, alias Lebeo, alias Tadeo, encontramos el principio y la costumbre de la puesta a disposición común de los bienes propios de los fieles del movimiento zelote, entre las manos de los jefes de la comunidad, y que ilustra tan bien el asesinato de Ananías y de Saphira, su esposa, a manos de los jóvenes de la guardia de Simón-Pedro.⁵⁵ Esto explica la configuración progresiva, desde Ezequías y Judas de Gamala, de ese enorme tesoro zelote cuya existencia nos revelan los documentos del mar Muerto y que ha hemos encontrado (véase el capítulo 1).

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Uno podría extrañarse de que el hermano gemelo de Jesús hubiera aceptado ese papel de resucitado, teniendo en cuenta su incredulidad. De hecho, ese episodio fue fabricado íntegramente, y precisamente para descartar en adelante cualquier carácter de verosimilitud en lo referente a la existencia del citado gemelo ... Para prueba, nos basta con lo que sigue:

De Troas, Ignacio, obispo de Antioquía, redactó hacia el año 110 o 115 de nuestra era una *Epístola a los Esmirnos*, cuando se encontraba en camino hacia Roma, donde sería ejecutado. Pues bien, en esa carta dirigida a la comunidad de Esmirna, nos aporta la prueba de que el episodio de esa incredulidad de Tomás *Todavía no se había imaginado en aquella época*:

“Para mí, yo sé y creo que, incluso después de su resurrección, Jesucristo tenía un cuerpo. Cuando se acercó a Pedro y a sus compañeros, ¿qué les dijo?: “Tocadme, palpadme, y ved que no soy un espíritu sin cuerpo”. De inmediato todos le tocaron, y al contacto íntimo de su carne y de su espíritu, creyeron”. (Cf. Ignacio de Antioquía, *Epístola a los Esmirnos*, III).

Porque ese mismo episodio de la incredulidad de Tomás no lo encontramos más que en el evangelio de Juan (20, 24). Ahora bien, ese evangelio era desconocido antes del año 190. Y nosotros no lo poseímos materialmente hasta el año IV. ¡Antes el escéptico era Simón-Pedro! Y Mateo, Marcos y Lucas ignoran la incredulidad de Tomás, ¡y con razón!

Si uno recuerda que Ignacio fue el discípulo de aquel Simón-Pedro, lo que hace de él uno de los cuatro “Padres apostólicos”, se verá obligado a admitir que aquél se hallaba en las fuentes mismas de la tradición oral.

En cuanto a Tomás, discretamente evacuado fuera de Palestina, en un convento de esclavos, se guardó bien de continuar ese peligroso juego. Podemos leer a su respecto lo siguiente en los *Stromates* de Clemente de Alejandría:

“Los elegidos no todos confesaron al Señor por la palabra, y no todos murieron en su nombre. Entre ellos se cuentan Mateo, Felipe, Tomás, y muchos otros ...” (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates*, IV, IV).

Si se recuerda que Clemente era el discípulo directo de Pantenio, quien a su vez era discípulo directo del apóstol Marcos, se ve que el citado Clemente se hallaba en las fuentes mismas de la tradición oral él también. Y confirma implícitamente lo que antecede.

⁵⁵ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 169-170.

Una tradición eclesiástica pretende que el beso de Judas Iscariote tuvo como finalidad designar realmente a Jesús, y evitar a los legionarios romanos que procedieran a detener a su sosia, es decir, a su hermano gemelo.

Pero para esta tradición el sosia era “su primo hermano, Santiago el Menor”. Contentémonos con saber que tenía un sosia, eso ya constituye una confesión ...

Felipe

Yo conozco otros escritos, un poco menos antiguos (por pocos siglos) que los textos de Qumrân, pero más ricos, y que ilustran, con extremada abundancia de detalles, uno de los lados más oscuros de esos primeros siglos de nuestra era.

JEAN DORESSE,
Les Livres secrets des gnostiques d'Egypte, Introducción

En efecto, en 1947 se descubría en Nag-Hamadi, en el Alto Egipto, una biblioteca gnóstico-cristiana sumamente rica. Recibió el nombre de biblioteca de Khenoboskion, antigua Shenessit del antiguo Egipto, y estaba compuesta por cuarenta y nueve manuscritos, redactados bien en subakhmímico, bien en saídico. Uno de ellos lleva por título: *Epístola de Pedro a Felipe, su hermano mayor y su compañero*”. Está redactado en saídico, dialecto del Alto Egipto, llamado también copto tebano.

Nos aporta la prueba de que en el siglo V, época de su transcripción se enseñaban todavía corrientemente los lazos de parentesco carnal entre Jesús y sus “discípulos”.

Nosotros ya hemos demostrado, por ejemplo, que Simón-Pedro era el hermano menor de Jesús.⁵⁶ Si Felipe era hermano de Pedro, es que lo era también de Jesús.

Sobre este apóstol disponemos de un doble testimonio de Clemente de Alejandría. Era de Betsaida, “la ciudad de Andrés y de Pedro” (Juan, 1, 44), lo que da a entender que debía ser más o menos primo o hermano de éstos, y por lo tanto de filiación davídica también. Veamos lo que dice Eusebio de Cesarea:

“No obstante, Clemente, cuyas palabras acabamos de leer, enumera a continuación de lo que acaba de ser dicho, a aquellos de los apóstoles que estuvieron casados, a causa de aquellos que condenan el matrimonio: ‘¿Rechazarán también a los apóstoles? Pedro y Felipe tuvieron hijos. Felipe incluso dio a sus hijas a hombres. Y Pablo no vaciló en saludar en una Epístola a su compañera, a quien no había llevado consigo, para mayor comodidad de su ministerio’.” (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXX, 1).

El canónigo G. Bardy observa que Clemente confunde al apóstol Felipe con el diácono Felipe, citado en los Hechos de los Apóstoles (21, 9), y esa confusión la había cometido ya Polícrato de Éfeso, en su carta al papa Víctor. Fue el diácono quien tuvo cuatro hijas, por cierto que profetisas (videntes). Éste fue enterrado en Hierápolis, así como dos de sus hijas (op. cit., III, XXXI,3).

Dejemos, pues, al diácono y volvamos al apóstol, sobre el que no sabemos nada, salvo la observación de Clemente, ya citada:

“Los elegidos, no todos confesaron al Señor por la palabra, y no todos murieron en su nombre. Entre ellos se cuentan Mateo, Felipe, Tomás, y muchos otros ...”. (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates*, IV, 9).

⁵⁶ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 70-90.

Lo que equivale a decir que esos personajes, después de la muerte de Jesús y el fracaso de la revolución dirigida por él, volvieron a sus asuntos, menos peligrosos y más provechosos que las insurrecciones zelotes. A excepción, sin embargo, de Tomás, el hermano gemelo de Jesús, alias Dídimo, alias Judas, alias Tadeo, el *taôma* hebreo. Éste, como ahora sabemos, aunque no “confesara al Señor por la palabra”, murió a pesar de todo decapitado, bajo el nombre de Theudas, y por orden de un tribuno que estaba al mando de la caballería legionaria enviada en persecución suya por orden de Cuspio Fado, procurador de Judea. Como no “confesó al Señor por la palabra”, debió ser ejecutado por derecho común.

Sin duda, Mateo, Felipe, Tomás, eran de aquellos apóstoles que no cayeron en la trampa de la pseudo-resurrección; y Tomás con mayor motivo, ya que durante varios días, y adoptando ciertas precauciones, interpretó el papel de Jesús “salido de la tumba”. Porque en Mateo leemos lo siguiente, sobre después de la resurrección:

“Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, *aunque algunos vacilaron* ... (Cf. Mateo, 28, 16-17).

De ahí el final desengañoso del *Evangelio de Pedro*:

“El último día de los Ácimos, muchas gentes regresaron a sus casas, una vez terminada la fiesta. Y nosotros, los doce discípulos del Señor, llorábamos y estábamos afligidos. *Y cada uno, entristecido por los acontecimientos, regresó a su casa.* En cuanto a mí, Simón-Pedro, y a Andrés, *mi hermano*, tomamos nuestras redes y nos hicimos a la mar. Y con nosotros estaba Leví, hijo de Alfeo, que el Señor ...”. (Cf. *Evangelio de Pedro*, 58 a 60).

Ninguno de ellos creía, pues, en la próxima resurrección, a pesar de los “milagros”.

De este fragmento final, interrumpido bruscamente, tendremos en cuenta, sin embargo, que los apóstoles siguen siendo doce; por lo tanto, Judas Iscariote todavía no ha sido ejecutado. En lo que concierne al final de Felipe, la *Leyenda dorada* lo hace morir en Hierápolis, en Frigia, crucificado y rematado bajo una lluvia de piedras, a instigación de los sacerdotes de los santuarios paganos. Pero para admitir este fin, habría que saber lo que dicho Felipe hacía en Frigia, y lo ignoramos. Además, si no participó en la propaganda y en la agitación zelote después de la muerte de Jesús, ¿en qué molestaba a los sacerdotes de los otros cultos? Dejemos la leyenda y concluyamos que no sabemos nada sobre ese personaje misterioso, tanto más cuanto que otras tradiciones escolásticas lo hacen morir de enfermedad, también en Hierápolis, y que otras lo hacen perecer crucificado.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

¿Tuvo Mateo-Leví descendencia? No es imposible. En la versión eslava de la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo observamos este pasaje, relativo al célebre Juan de Giscala, que se ilustró de diversas maneras durante el sitio de Jerusalén:

“Juan (Iochanan), hijo de Leví, *mago* y hombre de malos pensamientos, *deseoso de honores* y sediento de guerra *para dominar sobre todos* ... (Cf. *Guerra de los judíos*, IV, 1, manuscrito eslavo).

Observemos que ese nombre es *de origen galileo* (Giscala está en Galilea), que es el hijo de un Leví, y Mateo, alias Leví, es galileo; que ese Juan, alias Iochanan-bar-Leví, es *mago*, y la familia de Jesús, sus hermanos y él mismo tienen esa reputación; que Juan de Giscala está deseoso de recibir honores y de dominar, y *que quiere reinar*.

Ahora bien, para justificar tales deseos hay que poseer *títulos* que lo permitan, por lo tanto, probablemente es “hijo de David” también él. Porque en aquella época sólo había tres dinastías que pudieran presentar

candidatos válidos: la davídica, la asmonea y la herodiana, igual que en Francia era preciso proceder de los Borbones, los Orléans o los Bonaparte para ser un candidato serio a la corona.

Por eso, si Juan de Giscala es hijo de Mateo-Leví, y si este último es un tío de Jesús (en opinión general), eso significa que el citado Mateo-Leví se había casado con María III, hija de Salomón y de Hannnah (Ana), y hermanastra de María I, madre de Jesús (ver cuadro genealógico, cap. 19). Y entonces el terrible Juan de Giscala habría sido primo de Jesús, aunque debió de nacer mucho tiempo después de él. En las familias a veces hay cada embrollo ... Como vemos, también ahí, y como nosotros habíamos afirmado siempre, en las innumerables insurrecciones zelotes nos encontramos siempre *ante la misma familia, los jefes son todos parientes cercanos*. Y como en el caso de Judas Iscariote, la traición del tío Leví-Mateo se explica bastante bien: Intentó hacer pasar la sucesión dinástica a la cabeza de su propio hijo. Esta traición, que sorprenderá al lector, pronto la encontraremos, es fácilmente demostrable, y está confirmada por Celso en su *Discurso verdadero* véase el capítulo 27).

Mateo

Se ha hablado del descubrimiento del original de *Mateo* en la tumba de Bernabé, en Chipre ... Han intentado hacernos aceptar diversos jirones de papiro como los restos de la edición original de *Mateo* ... ¡y todo sin la menor verosimilitud!

CHARLES GUIGNEBERT,
Le Christ, I, IV

No transcribiremos el nombre de Mateo con dos “t”, ya que en español se escribe con una sola cuando es un simple nombre propio, y que en hebreo lleva sólo un *taw* en *Mathan* (II Reyes, 11, 18 y Jeremías, 38, 1), es decir, *mem-taw-nun*, puntuados respectivamente por el *patah* y el *quamats*.

Mateo aparece citado por Clemente de Alejandría entre aquellos que no se preocuparon del apostolado después de la muerte de Jesús (véase el capítulo 3) y regresaron a sus asuntos personales. Es decir, que el primer “evangelio” que lleva su nombre, y que desapareció muy pronto, según Orígenes, que no lo conoció más que de oídas, así como el segundo, que nosotros conocemos ahora con ese nombre, e igual que el *Pseudo-Mateo*, o *Libro de las infancias de María y de Jesús*, todos esos textos no pudieron tener como autor al personaje citado bajo ese nombre en nuestros canónicos o en los apócrifos.

Y hemos conservado para el final una opinión autorizada: “Los detalles que da la tradición sobre su apostolado y su martirio no tienen valor histórico”. (Cf. *Dictionnaire de théologie catholique*, tomo X, 1^a. Parte, p. 359; *imprimatur* del 26-3-1928, París, Letouzey édit., 1929).

Así pues, como lo que se afirma respecto al apostolado de Mateo se encuentra desprovisto de todo fundamento histórico, es obvio que lo mismo sucede con el “*Evangelio según san Mateo*”, ya que no hay apostolado sin evangelio. En una palabra, *Mateo jamás compuso texto alguno con ese nombre*, al menos no el Mateo citado en Mateo (9, 9 y 10, 3), en Marcos (3, 18), en Lucas (6, 15) y en los Hechos (1, 13).

Es el mismo personaje que Leví, y para convencerse basta con leer a Marcos (2, 14) y comparar con Mateo (9, 9). Y bajo ese nombre de Leví aparece citado en Lucas (5, 27), lo que confirma la observación siguiente:

- a) “Pasando Jesús de allí, vio a un hombre sentado al telonio, de nombre Mateo, y le dijo: “Sígueme”. Y él, levantándose, le siguió ...”. (Cf. Mateo, 9, 9).
- b) “Después de esto (Jesús) salió y vio a un publicano por nombre Leví sentado al telonio, y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió”. (Cf. Luchas, 5, 27-28).

Según Eusebio y Epifano, citados por el cardenal Jean Daniélou, S. J., el *Evangelio de los Hebreos*, llamado también *Evangelio de los Nazarenos*, no sería otro que la versión aramea del Evangelio de Mateo (Cf. J. Daniélou, *Théologie du judéo-christianisme*, p. 34).

¿Habrá que tener en cuenta la tradición eclesiástica, según la cual éste sería un tío de Jesús? En el caso afirmativo, debió tratarse, bien del hermano de Judas de Gamala, o bien del de Joaquín, el padre

de María. Como dice, acerbo, Clemente de Alejandría, en esta indiferencia prudente hacia las instrucciones de un sobrino “iluminado”, puede clasificarse a Leví-Mateo entre aquellos que en la montaña, ante el pseudo-resucitado, *dudaron*. (véase el capítulo 3).

Por otra parte, sus funciones de peajero, alias publicano, es decir, de cobrador de impuestos indirectos, al servicio de los ocupantes romanos, hacían de él un pequeño “rentero general”, lo que implica la posesión de una cierta fortuna como punto de partida, fortuna invertida en la *adquisición del cargo*. Este detalle parecería descartar dicha posibilidad en un hombre joven, mientras que resultaría más plausible en el caso de un hombre maduro. Por eso la tradición nos los presenta como el tío de Jesús (y no como un hermano o un primo, y menos aún como un extranjero), cosa que deberemos tener en cuenta, así como esa prudencia en el hecho de no querer correr el riesgo de perderlo todo en agitaciones estériles.

Según una tradición más que legendaria, evangelizó sin embargo Palestina y Etiopía, y allí encontró el martirio por haber querido oponerse al matrimonio del príncipe Hirtace con su parienta Ifigenia; eso es lo que pasa por meterse donde a uno no le importa. No obstante, como hay grandes posibilidades de que nadie se hubiera llamado jamás así en Etiopía, volveremos a la opinión autorizada del *Dictionnaire de théologie catholique* ya citada, a saber, que no sabemos nada sobre Mateo, y que no redactó nada. Lo que parece mucho más sensato.

Obsérvese, por otra parte, que Eusebio de Cesarea, al citar con muchas reservas en su libro III, capítulo I, las regiones en las que habrían evangelizado los apóstoles, tiene mucho cuidado en hacernos comprender, dubitativo, que de aquellos que nos cuenta, no se hace en absoluto responsable. *Pues bien, en ese pasaje no dice ni una palabra sobre Mateo.*

Nos atendremos, pues, a la afirmación de Clemente de Alejandría, a saber, que el citado Leví-Mateo, a la muerte de Jesús, regresó tranquilamente a sus fructíferos peajes, más remunerantes y menos peligrosos que la prosecución de las luchas zelotes, que terminaban invariablemente en el tradicional suplicio de la crucifixión.

Sobre su muerte real no sabemos nada válido, evidentemente Mateo habría muerto en Luch, o en Hierópolis, o en Naddaver (cf. G. Las Vergnas, *Jésus-Christ a-t-il existé?*. Heraclion niega el martirio que algunos le adjudican, lo mismo que el gran *Dictionnaire de théologie catholique*.

En un próximo capítulo veremos que el silencio de la Iglesia está más que motivado, y que es prudente no insistir demasiado sobre la vida de “san Mateo”, ya que, una vez más, también aquí nos espera un escándalo explosivo ...

Bartolomé

Los Evangelios no son, evidentemente, novelas, pero tampoco
son libros de historia ...

DANIEL-ROPS,
Jésus en son temps, Introducción

Ya nos lo imaginábamos ligeramente. Pero los gobiernos se esfuerzan en hacer creer lo contrario, a través de la prensa, de las emisiones religiosas, de los espectáculos televisados, etc. Y aquí tenemos otra vez la ocasión de sorprender a la demasiado famosa “tradición” en estado de total impostura.

El apóstol Bartolomé está citado en Mateo (10, 3), Marcos (3, 18), Lucas (6, 14), en los Hechos (1, 13). Eusebio de Cesarea nos dice esto respecto a él:

“Entre esos hombres estuvo Pantenio, y se dice que fue a las Indias. También se dice que se le había anticipado el evangelista Mateo, ya que algunos indígenas del país conocían a Cristo. A aquellas gentes, Bartolomé, uno de los apóstoles, les *habría* predicado, y les habría dejado, en *caracteres hebraicos*, la obra de Mateo, que habrían conservado hasta la época de la que hablamos”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, V, X, 3-4).

Sabemos por Orígenes, el gran doctor y exégeta muerto en el año 254, que ya en sus tiempos el texto inicial en arameo o hebreo del Evangelio de Mateo se había perdido y era totalmente desconocido. Se suponía que estaba compuesto por los “dichos” de Jesús, sentencias lapidarias, axiomas, etc., pero en todo caso no tenía nada en común con el relato que Orígenes tenía entre las manos. Pues bien, Orígenes era discípulo directo de Clemente de Alejandría, quien lo era de Pantenio. ¿Y el citado Pantenio, que había estado “en las Indias”, no había traído la más mínima copia de ese precioso documento inicial de Mateo? Increíble.

Y tanto más cuanto que quizás habría podido incluso adquirir el original, entonces en manos de los habitantes de las Indias, dado que Bartolomé, apóstol, les había dejado ese texto infinitamente precioso en “caracteres hebraicos”. Cosa que, para los indios, que no conocían sino los alfabetos *indi* y *sánscrito*, e ignoraban el hebreo como lenguaje, no representaba evidentemente ningún interés. (Y además, el cristianismo siempre fracasó en las Indias, en presencia de las doctrinas tradicionales o del Islam. Apenas hay cristianos, y sólo entre los huérfanos recogidos y luego educados “conforme”). Entonces, ¿qué interés podía tener Bartolomé en dejarles un ejemplar en hebreo?

Todo eso rezuma fabulación.

Observemos que el canónigo G. Bardy, en su traducción de Eusebio de Cesarea y en sus notas complementarias, nos dice, página 39 del tomo II (libros V a VII de Eusebio de Cesarea):

“¿Se trata realmente de la India, o de la Arabia del Sur? ...”.

Esta observación es muy pertinente, si se considera cuántas veces los célebres cuentos de *Las Mil y una Noches* llaman India a lo que no es sino el conjunto de las regiones al Sur del mar Rojo. *Pero a la vez es muy peligrosa para la leyenda oficial*, como veremos pronto.

Volvamos ahora al misterioso personaje de Bartolomé. En hebreo es Bar-Thalmai, pero sin el nombre de circuncisión previo, es decir, X ... –bar-Thalmai. Ese nombre aparece citado en el libro de los Números (13, 22), en Josué (15, 14), en II Samuel (3, 3 y 13, 37) y en I Crónicas (3, 2).

Lemaistre de Sacy le da como significación “hijo de aquel que detiene las aguas”. Thalmai no significa exactamente eso, porque también puede ser “hijo de las fuentes de arriba”, de *tal* (en hebreo: altura), y de *mai* (en hebreo: fuentes, aguas). Entonces sería “hijo de las aguas de lo alto”.

La versión sinodal protestante nos precisa, en su octava revisión (París, 1962, *Société biblique française édit.*), que Bartolomé era probablemente el mismo personaje que *Natanael*, citado en Juan (1, 45 a 50), al que Jesús encontraría entre Betania del otro lado del Jordán y Galilea, hacia donde vuelve. Entonces sería *Natanael-bar-Thalmai*.

Sobre la suerte final de Bartolomé, la *Leyenda dorada* quiere hacernos creer que murió en Albanópolis, en Armenia, despellizado vivo. Pero Armenia no está en el camino de las Indias, ni en el de la Arabia meridional, más corto. Consultemos, pues, de nuevo a Flavio Josefo, quien nos revelará su destino final, a la vez que el de Andrés, alias Eleazar, alias Lázaro, como hemos visto en el pasaje ya citado. Veamos, ahora, el párrafo que viene inmediatamente después, y que se refiere a Bartolomé:

“Algún tiempo después (del destierro de Eleazar), él (el procurador Cuspio Fado) mandó capturar asimismo a *Bartholomaeus*, cabecilla de los *bandidos que habían causado tantos males a los idumeos y a los árabes*, y que le fue llevado encadenado. Cuspio Fado lo condenó a muerte y purgó así a toda la Judea de esos enemigos de la seguridad pública ...” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, I).

es evidente que Bartholomaeus es la forma grecolatina de nuestro Bartolomé; parece, pues, que nos acercamos a la verdad. Retrocedamos un poco y examinemos la opinión del canónigo G. Bardy, quien considera que el viaje evangélico a las Indias del apóstol de dicho nombre es poco probable, y que se trató simplemente de la Arabia del Sur, la Arabia meridional, *constituida por la idumea y la Nabatea*, esta última reino de Aretas IV, que poseía además la ciudad de Damasco, cuyo etnarca, y no los judíos, intentaría apresar a Saulo-Pablo cuando éste fue allí. (Cf. II Epístola a los Corintios, 11, 32).

¡Y es que la opinión del erudito canónigo es muy plausible! Ya hemos demostrado antes la imposibilidad y la falta de lógica de un viaje a las Indias del apóstol Bartolomé. Si a éste se le ocurrió *evangelizar la Arabia del Sur* (Idumea y Nabatea), lo hizo de una manera muy particular. Allí, el evangelio lleno de dulzura que conoceremos a partir del siglo IV, para los árabes idumeos y nabateos se presentará bajo la forma de bandas de zelotes bien armadas, perfectamente entrenadas para el combate y los saqueos consecutivos; el fuego del Espíritu Santo se les transmitía con antorchas, y la imposición de las manos se realizaba con la sicca, aquel sable corto, medio puñal, medio cimitarra, y que dio nombre a los *sicarios*, ex zelotes. Ya hemos encontrado, pues, al Bartholomaeus citado en Flavio Josefo, y que había causado “*tantos males a los idumeos y a los árabes*” (op. cit.).

por otra parte, Cuspio Fado (y no Astyage, hermano del rey de Armenia), el procurador que mandó ejecutar a Bartholomaeus, entró en funciones en el año 45 de nuestra era, un año después de la muerte del rey Herodes Agripa I, y por designación de Claudio César. Por lo tanto, probablemente Bartholomaeus fue ejecutado a principios del año 47, ya que Tiberio Alejandro, sucesor de Cuspio Fado, entró en funciones en el segundo trimestre del año 47, y en seguida hizo crucificar a Simón-Pedro y a Jacobo-Santiago, en el mismo período.

De modo que parece evidente que esa triple ejecución pertenece a un episodio global de la represión romana. Los protagonistas están relacionados por los hechos, y Bartolomé, Simón-Pedro y Jacobo-

Santiago fueron capturados y condenados por sus actividades comunes: una guerrilla nacionalista, complicada por necesidad vital con bandolerismo puro y simple a los ojos de Roma. Porque no olvidemos que las incesantes guerras civiles terminaron, en aquella época concreta, por llevar el hambre a toda Judea. Y de ahí las razzias de los zelotes en Arabia meridional. Bartolomé debía estar encargado de la intendencia y del avituallamiento de los grupos ofensivos.

En lo que concierne a su tipo de muerte, debió de ser el habitual: la cruz. Pero precedida obligatoriamente de una terrible flagelación. También pudo ir precedida de un interrogatorio sometido a tortura. Y, a través de los autores antiguos, sabemos que los verdugos romanos usaban en todo el Imperio guantes de crines, guanteletes o manoplas de piel de tiburón, incluso uñas de hierro, para después de la flagelación. Y esto pudo dar nacimiento a la leyenda de un Bartolomé despellejado vivo.

Iochanan, o Juan el Evangelista

No importa si sois partidarios de Pascal o de Voltaire, vuestra fe no será seria hasta que no haya resistido a la confrontación con un adversario ...

JEAN GHEHENNO,
Ce que je crois

Para la claridad de la exposición, observaremos ante todo que conviene distinguir a varios Juanes.

En primer lugar está Juan el Bautista, evidentemente. Fue encarcelado por orden de Herodes Antipas en la ciudadela de Maqueronte, a orillas del mar Muerto, el 28 de mayo del año 31 de nuestra era, y fue decapitado el 29 de marzo del año 32, menos de un año más tarde.

Luego está Juan el apóstol, a quien se llama también “el discípulo bienamado”. Éste será el que estudiaremos aquí.

Está también Juan el presbítero, de quien fue oyente Papías. Debió de ser uno de los setenta y dos discípulos enviados por Jesús de dos en dos (Lucas, 10, 1 y 17, habla de setenta, algunos manuscritos hablan de setenta y dos).

Está, por último, Juan, de sobrenombre Marcos, compañero de Bernabé y de Saulo, de quien algunos exégetas declaran que es el mismo que el Marcos evangelista, discípulo de Simón-Pedro, y de quien otros afirman que es un personaje diferente. Los docetas⁵⁷ usaban preferentemente el evangelio de Marcos (cf. Ireneo, *Contra las herejías*, III, XI, 7), para el versículo 31 del capítulo V, que aportaban los discípulos de Valentín, y que sugería que Jesús, mientras estaba con vida, tenía ya el mismo “cuerpo ilusorio” afirmado implícitamente por Juan, 20, 17.

Sobre los orígenes familiares de Juan, el “apóstol bienamado”, en Mateo descubrimos esto:

“Pasando (Jesús) más adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo, y Juan, su hermano, que en la barca, con Zebedeo, su pare, componían las redes, y los llamó. Ellos, dejando luego la barca y a su padre, le siguieron”. (Mateo, 4, 21).

Es evidente que si Jacobo (Santiago) y Iochanan (Juan) obedecen instantáneamente a esta llamada de Jesús, es que le conocen ya. A menos que se ponga en juego una fascinación hipnótica, no se ve cómo dos hombres normales pueden comportarse así, y menos cuando el padre, a quien con semejante desenvoltura dejan plantado, con sus redes y su barca, no se extraña ni protesta. Por lo tanto, no es la primera vez que Jesús los llama, el hecho es habitual; reconocen al “hijo de David”, como más tarde lo reconocerá la juventud judía de Jerusalén, a su llegada de Jericó (cf. Mateo, 21, 9, y Marcos, 11, 9); a sus ojos es el rey legítimo, si no legal, y esta llamada es una orden formal.

⁵⁷ *Docetismo*: doctrina gnóstica según la cual Jesús sólo usó una materialización momentánea, sin realidad carnal, lo que implica que no hubo gestación intrauterina, ni nacimiento físico, ni sufrimientos corporales, ni muerte normal. Desapareció del mismo modo que había aparecido.

Pero, ¿quién es ese Zebedeo? Porque no lo volveremos a encontrar en ninguna otra parte. Se le cita como padre de Santiago y de Juan, sin más, en Mateo (20, 20-27, 56), en Marcos (3, 17), en Lucas (5, 10), en Juan (21, 1-3). Los *Hechos de los Apóstoles* lo ignoran. Por lo tanto, es evidente que los escribas anónimos del siglo IV no quisieron extenderse sobre este personaje. Eso significa que para el historiador, curioso y desprovisto de complejos dogmáticos, presenta mucho interés. Volvamos, pues, a Mateo, y veámoslo de más cerca:

“... entre ellas María Magdalena y María la madre de Santiago y José y la madre de los hijos de Zebedeo” (Mateo, 27, 56).

A priori hay tres mujeres diferentes. No obstante, seamos desconfiados y vayamos al texto griego original:

“*En aīs Maria è Magdalenè kai Maria è toû Iakobous kai’Iosef mèter kai è méter tōn uiôn Zebedaiou ...*” (Mateo, 27, 56).

Esto nos da, traducido correctamente:

“Entre ellas estaban María Magdalena, y María, la madre de Santiago y de José, y *madre también de los hijos de Zebedeo ...*” (*op. cit.*).

La madre de los hijos de Zebedeo es la Madría madre de Santiago y de José, por los motivos que siguen:

¿Por qué se nombra a todos los personajes en cuestión, *salvo a esa “madre de los hijos de Zebedeo”?* Pues porque constituiría una repetición, porque se la acaba de nombrar, y no se puede volver a repetir.

Porque si la *è*, en griego, significa *el* o *la*, también significa él o *ella*, y se emplea corrientemente para *él mismo* o *ella misma*. (Cf. *Gran Dictionnaire français-grec et grec-français*, de G. Ozanneaux, Recteur d’Academie, Inspecteur général de l’Université, París, 1863, tomo II, página 607).

Por lo tanto, debe traducirse: “... y María, madre de Santiago y de José,

o $\left. \begin{array}{l} \text{ella misma madre de los hijos de Zebedeo ...} \\ \text{y madre de los hijos de Zebedeo ...} \\ \text{la madre de los hijos de Zebedeo ...} \end{array} \right\}$ y no
“*y la madre ...*”

Esta última traducción falsea totalmente el sentido de la frase, y más cuanto que no es correcto repetir el artículo, doblándolo. Ese truco es una prueba más de que se quiere ocultar cuidadosamente *que en realidad era la madre de los hijos de ese Zebedeo*, porque se trataba de *María, la madre de Jesús*.

¿No es acaso el carpintero, *hijo de María*, y el *hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón?* ... (Marcos, 6, 3). Por otra parte, en Lucas leemos esto:

“E igualmente Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran *socios de Simón ...*” (Lucas, 5, 10).

El griego *koinonoi* tiene el sentido de compañeros, asociados. En su *Vulgata* latina, san Jerónimo traduce: “... *qui eran socii Simonis*”, es decir, asociados.

Así pues, los hijos de Zebedeo están asociados con los hijos de Judas de Gamala, y *tienen la barca en común*. Esta barca se halla necesariamente en la orilla de Cafarnaúm, ya que la vivienda de

Simón-Pedro se encuentra en esa localidad, tal como nos dice Marcos (1, 16 a 31), y Simón vive allí con Andrés, su hermano (Marcos, 1, 29).

¿Cómo no deducir que se trata también de la barca de Santiago y de Juan? Sucedé lo mismo casi en todas partes, en los puertos pesqueros. El o los propietarios de una barca generalmente emplean primero a sus hermanos o a sus primos; así, la barca y la pesca son cosas familiares. Pero esto implica, como es natural, una proximidad de vivienda.

Además, Cafarnaúm, al noroeste del lago de Genezaret, llamado a veces pomposamente el mar de Galilea, es el puerto de atraque de Jesús. Para convencerse de ello, basta con releer a Marcos (4, 13; 8, 5; 11, 23; 12, 24), Marcos (1, 21; 2, 1), Lucas (4, 23), Juan (2, 12; 4, 46; 6, 17).

Probablemente incluso nació allí, porque si Nazareth no existía en aquella época,⁵⁸ bien tuvo que nacer en alguna parte. Ahora bien, algunos exégetas protestantes modernos piensan que fue en Cafarnaúm, y fundan su opinión en este pasaje: “... y tú, Cafarnaúm, ¿te levantarás hasta el cielo?” (Mateo, 11, 23).

Esta elevación gloriosa de la ciudad a la que Jesús acusará de ingratitud hacia la gracia que le fue otorgada (es decir, su propio nacimiento), aparece explicitada en este otro pasaje: “... en los términos de Zabulón y Neftalí, *ciudad situada a orillas del mar, (...) al otro lado del Jordán, (...) ese pueblo vio una gran luz ...*” (Mateo, 4, 13 a 16).

Pues bien, Cafarnaúm está situada cerca del mar y en el territorio de Zabulón y de Neftalí, eso es exacto. No obstante, haremos observar a nuestros distinguidos colegas que el país *del otro lado del Jordán* se llama hoy Transjordania, y que también puede tratarse de Besaida-Julias, situada en territorio de Neftalí, pero en la orilla oriental del Jordán. Y en Betsaida poseían bienes, sin duda familiares, Simón-Pedro y Andrés-Lázaro: “Era Felipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro” (cf. Juan, 1, 44).

Podría recordarse también la casa-fuerte⁵⁹ que la familia davídica poseía asimismo en Gamala. De hecho, la leyenda de los humildes carpinteros pobemente alojados en Nazaret hay que relegarla al campo de las mentiras piadosas. La familia de Judas-bar-Ezequías era rica, rica por el botín de las guerras sostenidas desde hacía más de medio siglo a expensas de los sirios, y también por los diezmos cobrados a las facciones que habían permanecido fieles a los descendientes de los antiguos reyes. (Véase a este respecto la negativa de pagar el peaje a la entrada a Cafarnaúm, precisamente porque él era *hijo de rey*. cf. Mateo, 17, 24).

Hasta ahora sólo habíamos conocido, como hermanos de Jesús, a los que nos habían citado los Evangelios, a saber, a Simón, Santiago, Judas y José. Nosotros descubrimos un quinto, Andrés, alias Lázaro. Pero ese segundo Santiago (llamado el Menor) y Juan, su hermano, ¿lo eran también de Jesús?

Por lo que hemos descubierto sobre los “hijos de Zebedeo”, resulta que eran *hermanastros*, nacidos del segundo matrimonio de María, después de la muerte de Judas de Gamala, su primer esposo. Remitimos al lector a nuestros argumentos anteriores, en la obra precedente.

En efecto, en el Apocalipsis se habla de la voz de “siete truenos”:

⁵⁸ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 85-86.

⁵⁹ Flavio Josefo, en sus *Antigüedades judaicas*, habla en diversas ocasiones de la “fortaleza de Gamala”.

“Cuando hubieron hablado los siete truenos ...” (Apocalipsis, 10, 4).

“Sella las cosas que han hablado los siete truenos ...” (op. cit., 10, 5).

En un volumen precedente demostramos que esos siete truenos eran siete hermanos,⁶⁰ y tenemos en Juan un eco de ello:

“Después de esto se apareció Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades, y se apareció así: estaban juntos Simón-Pedro y Tomás, llamado Dídimo; Natanael, el de Caná de Galilea, y los de Zebedeo y otros dos discípulos. Dijoles Simón-Pedro: “Voy a pescar”. Los otros le dijeron: “Vamos también nosotros contigo”. Salieron y entraron en la barca ...” (Juan, 21, 1-3).

Sabemos que Natanael es el mismo personaje que Bartolomé (véase el capítulo 13). Estos últimos siete discípulos son, pues: Simón-Pedro, Judas, alias Tomás, alias Dídimo, alias el Gemelo (*Taôma* en hebreo), Bartolomé, alias Natanael, Santiago el Menor, Juan, y otros dos que no se nombran. ¿Por qué? Pues por que se trata, indudablemente, de Andrés, alias Eleazar, alias Lázaro (hermano de Simón), y de Santiago el Mayor (hermano también de Simón-Pedro), lo que hace siete, la familia está completa, y ahí están los “siete truenos”. Sólo falta Jesús, que sería el octavo, pero como es sustituido por su hermano gemelo, Tomás, desempeñando el papel de pseudo-resucitado, volvemos a siete.

El término empleado para decir “hijo del trueno” es *boanerges*, y sólo en el evangelio de Marcos (3, 17). San Jerónimo, contrariado, reproduce esta palabra en su *Vulgata* latina, por no conocerle ninguna traducción posible en esta lengua. ¿Qué significa eso? Pues simplemente que esa palabra es intraducible, tanto en griego como en latín como en hebreo. Así pues, busquemos:

Boan es un término griego asociado a toda expresión que evoque ruido o fragor de algo. *Anergastos* designa todo ruido desordenado, tumultuoso, inarmónico. En cuanto a *erges*, designaría la idea de activar, de estimular, de inspeccionar una obra cualquiera, del griego *ergon*. Por el contrario, en dialecto cretense, *ergatones* o *ergaones* designa a los obreros encargados de inhumar a los muertos en el campo.

Y así, con *boanergaones*, no tendríamos a un manipulador del rayo, sino a un cantor de salmodias fúnebres. En cuanto a *Boanergastos*, en un argot muy popular ese pleonasmo podría designar un ruido repetido, como un trueno rugiendo a lo lejos. Pero nada en todo esto nos demuestra que los “hijos del trueno” poseyeran el manejo oculto del rayo, como pretenden hacernos creer en Lucas (9, 54): “Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que los consuma? ...”. En la antigüedad existía, efectivamente, una secta, por cierto que de carácter internacional, que daba en algunos lugares sacerdotes, y en otros brujos, que conocían el manejo del rayo. Es un hecho probado, y aún existía en el seno del lamaísmo tibetano, en la secta *bon-po*, los *bonetes negros*, hacia 1950, en el Tibet oriental, antes de la ocupación china.

De todos modos, un erudito investigador británico, John M. Allegro, profesor de la universidad de Manchester (estudios bíblicos), acaba de proporcionar una explicación tan sensacional como inesperada. Él fue el primer representante de Gran Bretaña en el equipo internacional encargado de preparar la publicación de los célebres manuscritos del mar Muerto. En su obra, traducida a ocho idiomas, y titulada *De Champignon sacré et la Croix* (París, 1971, Albin Michel édit.), estudia el papel de la *Amanita muscaria* en los antiquísimos cultos de la fecundidad del Próximo Oriente. Y aquí tenemos lo que podemos conservar para nuestro estudio:

⁶⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 111-112.

El término de boanerges, como acabamos de ver, no significa nada de lo que Jesús pretende expresar en su frase, relatada por Marcos en su evangelio (3, 17), al menos en griego. Por otra parte, no procede de ninguno de los dialectos arameos conocidos. Pues bien, como ya observamos en una obra precedente, el hebreo conservó en su vocabulario palabras procedentes de las lenguas más antiguas: caldeo, asirio, acadio, e incluso sumerio. Eso ha sucedido con todas las lenguas, constituidas por aportes sucesivos. Y John M. Allegro, familiarizado con esas lenguas muertas, ha descubierto que *boanerges* procedía directamente del sumerio, y que esa palabra no era sino la contracción de una corta frase en ese mismo dialecto: GESH-PU-AN-UR, convertida luego en PU-AN-UR-GES, de donde ese término, incomprendido por los escribas de los siglos IV y V: BU-AN-ER-GES, convertido en *boanerges*, barbarismo que se tomaba por griego.

Esta corta frase, en sumerio, significa simplemente “*hijo del trueno*”, y era tan sólo el nombre de una seta alucinógena, la *Amanita muscaria*, o *Amanita phalloide*, la *amanita matamoscas*, la célebre *Muchamore* de los chamanes siberianos o kamtchadales, nuestra peligrosa “falsa oronja”. Ese nombre, o sobrenombre, como se quiera, deriva de la creencia propia de los hombres de Sumeria, según la cual nacía de la voz misma del rayo o del estruendo del trueno, ya que se había constatado su aparición en el suelo *inmediatamente después de las tormentas*.

Aquí dejaremos por un momento las revelaciones de John M. Allegro, para volver a nuestra gramática acadia de M. Rutten, del Museo del Louvre (París, 1937, Adrien-Maisonneuve édit.), *Eléments d'accadien*. Los textos acadios más antiguos se remontan a la dinastía semítica de Acad, es decir, a 2.800 años antes de nuestra era, y los últimos al siglo I de ésta. Es decir, que no es sorprendente encontrar términos procedentes de Acad en los diversos dialectos arameos. El grupo oriental acadio de las lenguas semíticas dio nacimiento al asirio y al babilonio. Y en el acadio (como en el asirio), no hay más que *cuatro vocales*, a saber, *a*, *i*, *u*, *e*, que constituyen el tetragrama sagrado por excelencia, el nombre divino de los hebreos: *IEUA* (*iéuhah*), en hebreo *iod-he-vaw-he*. Éstos, basándose en esa tradición, lo tenían sólo desde la cautividad de Babilonia.

Ahora bien, si hay una tradición fundamental en la exégesis del *Antiguo Testamento*, ésa es la que califica al dios de Israel de *elohim de la tormenta*, porque Yavé es, efectivamente, el *dios del rayo*. Citemos simplemente, como justificación:

“El trueno anuncia que viene ...” (Job, 36, 33).

“Y mostrará (Yavé) cómo hiere su brazo ... (...) entre nubes, *tempestad* y furiosos granizo” (Isaías, 30, 30).

“En el tercer día, al amanecer, hubo truenos, relámpagos, y una densa nube sobre el monte (Sinaí) (...). Todo el monte Sinaí estaba humeando, porque sobre él había descendido Yavé en forma de fuego ...” (Éxodo, 19, 16-18).

Recuérdese el papel del *peyotl* en México, o de las setas *alucinógenas* y *teóforas* de América del Sur.

Por otra parte, es seguro que, *esotéricamente*, esa seta, la *Amanita muscaria*, es el misterioso fruto del Jardín del Edén. En Plaincourault, cerca de Mérigni (Indre, Francia), ella es la que, engrandecida desmesuradamente, flanqueada por Adán y Eva, que velan sus sexos con las manos. Ese fresco se remonta al siglo XII. Por lo tanto, el papel secreto de la amanita aún era conocido en aquella época en los ambientes cristianos heterodoxos más o menos “iniciados”.

Consecuencia inmediata de ello, para un primitivo, es evidentemente que la seta que aparece después de la tormenta, sin que nada justifique su brote del suelo, es “*hija del trueno*”, su sello y el testimonio de la materialidad del dios del rayo.

Consecuencia secundaria: al utilizar sus propiedades alucinógenas uno se impregna de la naturaleza, *uno se diviniza*. Y entonces aparecen los fenómenos de intoxicación psíquica. Aproximadamente una hora después de la absorción de la *Amanita muscaria*, el individuo es objeto de tirones nerviosos, de temblores de todos los miembros; siguen sacudidas tendinosas. Al principio permanece consciente; psíquica e interiormente está de buen humor. Luego empiezan las alucinaciones, los sueños en vigilia, las visiones. El individuo palidece, sus ojos se vuelven vidriosos. Todavía son posibles algunos gestos voluntarios y conscientes, luego sobrevienen una tristeza o una alegría extremadas. A veces el individuo parece ebrio, baila o brinca sobre el lugar. Experimenta también la necesidad de confesarse públicamente, de vaciarse literalmente de todos sus secretos. Es una verdadera liberación, un desahogo. Todos estos datos los hemos tomado de un gran especialista, L. Lewin, en su obra *Phantastica* (*op. cit.*, cap. IV).

¿No le recuerda esto nada al lector? Volvamos a los Evangelios, el pasaje en el que se dice que se tenía a Jesús por loco:

“Oyendo esto sus deudos, salieron para apoderarse de él, pues decíanse: Está fuera de sí ...” (Marcos, 3, 21).

San Jerónimo, en su *Vulgata latina*, texto oficial de la Iglesia católica, traduce por *furorem versus*, es decir, *loco furioso*. Y en los *Hechos de Juan*, apócrifo del siglo IV, redactado en griego, se nos muestra a Jesús *bailando antes de su captura* ante sus discípulos y explicándoles el porqué en un corto discurso, totalmente incoherente: “¡Quien no baila, no sabe lo que va a suceder! ... Tú que bailas, mírate en mí, que hablo, y viendo, participando, mantén silencio sobre mis misterios...” (*Hechos de Juan*, XCIV).

Así pues, y para resumir, nuestros místicos extremistas, jefes de la corriente zelote, eran *drogados*. De ahí las “visiones” proféticas. Y al calificar a Santiago y a Juan de “hijos del trueno” (*boanerges*), Jesús les da simplemente el nombre de su droga, los asimila a ella, algo así como si a un borracho inveterado se le llamase “bota de vino”, o a un devorador de carnes semicrudas, “rosbif”. Y a eso se reduce probablemente todo el misterio de los pretendidos “manipuladores del rayo”. (Cf. J.M. Allegro, *Le champignon sacré et la croix*, en concreto las páginas 225 a 230, donde el autor demuestra que los zelotes hacían uso de la *Amanita muscaria*).

María, madre de Jesús, ¿aprovechaba también las propiedades de esa seta sagrada? No es imposible. Porque hay documentos muy antiguos que le atribuyen la cualidad de *profetisa*: “Y el ángel Gabriel entró en casa de la profetisa, y ella concibió y alumbró a un hijo”.

Esta calificación, *in extenso*, aparece reproducida por san Epifanio, obispo de Salamina, y se la encuentra en el *Codex sinaiticus* y en el *Alexandrinus*, según nos dice el abad E. Amann en su traducción del Protoevangelio de Santiago. (*Protévangile de Jacques*, p. 19, nota 1).

Puede entonces admitirse que, cuando María hubo concebido a Jesús de su legítimo esposo Judas de Gamala, y mientras ignoraba aún que estaba encinta, al utilizar con fines vaticinadores según su costumbre (profetisa) la seta sagrada, tuvo la visión de un personaje fabuloso, que ella identificó luego con el ángel Gabriel, y percibió intuitivamente que estaba embarazada, que daría a luz un hijo, etcétera.

Lo que explicaría que, a continuación, al regresar de ese estado al estado de vigilia habitual, no recordara ya dicha alucinación. Y de ahí la frase del *Protoevangelio de Santiago*: “Pero María había olvidado los misterios que le había revelado el ángel Gabriel”, y el hecho de que ella no revelara jamás nada de esa concepción milagrosa a los hermanos menores de Jesús.⁶¹

⁶¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 58-59.

Sobre el hecho de que Juan el Evangelista es hermano de Simón-Pedro, y por consiguiente *hermano también de Jesús*, dado que Pedro lo era,⁶² tenemos la prueba definitiva en la *Crónica* de George Hamortholos, documento del siglo IX, y que tiende a demostrar que su autor poseía todavía los cinco libros de Papías: *Comentarios a las palabras del Maestro*. Volvamos al Evangelio de Juan:

“Díjole Jesús: “Apacienta mis corderos (...) En verdad, en verdad te digo: Cuando eras joven, tú te ceñías e ibas adonde querías; cuando envejezcas, *extenderás tus manos* y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras”. Esto lo dijo indicando *con qué muerte* había (Pedro) de glorificar a Dios. Despues añadió: “Sígueme ...” (Juan, 21, 15, 18-19).

Entonces viene el pasaje en que Jesús dice de Juan: “Si yo quisiera que éste permaneciese hasta que yo venga, ¿a tí qué? Tú sígueme”. (Juan, 21, 22). *Y en esos versículos se trata únicamente de Simón-Pedro y de Juan el Evangelista*. Pues bien, en su *Crónica*, Georges Hamortholos nos dice de Juan que fue “muerto por los judíos, cumpliendo, igual que su hermano, la palabra que Cristo había pronunciado sobre ellos ...” (*Op. cit.*)

Ese *hermano* es, por lo tanto, evidentemente Simón, y no es de Santiago de quien se trata aquí.

Por consiguiente, Juan es hermano de Simón-Pedro, y *por lo tanto hermano de Jesús*, y murió en Judea, como ellos, lo que suprime toda indecisión sobre las diversas tumbas que se afirma que son las suyas. Pero, sobre todo, ello implica que tuvieron *la misma madre* (y quizás el mismo padre), de donde la frase confirmativa de Juan:

“Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la madre: ‘Mujer, he ahí a tu hijo’. Luego al discípulo: ‘He ahí a tu madre’ ...” (Juan, 19, 26).

Y esto plantea entonces otro problema, el de las relaciones de identidad entre el misterioso Alfeo y Simón el Leproso.

En Mateo (10, 3), Marcos (3, 18), Lucas (6, 15), y Hechos (1, 13) nos enteramos de que hay un Santiago (Jacobo) que es hijo de Alfeo, y ese Leví, sentado en el puesto de peaje, y por consiguiente publicano, es el mismo que Mateo, como ya hemos visto precedentemente (véase el capítulo 12). Eso confirma que el citado Alfeo es también de la familia, y su hijo Santiago otro tanto.

Ahora bien, el griego *alphos* significa herpes blanco, es decir, *psoriasis*. No es difícil adivinar que se trata de un *nomen helénico* que acompañaba, como era costumbre, al nombre hebreo de circuncisión, y que dicho nombre era asimismo un sobrenombre. ¿Cuál era entonces el nombre de circuncisión?

Estamos en nuestro derecho de suponer que se trataba de Simón el Leproso, *cuya vivienda se hallaba en Betania, y que vivía con Marta y María, hermanas de Lázaro, alias Andrés, hermano de Jesús, hermanas del citado Jesús* (Mateo, 26, 6; Marcos, 14, 3) como ha sido demostrado antes (véase el capítulo 9). Entonces sería un mismo personaje, con diversos nombres, probablemente un tío abuelo de Jesús, ya que era el padre de Mateo-Leví, a su vez tío del citado Jesús. Y al estudiar la personalidad de la joven María, hermana de Jesús, veremos por qué el ostracismo legal *implicado por su sobrenombre* (la psoriasis en aquella época a menudo era tomada como una lepra), le *impuso* una vida aparte, fuera de Jerusalén, como ella.

Por otra parte, Alfeo es la forma helenizada del hebreo *Eliphaz*, que significa “dios lo purifique”. Sería entonces el famoso *nombre de sustitución* que se imponía en Israel a un enfermo, en el curso de

⁶² *Id.*, pp. 70 a 90.

un ritual especial, en lugar del *nombre de circuncisión*, a fin de desviar una enfermedad o un peligro. *Eliphas* había sustituido entonces a Zebedeo, amenazado de lepra (en realidad de psoriasis), y luego habría sido traducido al griego por *Alfeo*, de *alphos* (herpes blancos), porque significaría la purificación.

De los versículos en los que se cita a los dos hermanos, Santiago y Juan, como “hijos de Zebedeo”, resulta que Santiago es probablemente el mayor. Acabamos de ver que procedían del segundo matrimonio de María, madre de Jesús, ya que la muerte de Judas de Gamala, su primer esposo, se situaría hacia el año 6 de nuestra era, fecha de la revolución del Censo.

Ese segundo matrimonio, conforme a la ley judía, puede situarse por lo tanto hacia el año 7 de nuestra era. Santiago habría nacido en el año 8, y Juan, que vendría enseguida, hacia el 9 o el 10. El plazo legal que separaría la muerte, publicada y certificada, de Judas el Gaulanita, y el nuevo matrimonio de María debió de ser muy corto, ya que con esta segunda unión de lo que se trataba era de dar un protector legítimo y eficiente a los hijos del jefe zelote muerto en combate. Los romanos, en efecto, se esforzaban por suprimir por todos los medios posibles a la descendencia davídica, según nos dice Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica* (III, XII, XX, XXXII).

Y queda un eco de las privaciones que esta muerte acarreó al hogar familiar en la obra atribuida a Clemente de Roma:

“A esas palabras, Pedro respondió: ‘... Porque yo y Andrés, *mi hermano a la vez carnal* y ante Dios, no sólo fuimos criados como *huérfanos*, sino que además, a causa de nuestra pobreza y de nuestra situación penosa, fuimos acostumbrados desde la infancia al trabajo ...’” (Cf. Clemente de Roma, *Homilías clementinas*, XII, VI).

Por consiguiente, Juan contaría unos veinticuatro o veinticinco años en la época de la crucifixión de su hermanastro mayor Jesús, en el año 35 de nuestra era, época de dicha muerte, cuando Jesús tendría, como ya se dijo, y según san Ireneo, unos cincuenta años de edad.

Según la tradición eclesiástica, Juan habría muerto bajo el reinado de Trajano, es decir, hacia el año 98, que fue cuando comenzó dicho reinado. Juan contaría, por consiguiente, ochenta y ocho años. Esto nos parece mucho, teniendo en cuenta los acontecimientos trágicos en los que se vio necesariamente envuelto. Porque su hermano Santiago (el Menor) murió en el año 63, es decir, a la edad aproximada de cincuenta y cinco años. La opinión de varios historiadores es que Juan moriría en *Palestina*, y por lo tanto mucho antes de lo que dice la leyenda.

Sobre este tema citaremos, una vez más, a Georges Hamartholos (llamado Jorge el Monje), quien, en su *Crónica* del año 850 nos cuenta que “*Papías, testigo del acontecimiento, dice que Juan murió a manos de los judíos*”. (Cf. Migne, *Patrologie grecque*).

El *Martirologio* de Siria, que es del siglo IV, fija en el 27 de diciembre la muerte *de los dos hermanos, Santiago y Juan*, que pasaron juntos a mejor vida.

Todo esto implica una doble inverosimilitud, la de las dos tumbas erigidas en Éfeso. Habría, por lo menos, una de más. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXXIX, y y VII, XXV, 16).

A la muerte de Jesús, su hermano mayor, Juan habría recibido de él la misión de velar por María, la madre de ambos; y de ahí el célebre pasaje: “Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la madre: ‘Mujer, he ahí a tu hijo’. Luego dijo al discípulo: ‘He ahí a tu madre’ ... ”.(Juan, 19, 26). El texto añade que, a partir de ese momento Juan la tomó en su casa, lo que implica que antes debía de vivir en casa de sus otros hijos, y confirma lo que decíamos antes, a saber, que Juan era hijo de María, y por lo tanto hermano de Jesús.

Sin embargo, ese texto parece falseado, a causa de un manuscrito descubierto recientemente. David Flusser, en su libro *Jesús*, citando el descubrimiento de ese apócrifo,⁶³ dice que las palabras reales de Jesús debieron ser: “¡Coge a tus hijos y vete!”. (op. cit., p. 28).

La presencia verosímil, al pie de la cruz, de Simón, Santiago y Judas, conocidos como lugartenientes de Jesús, y por lo tanto, sujetos al riesgo de ser apresados por los legionarios de guardia en aquél lugar, nos hace dudar de la veracidad de dicho episodio. A menos que el manuscrito estuviera mal traducido, que el pasaje fuera más o menos descifrable, y que hubiera que leer: “Coge a tus *hijas* y vete ...”, porque según los canónicos al pie de la cruz patibular sólo hay mujeres.

Sea lo que fuere, el episodio de Juan teniendo que hacerse cargo de María en su casa aparece muy sospechoso a los ojos del historiador desconfiado. En efecto, según san Ireneo, discípulo y oyente de los “padres apostólicos” (“que había conocido a los apóstoles”), Jesús debió de morir a los cincuenta años, “próximo a la vejez”. Como fue crucificado hacia el año 34 o 35 de nuestra era, debió de nacer en el 16 o 17 antes de ésta. María, su madre, núbil legalmente desde la edad de doce años y medio, pudo tenerlo cuando contaría unos quince años. Ella habría nacido, por lo tanto, hacia el año 32 antes de nuestra era, lo que significaría que en ese momento contaría aproximadamente sesenta y cinco años.

Pues bien, ¿a quien se hará creer que Juan se ocupó de evangelizar Asia, y que vivió en ella, como asegura Eusebio de Cesarea? (Cf. *Historia eclesiástica*, III, I). Es decir, que estuvo siempre en camino, velando, cuidando y subviniendo a las necesidades de una madre anciana. Porque en aquella época, y más aún en todo el Oriente Medio, una mujer de más de sesenta y cinco años, y después de haber pasado por todas las tragedias que sabemos, debía de representar muchos más. Nos hallamos históricamente muy lejos de la imaginería de Saint-Sulpice, en la que María aparecía siempre unos quince años, y se nos presenta como una jovencita tímida y bien educada. Seguro que el apostolado itinerante de Juan no podía acompañarse de semejante carga.⁶⁴ Pero esto no es todo.

Igual que Simón-Pedro y que Jacobo-Santiago, sus hermanastros, desaparece totalmente de los Hechos de los Apóstoles después del sínodo de Jerusalén, en el año 47. ¿Qué se hace de él? Misterio. Porque veintitrés años más tarde, si damos crédito a Tertuliano, se encuentra en Roma, en el año 70, es decir, seis años después del incendio de la ciudad y del barrio efectuado entre los cristianos que residían allí. ¿Qué hacía, pues? ¡Apostolado, claro! Pero, en este caso, ¿por qué no se sabe nada de su labor en la capital del Imperio romano?

Llega entonces el reinado de Domiciano, segundo hijo de Vespasiano, que gobernará el Imperio desde el año 81 hasta el 96. En el 81, Juan debe tener unos setenta y un años. Al estar implicado en la persecución ordenada por ese emperador contra todas las sectas y sociedades secretas, sean las que fueren (los cristianos no son los únicos afectados), Juan y otros sufrirán el martirio, según la historia oficial. Será sumergido en una cuba de aceite hirviendo, a las puertas de Roma. Pero saldrá de ella fresco y bien dispuesto, claro está, Tertuliano llega incluso a añadir que “revigorizado”, y conseguirá huir, a pesar de la guardia y de los espectadores, por la Puerta Latina, de donde su nombre de *San-Juan-Puerta-Latina*. Aquí caemos en pleno delirio piadoso; júzguese, si no.

La Puerta Latina, *Porta Latina*, se abre, efectivamente, sobre el camino que, al sur de Roma, conduce hacia las catacumbas de san Calixto.

⁶³ Cf. S. PINÈS, en *The Jewish Christians of the Early Centuries of Christianity*, p. 61.

⁶⁴ El *Transitus Mariae* dice lo contrario.

Está próxima a las termas de Caracalla, y se sitúa a apenas mil quinientos metros del Coliseo. Pues bien, está abierta en la muralla de defensa construida por orden del emperador Aureliano, muralla que fue construida *entre los años 270 y 275 de nuestra era, es decir, a finales del siglo III*, a fin de proteger a la capital del Imperio romano de las invasiones bárbaras. Al lado de esta puerta se levanta la capilla de *San Giovanni in Oleo*, es decir, “San Juan en el aceite”, lugar tradicional en el que se afirma que tuvo lugar el milagro. Porque, como milagro, es y bien gordo eso de salir intacto de un baño en una cuba de aceite en ebullición, y luego huir por una puerta *que todavía no existe, lo mismo que la muralla de la que forma parte*.

Se observará, además, que Eusebio de Cesarea, que redacta su *Historia eclesiástica* en el siglo IV, ignora totalmente la venida de Juan a Roma, y la fritura en aceite hirviendo. Sin embargo, Eusebio leyó el *De praescript. haeretic.* de Tertuliano, muerto en el año 240, donde figura este episodio. Y no lo tuvo en cuenta. Por otra parte, la tradición oriental situaba este episodio en *Éfeso*. ¡Uno se pierde, la verdad!

Lo más probable (si es que Juan fue a Roma, cosa que resulta bastante dudosa) es que, importunados por sus prédicas y escandalizados por sus ataques contra la religión del Imperio, los parroquianos lo agarraran y lo tiraran dentro de un recipiente de aceite frío o, más simplemente aún, le vaciaron una ánfora de aceite encima de la cabeza. Y si intentó huir, todo viscoso, no sería por la Puerta Latina, todavía inexistente. Luego le atraparían de nuevo, ya que lo encontramos en exilio en Patmos, una de las islas Espóradas, al norte del mar Egeo. Lo que prueba que la aventura del aceite, si hay que admitir su realidad, no procedía de una condena a muerte *legal*, ya que el baño de aceite hirviendo no es un castigo ordenado por un magistrado, y en el caso de una condena a muerte *previa*, no habría visto dicha pena commutada por una deportación libre, después del nuevo delito de fuga. Toda esta leyenda no descansa sobre nada plausible.

Fue relevado de esta deportación a Patmos en el año 98, primer año del reinado de Nerva, emperador muy benevolente, y se fue a residir a Éfeso, ciudad de Jonia, también sobre el mar Egeo. En su estancia en dicha ciudad fue donde predió, claro está, que:

“El día del Señor (un domingo), a la hora tercia (las nueve de la mañana), se produjo un gran temblor de tierra, una nube se elevó de pronto ante los ojos de todos y lo transportó a Jerusalén, ante el umbral de la vivienda se hallaba la Virgen María, madre de Dios. Empujando la puerta, entró ...” (Cf. Melitón, *Livre du Passage de la Très-Sainte-Vierge Marie, Mère de Dieu*, capítulo IV y siguientes).

Y el buen san Melitón, que fue obispo de Sardes, en Lidia, nos cuenta, maravillado todo él, cómo los santos apóstoles, a pesar de estar “dispersados por toda la tierra”, llegaron con los mismos medios sobrenaturales que Juan a la mansión de María, quien ascendió a los cielos llevada por los ángeles, dejándoles de esa ascensión memorable un testimonio palpable: su hermoso cinturón azul.

Conocemos ocho ejemplares de éste: en Constantinopla, en Soissons, en Quintin, en Notre-Dame de París, en Chartres, en Asís, en Prato (Italia), en Montserrat (Cataluña), es decir, cuatro en Francia, del total de ocho. No en vano Francia es la “hija mayor de la Iglesia”.

Como esto de los aires, por encima de Jerusalén, se desarrollaba en el año 98, y María Nació, aproximadamente, como establecimos antes, en el año 32 antes de nuestra era, cuando tuvo lugar esa ascensión a los cielos ella contaría, por lo tanto, $32 + 98 = 130$ años. Lo que es mucho para un viaje así. No se ría usted, lector. Porque, ante el gran estupor del mundo protestante, y de los consternados teólogos y exégetas católicos, el papa Pío XII hizo de esta leyenda de la Asunción de la Virgen *en carne y hueso* un dogma definitivo, y un artículo de fe para toda la Iglesia católica. Pero hay que observar que, cuando el buen san Melitón compuso o recogió ese relato, llamado inicialmente *Transitus Mariae*, es decir, en el siglo IV, ignoraba todavía que los escribas anónimos, que operaban al mismo tiempo que él, imaginarían confiar a Juan su madre María en el Evangelio de Juan (19, 27),

ya que los muestra separados desde hacía mucho tiempo, ni que más tarde se le haría morir en Éfeso, en lugar de en Jerusalén.

Para concluir, recordando que en Éfeso no hace aún muchos años se mostraban varias tumbas diferentes del apóstol Juan, y sabiendo por otra parte que hubo varios personajes con este nombre en la historia balbuceada de los primeros siglos, nosotros mantendremos una prudente reserva.

Y más cuando, igual que la *Crónica* de Georges Hamartholos, un manuscrito del siglo IV de Felipe de Sida (hacia el año 430) nos aporta la afirmación de Papías, quien enseñaba que “*Juan había muerto en Judea, mucho antes de la destrucción de Jerusalén por Tito, en el año 70*”. Lo que destruye, evidentemente, toda la leyenda.

Dejemos, pues, esos relatos infantiles acumulados sobre esa figura tan interesante del discípulo “que Jesús amaba”, dejemos a los historiadores eclesiásticos enredarse a más no poder en sus múltiples contradicciones, y limitémonos a considerar simplemente que Iochanan-bar-Zabdi, alias Juan hijo de Zebedeo, murió en Palestina, en el curso de las represalias romanas ejercidas contra el movimiento mesianista o zelote, como todos sus hermanos y hermanastros, y que si la leyenda acepta la mentira, la historia, por el contrario, exige llevar aparejada la verdad.

Porque lo que en cambio sí es cierto es que Juan participó también en la lucha mesianista. Y en la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea leemos lo siguiente, *que resulta bastante desconcertante*:

“También Juan, aquel que reposó sobre el pecho del Señor y que fue sacerdote (en hebreo: *cohen*), y llevó el *petalon*, que fue mártir y didasco, reposa en Éfeso”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXXI, 3).

“El trono (en griego: *tronos*) de Santiago, de aquel que fue el primero que *recibió del Salvador* y de los apóstoles el episcopado de la Iglesia de Jerusalén, y a quien las divinas Escrituras designan habitualmente como *el hermano de Cristo*, se ha conservado hasta nuestros días”. ((Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, VII, XIX).

El *petalon* era una insignia pontifical, propia del sumo sacerdote de Israel. Está descrito en el Éxodo (28, 36-38) como una lámina de oro puro, con la inscripción grabada “*Consagrado a Yavé*”, y estaba fijado sobre la tiara del pontífice, en medio de su cinta frontal.⁶⁵

Así pues, Juan debió de ser, en una especie de herejía asociada a la corriente zelote, el equivalente del pontífice supremo de la ortodoxia judía. Pero se trataba de un *cisma*, aunque dentro de la gran línea de la Ley recibida del Sinaí. Y ante esta constatación de un Juan, rival del *cohen-ha-gadol*, por lógica debemos barrer la imagen de un Juan encuadrándose dentro de todas las elucubraciones heréticas de los fundadores cristianos de Saulo-Pablo. Porque esta rivalidad entre Juan y el pontífice supremo salido de las filas saduceas implica que *jamás el citado Juan imaginó a un Dios en tres personas, una de las cuales la habría constituido su propio hermano*. Y pronto, *en sus discípulos*, hallaremos la prueba, cuando éstos dicen: “Ni siquiera hemos oído que exista un Espíritu Santo ...” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 19, 2).

Por otra parte, los tronos episcopales no aparecerán bajo el aspecto de cátedras, de piedra o de mármol, hasta que los cristianos posean basílicas, es decir, por lo menos hasta el siglo IV. Ese *trono* de Santiago, que en opinión de los exégetas católicos debía ser de madera, y probablemente de cedro,

⁶⁵ En hebreo K.A.E.S., es decir, “*Kadosh Adonai Elohim Sabaoth*” (Santo es el Señor, dios de los ejércitos).

era significativo de la autoridad de Santiago, del mismo modo que el *petalon* lo era de Juan. Era, por lo tanto, un trono real, y no una cátedra que simbolizara la autoridad espiritual.

Observemos, además, que en el pasaje de Eusebio citado anteriormente, Santiago había recibido “*del Salvador y de los apóstoles*” la autoridad sobre la iglesia de Jerusalén, es decir, toda la Iglesia primitiva. Lo que barre definitivamente la pretendida “primacía de Simón-Pedro”, tan cómoda para asentar las pretensiones de la futura Iglesia de Roma, aunque Simón-Pedro no hubiera estado jamás en Roma, y aunque fue *indiscutiblemente el primer obispo de la de Antioquía*, lo que lo situaría a esta última inmediatamente después de la de Jerusalén. El fue, efectivamente, quien consagró a Evod, primer obispo de Antioquía. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXII).

Volviendo al *doble poder* de la corriente zelote, constataremos que el jefe temporal está siempre acompañado de un jefe espiritual:

- Judas de Gamala con el *cohen* fariseo Saddoc.
- Jesús-bar-Juda (Jesús) con Iochanan-bar-Zakariah (el Bautista).⁶⁶
- Jacob-bar-Juda (Santiago) con Iochanan-bar-Zabdi (Juan).
- Simeón-bar-Kokheba con rabbi Akiba-ben-Ioseph.

Y esto es una prueba más de que Juan, “el apóstol bienamado” jamás fue otra cosa que un militante zelote, como todos sus hermanos.

No obstante, todavía nos parece necesario aquí un último resumen, como sucedió con la biografía de Simón-Pedro.

Es evidente que si el apóstol Juan murió en Judea mucho antes del año 70 (fecha de la destrucción de Jerusalén), tal como atestigua Papías, citado por Felipe de Sida, quien en el siglo IV todavía poseía su *Exégesis de las sentencias del Señor*, es que fue ejecutado allí por los romanos como zelote, ya que en aquella época Roma sólo perseguía a éstos, dado que la persecución del año 64 consecutiva al incendio de la capital del Imperio todavía no había desbordado los límites de la ciudad.⁶⁷ Y tenía otras cosas que hacer, en lugar de redactar un evangelio *que no aparece citado más que, por primera vez, en la obra de Ireneo, es decir, hacia el año 190 de nuestra era ...*

Conclusión inevitable: el hecho de que los hermanos y lugartenientes de Jesús fueran *todos* zelotes militantes, y perecieran en el curso de los combates que respondían a esta mística, como acabamos de demostrarlo, prueba de manera definitiva que el propio Jesús no fue jamás otra cosa que *el jefe supremo de ese movimiento*, tal como ya desarrollamos extensamente en una obra precedente.

⁶⁶ Estudiaremos este emparejamiento en otro capítulo.

⁶⁷ Por lo tanto habría muerto en Jerusalén, a la vez que Santiago el Menor, bajo el pontificado de Ananías, en el año 63 de nuestra era, entre la muerte del procurador Festo y la llegada de Albino, su sucesor.

Las “lenguas de fuego” de Pentecostés

¡Recibirás su bautismo! ¡Ese segundo bautismo anunciado por Jesús, y que cayó sobre los apóstoles un día de tormenta que la ventana estaba abierta! ...

GUSTAVE FLAUBERT,
La Tentation de saint Antoine, IV

“Cuando el agua curva un bastón, mi razón lo endereza ...”, dijo La Fontaine en su *Animal dans la Lune*. Y es harto evidente; pero sólo lo es para la gente con sentido común, y la ingenuidad humana, la credulidad hambrienta de cosas sobrenaturales “a toda costa”, no lo entienden así.

En este breve estudio consagrado al “milagro” de Pentecostés, y que no tiene otro objetivo que restablecer el clima real en el que pudo nacer su leyenda, nosotros nos limitaremos a citar los textos concretos, y que no pueden ser discutidos. Releamos, pues, los Hechos de los Apóstoles:

“Al cumplirse el día de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar, se produjo de repente un ruido proveniente del cielo como el de un viento que sopla impetuosamente, que invadió toda la casa en que residían (los apóstoles). Aparecieron, como divididas, lenguas que parecían de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les otorgaba expresarse. Residían en Jerusalén judíos varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo, y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre, que se quedó confusa al oírles hablar a cada uno en su propia lengua. Estupefactos de admiración, decían: ‘Todos estos que hablan, ¿no son galileos? Pues ¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? ¡Partos, medos, elamitas, los que habitan Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene, y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandes de Dios!’. Todos, fuera de sí y perplejos, se decían unos a otros: ‘¿Qué quiere decir esto?’. Otros, burlándose, decían: ‘Están cargados de mosto’ ...’ (Cf. Hechos de los Apóstoles, 2, 1 a 13).

Antes que nada, y dirigido a los lectores que desconozcan las diversas liturgias, tanto judías como cristianas, recordaremos que la Pascua *judía* tiene lugar en la luna llena que sigue al equinoccio de primavera. El sol se encuentra entonces en el signo de Aries (mes de Nisán), y la Luna, *ipso facto*, en el signo de Libra. La Pascua va seguida de un período de cincuenta días (cincuenta, en griego: *Pentekostès*), que constituye *un ciclo de siete semanas* (siete veces siete días), seguido del que hace cincuenta, día crucial para los *cabalistas y los místicos judíos*. Esa Pascua conmemora la “salida de Egipto”. El día que hace cincuenta, llamado *Chabuoth* en hebreo, corresponde a la entrega de las tablas de la Ley a Moisés en la cima del Sinaí: *Matan Torah*. Para realizar *en el alma del cabalista* un “ascenso” simbólico hacia Dios y recibir la iluminación personal, existe un ritual, que por cierto ha variado en el curso de los siglos, y es el ritual del *Tikun Chabuoth*, observado fielmente en la noche de Pentecostés por místicos y cabalistas judíos. *Y es eso, y ninguna otra cosa*, lo que observaron los lugartenientes y hermanos de Jesús en aquella noche del *Chabuoth* del año de su crucifixión.

Es seguro que, antiguamente, ese ritual comprendía fumigaciones compuestas por productos vegetales *anagógenos*,⁶⁸ y la ingestión de *vinos de hierbas* en los que se habían puesto en infusión productos vegetales *alucinógenos*. Sobre el uso de esos productos, basta con releer todo lo que concierne a las *escuelas de profetas* y a las *embriagueces rituales de los cohanim*: I Samuel, 9, 9; 10, 10; 19, 20; Isaías, 28, 7; Salmos, 75, 9; Isaías, 29, 9; Miqueas, 2, 11; Éxodo, 15, 20; Jueces, 4, 4; II Reyes, 22, 14; Nehemías, 6, 14; Isaías, 8, 3.

Por eso es por lo que dom J. Dupont O.S.B., profesor en la abadía benedictina de Saint-André, traductor y anotador de los Hechos de los Apóstoles en el marco de la Biblia de la Escuela bíblica de Jerusalén, aclara discretamente las cosas en sus notas, que nosotros resumiremos:

- a) hay una afinidad entre el *Espíritu* y el *viento*, ya que en hebreo *Espíritu* significa *soplo*;
- b) la forma de las llamas se relaciona aquí con el don de las lenguas; por su forma y su movilidad, la lengua simboliza la llama;
- c) el fenómeno de Pentecostés “se entraña en el carisma de la *glosolalia*, frecuente en los primeros años de la Iglesia”. Se encuentran antecedentes en el antiguo profetismo israelita. Estaban anunciados “transportes” de ese mismo estilo para el fin de los tiempos;
- d) en lo que concierne a la comprensión del mensaje expresado por uno de los “poseídos” por el Espíritu Santo, y eso para todos los mirones, fuera cual fuese su nacionalidad, se habría tratado de una repetición alegórica de lo que había sucedido en el Sinaí, donde la voz de Dios había sido oída en setenta y dos lenguas diferentes, tantas como *naciones conocidas* había entonces. Por último, nos dice dom Dupont, el milagro de las lenguas aparece aquí como “el símbolo y la anticipación maravillosa de la misión universal de los apóstoles”.

Moderemos, pues, nuestro entusiasmo. Tal como subraya dom Dupont, es indudable que, por todo lo que acabamos de ver, dicho relato fue “apañado”, se le dio *una trama simbólica*, y es inútil querer encontrar en él una realidad histórica concreta.

En cuanto a la embriaguez verbal de los apóstoles, que acababan de salir de la noche del *Tikun Chabuoth* y de sus fumigaciones e ingestiones de alucinógenos, el R.P.J. Dupont la califica, de forma bastante plausible, de *glosolalia*: “El fenómeno de Pentecostés se entraña en el carisma de la glosolalia, frecuente en los primeros años de la Iglesia ...” (Cf. *Actes des Apôtres*, Editions du Cerf, París, 1964, p. 2, nota a.).

¿Y qué es la *glosolalia*?, se preguntará el lector. *Le Nouveau Petit Larousse*, en su edición de 1969, le dará de forma bastante sucinta su definición:

Glosolalia, n. F. “Enfermedad perturbadora del lenguaje, por la que el enfermo crea palabras, dotándolas de significación.” (Gran Enciclopedia Larousse, t.5, p. 273).

Es todo, y es más que suficiente. Eso significa que “ciertos enfermos mentales” formulan, en una *jerga* propia de ellos, “enseñanzas” recibidas del mismo Dios, y que algunos ingenuos se esfuerzan por encontrar en ello significaciones proféticas. En 1785, el cándido Willermoz fue víctima de una alucinada de este tipo, ¡y su jerga demencial incitó incluso a L.C. de Saint-Martin a echar al fuego, entusiasmado, sus propios libros!⁶⁹ (Cf. Alice Joly, *Un mystique lyonnais*, páginas 230 a 240).

⁶⁸ *Anagógeno*: que suscita un clima místico en la psique de un individuo. Todo producto *anagógeno* (incienso, gálbano, etc.) puede desencadenar un estado pre-mediúnico en determinados individuos predispuestos a ello.

⁶⁹ Cf. Carta de L.C. de Saint-Martin a J.B. Willermoz del 29 de abril de 1785, reproducida por Papus, páginas 180 a 183 de su libro. *L.C. de Saint-Martin* (París, 1902, Chacornac Edit.)

El manuscrito de la biblioteca de Grenoble (papeles de Prunelle de Lière, *Livre des Initiés*, p. 25) nos proporciona numerosos casos. Citemos, por ejemplo:

“Ser puro, ser solo, plenitud en triple *ur*, inaccesible al sentido, vista infinita, inocente amor, vivid en él ... †1, perturbaciones de los *ur*, son inaccesibles a vuestra emanación, tres veces alejada del centro del ser. Osó, ese ser salido del ser mismo, atribuirse la producción. El *voulia*, sus puros *ornos*, que tenía en sus seos ...”

El ritual de la *Orden Martinista* de Papus, compuesto por Teder, conservó algunos ecos de ello, con la llamada a un cierto *Noudo-Roabts* (op. cit., páginas 32 y 80), término que está directamente extraído de ese asombroso lenguaje.

Menahem el “consolador”

... y Menahem, que había sido criado con Herodes el Tetrarca y Saulo.

Hechos de los Apóstoles, 13, 1

Contrariamente a lo que se suele afirmar, Menahem no era un hijo de Judas de Galilea, sino sólo uno de sus nietos, y la cronología histórica está ahí para demostrarlo. Pero ¿de quién era hijo? En el estado de nuestra documentación, no podemos avanzar ningún nombre válido. Es un “hijo de David” y un miembro de la familia real, eso es todo. Pero afirmar que es el hijo de Simón-Pedro, de Santiago o de Andrés, es imposible. Todo lo que sabemos de él se lo debemos a Flavio Josefo, como siempre:

“No obstante, Menahem, hijo de Judas el Galileo, aquel gran sofista que en tiempos de Quirino había reprochado a los judíos que, en lugar de obedecer sólo a Dios, eran tan cobardes como para reconocer a los romanos como amos, Menahem, después de haber atraído junto a él a algunas personas de alta condición, tomó por la fuerza Massada, donde se hallaba el arsenal del rey Herodes, y después de haber armado a numerosas gentes que no tenían nada que perder, y a ladrones que se le unieron y a los que utilizaba como una guardia, regresó a Jerusalén como rey, se erigió en jefe de la revolución, y ordenó continuar el asedio de lo alto del palacio ...” (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, XXXII).⁷⁰

Esto tiene lugar bajo el procurador de Gessio Floro, quien había entrado en funciones en el año 63, noveno año del reinado de Nerón. Ese año, Saulo-Pablo había sido absuelto en Roma, por el tribunal imperial ante el que había pedido comparecer. Y la revolución de Menahem se produjo en la primavera del año 64, poco antes de Pascua, como siempre. La gran guerra judía estallaría dos años más tarde, en el año 66, y terminaría con la destrucción total de Jerusalén, en el año 70.

A fin de estimular a los combatientes palestinos en su lucha contra Roma, y a fin de hacerles creer en la predicción del Apocalipsis (difundida ya desde el año 28, en vida de Jesús –su autor confesado- y no en el 94 o 96)⁷¹ iba a realizarse, y que iría seguida de la llegada del famoso “reino de Dios” en la tierra, incendiaron Roma. Este incendio sería el anuncio del final de los tiempos. Saulo-Pablo sería quien dio la orden. Y no le podía negar eso a Menahem, con quien había sido criado, y que además lo tenía sujeto por una especie de chantaje que ya desvelamos en *El hombre que creó a Jesucristo*.

Por el momento, recordemos simplemente un determinado pasaje de los Hechos de los Apóstoles: “Había en la iglesia de Antioquía⁷² profetas y doctores: Bernabé y Simeón, llamado Níger, Lucio de Cirene, y Menahem, hermano de leche del tetrarca Herodes y Saulo ...”(Cf. Hechos de los Apóstoles, 13, 1).

La llegada de ese Menahem había sido anunciada por el propio Jesús, en vida: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador ...” (Juan, 14, 16).

⁷⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 227 a 229.

⁷¹ Id. Pp. 30-36.

⁷² Asamblea se dice en griego *ekklesia*, y en hebreo es el *kahal* local, minúsculo reflejo del *sanedrín*. Los profetas son allí, más modestamente, *roeh* (videntes), y los doctores *rabbis* (maestros).

“Si yo no me fuere, el consolador no vendrá a vosotros ...” (Juan, 16, 7).

Ese término de *consolador* (en griego: *paraklētōs*) no significa solamente eso, sino también, y sobre todo, *defensor, consejero*. ¡Y en hebreo, el griego *paraklētōs*, que ha dado nuestro *Paráclito*, se dice simplemente *menahem!* Una vez más, los escribas anónimos que compusieron en los siglos IV y V los actuales evangelios nos hicieron tomar, astutamente, el Pireo por un hombre, pero invirtiendo la fórmula. A un hombre, sucesor de lo más humano de Jesús, lo hicieron pasar por una *entidad*, especie de dios secundario, que a duras penas pueden explicar y justificar frente a Israel. Y en el punto en el que pretendían hacer esperar una intervención celeste, Jesús había querido decir, simplemente: “Os enviaré a mi sobrino ...”.

Pero continuemos la lectura de Flavio Josefo, aunque esté censurado e interpolado:

“Como (a Menahem) le faltaban máquinas, y no podía ir abiertamente a la zapa a causa de los disparos que los asediados (legionarios romanos, mercenarios de Agripa, levitas regulares) lanzaban de lo alto, recurrió a una mina. Comenzaron a trabajar de lejos, y cuando la condujeron hasta debajo de una torre, zaparon los fundamentos y la sostuvieron después con piezas de madera, a las que prendieron fuego antes de retirarse. Cuando esos maderos se hubieron quemado, la torre se desmoronó. Pero los asediados habían previsto lo que podía suceder, y una pared que habían construido con extrema diligencia sorprendió y detuvo a los asediantes. Los asediados no dejaron de enviar recado a Menahem y a los otros jefes de los sediciosos, para pedirles que pudieran retirarse con seguridad, y se lo concedieron solamente a los judíos y a las tropas del rey Agripa”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, XXXII).

Menahem continúa entonces cercando a las tropas romanas que se habían quedado solas, y éstas evacúan entonces el Stratopedon, y se retiran a las torres reales de Hippicos, de Fazael y de Mariamna. Esto sucedió el 6º día de setiembre del año 64. Hacía, por lo tanto, seis meses que Roma había ardido. Al día siguiente, los partidarios de Menahem, después de haber dado muerte a una parte de la guarnición romana e incendiado el Stratopedon, capturaron a Ananías, el sumo sacerdote, así como a Ezequías, su hermano, refugiados en las cloacas del palacio, y los ejecutaron, vengando así la muerte de Santiago el Menor, lapidado por orden del citado Ananías el año precedente. A continuación sitiaron las tres torres reales, donde los romanos seguían resistiendo.

Pero Menahem, envanecido por sus éxitos, perdió de vista la doctrina de los zelotes: “Dios es el único rey”, y pronto se tornó un insoportable tirano, que llegó incluso a revestir la púrpura real y la corona de oro. Entonces Eleazar, hijo de Ananías, reunió a sus partidarios saduceos y, aprovechando que el citado Menahem había entrado con gran pompa al Templo santo para ofrecer allí un sacrificio, atacó a la guardia de Menahem, la capturó o le dio muerte. Algunos huyeron hacia la ciudadela de Massada, entre ellos otro Eleazar, pariente de Menahem. En cuanto al propio Menahem, fue buscado activamente, y por último lo capturaron en una localidad llamada Ophlas, donde estaba escondido. Lo condujeron a Jerusalén “y lo ejecutaron en público, después de haberle hecho sufrir unos tormentos inauditos. Del mismo modo trataron a los principales ministros de su tiranía, y en especial a Absalón”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, XXXI).

Así murió Menahem, nieto de Judas de Gamala y sobrino de Jesús, sobre cuyo nombre, y debido a una sorprendente confusión, se construiría la leyenda de la existencia de una *persona* divina nueva: el Espíritu Santo. Lo que luego debió sorprender mucho a los discípulos de Juan el Evangelista, ya que en los Hechos de los Apóstoles leemos lo siguiente:

“En el tiempo en que Apolo se hallaba en Corinto, Pablo, atravesando las regiones altas, llegó a Éfeso, donde halló algunos discípulos, y les dijo: ‘¿Habéis recibido al Espíritu Santo al abrazar la fe?’. Ellos le contestaron: ‘Ni siquiera hemos oído que exista un Espíritu Santo!’ ...

“Díjoles: ‘¿Pues qué bautismo habéis recibido?’ . Ellos le respondieron: ‘El bautismo de Juan’ ...” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 19, 1-3).

Evidentemente, se las arreglaron para hacer creer que se trataba de discípulos de Juan el Bautista. Pero eso sucedía en el año 54, año en que Saulo-Pablo estaba en Éfeso. ¿Cómo imaginar que el Bautista, que murió en el año 31, tuviera entonces discípulos en esa ciudad de Jonia, asentada a orillas del mar Egeo? Jamás hubo *mandeanos* (nombre de los discípulos del Bautista) en Grecia. En cambio, Éfeso está asociada a la estancia de Juan el Evangelista, y es simplemente a los suyos a quienes encuentra Saulo-Pablo. Y, por consiguiente, uno no puede sino asombrarse ante el hecho de que el discípulo “que Jesús amaba”, el que debía escribir el “evangelio espiritual”, *ignorara la existencia del Espíritu Santo*, conclusión anonadante, ya que en ese mismo evangelio habla de él. Y ahí es donde sorprenderemos una vez más a los falseadores anónimos del siglo IV con las manos en la masa.

Porque, tengamos en cuenta la versión oficial de discípulos de Juan el Bautista, en Éfeso, en el año 54, aunque hubiera muerto veintidós años antes. ¿No les enseñó la existencia del Espíritu Santo? Entonces, ¿cómo puede hablarles de él en Juan (1, 29 a 34), en Mateo (3, 11), en Marcos (1, 8), en Lucas (3, 16)?

Si, por el contrario, y más plausiblemente, en Éfeso de lo que se trata es de un grupo de discípulos de Juan el Evangelista, resulta igual de incoherente. Porque, si Juan ignora la existencia de un Espíritu Santo, ¿cómo puede hablar de él en su evangelio? Y si conoce su existencia, ¿cómo sus discípulos inmediatos pueden ignorar semejante postulado teológico de partida?

La verdad es que el evangelio de Juan no es de Juan. Aparece con san Ireneo, en el año 190, citado por primera vez, y se desconoce su autor.

Y, como hace observar Ernest Renan con razón, si ese evangelio hubiera existido en la época de Marcion, es decir, hacia el año 150, fecha media de su doctrina personal, ¡qué empleo no habría hecho de él, en lugar del de Lucas, y qué conclusiones no habría sacado! Pero el hecho de que Marcion ignore totalmente el evangelio atribuido a Juan demuestra que en aquella época, y en todas las comunidades cristianas en que *Marcion pasó un tiempo, especialmente en Roma*, se desconoce todavía ese texto capital. Y esas comunidades marcionitas son precisamente las principales bases de partida de la nueva religión: Sinope, Éfeso, Hierápolis, Esmirna, etcétera.

Lo que nos refuerza en nuestra opinión de partida en esta disgresión, a saber, que en el pensamiento de Jesús, ese “consolador” cuya venida preveía para después de la suya, ese *paraklētōs*, era un hombre de carne y hueso, su propio sobrino, Menahem, *consolador* en hebreo.

Quien acabó muy mal, como hemos visto en la lectura de Flavio Josefo.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Sin afirmar nada de manera absoluta, puede suponerse que Menahem bien podía ser el hijo de Eleazar, alias Lázaro, alias Andrés, a la lectura de las dos viejas versiones de Flavio Josefo:

“Porque en esos días, Maneo, *sobrino de Lázaro*, a quien Jesús resucitó de la tumba, ya podrido ...” (Cf. Flavio Josefo, *Guerras de Judea*, V, VII, manuscrito eslavo).

Ese texto fue manipulado por los monjes copistas ortodoxos, ya que no hay ninguna posibilidad de que Flavio Josefo hablara de la pseudorresurrección de Lázaro. Tomemos, por lo tanto, la versión griega:

“Maneo, hijo de Lázaro, después de haber huido hacia Tito, le contó que desde el decimocuarto día de abril, hasta el primer día de julio, habían evacuado 115.880 cuerpos muertos por la puerta en la que él tenía el mando”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, V, XXXVII, manuscrito griego).

Si ese nombre de Maneo es la forma helenizada de Menahem, este último sería, pues, un nieto de Judas de Gamala, y sería el hijo de Andrés, alias Lázaro, sobrino de Jesús, lo mismo que el Menahem oficial. Y entonces no habría sido el hecho de querer proclamarse rey lo que provocó su ejecución, sino el de haber ido a transigir con Tito, cosa que fue considerada como una traición.

Simeón-bar-Cleofás

Dios no tiene necesidad de nuestras mentiras.

LEÓN XIII

Aquí tenemos a otro miembro de la estirpe davídica que, por eso mismo, terminó trágicamente su vida, bajo el reinado de Trajano.

“Después de Nerón y Domiciano, bajo el reinado de aquel cuyo tiempo examinamos ahora (Trajano), se levantó una persecución contra nosotros *parcialmente y en algunas ciudades*, según cuenta la tradición, *a consecuencia de un levantamiento de los pueblos*. *Simeón, hijo de Cleofás* los pueblos., por lo que sabemos consumió su vida en el martirio. Con toda seguridad algunos de sus herejes acusaron a Simeón, hijo de Cleofás, *de ser de la raza de David y cristiano*. Como era cristiano (mesianista, y por lo tanto zelote –*n. del a.*) fue atormentado de diversas maneras durante varios días, y después de haber asombrado profundamente al juez y a quienes le rodeaban, tuvo un final semejante a la pasión del Señor”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXXII).

El *Chronicon Paschale* sitúa esta muerte en el año 105, precisándonos que Simeón fue también crucificado:

“... *Simeon, filius Cleophae, qui in Hierosolymis episcopatum tenebat crucifigitur cui succedit lustus ...*” (Cf. *Chronicon Paschale: ad annum 107*).

Esto sucedía en Jerusalén, donde el citado Simeón era “obispo y tuvo como sucesor a Justo”. Se trató, por lo tanto, de una nueva revolución zelote, que terminó con una ejecución de tipo rigurosamente romano: la cruz.

Pero Simeón era obispo de Jerusalén tan sólo *in partibus infidelium*, porque la iglesia de dicho nombre (la comunidad mesianista zelote) no podía residir allí, dado que el acercamiento a la ciudad estaba prohibido a todo judío de raza, so pena de muerte. De hecho, desde el año 70, la Iglesia de Jerusalén tenía su sede en Pella, en Perea (cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, V, 3), pero fue en esa ciudad donde crucificaron a Simeón.

La revolución del año 105, en el curso de la cual fue crucificado dicho Simeón, “hijo de Cleofás”, fue seguida de otra, en los años 115-117, por parte de los judíos de Egipto.⁷³ Esta tampoco tuvo futuro. Y ahora llegamos a la última, la que abocó en la dispersión total de la nación judía, al quedar Jerusalén totalmente arrasada, y *sin que pudiera identificarse absolutamente nada de su antigua topografía*, en el año 70 de nuestra era, según Flavio Josefo. Más de un millón de muertos, cerca de cien mil prisioneros llevados como esclavos: ese fue el balance de la revolución de Menahem, el “consolador” anunciado por su tío Jesús. Y de ese pseudoprofeta unos astutos marrulleros supieron hacer un tercer dios, en menos de cuatrocientos años.

⁷³ El Cleofás del que se trata aquí no pudo ser, naturalmente, el contemporáneo de Jesús, citado en Lucas (24, 18).

Simeón-bar-Kokheba

Lo trágico en la vida de los hombres son menos sus sufrimientos que sus fracasos

THOMAS CARLYLE

También aquí vamos a encontrarnos en presencia de una verdadera “guerra santa”, y podremos seguir, hasta el aplastamiento final, el afán continuo por observar religiosamente la Ley mosaica.

Todavía existen pocos documentos descubiertos sobre la revolución de Simeón-bar-Kokheba. Resumiremos aquí los trabajos de los diversos especialistas en este tema:

- de M.P. Prigent, profesor en la facultad de teología protestante de la universidad de Estrasburgo, autor de dos conferencias en el Centro de Estudios Orientales de la universidad de Ginebra;
- de M. Valentín Nikiprowelszky, profesor del Collège de France, especialista en historia de la corriente zelote, y que prologó la reedición de las obras de Flavio Josefo, en su traducción de Arnould d'Andilly, en Editions Lidis;
- de M.A. Dupont-Sommer, profesor en la Sorbona, director en la Ecole des Hautes-Etudes, en sus *Nouveaux aperçus sur les manuscrits de la Mer Morte*;
- de M. Gérard Nahon, en su librito *Les Hébreux*, etcétera.

Antes que nada, hay que establecer el clima particular en el que vivían Judea y Galilea, después de la terrible represión de Tito.

El Templo está arrasado. Y, tal como dice el *Talmud*: “los chacales se instalaron en el emplazamiento del Sancta Santorum ...”

En las monedas romanas se cita a Judea como “*Judea capta*”, es decir, Judea cautiva. Como Jerusalén y sus extensos alrededores estaban prohibidos a todo judío de raza, el Sanedrín, convertido ahora en simple corte de justicia religiosa, se iría desplazando sucesivamente, al antojo de las sospechas romanas, de Yabné a Uscha, a Schefaram, a Beth-Sheorim, a Séforis, a Tiberíades.

Eran tiempos de luto. Los jefes de Israel ordenaron entonces penitencias para conmemorar el aniquilamiento del santo Templo, y crearon el *Ticha b'Ab*, ayuno total y pies descalzos durante veinticuatro horas, lectura de las *Lamentaciones de Jeremías*, y luces de las sinagogas apagadas. Durante los ocho días que precedían al *Ticha b'Ab*, no se comía carne, no se bebía vino, no se cortaba el pelo, y se aplazaban bodas y noviazgos. Eso constituiría, en la Edad Media, el famoso “Sabbat negro” de las comunidades judías de Alemania.

A pesar del enorme golpe demográfico causado por la derrota, intentaron volver a cultivar las tierras alejadas de Jerusalén; había que vivir a pesar de todo, *por el Israel del mañana*, porque no se perdió la esperanza.

Los campesinos judíos, convertidos en “esclavos del César”, no eran otra cosa que siervos medievales. Algunos “colaboradores” prudentes, por lo general los saduceos, conservaron gracias a su cobardía durante la revolución su patrimonio familiar, y a veces incluso lo aumentaron. La historia es un eterno volver a empezar. *Y estaban también los cristianos ...*

Gozaban de un cierto número de privilegios, porque la mayoría, si no todos, eran sirios o griegos, lo que les permitía residir en la nueva Jerusalén, prohibida a los judíos. Y ese favor acentuaría un poco más el odio entre esas dos facciones religiosas.

Pero, como diría más tarde Gérard de Nerval en *Aurélia*, “*existe un segundo sentido de los acontecimientos humanos ...*”. Así pues, estimulado por las pruebas de un lejano pasado, a las que habían sucedido consoladoras glorias, Israel rogaba por la reconstrucción del santo Templo, “pronto y en nuestros días ...”, como reza la fórmula ritual. Pero de la esperanza a la ilusión a veces no hay más que un paso, y la prisa es mala consejera. El ingenuo pueblo imaginará rápidamente que los “días del Mesías” no han estado jamás tan próximos.

Fue entonces cuando la corriente zelote, esa corriente que se creía definitivamente extinguida desde los suicidios de Massada, los quemados vivos de Cesarea Marítima y los crucificados de Jerusalén, reapareció de nuevo, como se levantaría de pronto un tifón vengador.

Un “príncipe de Israel”, Simeón-bar-Kokheba, reunión a los “maquis” de la Alta Galilea, a los de las estepas desérticas, y levantó el estandarte de la última revolución judía acuñada con la estrella de David. Era de estirpe davídica, porque descendía también él de Judas de Gaulanita. Era, por lo tanto, un sobrino nieto de Jesús, y prueba de ello es que Rabbi Akiba-ben-Ioseph, el célebre doctor y cabalista,⁷⁴ lo presenta como el Mesías-Rey, liberador de la nación judía. Le dio el nombre místico de *Simeón-bar-Kokheba*, es decir, *Simeón hijo de la Estrella*, alusión a la célebre profecía:

“Un astro se levanta de Jacob, un cetro se eleva de Israel, herirá los flancos de Moab, abatirá a todos los hijos de Set, Edom se convertirá en su posesión, y se adueñará de Seir, su enemigo. Israel manifiesta su fuerza; y aquel que sale de Jacob, reinará como soberano ... (Cf. Números, 24, 17-19, *Oráculo de Balaam, hijo de Beor*).⁷⁵

También el espectro de Judas de Galilea debía de estremecerse de alegría cuando se remontaba del Sheol cada tarde de cada Sabbat, ya que sus principios se respetaban escrupulosamente: el poder espiritual lo ejercía Rabbi Akiba, y el poder temporal Simeón-bar-Kokheba.

De todos modos, ese entusiasmo general tropezó también con algunos escépticos. Y Rabbi Iochanan-ben-Torta no vaciló en declarar, burlón: “Akiba, antes te brotará hierba de las mandíbulas, que el *Hijo de David* llegue ...” (Cf. *Talmud de Jerusalén, Ta'anith*, IV, 7).

Esta ironía, conservada por los historiadores talmudistas, nos aporta sin embargo, la prueba de la filiación davídica de Simeón-bar-Kokheba, porque, de no ser así, Rabbi Akiba jamás lo hubiera apoyado y asistido con su autoridad en esta revolución. Pero ese escepticismo era el propio de los intelectuales, hartos de tantas guerras inútiles, porque el pueblo, sin embargo, seguía. Nos encontramos en el año 132, bajo el emperador Adriano.

Y de pronto, la tempestad brotada de los guerrilleros zelotes barrió literalmente las legiones de Tineius Rufus, legado imperial. La insurrección se generalizó. Simeón-bar-Kokheba, “príncipe de

⁷⁴ Rabbi Akiba, sabio cabalista, es uno de los cuatro doctores que penetraron en lo más profundo de esta ciencia, llamada “el jardín” (cf. *Talmud, Chagigah*, 14b). “Cuatro entraron en el *Pardes* (paraíso): Rabbi ben Asai contempló y murió; ben Soma miró y perdió la razón; Acher introdujo el desorden en las plantaciones, sólo Rabbi Akiba entró y salió sano y salvo”. Una tradición tardía pretende que Rabbi Akiba fue el autor del *Sepher Yezirah*. Pero sólo fue su comentarista.

⁷⁵ Edom y Seir designan la Idumea geográfica, y sobre todo la dinastía idumea de los Herodes. *Beor* es el nombre caldeo del dios con cabeza de asno, y Balaam “hijo de Beir” monta una asna que habla y distingue al ángel del Eterno (Números, 22, 21-35). Los que estén familiarizados con el esoterismo comprenderán esos versículos de palabras veladas ...

Israel” (ya no ocultaba esta condición) acuñó monedas oficiales que llevaban en exergo: “*Por la libertad de Jerusalén*”. Constituyó a continuación un ejército regular, nombró gobernadores regionales, percibió los impuestos en dinero y los diezmos en especies.

Pero tres años más tarde, la “última batalla” tocó a su fin, y en el año 135 Julio Severio aniquiló a los últimos rebeldes. Huyendo de Ein-Gueddi, en las orillas desoladas del mar Muerto, cuartel general del “Hijo de la Estrella”, resultaron diezmados poco a poco, hostigados por las legiones romanas, superiores en número y armamento, y se fortificaron en las grutas del Nahal Hevert y de Murrabaat, para morir en ellas.

¿Cómo acabaron? No se sabe exactamente. Lo que sí es seguro es que fueron vencidos sobre todo por el hambre. Julio Severio disponía de 65.000 hombres. De modo que pudieron rodear fácilmente todo el macizo.

En el curso de las excavaciones de 1953 se descubrieron en esas grutas, que se abrían a acantilados vertiginosos, esqueletos, sobre todo de mujeres y de niños, muertos de hambre y de sed. Todavía están en estudio los archivos y los manuscritos. El botín de los rebeldes, compuesto de objetos que provenían de templos paganos, de vajilla y de vasijas de cobre, estaba acompañado de cestos que contenían cráneos y osamentas humanas. ¿De dónde procedían? Misterio. Eran probablemente los restos de muertos judíos, en espera del pequeño sepulcro de piedra, arca final de todos los difuntos en Israel.

¿Qué fue de Simeón-bar-Kokheba? Murió en el curso de los últimos combates, y su cabeza probablemente fue llevada ante Julio Severio, según la costumbre de la época. En cuanto a Rabbi Akiba, fue hecho prisionero y mantenido encarcelado durante dos años, y en el año 135, cuando cayó Beitar, donde murió el “Hijo de la Estrella”, fue despellejado vivo, y luego asado a fuego lento, en Cesarea Marítima, ante las autoridades romanas. Sus últimas palabras fueron para proclamar su fe: “Escucha, oh Israel: Yavé es nuestro Dios, Yavé es *uno solo* ...”. (Cf. Deuteronomio, 6, 4).

Otros nueve doctores, discípulos suyos, sufrieron suplicio con él, y sólo uno escapó a los romanos: el célebre Simeón-bar-Iochai. Para ello, vivió doce años, con su hijo, en las canteras cercanas a Cafarnaúm, a orillas del lago de Genezaret. Sería allí, en las tinieblas sólo rasgadas por la luz de la lámpara de aceite, donde compondría el *Sepher-ha-Zohar* o *Libro del Esplendor*, según reza una leyenda tardía.

Esta última revolución, que inicialmente se suscitó con la intención de oponerse a la reconstrucción de Jerusalén bajo el aspecto de una ciudad totalmente pagana y vedada a los judíos por orden del emperador Adriano, costó la vida a seiscientas mil personas de ambos sexos. La nación judía desapareció como entidad política y geográfica, y la población fue vendida en los mercados de esclavos de todo el Imperio romano, o fue deportada por ciudades enteras, en calidad de “*esclavos del César*”.

El nombre de Simeón-bar-Kokheba, o “*Hijo de la Estrella*”, se convirtió entonces en Simeón-bar-Kozab, o “*Hijo de la Mentira*” a través de un juego de palabras, ya que Koseba se volvía Kozab (en hebreo: mentira). Y aquí volveremos a encontrar a Jesús, su tío abuelo, con su conocimiento de los trucos sabidos por todos los titiriteros ambulantes.

En el Apocalipsis encontramos la siguiente “revelación de Jesucristo” (op. cit. 1, 1), importante alusión a un indiscutible ilusionismo:

“Mandaré a mis dos testigos para que profetizan, durante mil doscientos sesenta días, vestidos de saco. Estos son los dos olivos y los dos candeleros que están delante del Señor de la tierra (*adonai-ha-aretz*). Si alguno quisiere hacerles daño, *saldrá fuego de su boca*, que devorará a sus enemigos” (Apocalipsis, 11, 3-5).

Pues bien, en su *Discurso preliminar* al *Dictionnaire des hérésies, des erreurs et des schismes*, dedicado al monseñor de Choiseul, arzobispo de Albi (Besançon, 1817), el abad Pluquet nos dice lo siguiente respecto a Simeón-ben-Koseba:

“Cuando Adriano quiso enviar una colonia a Jerusalén, el impostor Barcochebas (sic) se anunció a los judíos como un mesías. Con la estopa encendida que llevaba en la boca, y por medio de la cual soplaba fuego, persuadió al pueblo de que, en efecto, era el mesías; los principales rabinos publicaron que era el Cristo, y los judíos lo ungieron y lo proclamaron su rey”. (Op. cit., p. 131).

Aquí hay que entender el término *Cristo* en el sentido judaico tradicional: *Messiah*, mesías en hebreo. No hay ninguna alusión a Jesucristo, por parte de los judíos, claro está. Pero volvamos al Apocalipsis.

Que lo redactara Jesús en vida, hacia el año 27 o 28 de nuestra era, como demostramos en una obra precedente,⁷⁶ o que le fuera dictado después de su muerte a Juan, “el discípulo bienamado” no cambia el hecho de que fuera él su autor oficial: “*Revelación de Jesucristo, que Dios le ha dado para instruir a sus siervos sobre las cosas que han de suceder pronto*”. (Apocalipsis, 1, 1).

Pues bien, la nafta y el petróleo se conocen desde la más remota antigüedad. En las civilizaciones mesopotámicas y en Fenicia se utilizaba el asfalto para el calafateado de los navíos y la construcción de las carreteras. El petróleo servía asimismo para el alumbrado, para la limpieza y para fines medicinales. (Cf. Michel Mourre, *Dictionnaire d'histoire universelle*, tomo II, p. 1.638: *Pétrole*). La nafta es una especie de betón líquido, transparente, ligero y muy inflamable. El petróleo destilado se le parece enormemente. Se encuentra en Persia, en las orillas del mar Caspio, en Sicilia y en Calabria.

Es evidente que esa misteriosa “agua” que vierte el profeta Elías sobre la leña de su altar, en la cima del monte Carmelo,⁷⁷ y que se enciende de inmediato, ante su plegaria, no es otra cosa que nafta, encendida con ayuda de una lupa, o de un cristal que hiciera las veces de ella. Y el “truco” de Simeón-ben-Koseba consistía en conservar en su boca una bola de estopa llena de petróleo, y escupirlo repentinamente, *a través de la llama de una pequeña antorcha sostenida delante de él*. Pero para la época y la gente ignorante, el rostro quemado del adversario lo habría sido por un prodigo inexplicable, y la profecía del Apocalipsis se había realizado ...

Evidentemente, en nuestros días todo el mundo ha visto un ilusionista que, en las ferias, en los circos ambulantes, o incluso en una plaza pública de barrio, “escupe fuego” de esta manera. Pero retrocedamos veinte siglos, situémonos en el centro de una masa popular totalmente subyugada por las supersticiones más comunes, y admitiremos que el problema se plantea desde otro ángulo.

Pues bien, en una obra precedente ya vimos que el secreto de la pólvora era conocido por los *sanedritas*.⁷⁸ Acabamos de establecer que el empleo del petróleo y de la nafta, en materia de “milagros” religiosos, también lo era.

Así que, al afirmar con anterioridad que esos dos representantes oficiales, esos dos “testigos”, *escupirán con su propia boca fuego sobre sus adversarios*, Jesús en su Apocalipsis nos demuestra que estaba al corriente de esos trucos, que probablemente él utilizó,⁷⁹ y Celso tenía razón en su

⁷⁶ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 30-36.

⁷⁷ Cf. I Reyes, 23, 24-38.

⁷⁸ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 248-252.

⁷⁹ Id., pp. 139-150.

terrible *Discurso verdadero* al clasificarlo entre los *magos*, término que, en nuestros días, es sinónimo de *ilusionista*, ya que hay trucos que todavía no han sido explicados.

Y esto nos lleva aún más lejos en la vía de las constataciones. Al adoptar y realizar el truco discretamente aconsejado en el Apocalipsis para asentar mejor sus pretensiones de mesías liberador. Simeón-ben-Koseba, príncipe de Israel, se reveló no sólo como *hijo de David* (indispensable para desempeñar ese papel), sino también como discípulo de Jesús de Nazaret, cuyo verdadero nombre era Jesús-bar-Juda, ya que, acompañado por Rabbi Akiba, pretendía cumplir la profecía del “testigo” que escupiría un fuego mortal.

Y en Eusebio de Cesarea leemos lo siguiente:

“Un hombre llamado Barchochebas estaba entonces a la cabeza de los judíos. Ese nombre significa estrella. Por lo demás, era un ladrón y un asesino, pero, con su nombre, se imponía a los esclavos como su fuera una *luz* venida del cielo para ayudarles, y milagrosamente destinada a *iluminarlos* en sus desgracias”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historias eclesiásticas*, IV, VI, 2).

Traduzcamos: era un zelote, un *sicario* (de donde la acusación de que era un asesino), cobraba el diezmo mesianista,⁸⁰ de donde la acusación de ladrón. Pero continuemos:

“El mismo Justino, recordando la guerra que tuvo entonces lugar contra los judíos, añade esto: ‘Y efectivamente, en la guerra judía que ha tenido lugar ahora, Bar-Cochebas, el jefe de la revolución de los judíos, ha conducido a terribles suplicios sólo a los cristianos, si no renegaban y no blasfemaban de Jesucristo’ ...” (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, IV, VIII, 4, citando a Justino, en *I Apologética*, XXXI, 6).

¿Puede demostrarse mejor que el “Jesucristo” del año 135, época de la revolución de Simeón-ben-Koseba, es el creado íntegramente por Saulo-Pablo, es decir, un Jesús totalmente extraño al ideal zelote y, sobre todo, al Jesús de la historia real, al hijo de David crucificado por Poncio Pilato, y que si Simeón-ben-Koseba creyó tener que realizar la promesa del Apocalipsis es que se sentía *sucesor* de su verdadero *autor*, y no quería oír nada sobre ese cristianismo obra de Saulo-Pablo, y que a sus ojos eso constituía la mayor traición al nacionalismo judío? El odio que los judíos extremistas sentían hacia Saulo-Pablo probablemente estaba relacionado con la muerte de Simón-Pedro y de Jacobo-Santiago, en el año 47. sospechaban que habían sido entregados por Saulo-Pablo a Tiberio Alejandro, quien los hizo crucificar en Jerusalén, como ya hemos visto al comienzo. De todos modos, la acusación de Eusebio de Cesarea contra Bar-Kokheba nos ofrece algunas dudas, si se tiene en cuenta que su *alter ego*, Rabbi Akiba, era un feroz adversario de la pena de muerte.

Ahora bien, Saulo-Pablo no había sido durante tanto tiempo su despiadado adversario, jefe de una milicia al servicio de Roma y de los Herodes, como para no hallarse *en la necesidad* de tener que justificar a los ojos de Roma su paso al judaísmo nazareno, y para ello debió de mostrarse como fiel vasallo, y pactar algunos compromisos importantes.

A un ex colaborador le es muy difícil escapar a su pasado y liberarse de la tutela de sus antiguos jefes. Y todavía le es más difícil borrar dicho pasado y convertirse en amigo de aquellos a quienes se había perseguido. La historia es un eterno volver a empezar.

⁸⁰ Id., pp. 80-84.

Creemos útil resumir brevemente la suerte de cada uno de los personajes evangélicos, a la luz de lo que hemos descubierto en el curso de nuestras investigaciones. Veamos, pues, esa recapitulación de lo más elocuente:

Jesús: crucificado en el año 35 en Jerusalén, bajo el procurador Poncio Pilato.

Judas Iscariote: ahorcado y destripado en el año 35, en Jerusalén, por orden de los discípulos inmediatos.⁸¹

Mateo, alias Leví: desaparecido sin dejar rastro inmediatamente después de la muerte de Jesús. Pudo ser ejecutado por los discípulos.

Felipe: desaparecido sin dejar rastro inmediatamente después de la muerte de Jesús.

Judas, alias Tadeo, alia Lebeo, alias Tomás: decapitado en el año 45 en Judea, bajo el procurador Cuspio Fado.

Bartolomé, alias Natanael: crucificado en el año 47 en Jerusalén, bajo el procurador Cuspio Fado.

Simón-Pedro: crucificado en el año 47, bajo el procurador Tiberio Alejandro, a la vez que su hermano Santiago el Mayor.

Santiago el Mayor: crucificado en el año 47, en Jerusalén, bajo el procurador Tiberio Alejandro, a la vez que su hermano Simón-Pedro.

Andrés, alias Lázaro: capturado en el año 51 por el procurador Antonio Félix, enviado a Roma, ante el emperador, liberado a cambio de un rescate por Nerón César, vuelto a Judea y desaparecido en el año 56.

Juan: casi con toda seguridad lapidado en Jerusalén, en el año 63, al mismo tiempo que su hermano Santiago el Menor.

Santiago el Menor: lapidado en Jerusalén, en el año 63, al mismo tiempo que su hermano Juan, bajo Ananás, sumo sacerdote saduceo, siendo procurador titular Albino.

Al terminar la redacción de este capítulo, el autor quiere rendir un justo homenaje a todos esos hombres que supieron morir, de una muerte a menudo espantosa, para que sus compatriotas y sus hijos gozaran del bien más preciado: la libertad. La desmitificación del cristianismo se inserta necesariamente en una desmitificación de las masas de las que se ha abusado. Pascal evocó muy bien, en una de sus frases, sabiamente evocadora, el aspecto aberrante de toda guerra militar, justificada por el hecho de que el adversario vive “al otro lado del río ...” Pero Henri de Montherlant justificó a su vez otro aspecto de los combates sin cuartel que enfrentan a veces a los hombres:

“La guerra civil es la buena guerra, aquella en la que se sabe a quién se mata y *por qué* se mata ...”

La guerra militar no siempre puede justificarse. Recuérdense las palabras amargas de Anatole France:

“Uno cree morir por la patria, y muere por unos industriales! ...”

⁸¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 274-288.

Pero la que llevaron a cabo los fieros zelotes contra los ocupantes romanos y sus tropas mercenarias fue una guerra “santa”, justa, aunque el oscuro destino no les deparara la victoria. Por eso, debe respetarse su memoria, aunque haya que lavar su historia de todas las imposturas acumuladas por los siglos. Y esto, el autor de estas páginas debía decirlo.

María, madre de Jesús

Ella alzó los ojos al cielo y dijo: ¿Quién soy yo, Señor, para que todas las naciones de la Tierra un día me bendigan? ...” Porque María había olvidado los misterios que le había revelado el arcángel Gabriel ...

Protoevangelio de Santiago, XII, 2

El capítulo que tratara de los “hijos de David” y no diera el máximo de informaciones inéditas sobre María, la madre de todos ellos, sería un capítulo incompleto. Por ello es importante presentar todo un pequeño universo humano que, a partir de ahora, permanecerá al margen de la religión nueva montada por aquel aventurero de la mística que fue Saulo-Pablo.⁸²

Como ya dijimos en nuestra primera obra,⁸³ y según las afirmaciones dogmáticas de la Iglesia católica, ignoramos todo cuanto pueda referirse a los padres de María, madre de Jesús; y dicha Iglesia, considerando este terreno como terriblemente peligroso para la leyenda cristiana, se niega, por consiguiente, a enseñar nada oficial a este respecto. No obstante, nosotros, que no nos atenemos a esa prudente reserva, y por motivos diametralmente opuestos, abordaremos el problema de los orígenes familiares de la madre del Jesús *de la historia*.

Las genealogías reproducidas en los evangelios de Mateo y de Lucas, por contradictorias que sean, sólo se aplican al padre oficial de Jesús, es decir, al evanescente José de la leyenda, cuyo supuesto nombre de circuncisión, según Lucas (3, 24), era Ioseph-bar-Heli, y según Mateo (1, 16), era Ioseph-ben-Iacob. Como se ve, los escribas del siglo IV no se pusieron de acuerdo al componer sus relatos.

En los canónicos no tenemos nada sobre María, y es un apócrifo célebre, del que la Iglesia saca abundante información para sus necesidades iconográficas, el *Protoevangelio de Santiago*, el que nos dice que su padre se llamaba Joaquín y su madre Ana, en hebreo Hannah.

Ese silencio reprobador y regaño de los exegetas oficiales nos oculta, evidentemente, algo, cosa que incita al historiador sincero, curioso por naturaleza, a desentrañar el motivo secreto de dicho silencio.

En primer lugar afirmaremos que María procedía de una familia bastante rica, por sorprendente que resulte esta afirmación. Este hecho lo establecemos seriamente a partir de una constatación de lo más trivial: *la de la riqueza indiscutible de la familia davídica en general*, es decir, la importancia de los bienes que poseía, más la importancia de los diversos ingresos percibidos por sus miembros.

Sobre éstos, remitimos al lector a nuestra obra precedente y a su capítulo titulado “El diezmo mesianista”.⁸⁴ Sobre los bienes inmuebles de esta familia podemos tomar ya en cuenta con toda certeza la casa familiar de Gamala, aquél nido de águilas colgado por encima de la orilla oriental del mar de Galilea; la vivienda de Cafarnaúm, citada en Mateo (4, 13) y en Marcos (1, 29) como propiedad de Simón y Andrés, *hermano de Jesús*,⁸⁵ la de Séforis, destruida durante los años 6 al 4 antes de nuestra era por las legiones de Varo, legado de Siria, durante la primera revolución de Judas

⁸² Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*.

⁸³ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 55-56.

⁸⁴ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 162-183.

⁸⁵ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 54-69.

de Gamala, esposo de María y padre de Jesús; esta vivienda desapareció, evidentemente, en el incendio de dicha ciudad. Debe poder añadirse la de Betsaida, “la ciudad de Andrés y de Pedro” (Juan, 1, 44), ya que, repitámoslo, eran *hermanos* de Jesús, en el sentido carnal del término.⁸⁶

Conocemos también el pasaje de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, en el cual dicho autor nos muestra a los “parientes *carnales* del Salvador, *bien para vanagloriarse*, o simplemente por decirlo ...” (cf. Eusebio de Cesarea, *op. cit.*, I, VII, 11-14), que nos revela los verdaderos orígenes de la familia herodiana. Pues bien, para conocer la genealogía de una familia, *para vanagloriarse*, hay que ser familiar de ella, más o menos próximo. Y más tarde abordaremos el problema del matrimonio de Herodes el Grande con una “hija de David”, *parienta de Jesús, por ser hermanastra de su madre María*.

Observaremos, de paso, que Tischendorf considera como auténticos los nombres de los padres de María (cf. Tischendorf, *De evangeliorum apocryphum origine et usu*). Y, efectivamente, en las leyendas judías, a María la llaman hija de Heli, alias Jehohakim, que de hecho es el mismo nombre (Heliakim). Señalaremos, a este respecto, la concordancia del *Talmud de Babilonia* (*op. cit.*, Sanedrín: fº 67) con el *Talmud de Jerusalén* (*op. cit.*, fº 77).

El *Protoevangelio de Santiago* nos dice lo siguiente: “Había un hombre rico, *rico en exceso*, llamado Joaquín, que llevaba sus ofrendas al Templo en cantidad doble, diciendo: ‘Lo que sobre será para todo el pueblo’ (después de los sacerdotes) ...” (Cf. *Protoevangelio de Santiago*, 1, 1). Y Eustaquio, obispo de Antioquia y mártir († 360), aporta los mismos datos, sin considerarlos como legendarios, sino dándolos por ciertos. (Cf. *Commentaire sur l'oeuvre des six jours, in Patrologie grecque*, tomo XVIII, col. 772).

Sobre la filiación real y davídica de María, observemos de paso que el mismo *Protoevangelio de Santiago* nos muestra a la sirvienta de Ana, madre de María, aconsejando a su ama que ciña la diadema real que posee, para alejar la tristeza causada por su esterilidad (cf. *Protoevangelio de Santiago*, II, 2). Su unión con Joaquín, de la misma filiación davídica que ella, está atestiguada por otro documento antiguo: “Cuándo él (Joaquín) tuvo veinte años, tomó por esposa a Ana, hija de Isacar, y de su propia tribu, es decir, de la raza de David ...” (Cf. *Pseudo-Mateo*, I, 2).

Del mismo modo, el abad Emile Amann, doctor en teología, al traducir y comentar el *Protoevangelio de Santiago* consagrado a María, a sus orígenes y a su infancia, puede observar que, según el propio texto: “Joaquín (el padre de María) es ‘extremadamente rico’; he ahí una respuesta directa a las acusaciones judías sobre la pobreza de María ...”. (Cf. E. Amann, *Protoevangelio de Santiago*, p. 181, *Imprimatur* del 1 de febrero de 1910, Letouzey Edith., París, 1910).

Nos encontramos, pues, muy lejos de la familia miserable que se nos presenta sin cesar para enternecernos.

Conocemos, en efecto, la acusación injuriosa de la *Toledoth Ieshuah* (*La generación de Jesús*), que afirmaba que éste era el hijo bastardo de María y de un mercenario romano llamado Pantero. Paralelamente, el *Talmud* nos aporta un eco de ello:

“He descubierto en Jerusalén un manuscrito genealógico en el que está escrito que éste (Jesús) es el hijo bastardo de una mujer adúltera ...” (Cf. Rabbi Simeón-ben-Azzai, *Talmud*).

Estimamos que se trata ahí de una ignorancia voluntaria de la verdadera acusación inicial, porque es indudable que semejante delito por parte de María le hubiera acarreado serias dificultades, por crimen de adulterio.

⁸⁶ *Id.*, y capítulo 8.

La Ley de Moisés implicaba, en efecto, la lapidación para la mujer a la que se reconocía culpable de dicho delito (cf. *Levítico*, XX, 10). En cambio, ningún autor judío ha pretendido jamás que ésta arriesgara ninguna cosa en este campo.

Por el contrario, y como ya se ha subrayado, Jesús cuenta al menos con cuatro mujeres culpables de ese importante delito en Israel entre sus más ilustres antepasadas,⁸⁷ y su indulgencia hacia ellas se extiende incluso a las prostitutas, que sin embargo son severamente rechazadas por la Ley de Moisés y por los profetas. Probablemente a lo que los talmudistas hacían alusión era a esa ascendencia molesta, pero luego mal comprendida por la tradición oral.

Sea lo que fuere, y al elegir semejante ascendencia, el “hijo de Dios” hubiera estado muy mal inspirado si luego hubiera condenado a la mujer adúltera que un día se le presentó para que la juzgara (Juan, VIII, 3 a 11). Pero volvamos a María, su madre.⁸⁸

Según san Juan Damasceno, en su *Homilía sobre la Natividad de la Bienaventurada Virgen María* (*Patrología*, XCVI, col. 664-667), María habría nacido en Séforis, en Galilea, a algunos kilómetros de la Nazaret actual (entonces inexistente), y muy cerca de Belén de Galilea.

Para embrollar mejor el problema, los escribas anónimos que “apañaron” los evangelios antiguos en el siglo IV, tuvieron la idea de situar el nacimiento de Jesús en Belén de Judea, a unos diez kilómetros al sur de Jerusalén, y no ya en Galilea, sino en Judea. Y todo eso a fin de que naciera en la ciudad donde el propio David había nacido. Pero, ya que era descendiente de David *por línea de sangre*, Jesús podía muy bien prescindir de tal mentira para seguir siéndolo, indiscutiblemente, del mismo modo que jamás un Delfín de Francia necesitó nacer en París, en l’Île de la Cité, cuna de los Capetos, para ser luego rey legítimo. Porque entre Belén de Galilea y Belén de Judea hay, a vuelo de pájaro, unos ciento diez kilómetros ...

Es evidente que semejantes errores fueron premeditados. Es muy probable que María, galilea de nacimiento, como precisa Juan Damasceno, permaneciera en su provincia natal y entre su familia para alumbrar a su “primogénito” (Lucas, 2, 6-7), y sin duda también a los siguientes (Marcos, 6, 3). Y el famoso censo de Quirino no sale para nada, como ya demostramos,⁸⁹ y menos cuando se tiene en cuenta que Jesús no nació en esa época, sino unos veintitrés años antes.

Observemos de paso que en diciembre de 1969, el profesor Harmut Stegemann, doctor en teología protestante de la universidad de Bonn, publicó una tesis según la cual Jesús no habría nacido ni en Belén de Judea ni en Nazaret de Galilea, sino en Cafarnaúm, es decir, en Galilea, a orillas del lago de Genezaret, y al extremo norte de éste. Se habría hablado de “Jesús de Nazaret” porque (en el siglo IV) se ignoraba la raíz aramea de dicho nombre. Éste significaría, en realidad, más o menos: “Guardián de la justicia de Dios”. Observemos también que dicho doctor protestante nos aporta aquí una confirmación del papel típicamente mesiánico, en el sentido zelote del término, del Jesús de la historia.

La prensa de Alemania federal ha reproducido numerosos pasajes de esa tesis, a veces en primera página, en especial la *Kölnische Rundschau*, que poco antes de Navidad de 1969 consagró un editorial a esa auténtica “bonba” lanzada por un teólogo conocido.

Así pues, el teólogo Stegeman considera que hay motivos fundados para pensar que Jesús nació en Cafarnaúm, donde se habían establecido sus parientes. Por nuestra parte, estamos de acuerdo con ese exégeta sobre el hecho de que Jesús no nació, en modo alguno, en Belén de Judea. Pero sí que pudo

⁸⁷ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 150-151.

⁸⁸ El *Talmud de Babilonia* (*Sanedrín*, 106), reconoce que María descendía de David.

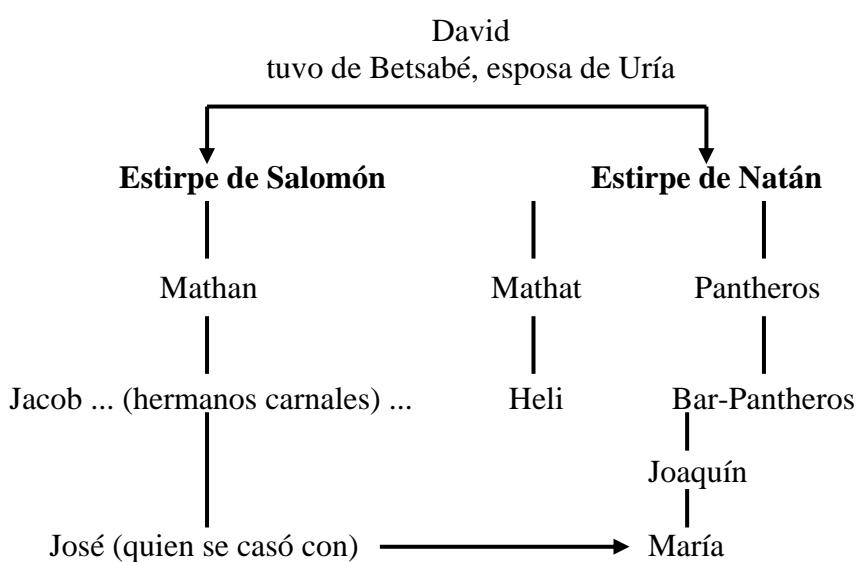
⁸⁹ *Op. cit.*, pp. 59-69.

haber nacido en Belén de Galilea, cerca de Séforis, donde nació su madre, muy cerca de esa Nazaret que se crearía en el siglo VIII para dar satisfacción a los peregrinos, después de haberla imaginado simplemente en el siglo IV.

Pero Belén de Galilea es una localización peligrosa para la verdad, lo mismo que Séforis, ya que se hallan a poco menos de treinta y cinco kilómetros a vuelo de pájaro de Gamala, la ciudad refugio de los zelotes, colgada de su espolón rocoso, como un halcón escrutando la llanura, al otro lado del lago de Genezaret. Es la famosa “montaña” que sale repetidamente en los evangelios, *montaña que se guardan bien de nombrarnos ...* Y en Cafarnaúm se está a menos de quince kilómetros, muy cerca del feudo familiar de Judas de Gamala, alias Judas el Gaulanita, o Judas de Galilea (Hechos, V, 37), el héroe de la revolución del Censo, el primer esposo de María, el padre de sus cinco primeros hijos y de sus dos hijas.

Por eso es probablemente por lo que el *primer acto* de este último, cuando levantará el estandarte de su *primera revolución*, en el año 6 de nuestra era, consistirá en apoderarse de Séforis, del palacio de Herodes, de su arsenal y de su tesoro. Y, por esa elección, puede sospecharse la existencia de una relación entre la primera embestida de las unidades de zelotes que habían descendido del nido de águilas de Gamala, y la localidad en donde nació María, esposa de Judas de Galilea, su jefe, y madre de sus hijos. Según el *Protoevangelio de Santiago*, ella nacería en el año 14 antes de nuestra era, de modo que cuando tuvo lugar la crucifixión de Jesús contaría cuarenta y nueve años, y veintiséis cuando éste fue sometido, a la edad de doce años, al examen de su mayoría de edad civil y religiosa ante los doctores de la Ley. Entonces él se convertía, como todos los pequeños judíos del mundo, en un *ben-ha-torah*, un “hijo de la Ley”.⁹⁰ Esta cronología daría como resultado que María lo alumbró a la edad de catorce años.

Pero estos datos son falsos. De toda nuestra investigación, de los despiece y de las severas confrontaciones cronológicas a las que nos hemos entregado desde hace unos diez años, resulta que Jesús nació hacia el año 16 o 17 *antes de nuestra era*,⁹¹ y si María lo alumbró cuando contaba quince años (las niñas, en Israel, eran núbiles a partir de los doce años y medio), ella debió de nacer alrededor del año 32 *antes de dicha era*. Por otra parte, el mismo Juan Damasceno nos da en su *De fide orthodoxia* (IV, Patrología, XCIV, col. 21.157) la genealogía de María. Como es natural, sólo nos habla de José, y no de Judas de Gamala. Veámosla reproducida a continuación:



⁹⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 123-125. Ese es todo el prodigo de “Jesús ante los doctores de la Ley”: el simple examen de un niño de primera comunión, una vez terminado de aprender el catecismo ...

⁹¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 45-53.

En lo concerniente a la vida de María después de la crucifixión de Jesús, su muerte y la época de ésta, ya hemos tratado estos temas en el estudio del destino de *Juan* (véase el capítulo 14), por lo tanto no volveremos sobre ello.

Por otra parte, en el primer volumen ya llamamos la atención del lector sobre la inexistencia de una mujer presentada bajo el nombre de María de Magdala. En efecto, Tertuliano, que fue a investigar a la propia Magdala (alis Tariquea según algunos, y que nosotros consideramos erróneo), no pudo recoger allí información alguna; María Magdalena era *totalmente desconocida* en aquel lugar. Esta investigación, efectuada entre los ambientes cristianos, debería haber recogido, sin embargo, una tradición, por mínima que fuera, si esta mujer hubiera existido. Pero no hubo nada de ello. Tertuliano nació hacia los años 150/160 de nuestra era, y murió hacia el 240. Su viaje se produjo hacia el año 200. Y luego nada más ... Pues bien, los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de Pablo, las de Pedro, de Santiago, de Juan y de Judas, la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, todos estos textos, que se afirman que son serios, todos ellos ignoran también la existencia de dicha mujer.

Lo mismo sucede con la mayoría de los apócrifos neotestamentarios. Lo que es más aún: algunos de ellos identifican a María, madre de Jesús, con aquella que los evangelios canónicos denominan como María de Magdala, cuando, en la resurrección de Jesús, éste pide a su primera interlocutora *que no le toque físicamente*, por no haber remontado todavía hasta su Padre. Comparemos simplemente esos textos, y el lector quedará informado. Veamos, primero, el evangelio de Juan:

“El día primero de la semana, María Magdalena vino muy de madrugada, cuando aún era de noche, al monumento, y vio quitada la piedra (...) María se quedó junto al monumento, fuera, llorando. Mientras lloraba, se inclinó hacia el monumento, y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús. Le dijeron: “¿Por qué lloras, mujer?”. Ella les dijo: “Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. Diciendo esto, se volvió para atrás y vio a Jesús que estaba allí, pero no reconoció que fuese Jesús.

“Dijole Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”. Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: “Señor, si le has llevado tú, dime dónde le has puesto, y yo le tomaré”. Dijole Jesús: “¡María!”. Ella, volviéndose, le dijo en hebreo: “¡Rabboni!”, que quiere decir Maestro. Jesús le dijo: “No me toques, porque aún no he subido al Padre” ... (Juan, 20, 1 a 17).

Se observará que la presunta María de Magdala había ido al huerto de José de Arimatea con la intención de retirar de él el cadáver de Jesús, y *llevárselo*. Y esto, extraído del más célebre de los evangelios canónicos, aquél en el que se basan todos los mistagogos de las sectas cristianas heterodoxas más descabelladas lo mismo que los fieles de las iglesias ortodoxas a más no poder, esto confirma lo que ya demostramos en el primer volumen de este estudio,⁹² a saber, que los fieles de Jesús contaban con llevarse su cadáver para retirar a su destino final lo que llevaba de denigrante la primera inhumación. Si no se le podía dejar en la tumba ofrecida por José de Arimatea, era porque ésta, en realidad, no era otra cosa que la *fosa infamante* (*fossa infamia*), en la que se echaba a los cuerpos de los condenados a muerte después de su ejecución.

Segunda conclusión, José de Arimatea era, efectivamente, el *Ioseph-har-ha-mettim*, el “José de la fosa de los muertos” que ya desvelamos en una obra precedente, y no un “consejero distinguido” como pretende Marcos (15, 43).⁹³

⁹² Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 241-258.

⁹³ Id., pp. 210-212.

Pero volvamos a la misteriosa María de Magdala:

Veamos ahora el *Evangelio de los Doce Apóstoles*, que el gran Orígenes consideraba como uno de los más antiguos evangelios conocidos, anterior incluso al Lucas actual:

“*Las madres de este país* han visto la muerte de sus hijos y van a la tumba para ver el cuerpo de aquellos a los que lloran ... Ella abrió los ojos, porque los tenía bajados, para no mirar al suelo a causa de los escándalos. Dijo con alegría: ‘¡Maestro! ¡Mi Señor y mi Dios! ¡Hijo mío! Has resucitado, has resucitado de verdad ...’. Y quería cogerlo y besarlo en la boca. Pero él se lo impidió y le rogó, diciendo: ‘Madre, no me toques. Espera un poco ... No es posible que nada carnal me toque hasta que yo vaya al cielo. Sin embargo, este cuerpo es aquél con el que pasé nueve meses en tu seno ... Sabe estas cosas, *oh madre mía*, sabe que soy yo, a quien tú alimentaste. No dudes, *madre*, de que yo soy *tu hijo*. Soy yo, quien te ha dejado en manos de Juan cuando yo estaba colgando de la cruz. Ahora, *madre mía*, apresúrate en advertir *a mis hermanos* y decírselo’ ...”. (Cf. *Evangelio de los Doce Apóstoles*, fragmento 14º).

Pues bien, el evangelio de Juan, en el versículo 17 del capítulo XX, menciona la misma orden de Jesús a María de Magdala, de que fuera a advertir *a sus hermanos*. Todo el desarrollo es, por lo tanto, idéntico en los dos evangelios. Sólo que, mientras en el de los *Doce Apóstoles* la interlocutora de Jesús es su madre María, en los de Juan, de Lucas, de Marcos y de Mateo, se trata de María Magdalena.

Veamos ahora el *Evangelio de Bartolomé*. Seguimos encontrándonos ante el sepulcro, la mañana de la resurrección:

“Y Jesús gritó en la lengua divina: “¡Marikha! ¡Marima! ¡Thiath!. Lo que significa: ‘¡María! ¡Madre del Hijo de Dios!’. María conocía el significado de estas palabras. Se giró y dijo: ‘¡Maestro! ¡Hijo de Dios Todopoderoso! ... ¡Mi Señor y *mi hijo!* ...’. Y el Salvador le dijo: ‘Salud a tí, *que has llevado la vida del mundo entero!* ¡Salud, *madre mía*, mi arca santa! ¡Salud a ti, *madre mía*, mi ciudad y mi lugar de reposo! ... Ve junto a *mis hermanos* para decirles que he resucitado de entre los muertos’ ...” (Cf. *Evangelio de Bartolomé*.2º fragmento).

Veamos aún el *Evangelio de Gamaliel*, que todavía no ha sido publicado con división en capítulos y versículos. Fue descubierto en el año 1956, en un convento de Etiopía, por el R.P. Van den Oudenrijn, de la universidad de Friburgo, con otro cuatro manuscritos. Forma parte de lo que se ha dado en llamar los apócrifos etíopes, y, como todos los otros ya conocidos, perteneció al viejo fondo primitivo de los cristianos coptos de Egipto y de Abisinia, junto con el *Evangelio de los Doce Apóstoles* y el de *Bartolomé*. Y este *Evangelio de Gamaliel* nos confirmará también el valor de nuestro descubrimiento.

Muy temprano, *María, madre de Jesús*, fue junto a la tumba de su hijo. Cosa que resulta aún mucho más plausible, porque es más humano que el hecho de presentarnos a una mujer de costumbres dudosas, que no pertenecía a la familia, como la primera en presentarse a la cita con el difunto, dejando a la madre ajena a este piadoso deber.

Y *María, madre de Jesús*, según este evangelio no encontró el cuerpo de su hijo, sino que discutió con un desconocido, que ella supuso que era el hortelano, igual que en los textos canónicos ya citados.

“Señor, esto es lo que entristece, porque en esa tumba no he encontrado el cuerpo de *mi hijo bienamado*, para llorar sobre él, lo que habría consolado mi tristeza ... Y ahora, si sois el guardián de este huerto, os conjuro a que me informéis” ... Y Jesús le dijo: “María ... Ya has derramado suficientes lágrimas hasta ahora ... Mírame el rostro, *madre mía*, para convencerte de que soy *tu hijo*”

...” Y ella dijo entonces: “Entonces has resucitado, oh mi señor y *mi hijo* ...”. (Cf. *Evangelio de Gamaliel*, extractos).

Es perfectamente evidente, para cualquiera que lo vea con buena fe, que la escena relatada por esos tres evangelios antiguos *es absolutamente idéntica* a la descrita en Juan (20, 1-18), pero allá donde este último pone en escena a una tal María de Magdala, desconocida por los textos neotestamentarios posteriores (*Hechos de los Apóstoles*, *Epístolas* diversas, *Historia eclesiástica*, etc.), los antiquísimos manuscritos coptos citados nos hablan por su parte, de *María, madre de Jesús* ...

Y vamos a ver ahora un argumento que reforzará el que dimos en la obra precedente⁹⁴ sobre la *identidad absoluta entre María, madre de Jesús, y María de Magdala*.

Tomemos para ello el importante estudio que el abad Loisy, ilustre exégeta y probo historiador, consagró precisamente a ese episodio de María en la tumba, la mañana de la resurrección, en su enorme trabajo titulado *Le quatrième évangile*:

“Según san Efrén (*Exposé de la concordance des évangiles*, Moesinger, 268), las palabras: ‘No me toques ...’, etc., Jesús las habría dirigido *a su madre*, y parece seguro que el *Diatessaron* de Ticiano contaba *de la madre de Jesús* lo que nuestro Evangelio cuenta de *María de Magdala*. Lo mismo sucede con un tratado de Antioquía del siglo IV, falsamente atribuido a Justino Mártir (*Questions et réponses de l'orthodoxie*, q. 48, cf. Harnack, en *Theol.-Literatur-Zeitung*, 1899, p. 176), que no depende de san Efrén, sino que podría depender también del *Diatessaron*. Es lícito por lo tanto preguntarse si Taciano, en lugar de interpretar nuestro evangelio (de Juan) por una tradición apócrifa, *no conocería, por el contrario, por uno u otro camino*, el dato primitivo, y si el evangelista que condujo a la madre de Jesús al pie de la cruz no le habría dado un papel capital en el relato de la resurrección, y luego ese papel sería atenuado en una redacción posterior, y trasladado a María de Magdala para concordar con la tradición sinóptica ... *Efrén dice que María había dudado de la resurrección*, tal como le había predicho Simeón (cf. Lucas, 2, 35). (Sobre esa “duda”, véase nuestro libro: *Évangiles synoptiques*, tomo I, p. 359)”. (Cf. Alfred Loisy, *Le quatrième évangile*, París, 1921, E. Nourry, édit., p. 504).

Ya hemos leído a san Efrén: “*María había dudado de la resurrección* ...”. Efrén es el padre de la Iglesia siríaca, asistió al concilio de Nicea, fue amigo de san Basilio y el padre de la Escuela mística de Edesa. Nació hacia el año 306, y murió en el 373. Sus conclusiones exegéticas hicieron rechinar los dientes a algunos mistagogos de pequeños cenáculos heterodoxos. Peor para ellos; este tipo de problemas sobrepasa su entendimiento.

Porque si María, efectivamente (según la profecía del viejo Simeón cuando tuvo lugar la presentación de Jesús al templo poco después de su nacimiento [Lucas, 2, 25 y 34-35]: “y una espada atravesará tu alma ...”, debía sufrir la pena más terrible que pueda sentir una madre, es que entonces tenía que enfrentarse con la más horrible desesperación ante la muerte de su hijo, y *eso implicaba que no creyera en su futura resurrección ni en la deificación que le sucedería*, y por lo tanto, *que jamás había dado fe a sus palabras*. Lo que aparece confirmado por Mateo (12, 46-50), Marcos (3, 21), Juan (7, 2-4). Realmente, había olvidado al arcángel Gabriel, si es que alguna vez hubo tal arcángel.

Lo cierto es que toda la documentación aportada por el abad Loisy y citada *in extenso* antes, refuerza nuestra tesis, a saber, que en la tradición primitiva era *a María, madre de Jesús*, a quien se dirigió Jesús resucitado, y *no a María de Magdala*. Y esta ignorancia general de los textos neotestamentarios ulteriores, como la de los Padres de la Iglesia ya citados, nos prueba que jamás hubo una mujer con

⁹⁴ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 109-114.

dicho nombre en el séquito de Jesús, *al menos no una mujer distinta a su madre*. María, madre de Jesús, y María de Magdala son una sola y misma persona.

Por otra parte, una tradición eclesiástica pretende que esta María de Magdala *murió en Éfeso, donde fue inhumada*. A finales del siglo IX, el emperador León VI el Sabio devolvió sus restos a Constantinopla. Es fácil comprender que se trataba de *María, madre de Jesús, muerta e inhumada en Éfeso* ... Las leyendas provenzales del desembarque de las tres “Marías” en Saintes-Maries-de-la-Mer y de los treinta y tres años de penitencia lacrimosa de María de Magdala en la cima del pico de la Sainte-Baume,⁹⁵ donde murió, fueron elaboradas en el siglo XI para esconder la verdad. Pronto volveremos a este tema de las diversas tumbas de María.

Y ahora volvemos de nuevo, a través de otra serie de argumentos, a las conclusiones de nuestra obra precedente, es decir, que María, esposa de Judas de Gamala, madre de Jesús y de sus hermanas y hermanos, es la misma María Magdalena, y por lo tanto que jamás existió una cortesana de alta alcurnia que llevara dicho nombre.

En cuanto a la explicación admitida por el abad Loisy, a saber, que se transfirió un personaje real a otro puramente imaginario, simplemente para que el evangelio de Juan concordara con los de Mateo, Marcos y Lucas, no creemos que sea válida. Porque entonces quedaría por justificar la creación inicial de una María de Magdala. Esta explicación es muy sencilla, ya la dimos en nuestra primera obra.⁹⁶ Sólo hacía falta:

- a) suprimir toda alusión que permitiera adivinar que el Apocalipsis era en realidad muy anterior a los evangelios, y que la historia de los “siete truenos” era una peligrosa clave del problema;
- b) suprimir la prueba de que esos “siete truenos” eran siete hermanos, uno de los cuales era Jesús, el primogénito, y que *todos eran hijos de María*, lo mismo que las jóvenes a las que los evangelios canónicos llaman “sus hermanas” (cf. Marcos, 6, 3). Haciendo esto podía al fin afirmarse la virginidad perpetua de María;
- c) hacer creer que la mujer que en el sepulcro, ante aquél a quien ella toma por el hortelano, se desespera por la muerte de Jesús, y por consiguiente no cree en absoluto en la resurrección prometida, no podía ser María, su madre. Y por parte de una mujer extraña a la familia, eso resultaba más admisible.

Claro que quedan otros puntos curiosos en esta impostura de los escribas del siglo IV. Por ejemplo, *magdala* puede significar también *peinadora, perfumera*, en arameo. María, en un momento dado de su vida, después de la muerte de su esposo Judas de Gamala, bien pudo verse en la obligación de hacer subsistir a sus hijos, y ponerse a ejercer esta profesión junto a algunas mujeres de la aristocracia idumea.

En efecto, según el *Talmud de Babilonia* (cf. *Shabbath*, 104 B, y *Hagigag*, 4 b), María habría ejercido la profesión de peinadora, pero según el mismo *Talmud de Babilonia* (*Sanedrín 106 b*), al descender de los reyes de Israel, se habría comprometido con un héresch, palabra hebrea que significa bien un carpintero, bien un mago.⁹⁷

⁹⁵ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 109-111. El demencial relato de la leyenda de María Magdalena, colocada por los ángeles en un pico entonces inaccesible, y luego elevada por ellos cada mañana hasta la cima más alta, para que se seca, dado que la gruta era muy húmeda, es típico de la ingenuidad de las multitudes de la antigüedad.

⁹⁶ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 112-114.

⁹⁷ El pseudo-Orígenes, en su *Contra Celso*, niega explícitamente que el evangelio calificara a Jesús de carpintero. No obstante, Marcos lo afirma en su evangelio (6, 3), y con todas sus letras, en griego. Por lo tanto, el texto de Marcos que el pseudo-Orígenes conoció en su época, era diferente al nuestro.

Por otra parte, la aldea de dicho nombre evoca curiosamente la ciudad zelote, ya que, con una sola letra de diferencia, *Magdala* es el anagrama de *Gamala*, sólo sobra la letra *daleth*. Y es sabida la importancia de las trasposiciones de letras en la cábala. No se atreverían a hablar de *María de Magdala* y habrían añadido la *daleth* (*d*) para velar mejor ese nombre que convenía no volver a pronuncia jamás: *María de Gamala*, porque sino se establecería de inmediato una relación evidente con *Judas de Gamala*.

Tenemos un ejemplo de esas trasposiciones de letras en la toponimia de Francia, y es el de la célebre gruta de Lourdes. En la época de María Bernarda Soubirous todavía se llamaba a esa gruta *Massabielle*. Pues bien, ese nombre no es sino la trasposición anagramática de *Beelissama*, especie de Astarté importada por los navegantes fenicios, y cuyo nombre no era otra cosa que la deformación feminizada de *Bell-Samîn*, el “Señor de los Cielos”. Y en la gruta de Massabielle, a comienzos de nuestra era, se celebraba el culto a esa misma diosa *Beelissama*. Durante mucho tiempo, en la gruta donde Bernarda creyó ver a la Virgen María, cuando contaba unos quince años, hubo un bloque de mármol desconocido en los Pirineos, y que era un residuo de esas liturgias paganas. Ese bloque desapareció rápidamente. Quizá fue el condensador del que se desprendió, el 11 de febrero de 1858, la forma-pensada que impresionó el psiquismo de la chiquilla. Un altar religioso siempre está más o menos cargado magnéticamente.⁹⁸

Volviendo a María, madre de Jesús, constataremos que los manuscritos más antiguos del evangelio de Mateo nos precisan que “Jacob engendró a José, el esposo de María, y José engendró a Jesús” (cf. Mateo, 1, 16). Hecho confirmado por Saulo-Pablo: “... acerca de su hijo, *nacido de la semilla de David según la carne*”. (cf. Pablo, Epístola a los Romanos, 1, 3). Es evidente que esta *semilla* no viene de María, sino de José, afirmación que prueba que en aquella época se le daba a Jesús todavía un padre perfectamente carnal, lo que excluía la virginidad de su madre. Si dudáramos de ello, no tendríamos más que releer la *Vulgata* latina de san Jerónimo, versión oficial de la Iglesia católica, y leeríamos en ella que: “... *de Filio suo, qui factur est ei ex semine David secundum carnem ...*” (cf. *Epistula ad Romanos*: I, 3). Los originales griegos más antiguos utilizan el término *spermatos*, que significa el esperma masculino, lo mismo que el término *semine* utilizado por Jerónimo.

Ocumenius (cf. *Patrología griega*, CXVIII, col. 217) y Teofilacto, obispo de Acrida en Bulgaria antes de 1078 (cf. *Patrología griega*, CXXII, col 293), nos dicen: “Santiago, a quien el Señor habría designado con anterioridad obispo de Jerusalén, era el hijo de José el carpintero, *el padre según la carne*, de N. S. Jesucristo”.

Así pues, hasta finales del siglo XI, en las iglesias de Oriente no se ignoraba que Jesús había tenido un padre perfectamente carnal, y que el Espíritu Santo no había tenido nada que ver en esta generación.

Volvamos, pues, a la genealogía de María, dada por Juan Damasceno (*supra*, p. 138=). Vemos en ella que su padre se llamaba Joaquín, y su abuelo X ...-bar-Pantheros. Se trata, evidentemente, del mismo Panthero de la *Toledoth Ieshuah* que ya hemos visto. Él es, el abuelo de María, el pseudo-amante mercenario de Roma.

Y si María nació en el año 32 antes de nuestra era, si su padre la engendró a los veinte años, si él mismo fue engendrado por el suyo cuando éste contaba también veinte años (la edad límite del matrimonio de los jóvenes en el Israel antiguo), eso nos da la fecha descubierta por Daniel-Rops en

⁹⁸ Se observará que Tomás de Aquino, san Bernardo, san Buenaventura y santa Catalina de Siena se alinearon en la Edad Media en las filas de los adversarios de la Inmaculada Concepción. Por lo visto a Catalina de Siena se le apareció la Virgen María para confirmarle que no era en modo alguno inmaculada. Pues bien, la Iglesia acaba de proclamar a Catalina de Siena “doctor de la Iglesia” ... ¿Cómo conciliar estas contradicciones?

Jésus et son temps (p. 68), porque $32 + 20 + 20 = 72$, fecha muy cercana a la del 78 dada por dicho autor (evidentemente antes de nuestra era).

Y por lo tanto, habría muerto en el curso de las luchas civiles que desgarraron durante seis años a la nación judía bajo el reinado sangriento de Alejandro Janeo. Este rey, que pertenecía a la dinastía asmonea (los macabeos),⁹⁹ contempló sádicamente, desde la terraza de su palacio de Jerusalén, y rodeado de sus concubinas, la crucifixión de ochocientos de sus adversarios, mientras se procedía, ante sus ojos, a degollar a sus esposas e hijos (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIII, XXII). El abuelo de María debió de participar en esas luchas fratricidas, porque, al helenizar su nombre, según la costumbre judía de la época, se hizo de Panthero, Pantherôs, en griego *pantera*. Y este nombre no podía designar a un hombre particularmente pacífico.

De lo que antecede podemos admitir que la familia de María pertenecía también al clan de los *kanaim*, o celotes, lo que justifica que le eligieran un esposo dentro del mismo medio, a saber, Judas-bar-Ezequías, futuro Judas de Galilea.

En lo que concierne a la virginidad perpetua de María, “antes durante y después” de esa unión tan humana con el héroe judío que debía ilustrar su nombre con gran rapidez, creemos que hicimos justicia a esta inverosimilitud en nuestra primera obra.¹⁰⁰ Y ni siquiera el moderno tema de la *partenogénesis*, mediante el cual una hembra se fecunda y da a luz sin la colaboración de un macho, afirmación muy discutida en lo que se refiere a su posibilidad *en el seno de la humanidad* o de los animales superiores, este tema no podría sostenerse como explicación plausible para esa concepción milagrosa por parte de la María de los evangelios. Porque si el hecho puede producirse *en teoría* en el seno de la humanidad, la mujer no podría parir jamás otra cosa que una criatura de su propio sexo, es decir, *una hija*. Y jamás se ha puesto en duda el sexo masculino de Jesús, tanto más cuanto que la Iglesia católica posee en sus templos, religiosamente conservados por el clero y los fieles, *diecinueve prepucios* del niño divino, todos ellos a cual más auténtico, lo que constituye una prueba definitiva de dicha masculinidad.

No obstante, a los argumentos presentados en la primera obra,¹⁰¹ conviene añadir la confesión implícita de los teólogos. En los *Diaconales* de monseñor Bouvier, obispo de Le Mans, miembro de la congregación del Indice, insertos en la *Dissertatio in sextum decalogi praeceptum et Supplementum ad Tractatum de Matrimonio* (Le Mans, 1827, ejemplar de la Biblioteca real), descubrimos este estudio de un caso particular:

“Se pregunta: 1º) Si un hombre y una mujer, bien instruidos de su común impotencia o de la de uno de ellos, pueden contraer matrimonio con la intención de prestarse mutuo socorro y de permanecer siempre en la castidad.

“R. Sánchez (*I; 7, disp. 97, nº 13*) y muchos otros teólogos que cita, afirman que el matrimonio es lícito en este caso, y apoyan su opinión en las pruebas siguientes: los que han contraído matrimonio, aunque afectados por una misma enfermedad, pueden vivir juntos como hermano y hermana, evitando el peligro de caer en el pecado; por lo tanto, si piensan razonablemente que no hay que temer dicho peligro, pueden casarse con vistas a ayudarse mutuamente, a pesar del conocimiento que tienen de su impotencia. Así fue como la Bienaventurada Virgen y san José contrajeron verdadero matrimonio, con la intención formal de conservarse castos y de no hacer uso del coito.

⁹⁹ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, p. 73, esquema genealógico de dicha dinastía, de la cual procedía Saúl-Pablo por vía femenina.

¹⁰⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 54-69 y 104-114.

¹⁰¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 54-69 y 104-114.

“Pero la opinión más general de otros teólogos es que semejante matrimonio no es lícito, ya que, según dicen, un matrimonio así sería nulo si no hubiera esperanza de consumarlo. Sería una verdadera impostura, una profanación de las ceremonias religiosas, y por consiguiente un sacrilegio, el hecho de contraer voluntariamente un matrimonio nulo; *jamás deben autorizarse semejantes uniones. En cuanto al ejemplo aportado más arriba, niegan que sea aplicable en ese caso, ya que el matrimonio de la bienaventurada María y de san José era válido*”. (*Op. cit., Supplementum*, 1º Quest.).

Era válido ... De lo que antecede, unas cuantas conclusiones se imponen por sí mismas:

- a) el esposo verdadero de María no era impotente, y ella no era estéril, ya que su matrimonio habría sido nulo, lo que la mayoría de los doctores católicos niegan, como hemos acabado de ver;
- b) no se trataría, pues, del tal José, ya que en el momento de su unión con María contaría unos ochenta y un años,¹⁰² si se da crédito a los diversos *Evangelios de la Infancia*. Por lo visto moriría hacia los ciento once años, y unos treinta años antes es dudoso que se hubiera hallado todavía en estado de procrear. Además, el matrimonio de un hombre en estado de impotencia sexual estaba prohibido por la Ley judía, y el desgraciado esposo no tenía entonces más que dos semanas para devolverle la libertad a su esposa;¹⁰³
- c) si los teólogos cristianos afirman en su gran mayoría (*op. cit., dixit*) que el matrimonio de María era válido, y el esposo no podía ser José, *esa unión se consumó, pues, con Judas de Galilea, alias Judas de Gamala*, de donde el nacimiento de Jesús y de sus hermanos y hermanas menores.

Quedan todavía un conjunto de documentos aún más probadores a este respecto, y no los silenciaremos, teniendo en cuenta la autoridad de sus autores.

Sabemos por Eusebio de Cesarea que Orígenes, el gran didáscalo alejandrino, a quien el papa León XIII calificaba de “el más grande de los Padres de la Iglesia de Oriente”, había adquirido en propiedad las Escrituras conservadas por los judíos y redactadas en caracteres hebreos. Para leerlas, aprendió dicha lengua. Luego “se hizo a la busca de las diversas ediciones de aquellos que, aparte de la versión llamada de los Setenta, habían traducido las sagradas Escrituras; y, además de las traducciones corrientes y en uso, las de Aquila, de Simmaco y de Theodotion”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, VI, XVI, I, 2).

De esas cuatro versiones del Antiguo Testamento conformó sus célebres *Tetraples*, texto sinóptico donde los versículos de cada versión están dispuestos frente a frente en cuatro columnas, con el fin de establecer comparaciones.

La versión llamada de los *Setenta* (setenta traductores “inspirados” dan una versión idéntica del texto, pero la historia de dicha “inspiración” está fundada en la carta de *Aristeo*, apócrifo del siglo II) fue realizada a petición de Ptolomeo, hijo de Lagus, en el siglo III antes de nuestra era, para la célebre Biblioteca de Alejandría. En ese texto, el célebre pasaje de Isaías (7, 14) aparece traducido así:

“Por eso el Señor os dará él mismo un prodigo: una *virgen* concebirá, y dará a luz a un hijo que será llamado Emmanuel”.

¹⁰² Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 37-44 y 54-59.

¹⁰³ Id., pp. 38 y 39 sobre las referencias en el Talmud en lo que respecta a esa restricción de matrimonio que sufría un hombre impotente. Es preciso observar que el hecho de haber confiado una joven de quince años, todo lo más, a un anciano impotente de ochenta y un años, hubiera causado escándalo en Israel. (cf. *Talmud*, San. 76a; *Yeb.* 101b; *Deuteron.* 29, 19s y 76b).

Pues bien, ésta es la única versión de los *Setenta* que utiliza la palabra griega *parthenos* (virgen). Las otras versiones utilizan el término *neanis*, es decir, *jovencita*. ¿Quienes fueron sus autores? Simmaco, Theodotion y Aquila.

Simmaco era ebionita (alias nazareno). Había legado sus obras a una tal Julianas, que se las dio directamente a Orígenes (cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, VI, XVII). Por lo tanto era casi contemporáneo de Orígenes, y vivía, pues, en el siglo II, tengámolo en cuenta.

A Theodotion de Éfeso no le conocemos apenas, pero debía de ser un personaje importante del cristianismo, ya que el gran Orígenes conserva su traducción de Isaías.

Éste, original de Sinope, la ciudad donde nació Marción, vivió también en el siglo II de nuestra era. Primero fue discípulo de Taciano, se hizo marcionita y luego ebionita en Éfeso. La Iglesia ortodoxa no rechazó su traducción de la Biblia, y su versión de Daniel todavía en nuestros días sigue siendo utilizada por las Iglesias de Oriente.

Queda Aquila del Ponto. Arquitecto originario también de Sinope, pariente del emperador Adriano, recibió de éste el encargo de reconstruir Jerusalén hacia los años 130-135. Primero se sintió seducido por la religión judía, pero a continuación se convirtió al cristianismo, cuya comunidad estaba autorizadas a residir en esa ciudad, prohibida a los judíos. Luego volvió al judaísmo, y hacia el año 138 de nuestra era redactó una versión de la Biblia que lleva su nombre y que durante mucho tiempo se prefirió a la de los *Setenta*.

Así pues, en el siglo II, fijémonos bien, estamos en presencia de cuatro textos griegos del mismo pasaje de Isaías, y los cuatro se basaban en un texto hebreo inicial. La lógica nos impone, por lo tanto, recurrir simplemente a este último. Tomemos por consiguiente la Biblia del rabinato francés, en Isaías, 7, 14, y veamos qué término hebreo utilizó el profeta.

El texto francés de la versión masorética está redactado así: “¡Ah, cierto! El Señor os da un signo de sí mismo. He ahí que la *mujer joven* está encinta, y dará a luz a un hijo, al que llamará Immanuél”. (Isaías, 7, 14).

El hebreo no permite distinguir quién tiene razón, de entre la versión del rabinato francés (*mujer joven*) o de la de Theodotion de Éfeso, de Aquila del Ponto, y de Simmaco (*jovencita*). Pero hay otros argumentos, éstos *irrefutables*, que no permiten admitir ni por un instante la traducción de los *Setenta*: virgen. Porque *mujer joven* o *jovencita*, en el espíritu del profeta Isaías, es necesaria e inevitablemente lo mismo, ya que según la Ley judía la *jovencita* no podía concebir fuera del matrimonio, *bajo pena de muerte*, y por lo tanto convertirse en *mujer joven*.

Si se trataba de una virgen a quien ningún hombre había fecundado, es que fue el Eterno, a través de su *ruah elohim* (espíritu santo), el progenitor del niño por nacer. Tesis dogmáticamente afirmada por la Iglesia católica, las Iglesias de Oriente y el protestantismo.

Ahora bien, para un profeta del siglo VIII antes de nuestra era (Isaías vivió bajo el reinado de Ezequías), imaginar que Yavé se rebajara y se degradara, a través de su *ruah*, violando las leyes naturales que él había establecido, y actuara sobre el sistema ovárico de una *adamita*, contrariamente a sus prescripciones del Sinaí, era algo pura y simplemente *impensable* ...¹⁰⁴

¹⁰⁴ En lo que se refiere a una virginidad conservada por María *después del parto*, basta con releer a Lucas (2, 22-24) para convencerse de que estuvo obligada a someterse a los ritos de purificación propios de las parturientas (Levítico, 12, 1-8).

En efecto, en el *Deuteronomio* leemos lo siguiente: “Si no se han encontrado los signos de la *virginidad* de la *joven* (en el matrimonio), llevarán a la joven a la puerta de la casa de su padre, y las gentes de la ciudad la lapidarán hasta que muera” (*Deuteronomio*, 22, 20-21).

Dicho de otro modo, *Yavé* dictó una ley en el Sinaí, según la cual la *virgen* que fuera depositaria de su oculta actividad fecundadora debería ser lapidada hasta la muerte, en cuanto se hubiera constatado que llevaba al futuro *Emmanuel* ... ¡A eso se le llama tentar al diablo!

Por otra parte, *Yavé* se administra a sí mismo una severa sanción, porque en el *Génesis* se lee esto: “Cuando los hombres empezaron a multiplicarse sobre la superficie de la tierra y nacieron hijas, entonces los hijos de Dios (los ángeles) vieron que las hijas de los hombres eran agradables y tomaron por esposas cuantas prefirieron ...” (*Génesis*, 6,. 1-2).

De ese *incubado* colectivo, el célebre *libro de Enoch* nos proporciona todos los detalles: esta obra, muy antigua, aparece ya citada por dos fragmentos recogidos en el siglo I antes de nuestra era por Alejandro Polyhistor, y conservados por Eusebio de Cesarea (cf. *Principios evangélicos*, IX, XVII, 8). Además, el *Libro de los jubileos*, compuesto poco después del año 135 antes de nuestra era, lo cita bajo el título de *Libro de la caída de los ángeles*.

“Y el Señor dijo a Gabriel: ‘Ve a esos *bastardos* y a esos *reprobos*, y a los hijos de las cortesanas, y hazlos desaparecer, a esos hijos de los *Veladores del Cielo*’ ...” (*Op. cit.*, 10, 9).

“Y el Señor dijo a Mikael: ‘Ve, encadena a Semyaza y a sus compañeros, que se han unido a las mujeres a fin de mancillarse con ellas en toda su impureza. Y cuando todos sus hijos estén degollados, y cuando ellos mismos hayan visto el fin de sus bienamados, encadénalos para setenta generaciones bajo las colinas de la tierra, hasta el día que se consume el Juicio eterno’ ...” (*Op. cit.*, 10, II).

“Luego Mikael, Gabriel, Rafael y Phaniel se apoderarán de ellos en ese gran día, y los precipitarán a la hoguera ardiente, a fin de que el Señor de todos los Espíritus los castigue por su iniquidad ...” (*Op. cit.*, 54, 6).

Ese texto es, por lo tanto, la condena formal de toda fecundación de una mujer por una criatura espiritual. Partiendo de ese principio, la Iglesia católica afirmó la posibilidad de los demonios de fecundar a una mujer (*incubat*), o de acoplarse de noche con un hombre (*succubat*).¹⁰⁵

No inventamos nada. Tomás de Aquino estudió esos hechos con detalle en su *Suma teológica*, esos principios son *de fe*, porque también ahí “Roma habló”, y eso, para un católico de estricta observancia, no ofrece discusión posible.

Veamos el texto oficial de Tomás de Aquino:

“Hay que decir, con san Agustín, que muchos afirman saber por su propia experiencia, o por lo que cuentan otros, que los *Faunos* y los *Silvanos*, llamados *íncubos* por el vulgo, a menudo han sido malos para con las mujeres, y han obtenido de ellas goces sexuales. Por lo tanto, sería imprudente negarlo. Ahora bien, si del coito demoníaco hay alguno que nazca, no es por el esperma de los demonios ni por el cuerpo que éstos revisten, sino por el esperma del hombre, que sirvió de *súcubo* al demonio que desempeñó luego el papel de *íncubo* con una mujer ...”¹⁰⁶

¹⁰⁵ ¡El *íncubo* es un demonio macho copulando con una mujer, a veces con un falo *doble*! La *súcuba* es un demonio hembra, que desempeña todas las funciones de una mujer ... ¡Hay, asimismo, demonios *hermafroditas*, para las personas ‘ambivalentes’!.

¹⁰⁶ Cf. san Agustín, *De la Ciudad de Dios*, XV, 23; santo TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, P. I., 9, 51, art. 3, ad. 6.

Se saca de aquí y se pone de allá ... El célebre teólogo no nos dio el motivo de esas copulaciones diabólicas ni el interés que el diablo podía tener en ellas. Añadamos que todos los Padres de la Iglesia, en su cándida ingenuidad, creían en la existencia de glifos, de dragones, etc. San Jerónimo nos afirma que “Toda Alejandría pudo ver a un *sátiro vivo* ...”. ¡El mismo lo contempló! Y una manada de *centauros*, al encontrar a Jesús en el desierto, le rindieron homenaje (cf. *Vieu de Paul l'ermite*, VII, VIII). San Agustín nos dice: “Yo era ya obispo de Hipona, cuando fui a Etiopía con algunos servidores de Cristo para predicar allí el evangelio. Vimos a muchos hombres y mujeres sin cabeza, con dos grandes ojos en el pecho ...” (cf. san Agustín, *Sermones*, XX-XIII). No nos burlemos de ellos; la televisión francesa, en el curso de un debate, nos presentó a un catedrático del *Instituto des Hautes Etudes*, que afirmó su creencia en el valor de los pactos sellados con Satanás, aunque éstos no aparecieron “sino en la época en que tenía lugar los contratos en su buena y debida forma ...”. El diablo se mantiene al corriente de la actualidad, ¡él no es un espíritu retrógrado!

Lo mismo que el *Libro de Enoch*, el *Zohar Hadash* (sección *Yitro*) nos precisa que Samael, el ángel tentador, y su doble femenina Lilith, habían corrompido a la primera pareja humana, Samael con Eva, y Lilith con Adán. El *Sepher Ammudé-Schiba* nos cuenta la misma leyenda, pero a Lilith la llama Heva, y Samael se convierte en Leviathan. Otro texto, el *Sepehr Emmeck-Ameleh* nos transmite el mismo tema. Como se ve, la sexualidad “de grupo” no es nada nuevo.

Entonces, teniendo en cuenta esa tradición religiosa que considera con horror toda copulación psico-neumática entre una criatura humana y una criatura espiritual, ¿cómo suponer ni por un instante que el profeta Isaías hubiera podido imaginar la fecundación de una mujer, aunque fuera virgen, por el Eterno, el Dios inaccesible de Israel? Y más cuanto que el “mesías” de los cristianos no se llamó Emmanuel, sino sólo Jesús, y que no vivió jamás en un tiempo en que Israel tuviera que temer una doble ocupación, “procedente de Egipto y de Asiria” (*op. cit.*, 7, 18-20), sino una única ocupación, la de Roma, es decir, *del otro lado de los mares*. La profecía no coincide con los hechos históricos y su época, y el mesías anunciado no se llama Jesús.

Volvamos a María, madre de Jesús. La primera esposa del pseudo-José se habría llamado Salomé, habría sido la hija de Aggeo, hermano de Zacarías, y por lo tanto prima hermana de Juan el Bautista, según nos dice Nicéforo, citando a Hipólito de Porto. O también se habría llamado Escha, traducido a veces por Estha o por Esther, según otras tradiciones. Tampoco aquí los fabricantes de leyendas pudieron ponerse de acuerdo, teniendo en cuenta las dificultades de la época en materia de relaciones epistolares.

Por otra parte, un cierto número de observaciones complementarias aportan pruebas más contundentes en este terreno. Y es indudable que lo que nuestros teólogos modernos construyen sobre la “divinización” de la madre de Jesús habría dejado absolutamente estupefactos a los discípulos de su hijo.

En primer lugar, Jesús desprecia a su madre. Júzguese:

1. “Mujer, ¿qué hay en común entre yo y tú? ...” (Juan, 2, 4). Se observará que se sitúa, de forma bastante descortés, antes que ella en la frase.
2. “Alguien le dijo entonces: ‘Tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte’. Él, respondiendo, dijo al que le hablaba: ‘¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? ...’ Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: ‘He aquí mi madre y mis hermanos. Porque quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre’ ...” (Mateo, 12, 47-50).

Ese pasaje, muy preciso, nos demuestra perfectamente que en el caso de sus hermanos, no se trata de discípulos, porque éstos habrían creído en él.¹⁰⁷

Ahora bien, según el dogma clásico, Jesús es una de las tres “personas” de la Trinidad, en calidad de Hijo. Por lo tanto participó “antes del tiempo” (Concilios de Éfeso, de Calcedonia, de Constantinopla II) en la dotación privilegiada que fue lo propio del alma *preeexistente* de María, a saber, su concepción inmaculada, libre de pecado original. (Cf. Tomás de Aquino, *Suma teológica*, XXVII; Pío IX, *Definición del dogma de la Inmaculada Concepción*).

Y sin embargo, de todo eso, Jesús, dios encarnado, no se acuerda. Y de ahí su desprecio por las mujeres en general, y por su madre en particular:

“Simón-Pedro dijo: ‘Que María salga de entre nosotros, porque las mujeres no son dignas de la vida eterna ...’. Y Jesús dijo: ‘Yo la atraeré a fin de volverla varón, para que se convierta en un espíritu vivificante semejante a vosotros, los varones ... Porque toda mujer masculinizada entrará en el Reino de los Cielos’ ...” (Cf. *Evangelio según Tomás*, manuscrito copto del siglo IV, p. 118).

“Y Tomás preguntó: ‘Cuando oramos, ¿de qué manera debemos orar?’ . Y Jesús respondió: ¿Orad en el lugar donde no haya ninguna mujer’ ...” (Cf. *Diálogo del Salvador*, manuscrito copto, p. 142).

“La mujer no es digna de la vida eterna ...” (Cf. Jesús: *Loggion*, 101).

Debemos convenir que todo esto contradice mucho nuestros dogmas modernos.

Y más cuando en el instante de su muerte, según el nuevo dogma de la Asunción, promulgado por el papa Pío XII, ella entraría “en carne y hueso”, a instancias de su Hijo, en el Paraíso, llevada por unos ángeles que habían venido a buscarla. Y tampoco de esto se acuerda Jesús, el Hijo, quien de acuerdo con el Padre y con el Espíritu Santo le concedió de antemano ese privilegio inaudito. Y sin embargo, esa decisión, anterior al nacimiento de María, la tomaron en común las tres “personas” de la Trinidad.

Por último, María no concedió ningún valor a las revelaciones del arcángel Gabriel. Veamos de nuevo lo que dicen los Evangelios:

1. “Porque María había olvidado los misterios que le había revelado el arcángel Gabriel ...” (Cf. *Protoevangelio de Santiago*, XII, 2).
2. “Porque sus hermanos *tampoco* creían en él ...” (Cf. Juan, 7, 5).

Así pues, María no les había revelado quién era en realidad su hermano mayor, y eso que había formulado en alta voz su aceptación de ser fecundada por el Espíritu Santo, y su parto fue tan milagroso como esa misma fecundación, porque luego permaneció igual de virgen que antes. ¡Y todo eso no la sorprendía lo más mínimo!

Sin embargo, si ella no les había confiado todo cuanto de maravilloso había acompañado a la llegada de su hijo mayor, mediante esa revelación ella les evitaba dudar de él, y Judas, su nieto,¹⁰⁸ no podría ya entregar a Jesús y perjudicarse al hacerlo, ya que esa traición no era necesaria para la Redención, dado que la amenaza de crucifixión, procedente de los romanos, pesaba siempre sobre la cabeza de Jesús.

¹⁰⁷ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 54-59.

¹⁰⁸ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 274 y 286-288.

Volviendo a la mistificación de la Asunción, “en carne y hueso”, pues lo es, y grande, aunque se haya elevado al nivel dogmático, ante el estupor de todo el mundo protestante, plantearemos ahora a los católicos de estricta observancia algunas preguntas embarazosas:

¿Qué pensar, por ejemplo, de esto?:

“Pero no se tiene ninguna prueba de la partida de Juan; puede incluso conjeturarse que el viaje de Juan a Éfeso no fue anterior al año 58.

En esa fecha Pablo se detuvo, pasó un tiempo allí y evangelizó la Iglesia de Éfeso, a pesar de que tenía como regla no recolectar en el campo de otro. eso significa que, en aquella época, el apóstol Juan no había adquirido todavía los derechos sobre la Iglesia de Éfeso. Pues bien, en el año 58 María habría contado setenta y seis años, y a esa edad parece bastante inverosímil un cambio de residencia que acarreara un viaje tan fatigoso y tan largo como el de Jerusalén a Éfeso. Por lo tanto, *María no habría abandonado Jerusalén, y habría muerto allí*. (Cf. Dom H. Leclercq, *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, VIII, col. 1.382).

Dejemos a Dom Leclercq con sus ilusiones cronológicas y atengámonos sólo a sus conclusiones, lógicas a más no poder.

Aquí citaremos a Patrice Bousset, conservador de la Biblioteca histórica de la Ciudad de París:

“En el siglo IV se ignora todo lo referente a las circunstancias de dicha muerte, pero en el siglo siguiente hay dos teorías opuestas, la de la sepultura en *Jerusalén* y la de sepultura en *Éfeso*. Y en el siglo VI se afirma la existencia de una tumba y de una iglesia consagrada a la Virgen en *Getsemaní*, tumba que estaría emplazada en el mismo lugar de la casa en que vivió y murió María. La basílica, reconstruida a principios del siglo VII, sería destruida en el siglo XI. Según la tesis de la muerte en Éfeso, María habría pasado los últimos años de su vida en una casa que Juan había hecho construir para ella en los alrededores de la ciudad, habría muerto en dicha casa y *habría sido enterrada por los apóstoles*. Naturalmente, unas excavaciones permitieron encontrar “la casa de la santísima Virgen” en Éfeso, del mismo modo que en Jerusalén se mostraba a los peregrinos el terreno sobre el cual María emitió su último suspiro”. (Cf. Patrice Boussel, *Des reliques et de leur bon usage*, 8.) ¿Y por qué no? Había que atraer a los peregrinos.

El lector convendrá en que esas contradicciones y esos testimonios opuestos hacen caer toda la leyenda mariana. Porque todavía en el siglo VI, Grégoire de Tours señala la presencia de reliquias del cuerpo de la Virgen en una iglesia de Auvernia, y en el siglo IX se habla de otras nuevas en Luçon.

Más adelante, como es evidente, y a medida que iba perfilándose la leyenda de la ascensión de María, madre de Jesús, a los cielos, llevada por los ángeles, se hizo desaparecer esas comprometedoras reliquias. Pero olvidaron censurar los numerosos manuscritos existentes.

Y, lo que es más, en 1952 se descubrieron en el monte de los Olivos, cerca del “*Dominus Flevit*”, emplazamientos de tumbas contemporáneas a la época de Jesús. En ellas se hallaron un cierto número de sepulcros pequeños, de reducción, en los que se depositaba los huesos descarnados y secos, tras una permanencia más o menos larga en las tumbas clásicas de dos cámaras funerarias. Sobre esos pequeños sepulcros de reducción estaba inscrito el nombre del difunto, bien en griego, bien en arameo. Entre ellos se descubrieron, agrupados, los de Jairo, Marta, María, Simón-bar-Jona (alias Simón-Pedro), Jesús, Salomé y Filón de Cirene (cf. R.P. Luc H. Grollengerg, *Atlas biblique pour tous*, p. 177). Es evidente que son falsos, que fueron rubricados en una época –hacia los siglos IV-V- en que de lo que se trataba era de deslumbrar a los peregrinos. Y eso demuestra que en aquella misma época la leyenda cristiana no poseía todavía todo su carácter maravilloso. Y concretamente la

ascensión de Jesús no había sido todavía establecida.¹⁰⁹ Y partiendo de esa base, ¿cómo imaginar la de María, su madre? ... Y si eran auténticos es aún más grave, ya que nos demuestra que Jesús fue inhumado *en carne* y que no hubo jamás resurrección alguna, ya que el cadáver se descompuso y luego los huesos fueron juntados en un sarcófago de reducción. Y entonces la misma conclusión se impone para el caso de su madre, María. Si dudáramos de ello, no tendríamos más que recordar las querellas provocadas por las tres tumbas diferentes situadas en Jerusalén, Getsemaní y Éfeso, y por las reliquias corporales conservadas en Auvernia y en Luçon.

En otro campo, el del arte, tenemos la misma constatación.

Ninguna tradición cristiana, ningún documento canónico nos muestra a María recibiendo en sus brazos el cuerpo de Jesús, al descenso de la cruz. Ningún documento de este tipo nos pinta a María bañada en lágrimas ante su hijo crucificado. Y eso es significativo.¹¹⁰

Para llogar a sus hijos muertos, las madres antiguas tuvieron a veces acentos de una trágica belleza. Y el primer *vocero* corso, aquel himno imprecatorio con el que se abría toda *vendetta*, puño en alto, en el umbral del famoso “palacio verde”, fue indudablemente clamado por una de ellas, bajo el fúnebre *mezzaro* negro.

Siempre ignoraremos cuál habría podido componer María la noche de la muerte de Jesús. Según nos cuenta Flavio Josefo, los zelotes tenían como principio no lamentarse jamás, ni en su propio suplicio ni al contemplar el de los demás. Y tanto por su pasado familiar, que acabamos de ver, como por el ejemplo del esposo muerto en combate, *Myrham-bath-Ioachim* debió de tener como máxima el verso de su antepasado el *salmista*: “Que el eterno sea siempre la *roca* de mi corazón ...” (Cf. Salmos, 73, 26).

Y semejante actitud engrandece a aquella mujer que fue la muy digna esposa de Judas el Gaulanita, mucho más que las afectaciones lacrimosas de las pseudotradiciones marianas.

María, “madre de los siete truenos”, no podía derramar lágrimas.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Mientras corregíamos las pruebas de la presente obra, nuestro amigo Francis Mazières nos indicó que se acababa de abrir la tumba de la Virgen María en Éfeso. Esa tumba resultó estar completamente vacía, lo que demuestra la veracidad de la asunción de María *en carne y hueso*. ¡Absolutamente luminosa idea! Ahora no queda ya más que abrir las de Jerusalén, de Getsemaní, recuperar los fragmentos corporales que se disputaron las ciudades de la Edad Media, y nadie podrá negar ya el prodigo. Lo mismo que nosotros, el lector se persuadirá de que la tumba de Éfeso fue ya abierta en el siglo IX por el emperador León VI, y que los restos que ésta contenía fueron transferidos a Constantinopla. Bajo el nombre de María de Magdala ... *Inhumada ya en Saint-Maximin, cerca de la Sainte-Baume* ... ¡Un milagro más!

¹⁰⁹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 241-258.

¹¹⁰ Los evangelios canónicos nos dicen que fue José de Arimatea quien desclavó el cuerpo y lo sepultó (Mateo, 27, 39; Marcos, 15, 46; Lucas, 23, 53; Juan, 19, 38).

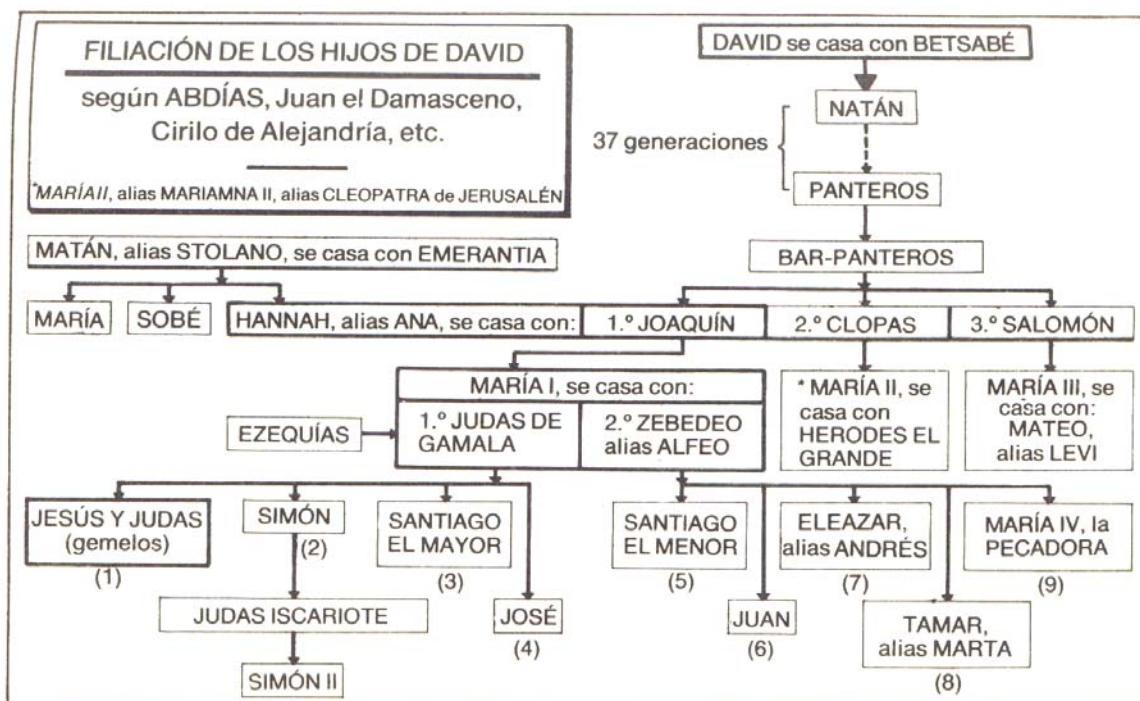
Las grandes familias

Aquel que posee mujer e hijos ha proporcionado
rehenes a la Fortuna, ya que son obstáculos para las
grandes empresas, tanto virtuosas como malignas ...

FRANCIS BACON
Du mariage au célibat

En su primera obra, *L'Enigme de Jésus-Christ*, Daniel Massé, haciéndose eco de las tesis anteriores de Arthur Heulhard (de verdadero nombre Arthur Nivernoys), nos dice que María, madre de Jesús, fue durante un tiempo la hija política de Herodes el Grande: “su madre, viuda, había vuelto a casarse, con Herodes el Grande”, (op. cit., p. 98).

Daniel Massé se equivoca una vez más. Pero hay que reconocer a este autor que, a través de una masa enorme de afirmaciones diversas, a veces incontroladas o erróneas, en ocasiones tuvo destellos de una intuición absolutamente fulgurantes. Como en las obras que sucedieron no nos aportó la prueba de esta alianza matrimonial, nos hemos visto en la obligación de buscarla. No fue una tarea nada fácil, ya que los monjes copistas manipularon suficientemente el texto inicial de Flavio Josefo para que los manuscritos *medievales* que han llegado hasta nosotros (¡los únicos, lástima!) constituyan un laberinto de contradicciones y de incoherencias totalmente desconcertante. Necesitamos de una mayor paciencia, de innumerables horas (la mayoría de ellas nocturnas), de reflexión y de verificaciones, para llegar a establecer esa prueba anonadante de la alianza matrimonial entre las familias davídica y herodiana, que, no obstante, no afecta directamente a María, madre de Jesús.



Pero la conclusión es realmente gratificadora, porque hace que este último, durante un tiempo, fuera sobrino de Herodes el Grande, primo por alianza de su hijo y sucesor Herodes Arquelao, de sus otros hijos Herodes Antipas y Herodes Filipo I, tío por alianza de las princesas Berenice y Drusilla, sin olvidar a su amable primo Saul-bar-Antipater, futuro “san Pablo”. En cuanto a su madre María, esposa y viuda de Judas de Gamala, se convierte no en la esposa, sino en la hermana política del propio Herodes el Grande ...¹¹¹

Como bien se ve a través de esta breve exposición genealógica, el problema merecía que se le consagraran numerosas horas de investigación.

De todos modos, y sin anticipar conclusiones, podemos ya asegurar al lector que, por parte de la familia davídica, no se trataba de otra cosa que de un plan bien madurado y preconcebido, que tenía como objetivo la reconquista del trono de Israel, entonces compuesto por los reinos de Judea y de Samaria. Y de ello permanece una confesión de Jesús, confesión que demuestra que jamás pensó en otra cosa:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no quisiste! ...” (Cf. Mateo, 23, 47).

Y de ahí las relaciones con el territorio impuro de Samaria, a pesar de las prohibiciones judías. Porque si, frente al poderío romano, conseguía reunificar la Judea y la Samaria, Israel podía esperar su liberación, mientras que si un hijo de Herodes continuaba ocupando el trono y reinando sobre ese conjunto, Roma seguía siendo la potencia ocupante.

Y ahora pasemos a la demostración histórica de esta asombrosa alianza.

El abad Migne, en su *Dictionnaire des apocryphes* (tomo II, París, 1858), nos dice que la Iglesia de Oriente tomó como válido un texto titulado *Del nacimiento de la Virgen* y atribuido a san Cirilo de Alejandría. Según esa tradición manuscrita, Ana (en hebreo Hannah), la madre de María, era a su vez hija de un tal Stolano y de su esposa Emerantia, nombres griegos que, según costumbre de la época, acompañaban a los patronímicos hebreos, ya que el nombre de circuncisión de ese Stolano sería *Mathan*, como veremos seguidamente.

Según ese manuscrito, Ana se casó a los dieciocho años con Joaquín, quien contaba veinte, y de quien el *Protoevangelio de Santiago* dice que pertenecía a la estirpe de David como Ana, que era un hombre muy rico y que pertenecía a la estirpe sacerdotal, ya que en ciertas épocas fue sacrificador en el Templo (cf. abad Emile Amann, *Le Protévangile de Jacques*, París, 1910, Letouzey & Ané, *Imprimatur* del 1-2-1910).

Observemos que *Eli*, su forma completa de *Eliakim*, y también *Iehojakim* son un mismo nombre. (Cf. *Talmud de Babilonia; Sanedrín*, fº 67, y *Talmud de Jerusalén*, fº 77).

Recordemos todo esto: filiación davídica, sacerdotal, y una gran riqueza familiar. Esas tres cualidades son muy importantes, ya que permiten situar a la familia de María y de Jesús en un nivel social bastante elevado.

En primer lugar, y durante veinte años, Ana no pudo concebir ningún hijo. Y sólo a los treinta y ocho años pudo dar a luz por fin a una hija, que recibió el nombre de María (en hebreo *Miryâm*), hija que más adelante se convertiría en esposa de Judas de Gamala y madre de Jesús. Ese mismo año Ana

¹¹¹ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 110-123, y esquemas genealógicos de las páginas 72, 73 y 112-113.

enviudó, y entonces se casó en segundas nupcias, “según mandaba el Señor” (*op. cit.*), con su cuñado, un tal Clopas, porque no había podido darle un hijo a Joaquín, su primer esposo. Y esta era, efectivamente, la costumbre que se imponía imprescriptiblemente en Israel. (Deuteronomio, 25, 5).

El mismo año de ese nuevo matrimonio legal, Ana dio a luz una segunda hija, a la que se dio asimismo el nombre de María (II) en recuerdo de los prodigios que habían precedido (según la leyenda) al nacimiento de la primera, y que nos relata el *Protoevangelio de Santiago*.

Ese segundo esposo, necesariamente hermano del primero, murió antes del nacimiento de María II, y Ana lo lloraba todavía cuando un ángel se le apareció y la conminó a que se preparara a contraer nuevas nupcias. De hecho, ella seguía en la obligación *legal* de casarse con el tercer hermano, al no haber podido dar a luz a ningún varón que pudiera perpetuar el nombre del padre difunto, y no es absolutamente necesario imaginar una aparición angelical para obtener la aplicación de la ley judía, cosa corriente en aquella época.

Y tenemos, pues, a Ana casada con su segundo cuñado, que se llamaba Salomón (y no Salomé, como pone por error el texto griego). Un año más tarde nacía una tercera hija, a la que se volvió a poner el nombre de María (III). Y poco después, según nos dice el *Libro del nacimiento de la Virgen*, Ana era viuda por tercera vez.

Esto es mucho menos seguro, y lo constataremos enseguida, en el examen de otros documentos que nos aportarán el por qué de las muertes de los dos primeros esposos, tan cercanas que no podían sino estar integradas en una catástrofe general.

Completando la tradición de ese texto del *Nacimiento de la Virgen*, el *Dictionnaire de la Bible* del abad Vigouroux (tomo I, París, 1925, Letouzey & Ané, *Imprimatur* del 28-10-1891, 1^a edición), nos dice que Ana era hija de Mathan, *cohen*, es decir, sacerdote sacrificador, nacido en Belén de Judea, y que ella era la última de las tres hijas del citado Matha, llamadas María, Sobé y Ana. Como se ve, el árbol genealógico empieza a perfilarse.

Probablemente para enmascarar este camino, que resultará ser de lo más revelador, la Iglesia católica declararía de una vez por todas “hacer profesión de fe de no saber ninguna de las circunstancias que acompañaron la natividad de María, y no decirnos nada de ella ya que la Escritura y la tradición apostólica no le habían aportado nada ...” (cf. *Le Protévangile de Jacques*, *op. cit.*, p. 49, citando al célebre hagiógrafo Adrien Baillet). Sin embargo:

“No vacilo en considerar esos nombres (los de los familiares de María) como auténticos –nos dice el no menos célebre exégeta Tischendorf. En efecto, a mediados del siglo II (hacia 150) se les podía conocer mejor. ¿Qué necesidad había, pues, de forjar otros nuevos? ...” (Cf. Tischendorf, *De evangeliorum apocryphorum origine et usu*, 1851).

El historiador independiente tiene interés en ser más curioso.

Para eso es necesario estudiar un poco ese nombre de María, sobre todo desde el punto de vista onomástico, ya que se convertirá en una de las claves del enigma por resolver.

María no es nombre hebreo corriente. No se le encuentra citado más que una sola vez en el Antiguo Testamento, en el caso de la hermana de Moisés (cf. Éxodo, 15, 20; Números, 12, 1; 20, 1; 26, 59; Deuteronomio, 24, 9; Miqueas, 6, 4). Y eso es bastante raro: una sola mujer se llamó así en toda la historia de Israel, al menos de entre los personajes históricos conocidos.

Hiller, en su *Onomasticum sacrum* (Tubinga, 1706, p. 173), demostró que en la forma hebrea *Miryām*, la terminación *am* no tiene ninguna significación precisa, que es una simple forma final. Ese

nombre derivaría simplemente del árabe *marja* (la *j* tomada aquí por una *i*, es decir, acentuando el carácter gutural de la *r*). Tendría el significado de “gruesa, fuerte”, términos sinónimos de belleza femenina en esas regiones del Medio Oriente. La forma asiria es *marû*. Hiller nos precisa además que la puntuación masorética –los puntos vocales en hebreo- da *miryâm*, pero versiones diversas hacen suponer que da *maryâm*. ¡Ya lo tenemos! Cuando más adelante nos encontremos en presencia de un nombre de origen hebreo que se pronuncie *Mariamna*, recordaremos que Flavio Josefo simplemente compiló a los historiadores y panegiristas de Herodes el Grande, Nicolás de Damasco y su hermano Ptolomeo de Ascalon, y que éstos eran sirios, es decir, árabes. Ellos utilizaron la forma árabe de *marja* (*Maria* en griego), añadiéndole la desinencia helénica *am*, ya que redactaban sus *Historias* en lengua antigua.

Volvamos ahora al segundo esposo de Ana llamado Clopas, alias Cleophas (cf. Juan, 19, 25, y Lucas, 24, 18). En los manuscritos iniciales de los evangelios canónicos, redactados como se sabe en griego, ese nombre aparece transcrito como *Klopa*, contracción del griego *Kleopatros*, que significa “(nacido) de un padre ilustre”. Por lo tanto, tiene la misma significación que *Antipas* o *Antipater*, en griego Antipâtrōs: “(nacido) de un padre ilustre”.

El nombre hebreo *Abraham*, que significa “padre elevado de una multitud”, y que procede de *Abram*, que significa “padre elevado”, es el que mejor le corresponde. En lengua árabe da *Ibrahim*.

Por el contrario, la forma ortográfica de *Klopa* muestra una derivación de una raíz aramea.

Pasemos ahora a su femenino *Cleopatra* (en griego *Kleopâtra*), que pronto encontraremos como doble helénico de *Mariamna* en hebreo. Numerosas princesas egipcias llevaron ese nombre entre las procedentes de las dinastías *seléucida* y *ptolemaica*. La más célebre fue, indudablemente, *Cleopatra VII*, nacida en Alejandría el año 66 antes de nuestra era, y muerta en la misma ciudad en el año 30 antes de la misma, a los treinta y seis años de edad. Fue hija de *Ptolomeo XI el Auletes*, y se casó, según la costumbre de Egipto, con su propio hermano *Ptolomeo XII*. Fue amante sucesivamente de Julio César y de Antonio, corrompió literalmente a este último y se hico con él iniciándolo en las orgías, clásicas y homosexuales, comunes y compartidas, en las que ella era experta. Una reina de Siria llevó también ese nombre. Significaba, lo mismo que *Klopa*, “(nacida) de un padre ilustre”.

Concluyamos ya que, cuando vemos aparecer ese nombre aplicado a una princesa judía, esposa de Herodes el Grande, es que habrá una posible asociación de ideas con la de Egipto, y probablemente por las mismas razones.¹¹²

Y ahora volvamos a la historia.

En el evangelio de Juan se dice que Clopas tenía una esposa llamada María: “Estaban, junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás ...” (Cf. Juan, 19, 25).

Pues bien, los manuscritos griegos de los evangelios canónicos jamás presentan una construcción gramatical de este tipo para explicar semejantes relaciones conyugales.

Así, por ejemplo, en Mateo (27, 19), a la esposa de Pilato se la llama en griego *guné* (mujer, esposa); en Lucas (17, 32), a la esposa de Lot se la llama igual; y en Juan (4, 7), la mujer de Samaria recibe el mismo calificativo. Así: “... Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes ...”, se traduce: “... Iokana, *guné Kouza* ...” (*op. cit.*)

¹¹² Mucho antes de Mesalina, tuvo Cleopatra de Egipto la costumbre de ir a veces a prostituirse durante noches enteras a un lupanar elegante de Egipto. También la duquesa de Orléans, cuyo nombre de soltera era Louise-Henriette de Bourbon-Conti, madre del futuro Philippe-Égalité, pudo confesar con franqueza que ignoraba quién era el padre de su hijo: ‘Cuando uno cae sobre una zarza, ¿sabe acaso cuál es la espina que le ha pinchado? ...’ (Cf. ANDRÉ CASTELOT, *Philippe-Égalité, le prince rouge*, p. 19, Sfelt. Édit., París, 1950). Esta naturaleza tan rica moriría a los treinta y dos años, agotada por tantos excesos.

Por el contrario, la frase de Juan (19, 25): “... María, mujer de Cleofás ...”, está compuesta de modo totalmente distinto: “... *Maria é tou Klopâ* ...”, es decir: “... María (hija) de Klopa ...”, y no “mujer de”.

Esa es la antigua traducción del citado pasaje del evangelio de Juan. La nueva versión no es sino una modificación más, destinada a hacernos perder el hilo del enigma. Veamos la prueba:

Existen unos *Hechos apostólicos* (*Actus apostolorum*) atribuidos a un tal Abdías, quien habría sido obispo de Babilonia, es decir, en realidad de Roma, según el vocabulario petrino convencional. Esos *Hechos*, redactados primero en hebreo, luego traducidos por su discípulo Eutropio al griego, y luego del griego al latín por Julio el Africano, la Iglesia católica los considera a pesar de todo como una obra redactada inicialmente en latín, y datada del siglo VI (cf. J.A. Fabricius: *Codex Apocryphum, Novum Testamentum*, Hamburgo, 1703). Y en esos *Hechos apostólicos* de Abdías, María II aparece no como la mujer, sino como *la hija* de Clopas, como afirmábamos antes. Y hay aún otro testimonio de ello:

“Clopas era hermano de José, y al morir Clopas sin hijos, José, según algunos, se casó con su mujer y procuró hijos a su hermano. *María* (María de Clopas), *aquí mencionada, sería uno de sus hijos*”. (Cf. Teofilacto, obispo de Acrida en Bulgaria, hacia el año 1078, en *Patrología griega*, too CXXIII, col. 293).

Este autor confunde, por lo tanto, a José y a aquel Salomón con el que Ana, madre de María I, se habría casado en terceras nupcias. Como ya hemos demostrado la inexistencia de tal José,¹¹³ imaginado para hacer desaparecer a Judas de Gamala, tenemos que volver al Salomón citado por el documento atribuido a Cirilo de Alejandría y titulado *El Nacimiento de la Virgen*. Pero sigue en pie el segundo testimonio: María II era *la hija* de Clopas, y no su esposa.

Volvemos, por lo tanto, a estar en posesión de las herramientas y las llaves necesarias para forzar la puerta del tenebroso calabozo en donde la Iglesia de los primeros siglos encerró la verdad histórica. Regresemos, pues, a la dinastía herodiana, y, para empezar, hagamos el inventario del verdadero harén que poseyó Herodes el Grande, conforme a las costumbres de su época, ya que Flavio Josefo nos dice al respecto que “ese príncipe gozaba con el abuso de la libertad que nos da la Ley de poseer varias esposas ...” (Cf. Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*, I, XVII).

Hay que añadir, en favor suyo, que fue durante toda su vida un gran amante de la belleza femenina, y que jamás eligió a sus esposas por sus riquezas familiares, sino ante todo por su belleza, ¡y ya sólo por eso le será perdonado mucho! No obstante, tampoco olvidó asociar a ello unos nobles orígenes, ya que Flavio Josefo nos dice que mandó quemar las genealogías de los hebreos, depositada en el Templo, a fin de no permitir que ninguna de ellas pudiera, como en el caso de la primera Mariamna, humillarlo incesantemente, teniendo en cuenta sus propios orígenes no reales.

La lista de sus esposas y de los hijos que éstas le dieron nos la proporciona el texto de las *Antiguiedades judaicas* (XVIII, I) y el de *La guerra de los judíos* (I, XVII), en su versión griega. Lo mismo puede decirse de la versión eslava:

Herodes el Grande se casó, pues, sucesivamente, con:

1º: *Doris*, que fue madre de Antipater. Fue repudiada por primera vez cuando el rey decidió casarse con Mariamna I, que le sigue. A la muerte de ésta, Doris fue reintegrada a petición de su hijo en el favor y el lecho de Herodes, y luego repudiada por segunda vez cuando tuvo lugar el complot de Antipater, y entonces fue despojada de todos sus bienes y joyas. Era probablemente una griega de la

¹¹³ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 37-44 y 106-114.

Decápolis, federación helenística de diez ciudades, situadas al este del lago de Tiberíades, y que Pompeyo había liberado de la dominación judía en el año 62 antes de nuestra era. En efecto, este nombre se encuentra, en su forma balcánica de Dorisca, en Hungría, Yugoslavia y Transilvania, donde visiblemente es de origen griego.

2º: *Mariamna I*, hija del rey Alejandro y de la reina Alejandra. Era, pues, la nieta de Hircano II, rey y sumo sacerdote, y de Aristóbulo II, rey y sumo sacerdote. Pertenecía, por lo tanto, a la dinastía asmonea, llamada de los macabeos. Fue ejecutada por una falsa acusación de adulterio, por orden de Herodes el Grande, quien, cuando hubo reconocido su error, estuvo a punto de perder la razón. El rey tuvo de ella cinco hijos: dos hijas y tres hijos. El mayor, Alejandro, se casó con Glapyra, hija de Arquelao, rey de Capadocia, y el menor, Antígono, se casó con la hija de Salomé I, hermana de Herodes el Grande, la misma que había acusado de adulterio a Mariamna I.

3º: *Mariamna II*, hija de Simón, *cohen* y sacrificador, y que fue elevado al pontificado por Herodes con ocasión de dicho matrimonio. Tuvo un hijo llamado Herodes Filipo I (que se casaría con Herodías, nieta a su vez de Mariamna I y de Herodes), y que murió en el año 34 de nuestra era. Primero fue criado en Roma, y designado más tarde como sucesor de Herodes el Grande en segunda posición, después de su hermanastro Arquelao. Sin embargo, fue borrado de esta sucesión cuando se descubrió el complot en el que participó su madre Mariamna II, y sobre el que tendremos que volver.

4º: *Malthaké la Samaritana*, quizás, a pesar de todo, de origen griego también (Decápolis), ya que su nombre, *Maltakia* en griego, significa “dulzura, blandura”. Dio al rey dos hijos: Arquelao y Antipas, y una hija, Olympia. Murió durante los enfrentamientos contra Roma, frente a César Augusto, de los miembros de la dinastía herodiana y su hijo Arquelao. Quizás aprovecharon la ausencia de éstos para suprimirla. También pudo perecer durante la guerra civil que enfrentó a los partidarios de Achiab, tío abuelo de Salomé II, a los de Arquelao. Ya analizamos este episodio de las luchas dinásticas en nuestra primera obra.¹¹⁴

5º: *Cleopatra de Jerusalén*. Esta indicación de origen y de residencia precisan que fue judía. Tendría un hijo, según los historiadores modernos (enseguida tendremos la prueba), y dos según sus predecesores. Se llamarían Herodes y Filipo. Este último habría sido educado en Roma también, lo mismo que su hermanastro Herodes Filipo I, hijo de Mariamna II. Y entonces se plantea la pregunta: ¿por qué él, y no su hermano mayor? Como no se encuentra ningún rastro válido de esos dos personajes, generalmente se considera que se trata simplemente de un texto corrompido en los manuscritos griegos, al haber dado lugar una mala declinación a la introducción de la “y” entre Herodes y Filipo, cuando había que leer simplemente Herodes Filipo. Más adelante veremos que, en efecto, no es sino el mismo personaje que Herodes Filipo I, hijo de Mariamna II, *lo que implica que esta última no sea otra que la citada Cleopatra de Jerusalén*.

6º: *Pallas*, de quien Herodes tuvo un hijo llamado Fazael.

7º: *Fedra*, que fue madre de una hija llamada Roxana.

8º: *Elpide*, que le dio una hija llamada Salomé (Salomé III).

9º: X ..., hija de uno de sus hermanos, y por lo tanto su propia sobrina. La costumbre del Medio Oriente permitía a un tío casarse con la hija de su hermano o de su hermana. Bajo Claudio César y a proposición de Vitelio, el Senado romano confirmó por unanimidad esta costumbre y la legalizó (cf. Tácito, *Annales*, XII, VI-VII). De esta unión Herodes no tuvo hijos.

¹¹⁴ Cf. Jesús o el secreto mortal de los templarios, pp. 300-301.

10º: X' ..., su prima hermana, probablemente nabatea e hija de un hermano o de una hermana de su madre Cypros I. tampoco de esta unión tuvo Herodes descendencia.

Pues bien, primera observación: Flavio Josefo enumera con toda precisión a diez esposas, y antes había declarado que Herodes el Grande había tenido *nueve* (cf. *Antigüedades judaicas*, XVII, I). *Por lo tanto hay una repetida*. Y eso es así en las diversas versiones de Flavio Josefo, tanto en la griega como en la eslava, tanto en las *Antigüedades judaicas* como en *La guerra de los judíos*. Este error hay que imputarlo a los copistas medievales, quienes en su pasión por hacer desaparecer de dicho autor todo cuanto pudiera revelar la verdad histórica, jamás tuvieron la suficiente inteligencia y fría razón para controlar sus censuras, interpolaciones, etcétera.

Sabiendo que buscamos una esposa de la dinastía davídica, veamos cuáles de las esposas de Herodes el Grande responden a dicha exigencia. Se observará que la versión eslava de *La guerra de los judíos* no habla sino de una *Mariamna, hija de un sumo sacerdote*. Por instinto, el copista rectificó el número de las esposas, ¡pero haciéndolo cometió otro error!

Veamos ahora en qué condiciones se casó Herodes el Grande con la segunda Mariamna, después de haber mandado ejecutar a la primera, fundándose en una denuncia calumniosa de su hermana Salomé I, quien quería desembarazarse de esa cuñada a la que odiaba y de su marido, de quien hizo el amante de aquella. Flavio Josefo nos dice lo siguiente:

“Él (Herodes) pensó en volver a casarse, y como no buscaba su placer en el cambio, quiso elegir a una persona en quien pudiera depositar todo su afecto. Y así tomó a una puramente por amor, a la manera que voy a contar. Simón, hijo de Boeto Alejandro¹¹⁵ *que era sacrificador y de una raza muy noble*, tenía una hija de una belleza tan extraordinaria que no se hablaba de otra cosa en Jerusalén. El rumor llegó hasta Herodes. Quiso verla, y jamás amor alguno a primera vista fue más grande que el que éste sintió por ella. Juzgó que no debía abusar de su poder raptándola, como hubiera podido hacerlo, por miedo a pasar por un tirano, y creyó que más bien debía casarse con ella. Pero como Simón no era de una tan gran calidad como para tan alta alianza, ni tampoco de una condición nada despreciable, quiso elevarlo a un gran honor a fin de hacerlo más considerable. Así pues, privó del sumo sacerdocio a Jesús, hijo de Phabet, se la dio, y se casó con su hija”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XV, XII).

Israel jamás tuvo sino dos dinastías reinantes en toda su historia. La dinastía asmonea, llamada de los Macabeos, que precedió a la no judía de los Herodes, no reinó más de un siglo, del año 135 al 37 antes de nuestra era. No se beneficiaba de ninguna profecía ilustrativa. En cambio era muy distinto en el caso de la dinastía de los hijos de David, que gobernó Israel desde el año 1015 hasta el 107 antes de nuestra era, bien de hecho, bien legítimamente. En su caso poseía la promesa de Yavé, expresada al rey David por el profeta Natán:

“Ocurrirá que cuando tus días hayan llegado al colmo y hayas reposado con tus padres, yo haré subsistir la semilla que saldrá de tus vísceras y haré estable tu reino (...) Y yo haré estable el trono de su reino para siempre (...) Por eso serán estables tu casa y tu reino para siempre ante mí. ¡Tu trono permanecerá firme para siempre!” (Cf. Samuel, 7, 12 a 16).

Esta promesa se realizó durante más de un milenio, a las buenas o a las malas. Todo eso está, pues, muy claro. La “raza muy noble” a la que hace alusión Flavio Josefo para referirse a Mariamna II y a su padre Simón es, indudablemente, la de David, tanto más cuanto que, por otra parte, es de filiación sacerdotal, y por consiguiente descendiente asimismo de Aarón. Y de ahí que fuera elevado al sumo sacerdocio. La nueva esposa de Herodes el Grande era así de sangre real e hija del pontífice de Israel.

¹¹⁵ Y no “de Alejandría”, como el texto griego alterado puede hacer creer, ya que tanto él como su hija eran de Jerusalén. ¡Un sacerdote del Templo no residía en Egipto!

Tenemos, pues, por consiguiente la prueba absoluta de que el rey contó efectivamente, entre sus esposas, con una “hija de David”. Pero ¿cuáles podían ser los lazos familiares directos de esta Mariamna II con María, madre de Jesús? Esa es la segunda parte del enigma que tenemos que resolver.

Antes que nada conviene precisar quién era esa “Cleopatra de Jerusalén” con la que se casó después de Malthaké la Samaritana, con quién lo había hecho hacia el año 21 antes de nuestra era.

Necesariamente, y a pesar de su nombre, Cleopatra era judía, ya que se nos precisa que era “de Jerusalén”. Sabemos que en aquella época era ya antigua la costumbre de llevar un nombre griego añadido al nombre hebreo. Sabemos asimismo que Cleopatra significa “(nacida) de un padre ilustre” (en griego *Kleopâtra*). Lo mismo que Clopas (en griego *Klopâ*).

¿Quién podía ser, pues, esa judía “nacida de un padre ilustre”, de suficiente “noble raza” como para ser tomada por esposa por el rey Herodes el Grande? Conociendo las deformaciones fáciles utilizadas por los monjes copistas cuando deseaban ensombrecer un punto de la historia, podemos imaginar que su nombre era, en hebreo, Bath-Clopas (“hija de Clopas”), lo mismo que esa María de Clopas, en griego “*Maria é tou Klopâ*”, que los *Hechos apostólicos* de Abdías, obispo de Babilonia, afirman que fue *la hija de Clopas*, y no su esposa, como dice Juan (19, 25). Dado que este evangelio apareció hacia el año 190 de nuestra era, que ignoramos de que Juan se trata (en todo caso no del apóstol), concederemos nuestro voto a Abdías.

Quizás hubo además otro motivo para el sobrenombre helénico dado a esa hija de Clopas, una alusión a la Cleopatra reina de Egipto, y enseguida lo analizaremos.

Por otra parte, Mariamna no es otra cosa, como hemos visto anteriormente, que una desinencia griega del hebreo Miryâm, alias María. Si podemos establecer que Mariamna II y Cleopatra fueron una misma y única mujer, habremos desatado completamente el nudo del enigma.

De su unión con Herodes el Grande, Mariamna II había tenido un hijo llamado Herodes Filipo I, que se casó con Herodías, su prima, nieta de Mariamna I y de Herodes el Grande. Cleopatra de Jerusalén, por su parte, habría tenido un hijo llamado Herodes Filipo II, quien se habría casado con Salomé II, hija de Herodes Filipo I y de Herodías. Daniel-Rops, en *Jésus en son temps*, se adhiere, evidentemente, a esta cómoda solución para ahogar la verdad histórica (*op. cit.*; III, *Un canton dans l'Empire*).

“De los cuatro hijos de Herodes, todos estaban vivos cuando Jesús, pero ninguno tenía sus poderes. El mayor, Herodes Filipo I, nieto por parte de madre del sumo sacerdote Simón, había sido explícitamente desheredado; a falta de territorio, esperaba obtener el soberano pontificado, pero la mitra blanca y el pectoral sagrado, en lugar de recompensar su espera, recayeron sobre sus tíos abuelos, uno tras otro ..., dejándolo a él, simple sacerdote, como presa de los sarcasmos de su ambiciosa esposa Herodías”. (*Op. cit.*)

Y, en otro capítulo, Daniel-Rops no vacila en dar a Salomé II como esposa al fantasmal Herodes Filipo II:

“Y Filipo –Herodes Filipo II-, hermano del tetrarca, y tetrarca a su vez de la Gaulanítide y la Traconítide, que poco después se casaría con Salomé ...” (*Op. cit.*: V, *La sémence d l'Eglise*).

Todas estas afirmaciones de Daniel-Rops constituyen una serie de errores interesados, y *todo esto es falso, contrario a los textos antiguos*, ya que Flavio Josefo jamás dio el nombre de la esposa del pseudo-Herodes Filipo II.

Y, en primer lugar, Daniel-Rops reconoce que Herodes no tuvo más que *cuatro* hijos.

Nombrémoslos:

- 1º: *Antipater*, hijo de Doris,
- 2º: *Herodes Filipo I*, hijo de Mariamna II,
- 3º: *Herodes Antipas*, hijo de Malthaké la Samaritana,
- 4º: *Herodes Arquelao*, hijo de la misma.

Teniendo en cuenta que los dos hijos de Mariamna I, *Alejandro* y *Aristóbulo*, están ya muertos, eso no da sino *cuatro hijos*, y ahí estamos de acuerdo con Daniel-Rops. Pero ¿cómo puede hablar entonces de ese *Herodes Filipo II*, hijo de Cleopatra de Jerusalén, *lo que elevaría a cinco el número de los hijos de Herodes el Grande vivos en aquel entonces?* Lo mismo que los monjes copistas de la Edad Media, Daniel-Rops se embrolló en su esfuerzo por disimular la verdad ...

Y veamos otras pruebas de que este Herodes Filipo II *jamás existió*.

En la versión eslava de *La guerra de los judíos* de Flavio Josefo, es Herodes Filipo I, hijo de Mariamna II, el esposo de Herodías, quien es el tetrarca, y esto lo confirma el relato, en el mismo Flavio Josefo, del reparto del reino de Herodes el Grande por César Augusto, así como un viejo evangelio apócrifo copto, más antiguo que el *según Lucas*, si damos crédito a Orígenes, y que nosotros hemos denominado *El evangelio de los Doce Apóstoles*.

Aquí están esos textos definitivos que barren de una vez por todas las interpretaciones “arregladas” de Daniel-Rops:

“Tú confiscarás a Filipo, le quitarás su casa, te apoderarás de sus bienes, de sus servidores, de su ganado, de todas sus riquezas, de todo lo que es suyo; y tú me enviarás esas cosas a la sede de mi imperio. Todos sus bienes, tú los contarás para mí, y no le dejarás nada, excepto *su vida, la de su mujer y de su hija*. Esto es lo que dice Tiberio al impío Herodes Antipas”. (Cf. *Evangelio de los Doce Apóstoles*, 2º fragmento).

Se trata, pues, sin lugar a dudas, de Herodes Filipo I, el tetrarca, esposo de Herodías y padre de Salomé II, aquel al que Daniel-Rops convierte en un pobre *cohen*, sin ninguna tetrarquía. Continuemos:

“Filipo, hallándose *en su provincia*, tuvo un sueño: un águila le había arrancado los dos ojos. *Reunió a sus sabios*.¹¹⁶ Como todos explicaban el sueño de forma diferente, ese hombre que hemos representado antes, que iba vestido con pieles de animales y que purificaba al pueblo en las aguas del Jordán, acudió súbitamente a su encuentro sin ser llamado, y dijo: ‘Escucha la palabra del Señor. En ese sueño que has visto, el águila es tu amor al lucro, porque ese pájaro es violento y rapaz, y ese pecado te arrancará tus ojos, que son *tu provincia y tu mujer*’.” (Cf. Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*, II, 4, manuscrito eslavo).

También aquí, como se ve, se trata de Herodes Filipo I, esposo de Herodías y padre de Salomé II, y que es tetrarca, como subraya Flavio Josefo. El águila designa a Roma, y en este caso concreto a Tiberio. Continuemos. A la muerte de Herodes el Grande, y al ser protestado su testamento, la familia herodiana acudió a Roma para llevar el litigio ante el emperador Augusto. Después de haber oído a las partes, el emperador zanjó así el problema:

¹¹⁶ ¡Difícilmente puede uno imaginar a un simple *cohen* con onirománticos a su disposición! En cambio, en el caso de un tetrarca, es algo obvio.

“No proclamó rey a Arquelao, sino que de la mitad del reino que antes estaba sometido a Herodes (el Grande) hizo una etnarquía que le concedió, prometiéndole honrarlo más tarde con el título de rey si por su virtud se mostraba digno de ello. Tras dividir la otra mitad en dos partes, se las dio *a los otros dos hijos de Herodes, a Filipo y a Antipas* ... Antipas tuvo por su parte la Perea y la Galilea, que anualmente le rendían doscientos talentos. La Batanea, con la Traconítide y la Auranítide, y una parte de lo que se ha llamado el dominio de Zenodoro reportaron a Filipo cien talentos”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVII, XI, manuscrito griego).

El cuarto hijo de Herodes el Grande había muerto, efectivamente, poco antes de la desaparición de su padre, ejecutado por orden suya y con el consentimiento del emperador, por complot criminal contra el rey. Era Antipater, hijo de Doris. *No quedaban, pues, más que tres*: Arquelao, Herodes Filipo I y Herodes Antipas.

Como se ve, este *Herodes Filipo I*, hijo de Mariamna II, que había sido desheredado por Herodes el Grande en ocasión del complot de su madre, fue restablecido en sus derechos de heredero parcial por César Augusto, porque no había participado en la conjura materna. Y fue efectivamente él el primer esposo de Herodías, el padre de Salomé II, que más tarde fue despojado por Tiberio César de su tetrarquía, a causa de la acusación calumniosa de su hermanastro Herodes Antipas.

Pero, se preguntará el lector, ¿y Herodes Filipo II, del que Daniel-Rops hacía un tetrarca y el esposo de Salomé II? Es, simplemente, el mismo personaje que Herodes Filipo I, que fue desdoblado por los monjes copistas y Daniel-Rops, para fundamental la existencia de esa Cleopatra de Jerusalén, personaje tan imaginario como él, y doble engañoso de Mariamna II, como acabamos de demostrar. Para eso se le inventó un hijo. En cuanto al verdadero personaje de dicho nombre, lo encontraremos en otro lugar, en el próximo capítulo.

Y una nueva pregunta aflora en los labios, a saber, el por qué de esa nueva falsificación de Flavio Josefo por parte de los copistas medievales. La trampa es muy hábil. En aquella época las fortalezas poseían siempre varios recintos amurallados, o al menos su torreón. Lo mismo sucedió aquí. Porque vamos a descubrir a una “hija de David”, pariente cercana de María, madre de Jesús, y cuyo comportamiento, incluso justificado por una conjura política, *es simplemente escandaloso*. Al crear a un doble de dicho personaje, siempre se le podrá disociar de Jesús y de su madre, y el honor davídico quedará a salvo ... Si un historiador curioso consigue establecer que una hermanastra de María se casó con Herodes el Grande, se argumentará holgadamente sobre el rigor moral de su comportamiento, muy diferente al de la otra, escandaloso, y la baza estará jugada. En motne{ia a esto se le llama por parte de la caza, “dar el cambiazo”, y las trompas de caza lo señalan mediante una hermosa y fuerte fanfarria ...

Recapitulemos, pues, sobre el resultado de nuestras investigaciones:

- 1) Mariamna II no es otra que una Miryâm, hija de David, esposa indiscutible de Herodes el Grande, madre de Herodes Filipo I, y por lo tanto suegra de Herodías y abuela de Salomé II.
- 2) Cleopatra de Jerusalén no tiene existencia histórica, lo mismo que su pseudo-hijo Herodes Filipo II, quien jamás fue, y con razón, ni tetrarca ni esposo de Salomé II. El nombre de esta esposa imaginaria deriva del sobrenombre helénico de su padre Clopas (en griego *Klopâ*) y, como él (*Kleopatrâ*), ella es “de padre ilustre”. Se trata, por lo tanto, de Mariamna II.
- 3) Mariamna II, alias Miryâm, hija de David, se llamará María en nuestro idioma, y Maria en griego. Como es el mismo personaje que la Cleopatra de Jerusalén, es efectivamente la “María de Cleofás” del evangelio de Juan (19, 25), en el texto griego de éste: “*Marie é tou Klopâ*”.
- 4) Como María de Cleofás era la segunda hija de Ana, madre de María madre de Jesús, aunque de padre diferente (su tío, según la ley judía), era, pues, hermanastra de María I, madre de Jesús, y tía de este último.

- 5) Por su matrimonio con Herodes el Grande, Mariamna II, alias María de Cleofás, hermanastra de María madre de Jesús, hizo de este último el sobrino por alianza del rey Herodes el Grande, y primo por alianza de sus hijos, los tetrarcas Herodes Antipas y Herodes Filipo I.

Ahora, y según la técnica habitual de l'Ecole des chartes, método probadamente válido, conviene controlar y delimitar cronológicamente todas esas asombrosas conclusiones:

- María I, madre de Jesús, habría nacido hacia el año 30 o 32 antes de Cristo. Su madre, Ana, contaría entonces 38 años, según los textos ya citados.
- Jesús nace hacia los años 15 o 17 antes de nuestra era (según san Ireneo), y muere aproximadamente a los cincuenta años de edad, en el año 35 de nuestra era.
- Si Joaquín murió en el año 30 o 32 a.C., Clopas (Cleofás) debió de morir en el -28.
- Ana, madre de María I, había nacido hacia los años -68 o -70. Herodes el Grande había venido al mundo en el año -73. Por lo tanto, contaba más o menos la misma edad que Ana, pues sólo era tres o cuatro años mayor que ella.
- Ana tuvo una segunda hija con Cleofás, aproximadamente en el año -28. Ésta (alias Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén) habría nacido, por consiguiente, hacia el año -28.
- En el -28 Herodes el Grande contaba con 45 años. Se casó con Mariamna I (hija de Hircano) en el año -37, y la mandó ejecutar en el año -29, ocho años más tarde. Se casaría con Mariamna II en el año -13 u -11, por lo tanto ella contaba entonces quince años de edad, según era costumbre en aquellas regiones, y habría nacido en los años -28 o -26. Como María I, madre de Jesús, había nacido hacia el año -30, los datos coinciden.
- Herodes el Grande muere en el año -4, a los sesenta y nueve años de edad. Mariamna cuenta entonces unos veintidós años. Había caído en desgracia en el -5, y Antipater, hijo de Doris, había muerto en el -4.
- Herodías había nacido en el -7 y murió en el año 39 de nuestra era. Por lo tanto contaba doce años cuando se casó con Herodes Filipo I, en el año 5 o 7 de nuestra era. Él murió en el 34 de la misma, y había nacido hacia el año -10.
- Salomé II, la hija de ambos, nació hacia los años 6 u 8 de nuestra era, y murió en el 73 de ésta, cuando contaba unos sesenta y cinco años de edad. Por lo tanto, tenía unos 28 años a la muerte de Jesús.

Y cuando tuvo lugar dicha ejecución, en el año 35 de nuestra era, las tres Marías¹¹⁷ contaban por lo tanto:

- María I, madre de Jesús, nacida hacia el año -30 o -32, unos sesenta y cinco años.
- María II, alias Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén, nacida hacia el año -28, unos sesenta y tres años de edad.
- María III, otra hermanastra, nacida hacia el año -26, unos sesenta y un años de edad.

¹¹⁷ Sobre las tres Marías, consultar: HEMO DE HALBERSTADT (+ 853), discípulo de Alciuss y amigo de Raban Maur; GERSON y su *Sermón sur la nativité de Marie*; JEAN ECK en sus *Acta Sanctorum*.

También aquí coincide todo.

Por otra parte, si como dicen los textos eclesiásticos, Mariamna II, alias María II, es la hija de Cleofás, y si Cleofás es el hermano de José, en realidad Judas de Gamala, Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén, es ni más ni menos que la tía de Jesús. Como fue esposa de Herodes el Grande de los años –13 u –11 al –5, es decir, durante seis u ocho años, *Jesús fue el sobrino de Herodes el Grande durante todo ese tiempo ...* Y fue primo de sus hijos: Antipater, Herodes Antipas, Herodes Filipo I, de sus hijas: Olympia, Roxana, Salomé III, Cypros III, Salampsio; de sus nietas: las princesas Drusilla y Berenice, y, especialmente, de aquella que le abrió su cama y su mesa:¹¹⁸ la princesa Salomé II, viuda de Herodes Lysanias, al que pronto estudiaremos, y futura esposa de Aristóbulo III, rey de Armenia ...

Todo esto explica mucho mejor que el sueño premonitorio de la esposa de Pilato el hecho de que éste quisiera “liberar a Jesús” (cf. Lucas, 23, 20, y Juan, 19, 12). Cosa que se nos oculta cuidadosamente.

Y todo lo que es más aún, ese parentesco “por alianza” (porque, a pesar de todo, no es más que eso) *se extiende de Jesús a Saúl-Pablo*. Como este último era el nieto de Herodes el Grande por parte de su madre Cypros II, y su sobrino nieto por parte de su padre Antipater II,¹¹⁹ se establece un lazo de parentesco entre ambos personajes, se quiera o no. Porque la hermana de Herodes el Grande, la vengativa y celosa Salomé I, se había convertido en tía de Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén, alias María II, cuando ésta se casó con Herodes el Grande en los años –13 u –11; y Salomé no murió hasta un año más tarde, en el 10 antes de nuestra era.

De todos modos, si Cleofás era el padre de Mariamna II, éste murió, según nos dicen, antes del nacimiento de su hija. Y entonces, ¿cómo pudo Herodes el Grande hacer de él un pontífice de Israel cuando se casó con su hija Mariamna II doce o quince años más tarde, hacia el año 11 antes de nuestra era? Y además, ¿cómo podía llamarse Simón?

Veamos la explicación, que es muy sencilla, Cleofás, segundo esposo de Ana, madre de María I, realmente había muerto, y fue su hermano, que por su matrimonio con Ana se convirtió en el *padrastro* de su hija Mariamna II, quien la dio en matrimonio a Herodes el Grande, y por ese hecho se convirtió en sumo sacerdote. Y es que el hebreo utiliza la misma expresión para designar al *padre* y al *padrastro*.

Esta función de sumo sacerdote la recibió necesariamente bajo el nombre *hebreo* de Simón, alias Simeón, su nombre de circuncisión, por lo tanto ritual (y no de Salomé, que es un nombre femenino, como dice equivocadamente el texto griego del libro *Del nacimiento de la virgen*). Los nombres de circuncisión iniciales a veces eran modificados en el curso de la vida, en ciertas circunstancias graves, y siguiendo un ritual concreto. Entonces de lo que se trataba era de desviar *hacia un nombre que ya no era llevado por ningún ser vivo*, amenazas de orden particular o general. Así, por ejemplo, Flavio Josefo nos dice que Caifás, el pontífice que juzgó a Jesús desde el punto de vista religioso, se llamaba inicialmente Josefo (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, II, 35).

Por otra parte, el lector no dejará de asombrarse ante esa serie de muertes entre los esposos sucesivos de la infeliz Ana, condenada por el destino a una viudedad permanente. Y *a priori* eso parece increíble. Primero nosotros creímos en una leyenda construida por cuentistas dotados de la clásica simplicidad infantil, común antaño a esas regiones. Pero ante la verdad histórica todo se explica, por el contrario, muy bien.

¹¹⁸ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 294-295.

¹¹⁹ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 72 y 73.

Si partimos de la cronología cristiana clásica, con un Jesús nacido en el año 1 de nuestra era, tenemos una María madre suya nacida probablemente hacia el año 15 de nuestra era. Ahora bien, en este período de la historia judía, nada justifica la muerte de su padre, luego la de su padrastro, en dos años sucesivos.

Sí, por el contrario, tomamos en cuenta la afirmación de san Ireneo, de un Jesús “muerto en el umbral de la vejez, y próximo a los cincuenta años de edad”, es que debió de nacer hacia el año 17 antes de nuestra era, y su madre, María I, hacia el año 34 o 32 antes de ésta.

Y precisamente esa época es un período especialmente cruel para Israel, y pronto vamos a poder juzgarlo.

Antígono, hijo de Aristóbulo, sigue disputándole a su tío Hircano el trono de Judea. Expulsado de Galilea por Herodes el Grande, futuro rey de esa provincia, Antígono se refugia entre los partos y va, junto con su rey, a apoderarse de Jerusalén. Hircano y Fazael caen prisioneros. Fazael, cargado de cadenas, se suicidará partiéndose el cráneo contra los muros de su celda. En caso de necesidad, le ayudarán. A Hircano le cortarán las orejas por orden de Antígono, a fin de que, por dicha mutilación infamante, sea indigno del sumo sacerdocio. Y Antígono ocupa entonces el trono de Judea. Pero Herodes, que primero se había refugiado en Egipto, va a Roma a implorar el apoyo de Antonio, y este último lo hace proclamar rey de Judea por el Senado romano. Además, le proporciona tropas mercenarias para expulsar a su vez a Antígono y a los partos de su nuevo reino. Nos hallamos en el año 39 antes de nuestra era.

Herodes se embarca entonces con su ejército romano y pone el sitio a Jerusalén. Durante esa operación se casa con Mariamna I, hija de Hircano, tanto por su belleza como para legitimar con dicha alianza su acceso al trono, ya que mediante ella se convierte, efectivamente, *en el yerno del rey legítimo*.

Al cabo de seis semanas de sitio, Jerusalén cae en poder de los asediantes; *todos los enemigos de Herodes caen, degollados*, y a pesar de la intervención del propio Herodes se saquea la ciudad, se desvasta el Templo, se multiplican los pillajes, las violaciones y los asesinatos a medida que se va ocupando la Ciudad Santa por parte de los mercenarios. Antígono es capturado e inmediatamente enviado a Roma, donde Antonio lo manda ejecutar. Pero en Judea, Herodes se enfrenta a serias oposiciones, sobre todo en el ámbito farisaico. Entonces es cuando manda dar muerte a todos los militantes de la oposición, degollar a todos los miembros del Sanedrín, y ahogar en el Jordán a su cuñado Aristóbulo, hermano de Mariamna I, su propia esposa. Ella no le perdonará nada de todo esto. Tales hechos son relatados por Flavio Josefo en su *Guerra de los judíos* (manuscrito eslavo, I, 16, y manuscrito griego, I, XII).

Nos encontramos en el año 37 de nuestra era. Avancemos siete años y nos encontramos en el año 30 antes de la misma. Una serie de terribles temblores de tierra devasta toda Judea, mal repuesta todavía de esa despiadada guerra. Se cuentan más de treinta mil muertos, y perece casi todo el ganado. A causa de las decenas de miles de cadáveres de hombres y de animales, el cólera hace su aparición, e *ipso facto* la fiebre tifoidea, debido a las fuentes y cisternas contaminadas. Al ver esto, los árabes nabateos, suponiendo que Israel se hallaba muy debilitada por tales desgracias, invadieron el territorio nacional y, como no resistieron mejor a las diversas epidemias, aumentaron el número de los muertos (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XV, VII).

Teniendo en cuenta que se producen inexactitudes en materia cronológica (en todo ese período las fechas establecidas lo son con un año, como mínimo, de margen de error; el monje Denys-le-Petit se equivocó efectivamente en sus cálculos, ya que nuestra era tendría que haber comenzado, en realidad, cinco años antes), puede suponerse que las muertes de los esposos de Ana, madre de María I, se produjeron en esa terrible época que va desde la proclamación de Herodes como rey de Judea,

en al año 39 antes de nuestra era, hasta la toma de Jerusalén dos años más tarde (en el año -37), las matanzas que la siguieron, los seísmos, las epidemias, y luego la invasión árabe en el año -32.

Por consiguiente, y por muy sorprendentes que parezcan por su cercanía en el tiempo, las viudedades sucesivas de Ana no fueron inventadas por los cronistas que redactaron el libro *Del nacimiento de la Virgen*, atribuido a san Cirilo de Alejandría y tenido como válido por la Iglesia de Oriente. Son, como se ve por su marco histórico general, algo de lo más plausible. Y volvamos ahora a Mariamna II.

Nos queda aún por precisar el verdadero rostro de esa inesperada tía. Es, cuando menos, extrañamente curioso, pero para comprenderlo hay que volverlo a situar dentro del conjunto de los personajes de ese sorprendente fresco.

En su *Guerra de los judíos* (manuscrito griego, I, XIX), Flavio Josefo nos muestra a Herodes el Grande expulsando de su corte a su hermano Feroras, porque no quería repudiar a su esposa, que tramaba un complot contra el rey. Feroras murió poco después en sus dominios. Herodes descubrió entonces que había querido envenenarlo a instancias de Antipater, hijo de Doris, y repudió a ésta por segunda vez. Luego borró de su testamento a Herodes Filipo I, hijo de Mariamna II (María de Cleofás) y destituyó a Simón, sumo sacerdote, padre de ésta. El manuscrito eslavo de la *Guerra de los judíos* nos da los mismos detalles, y sería una lástima no publicarlos, y ahora va a poderse ver por qué:

“Esas palabras fueron como una puñalada para el rey. Sometió a tortura a todas las mujeres que estaban en su casa. Una de ellas, en medio de los tormentos, exclamó: ‘Dios que riges el cielo y la tierra, haz recaer tu venganza sobre la madre de Antipater (Doris), pues ella es la autora de todos nuestros males ...’. El rey recogió estas palabras y siguió interrogando para intentar saber la verdad. La mujer le descubrió entonces cuánto se amaban la madre de Antipater (Doris) y Feroras (hermano de Herodes el Grande) y cómo se reunían a escondidas Antipater, Feroras y las damas: ‘Al volver de tu casa bebían durante la noche, sin admitir junto a ellos a ningún esclavo ni hombre libre, ni hombre ni mujer’. Tras haber hablado así esta mujer, Herodes ordenó que se sometiera a tortura a las esclavas, pero a todas por separado. Y bajo los golpes dieron todas una respuesta unánime: la misma que había dado aquella mujer”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, manuscrito eslavo, I, 12).

El texto griego de las *Antigüedades judaicas* nos confirma la relación eslava de la *Guerra de los judíos*, lo que demuestra que la convicción del autor estaba perfectamente fundada:

“Las torturas de esas mujeres (sirvientas) lo revelaron todo: las orgías, las reuniones clandestinas, e incluso las palabras dichas en secreto por el rey Herodes a su hijo (Antipater), y contadas a las mujeres de Feroras ...” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVII, IV, manuscrito griego).

Esas palabras secretas demuestran la exactitud de las afirmaciones de las sirvientes, y ellas no inventaron nada bajo la tortura, y más teniendo en cuenta que fueron interrogadas por separado.

Por lo tanto, se trataba de orgías sexuales y mágicas, en el curso de las cuales se intentaba embrujar a Herodes el Grande. Hay una confirmación de ello en los Salmos de Salomón, documento compuesto en el siglo que coronaba el inicio de nuestra era, dado que en ello leemos lo siguiente:

“En ocultos subterráneos se cometían sus exasperantes iniquidades; se unían el hijo con la madre, y el padre con la hija. Fornicaban cada uno con la mujer de su vecino, y hacían entre ellos pactos bajo juramento a este respecto ...” (Cf. *Salmos de Salomón*, VIII, 9-11, París, 1911, Letouzey & Ané édit.).

como se ve, todo se produce del mismo modo que en las ceremonias mágico-sexuales del tantrismo o en los sábbats medievales: la violación de los tabúes a través de la liberación alimentaria y sexual, las conjuras, los juicios de obediencia, etcétera.

Pues bien, Mariamna II, alias María de Cleofás, hermanastra de María y tía de Jesús, era miembro de dicha conjura y participaba en dichas orgías:

“Parecía que los manes de Alejandro y de Aristóbulo¹²⁰ erraban por todas partes para hacer descubrir las cosas más ocultas, y sacar testimonios y pruebas de la boca de aquellos que estaban más alejados de toda sospecha. Porque al someter a tortura a los hermanos de *Mariamna, hija de Simón, sumo sacerdote, se descubrió por sus confesiones que ella era culpable de dicha conspiración*. Herodes hizo pagar a los hijos el crimen de su madre, y borró de su testamento a Herodes Filipo I, el hijo que había tenido de ella y a quien había declarado su sucesor. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, I, XIX, manuscrito griego).

Herodes, en efecto, no podía englobar en su venganza a su propio hijo, ya que Herodes Filipo I no contaba entonces más que cinco años de edad, dado que su madre Mariamna II cayó en desgracia en el año 5 antes de nuestra era, y él había nacido en el año 10.

Así pues, María de Cleofás, tía de Jesús por ser hermanastra de María su madre, y esposa de Herodes con el nombre de Mariamna II, había participado en el complot encaminado a la muerte de éste y a las orgías sexuales y mágicas celebradas con dicho fin. Teniendo en cuenta todo cuanto develamos en nuestro primer volumen,¹²¹ puede suponerse que ello lo realizaba en beneficio de la dinastía davídica en general, y de su sobrino Jesús en particular. Como había nacido en el año -17, en el año -5, cuando tuvo lugar el complot de su tía, contaba ya doce años, es decir, la mayoría de edad civil y religiosa. Y es bastante dudoso que María, su madre, ignorara la conspiración que se estaba realizando en favor de su hijo primogénito.

Y esto confirma lo que estamos sosteniendo desde el principio de nuestra investigación, a saber, que el judeocristianismo primitivo no fue jamás otra cosa que una extensa empresa política, y nada más, y en modo alguno una predicación mística, como se nos intenta hacer creer desde hace veinte siglos.

Conviene observar a este respecto que el repudio de Mariamna II y los motivos de dicha sanción no alteraron en modo alguno las relaciones entre ella y su hermanastra María I, madre de Jesús. Tenemos la prueba de ello en los propios evangelios canónicos:

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás ...”
(Cf. Juan, 19, 25).

Ahora sabemos que hay que leer “hija de” Cleofás.

No obstante, ese grupo había permanecido relativamente herodiano, ya que entre las mujeres que habían seguido a Jesús “y le servían” cuando estaba en Galilea, se hallaba Salomé II (cf. Marcos, 15, 41), quien durante un tiempo fue la concubina de Jesús (véase el capítulo 27), y “Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes” (cf. Lucas, 8, 3). Aquí se trata, evidentemente, de Herodes Antipas, y no de Herodes el Grande, que había muerto hacía ya tiempo.

¹²⁰ Hijo de Herodes el Grande y de Mariamna I, ejecutado en Sebasta (Samaria), por orden de su padre, en el año 7 antes de nuestra era.

¹²¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*.

La presencia de Salomé II, nieta de Herodes el Grande, viuda de Lysanias, tetrarca de Abilene, la de Juana, mujer de Chuza, intendente de Antipas, junto a María, madre de Jesús, y María, hija de Cleofás, alias Mariamna II, esposa repudiada de Herodes el Grande, en resumen, todo lo que se acostumbra a llamar “as santas mujeres” según la tradición cristiana, nos sitúa en presencia de un ambiente de lo más curioso. Porque su santidad está aún por demostrar.

En el caso de María II, hija de Cleofás, las orgías sexuales y mágicas en las que participó en vida de Herodes excluyen toda santidad, es bien evidente. Salomé II fue la concubina de Jesús como lo demuestra el *Evangelio según Tomás*, esto no la desprestigia, ya que ella fue viuda por aquel entonces, y Jesús no estaba casado, según se supone. Pero esta situación, bautizada por el judeocristianismo con el nombre de fornicación, no implica tampoco nada de santidad ... Sobre Juana, esposa de Chuza, intendente de Herodes Antipas, uno podría preguntarse por qué su esposo la dejaba vagabundear así desde Galilea, en el seno de un grupo zelote, que practicaba no sólo la comunidad de bienes, *sino también la de mujeres*, como veremos enseguida. Quizás era la doncella de Salomé II, o quizás había sido repudiada por Chuza, por su conducta. Lo que queda de ello es que las “santas mujeres” como las califica piadosamente Daniel-Rops, no constituyen sino una leyenda más.

Ahora bien, con su presencia en Jerusalén durante la ejecución de Jesús, aportan una explicación complementaria a todos esos favores y protecciones misteriosas de las que él se benefició hasta el día en que, a los ojos de Roma y de su procurador, la copa quedó colmada. En una obra acuñada con el *Imprimatur* (París, 15-1-1957) y titulada *La Date de la Cène*, Annie Jaubert hace alusión a ello (p. 129), y Oscar Cullmann, pastor protestante, demostró en su libro *Dios y César* que el proceso de Jesús había sido un proceso puramente zelote. Como se ve, nuestra tesis se mantiene.

Vamos ahora a abordar un tema particularmente delicado, y cuyas conclusiones causarán escándalo, aunque no tengan escapatoria posible: el de la comunidad de bienes que incluía ... *a las mujeres*, en los medios apostólicos primitivos.

Sabemos por Flavio Josefo, que durante tres años fue miembro de su secta, que los esenios aceptaban, no el matrimonio, sino simplemente la unión sexual, con vistas a la procreación de hijos y la renovación de sus miembros, pero con mujeres cuidadosamente elegidas, y purificadas cada vez, antes del coito, mediante ritos bien precisos (cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, VII, IX; II, VIII, X; *Antigüedades judaicas*, XVIII, I, 5).

Como los esenios estaban repartidos en cuatro clases separadas, es fácil comprender que únicamente los miembros de la clase más baja, por consiguiente los más jóvenes, tenían la posibilidad de copular. Pero, se dirán ustedes, ¿cómo conciliar esto con la afirmación de Filón de Alejandría, quien nos asegura, por otra parte que: “Ningún esenio puede tomar mujer ...”? (Cf. Filón, *Quod omnis probus liber*, XII). Y tanto más cuanto que Plinio lo confirma: “ ... sine ulla femina, omni venere abdicata ...” (cf. Plinio, *Natura historiarum*, V, XVII).

Se captará mejor el matiz recordando que practicaban el *comunismo absoluto*. Cualquiera que entrase en la sociedad, abandonaba todo lo que poseía en manos de la comunidad, y eso es lo que con toda seguridad impresionó más a Flavio Josefo y lo que quizás le movió a salirse de ella (cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, VIII, 3).

Podemos, pues, concluir que los esenios efectivamente no se enredaban en los lazos del matrimonio legal y según la tradición corriente en Israel, expresada por la ley judía, sino que asumían simplemente la procreación, necesaria para perpetuar su secta, *fecundando a mujeres que tenían en común*, cuando tenía lugar su paso por el grado más bajo, unas mujeres que, sin embargo, eran elegidas y purificadas con este fin. Y eso es, probablemente, lo que explica que los miembros de los grados superiores de la Orden se hallaran en la necesidad de purificarse a su vez cuando tenían

contacto material con los de los grados inferiores, a los que consideraban como impuros a causa de su vida sexual.

Pues bien, nosotros sabemos ahora que los zelotes procedían inicialmente de los esenios. Igual que ellos, rechazaban un buen número de tabúes legales, pero, por el contrario, observaban muchas otras costumbres de manera particularmente integrista. Y la comunidad de bienes la encontramos entre los discípulos de Jesús:

“La muchedumbre de los que habían creído tenía un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, *antes lo tenían todo en común* (...) Cuantos eran dueños de haciendas o casas, las vendían y llevaban *el precio de lo vendido*, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad.” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 4, 32-35).

Esta apreciación, nuestros apóstoles sabían orientarla perfectamente según sus propios intereses, ya que leemos un poco más adelante:

“Por aquellos días, habiendo crecido el número de los discípulos, surgió una murmuración de los helénicos contra los hebreos, porque las viudas de aquellos eran mal atendidas en el servicio cotidiano ...” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 6, 1).¹²²

Y vamos ahora a constatar que nuestros santos discípulos del Señor no solo practicaban, *sino que además exigían*, la puesta a disposición común de sus esposas, y muy probablemente también de sus hijas. Tomemos una vez más la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea:

“En aquellos tiempos nació también la herejía llamada de los nicolaítas, que duró muy poco¹²³ y de la que también hace mención el *Apocalipsis* llamado de san Juan.¹²⁴ Esos herejes pretendían que Nicolás era uno de los diáconos, compañeros de Esteban, elegidos por los apóstoles para el servicio de los indigentes”. (Cf. Hechos de los Apóstoles, 6, 5). Al menos Clemente de Alejandría, en el tercer *Stromate*, cuenta con sus propios términos lo siguiente al respecto:

“Se dice que tenía una mujer en la flor de su vida. Tras la ascensión del Salvador, *los apóstoles le reprocharon que estuviera celoso*. Entonces condujo a su esposa al centro de la asamblea y la abandonó a quien quisiera casarse con ella. Se dice que esa acción se ajustaba a la fórmula: “Hay que hacer poco caso de la carne ...”. Y cuando imitan su acción y sus palabras, sin examen, los que siguen su herejía, se prostituyen de manera vergonzosa ... Estando así las cosas, el abandono en medio de los apóstoles de su mujer, *que era un objeto de celos*, era señal de renuncia a la pasión, y la continencia frente a los placeres buscados con más ahínco enseñaba a hacer poco caso de la carne. En mi parecer, no quería, conforme al mandamiento del Señor, servir a dos amos: al placer y al Señor”. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXIX, 1-2, citando a Clemente de Alejandría, *Stromates*, III, 52-53).

¹²² Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 162-183.

¹²³ La herejía nicolaíta perduraba todavía en el siglo IV, como demuestra san Epifano en su *Tratado de las herejías*. Lo que prueba que esa costumbre de las mujeres en comunidad estaba muy arraigada en los medios cristianos primitivos.

¹²⁴ Hemos demostrado en *Jesús o el secreto mortal de los templarios* (páginas 30 a 36) que el Apocalipsis fue redactado por Jesús en vida. Por consiguiente, esa costumbre que a continuación fue denominada nicolaísmo era practicada todavía en aquellos tiempos en los medios zelotes. Lo que es más, según san Ireneo (cf. *Contra los herejes*, I, XXVI, 3), esta costumbre se remontaba hasta el diácono Nicolás, por lo tanto hasta los propios tiempos apostólicos.

Este texto exige ya varias observaciones:

- a) Nicolás el diácono, que había recibido el Espíritu Santo (cf. Hechos, 6, 5-6), estaba no obstante muy celoso de su bonita esposa. Sin duda tenía razones para ello, ya que veía que la deseaban, según era costumbre, puesto que:
- b) los apóstoles, que también habían recibido al Espíritu Santo, se lo reprochan, lo que demuestra que hay entre ellos hombres que desean poseerla a su vez, según lo habitual entre su comunidad de bienes. Pero ello prueba asimismo que tampoco ellos están liberados de los “gozos groseros de la carne” ...
- c) conforme al uso apostólico y zelote, procedente de los esenios, Nicolás el diácono se inclina, y conduce a su bonita esposa al centro de la asamblea apostólica y de los discípulos, abandonándola a ellos;
- d) Clemente de Alejandría “piensa” que se debe interpretar su decisión en el sentido de un desprendimiento de las cosas carnales, pero, como se ve, no está del todo seguro, no lo afirma. Y, efectivamente, si Nicolás estaba celoso de su hermosa mujer, es porque la quería, y tenía buenas razones para estar en guardia y pasar por un celoso. Sin embargo, la ejecución sumaria, por orden de Simón-Pedro, de Ananías y de Saphira, su esposa, por infracción grave de las reglas comunitarias, le hicieron reflexionar;¹²⁵
- e) la mujer de Nicolás no fue obrecida en matrimonio a quien quisiera tomarla por esposa (¡que ya era el colmo!), tal como dice Eusebio de Cesarea, y su traductor, el canónigo G. Bardy retrocedió ante la enormidad escandalosa de la frase exacta, ya que el texto griego de ese *Stromate* de Clemente de Alejandría emplea el término *épétrepem*, que viene de *épitrepo*, que significa *entregar, ceder, abandonar* y de ninguna manera casarse. De hecho la joven fue entregada a la comunidad de los “santos hombres de Dios”. Rasputín existió en todas las épocas, como se ve.

Esa comunidad de las mujeres se extendía asimismo a las muchachas, lo que excluye, igual que en el seno de los esenios, la constitución de parejas duraderas y legales. Veamos una vez más el testimonio de Clemente de Alejandría, aportado por Eusebio de Cesarea:

“No obstante, Clemente, cuyas palabras acabamos de leer, enumera a continuación de lo que acaba de ser dicho, a aquellos de los apóstoles que estuvieron casados, *a causa de aquellos que condenan el matrimonio*:

“¿Rechazarán también a los apóstoles? Pedro y Felipe tuvieron hijos. *Felipe incluso dio sus hijas a hombres*. Y Pablo no vaciló en saludar en una Epístola a su compañera, a quien no había llevado consigo para mayor comodidad de su ministerio ...” (Cf. Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica, III, XXX, 1, citando a Clemente de Alejandría, Stromates, III, 25-26).

Pues bien, aquí está el texto griego de Clemente: “*Philippe dé kai tas Tugatéras andrasin exedoken*” (op. cit.).

Y *exedoken* viene de *ekdidomi*, que significa tanto entregar (un esclavo o una mujer), como dar en matrimonio. Dado que acabamos de tener la prueba de que los medios apostólicos primitivos ponían en común a las esposas, no puede tenerse en cuenta el segundo sentido de *ekdidomi*, sino sólo el de *entregar, abandonar* como fue también el caso de la demasiado hermosa esposa de Nicolás el diácono, “objeto de celos” (sic), entre los discípulos.

Y tanto más cuanto que una fuerte corriente mayoritaria condenaba el matrimonio. No quedaba, entonces, como única solución posible, más que el concubinato sucesivo.

¹²⁵ Cf. Jesús o el secreto mortal de los templarios, pp. 169-173.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Un hecho parece no haber sorprendido a nadie en el mundo de los historiadores del cristianismo: el hecho de que Jesús, modesto carpintero en paro perpetuo, y que decía ser de origen muy humilde, fuera juzgado por Pilato, procurador de Roma.

En *Jésus en son temps*, Daniel-Rops escribe: “De hecho, esta historia no tuvo para el ciudadano de Roma que vivió bajo Tiberio más importancia de la que hubiera tenido para nosotros la aparición de cualquier oscuro profeta en Madagascar o la Reunión” (Op. cit.: *Introduction. Ce qu'en su les contemporains*).

Pues bien, en Roma es el emperador, pontifex maximus (pontífice supremo) y césar (sagrado), quien delega los poderes de ofrecer sacrificios a los dioses del Imperio, así como de ajusticiar y de pronunciar sentencias. De él emanan y descienden los diversos poderes religiosos, civiles y militares, hasta los más humildes magistrados romanos, como una cascada legalista. ¿Cómo imaginar a Pilato, que representaba a César en Judea, y que por lo tanto constitúa la máxima autoridad romana, sancionando robos de gallinas, agresiones diurnas y nocturnas, y crímenes diversos? Eso es algo simplemente impensable. En todas las ciudades dependientes de Roma había magistrados encargados de impartir la justicia romana según las leyes de Roma y las costumbres locales, combinadas y asociadas.

Si Jesús hubiera sido un oscuro agitador, una vez capturado podía ser ejecutado o crucificado sobre el terreno, por orden de un simple centurión, por haberlo sorprendido con las manos en la masa, y hay sobraditos ejemplos de ello. En caso de ser un personaje más importante, podía ser enviado al magistrado romano de la ciudad más próxima, para el ejercicio del *jus gladii*. Si era todavía más importante, una vez conducido a Jerusalén bastaba con hacerlo comparecer ante el tribuno de las cohortes, gobernador de la *Antonia* y jefe de armas de Jerusalén. El tribuno de las cohortes, como *magistrado militar*, conservaba todavía bajo el Imperio los privilegios honoríficos que, bajo la República, le daban rango de cónsul, a falta de los poderes de éste.

Es decir que, como jefe de todo el movimiento zelote, e incluso como “hijo de David” y pretendiente del trono de Israel, si se hacía comparecer a Jesús ante el gobernador de la *Antonia* se le concedía, ya sólo con esto, una enorme importancia, y la sentencia del tribuno de las cohortes hubiera sido asimismo igual de regular y legal que si hubiera sido pronunciada por el procurador de Roma.¹²⁶

Eso significa, pues, que Jesús era efectivamente algo muy distinto a un simple cabecilla rebelde, y por eso fue llevado a comparecer ante Pilato. Al hacerlo, no ignoraban que iba a gozar de poderosas influencias, y que únicamente el procurador imperial estaba en posición de apreciar el valor y el interés de éstas, para tenerlas en cuenta o ignorarlas.¹²⁷ Cosas todas que un tribuno de las cohortes no podía permitirse afrontar. *Y esto lo que hace no es sino venir en apoyo de todo cuanto hemos dicho sobre las relaciones que unían las dinastías herodiana, asmonea, davídica, ante las autoridades, tanto romanas como judías y religiosas.*

¹²⁶ El hecho de que Saúl-Pablo fuera príncipe herodiano es lo que movió al tribuno Claudio Lysias a enviarlo, escoltado, ante el procurador Antonio Félix (Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, páginas 36 a 48). Un príncipe de sangre real no podía ser juzgado por un simple tribuno. Del mismo modo fue enviado Andrés-Eleazar ante Nerón César. Otros, por el contrario, fueron ejecutados sobre el terreno, al ignorar los legionarios su rango ...

¹²⁷ Esto no es nada exclusivo del mundo antiguo, y un decano del colegio de abogados amigo nuestro nos ha explicado el mecanismo contemporáneo, que es de lo más sencillo ...

El verdadero Herodes Filipo II

Es bien sabido que la verdad no siempre es verosímil ...

FRANÇOIS, marqués DE SADE,
Histoire secrète d'Ysabelle de Bavière, reine de France

Como se acaba de ver por el estudio que ha sido objeto del precedente capítulo, el personaje de Herodes Filipo II fue creado íntegramente para justificar la existencia de una pseudo-Cleopatra de Jerusalén, y velar de este modo que no era otra que la María de Cleofás de los textos apostólicos, hermanastra de María madre de Jesús, alias Mariamna II, esposa de Herodes el Grande y madre de Herodes Filipo II, éste perfectamente real, ya que fue el primer esposo de Herodías, madre de Salomé II.

Y entonces se planteaba un nuevo problema, el de determinar la identidad del primer esposo de esta última, antes de que se convirtiera en la egeria de Jesús,¹²⁸ y luego en la esposa de Aristóbulo III, rey de Armenia.

Este importante problema, que una vez resuelto podía proyectar una nube de descrédito sobre la familia davídica, primero a causa de esa alianza matrimonial, y luego por los libertinajes en los que participó la citada Mariamna II, los historiadores eclesiásticos de los primeros siglos resolvieron a su manera, invariable. Esta vez no crearon un personaje imaginario, sino que lo suprimieron. Y así, es inútil buscar ningún rastro de Salomé II en las obras de Juan Cristóstomo, de Atanasio de Alejandría, etc. Para ellos, la danzarina que pidió la cabeza del Bautista fue Herodías, ignoran a Salomé, su hija ... Y lo mismo sucede con Eusebio de Cesarea, quien en su *Historia eclesiástica* (I, VIII, 13) menciona a Salomé I, hermana de Herodes el Grande, pero ignora por completo que la Herodías a la que él cita en dicha obra (*op. cit.*, I, XI, 1; I, XI, IV, 1) tuvo una hija llamada Salomé, y que ésta fue la danzarina responsable de la decapitación de Juan el Bautista según los evangelios canónicos (cf. Mateo, 14, 6, y Marcos, 6, 22). Parecería como si el obispo de Cesarea, historiador de la iglesia primitiva, panegirista de Constantino, copista y difusor de los evangelios oficiales, no los hubiera leído jamás.¹²⁹

De hecho, tales reticencias, omisiones, encubrimientos y mentiras son, para el historiador, siempre de lo más gratificantes.

Nos encontramos en el año 29 de nuestra era, ya que Tiberio fue emperador en el año 14. Desde la muerte de Herodes el Grande y la interpretación de su tercer testamento por César Augusto en Roma, en presencia de toda la familia herodiana, su reino fue dividido en tres partes, a saber:

- una mitad para Arquelao, que comprendía Judea y Samaria;

¹²⁸ Cf. Presentación de Gilbert Lely (París, 1953, Gallimard édit.), quien observa que Sade no se equivocó al llamarla así, ya que la firma de la reina era, efectivamente, *Ysabel*, y la forma de Isabeau era extremadamente rara en las actas oficiales.

¹²⁹ Sobre el carácter ilusorio de esta danza de Salomé II, cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 136-138.

- una cuarta parte para Herodes Antipas (de ahí su nombre de tetrarca), que comprendía Galilea y Perea;
- una cuarta parte (la última) para Herodes Filipo I, que comprendía Batanea, Traconítide, Gaulanítide y Auranítide. Éste era entonces el esposo de su sobrina Herodías, que se convertiría en la concubina oficial de Herodes Antipas cuando éste repudió a la hija de Aretas, rey de Nabatene. Por lo tanto Herodes Filipo era asimismo, debido a este hecho, el padre de Salomé II.

Considerando que Herodes Filipo II, hijo de Cleopatra de Jerusalén, ambos personajes imaginarios, no pudo ser esposo de ésta, ¿quién fue, entonces, el primer cónyuge de Salomé II? No queda más que uno, Lysanias, a quien también se le llama Herodes Lysanias.

Tomemos pues en mano el problema de los documentos históricos, y releamos atentamente el pasaje de Lucas:

“En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, tetrarca de Galilea Herodes, y Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de la Traconítide, y *Lysanias tetrarca de Abilene*, bajo el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto”. (Cf. Lucas, 3, 1-2).

Hay que reconocer que quien redactó este pasaje parece haber querido provocar controversias, porque no dejó de levantarlas durante siglos. ¡E incluso en los orígenes! Empezando por Luciano de Samosata, el terrible ironista griego, quien en *Las sectas en almoneda* se mofa así: “El 7 del mes en curso, siendo Zeus pritano, Poseidón proedro, Apolo epistato, y Momo, hijo de la Noche, cartulario, el Sueño propuso lo que sigue ...”. Durante mucho tiempo los exégetas de la crítica liberal sostuvieron que Lucas, o quien hablase en su nombre, había dado unos nombres al azar, y que eso no se tenía en pie frente a verificaciones. Pero no hay nada de eso, y el *Dictionnaire d'archéologie chrétienne* de Dom Cabrol y Dom Leclercq nos aporta la prueba.

El nombre de Abilene procede del de la ciudad de Abila, hoy Souq-wadi-Barada, situada en la ladera oriental del Anti-Líbano, en el camino de Beirut a Damasco. Esta ciudad gozaba de una cierta notoriedad a principios de nuestra era, y fue la capital de una pequeña dinastía local que desempeñó un papel en la historia del Medio Oriente.

Según Flavio Josefo (cf. *Antigüedades judaicas*, XIII, XV, XVI; XIV, III, VII, XIII; XV, IV; *Guerra de los judíos*, I, IX, XIII), Ptolomeo, hijo de Meneo, emir de los beduinos nómadas de los alrededores de Damasco, fue el fundador de esta familia. Vivió hacia el año 85 antes de nuestra era, y se hizo muy temible ante los damascenos. Flavio Josefo lo considera capaz de todas las fechorías, y más aún debido al hecho de ser pariente de Dionisio, tirano de Trípoli, por lo que tenía a quien parecerse. No obstante, cuando Pompeyo penetró en Siria, en el año 63 antes de nuestra era, asoló totalmente el pequeño reino de Ptolomeo, le hizo pagar un enorme rescate, devastó Calcis (hoy Andjor), Heliópolis (hoy Baalbeck), e hizo decapitar a su terrible pariente Dionisio de Trípoli.

Ptolomeo consiguió pagar el desorbitante tributo, y así conservó su feudo. Tras la muerte trágica de Aristóbulo II (en el año 49 antes de nuestra era), Ptolomeo recogió en sus estados a la familia de este último, y casó a su hijo Filipion con Alejandra, hija de Aristóbulo II. Luego, al encontrarla de su gusto, y lamentando no haberla conservado para sí mismo, hizo asesinar a su hijo Filipion y la tomó por esposa. Murió en el año 40 antes de nuestra era, y su hijo Lysanias le sucedió.

El nuevo “dinasta” (título que le da Flavio Josefo) sostuvo los derechos de Antígono, hijo de Aristóbulo II, y para ello se alió con los partos. Cleopatra de Egipto hizo que Antonio le diera muerte en el año 34 antes de nuestra era, lo que le permitió apoderarse de una parte de sus Estados, entre los

que probablemente se encontraban Calcis y Abila, y quizás incluso también Paneas y la región del lago Ulatha.

Al difunto Lysanias le sucedió Zenodoro, llamado a veces también Zenón, quien, con el título de “eparca”, poseyó la Traconítide, la Batanea, el Hauran, y extensos dominios alrededor de Jamnia. De todos modos, y como su carácter belicoso y saqueador era incorregible, César Augusto, para castigarlo por sus *razzias*, le confiscó la Traconítide, la Batanea y el Hauran, y confió esos territorios a Herodes el Grande. Zenodoro se encontró con que era simplemente propietario de un territorio reducido, sito en el país del lago Ulatha, alias Houleh, con Paneas y sus entornos inmediatos.

A su muerte, este territorio, así reducido por el rigor romano, volvió a Herodes el Grande, cuyo favor aumentaba sin cesar. Pero el recuerdo de sus derechos subsistió durante mucho tiempo aún, ya que Flavio Josefo, en el año 4 antes de nuestra era, a la muerte de Herodes el Grande, menciona que Herodes Filipo recibió, para la constitución de su tetrarquía, “*una parte* de los dominios de Zenodoro”, y más tarde aún, en el año 36 de nuestra era, menciona en el lote de Herodes Agripa I, “la tetrarquía de Lysanias”; luego, en el año 52, Claudio César retira Calcis a Herodes Agripa I, y le da, en compensación “la Abilene de Lysanias”. Pero, ¿cómo penetrar en la Abilene de Lysanias si, el mismo día, se retira a Calcis?

Otros autores antiguos nos hablan de Ptolomeo y de Zenodoro, por ejemplo Estrabón y Dion Cassius. Pero nada de esto justifica cómo Lucas pudo citar a un Lysanias, *tetrarca de Abilene*, bajo el reinado de Tiberio César, si el Lysanias más próximo había muerto en el año 34 antes de nuestra era, como ya hemos visto.

Afortunadamente han llegado hasta nosotros dos inscripciones antiguas que nos han probado que hubo otro Lysanias, más cercano a nosotros. La primera fue descubierta en Nebi-Abil, alias Abila, por Pococke. La segunda en Souq-wadi-Barada, por el R.P. Savignac, en abril de 1912. Estaba grabada sobre la pared de la montaña, en el borde de un antiguo sendero que, procedente de la localidad, conducía a un templo cuyas ruinas se ven todavía en la roca que domina el valle. Veámosla en la traducción del griego antiguo:

“A la salud de los señores Augustos y de toda su Casa, Nymphaios, hijo de Abimmeos, *liberto del Tetrarca Lysanias*, creó este camino, construyó el templo y plantó todas las plantaciones con sus propios medios. Al dios Cronos y a la Patria, en testimonio de piedad”.

Como vemos, el templo estaba dedicado a Cronos (Saturno), y debía de estar rodeado de un bosque sagrado, ya que las encinas verdes que aún subsistían en 1912 seguían siendo consideradas por los indígenas como sagradas (cf. *Revue biblique*, 1912, nueva serie, tomo IX, pp. 534-536).

Por los trabajos de Dittenberger (cf. *Orientis graeci inscriptiones*, 606, nota I) se sabe ahora que la expresión “señores Augustus” designaba al emperador y a toda su familia. No puede tomarse en cuenta a Nerón y a su madre Agripina, porque en el año 37 la tetrarquía había desaparecido, y bajo Claudio no se consideró jamás como *Augusta* a Mesalina. Por lo tanto no quedan más que Tiberio César y la emperatriz Livia, que fue declarada con justicia *Augusta* después de la muerte de Augusto, y que murió en el año 29. La dedicatoria de Nymphaios, “*liberto del Tetrarca Lysanias*”, es por consiguiente anterior al año 29 de nuestra era y posterior al año 14, año de la muerte de Augusto. Ésta nos prueba que un tetrarca reinante entonces en Abilene se llamaba Lysanias, evidentemente el segundo de este nombre. Y simplemente fue él el primer esposo de Salomé II, hija de Herodes Filipo I y de Herodías.

Pero como había que afianzar la existencia de un Herodes Filipo II con el fin de acreditar la de una Cleopatra de Jerusalén, diferente a la escandalosa Mariamna II, y cortar así toda prueba de una alianza matrimonial entre los hijos de David y los herodianos, se hizo desaparecer a este Lysanias por ser demasiado revelador, y se dio a Salomé II en matrimonio al imaginario Herodes Filipo II.

Nosotros, pacientemente, hemos buscado a Lysanias dentro del extenso panorama de los miembros de la dinastía herodiana, y creemos que lo hemos encontrado.

Conviene admitir, en efecto, que la existencia de un fragmento de territorio en el seno de una tetrarquía gobernada por un Herodes, y que sin embargo había seguido siendo propiedad de uno de los “dinastas” descendientes de Ptolomeo, hijo de Meneo, es más que improbable. Este enclave habría vuelto rápidamente, bajo un pretexto cualquiera, al tetrarca herodiano propietario del conjunto. Por lo tanto hemos de admitir razonablemente que el dueño de ese pequeño feudo interior era, también él, de la familia de los Herodes. Una vez admitido esto, podemos buscarlo. Y probablemente aquí lo tenemos:

“El emperador, después de haberlos oído, levantó la sesión del consejo (...) La Batanea, con la Traconítide, la Auranítide, y una parte de lo que se llamó el dominio de Zenodoro, le reportaban a Filipo cien talentos”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XII, XI, 4).

“Esos fueron los hijos de los hijos de Herodes. En cuanto a Herodías, su hermana, ésta se casó con Herodes (Herodes Filipo I), que Herodes el Grande había tenido de Mariamna (II), la hija del sumo pontífice Simón, y tuvieron por hija a Salomé (II), después de cuyo nacimiento Herodías, despreciando las leyes nacionales, y tras separarse de su marido, todavía vivo, se casó con Herodes (Herodes Antipas), hermano consanguíneo de su primer esposo, y que poseía la tetrarquía de Galilea. Su hija Salomé (II) se casó con Filipo, hijo de Herodes, tetrarca de la Traconítide. Y como murió sin dejar hijos, volvió a casarse, esta vez con Aristóbulo, hijo de Herodes hermano de Agripa. De él tuvo tres hijos: Herodes, Agripa y Aristóbulo”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, V, 4).

Recapitulemos sobre todo esto: “Su hija Salomé se casó con Filipo, hijo de Herodes, tetrarca de la Traconítide ...”. ¡Esto lo explica todo!

El tetrarca de la Traconítide es Herodes Filipo I, primer esposo de Herodías, y ambos tuvieron una hija, Salomé II, antes de que dicha Herodías lo abandonara para irse a vivir con su hermanastro Herodes Antipas. Pero como se ha visto anteriormente, la mala construcción de la frase hace creer que Salomé II se había casado con *el tetrarca*, ¡es decir, con su propio padre!

Ahora bien, además de Salomé II, ese mismo tetrarca de la Traconítide tuvo otro hijo, llamado también Filipo, y como también era un Herodes, se trata del verdadero Herodes Filipo II, y éste no fue imaginario, ni hijo de la imaginaria Cleopatra de Jerusalén. Como tenía por padre al mismo que engendrara a Salomé II, aún admitiendo que fueran de madres diferentes (cosa muy posible, e incluso muy corriente en aquella época), Salomé II era hermanastrona suya, y él era su esposo ... Cosa que era asimismo muy corriente en aquella época, y no sólo entre los soberanos egipcios. Y él es el Herodes Lysanias tetrarca de Abilene. Cuando muere, dejando a Salomé II viuda y sin hijos, ella será durante un tiempo la amiga de Jesús, según lo precisa el terrible *Evangelio según Tomás*,¹³⁰ y más tarde contraerá segundas nupcias, como se ha dicho antes, con Aristóbulo III, a quien Nerón convertirá en rey de Armenia.¹³¹

¹³⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 289-303.

¹³¹ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 185-186. Hay que observar que las hijas y los hijos eran educados totalmente aparte y separados. Cuando se hallaban en contacto, en la adolescencia, no se producía entre ellos esa repulsión instintiva que existe por regla general cuando crecen juntos. Además, a menudo eran de madres diferentes, pues se trataba de

Pero ¿cómo pudo estar Lucas al corriente de la existencia de ese hijo de Herodes Filipo I, cuyo minúsculo feudo se inserta en la tetrarquía de su padre, y que fue un personaje tan desdibujado que Flavio Josefo, que se informaba tan abundantemente en las *Historias* de Ptolomeo de Ascalón y de Nicolas de Damasco, biógrafos de la dinastía herodiana, ni siquiera lo menciona?

Pues simplemente por Saulo-Pablo, de quien él era el secretario y el compañero de confianza. Y esto constituye una prueba más de que este último no era en absoluto un judío oscuro, deportado o nacido en Tarso, sino la misma persona que el príncipe herodiano Saúl, hermano de Costobaro, y nieto, por parte de su madre Cypros II, del rey Herodes el Grande, y cuya verdadera existencia ya analizamos en un precedente volumen.¹³²

Porque el judío oscuro no conocería a todos los miembros de esta familia, tan numerosa, y de filiaciones extremadamente complicadas, mientras que el príncipe herodiano no podría ignorar a ninguno de sus primos.

Y esa frase terriblemente reveladora de Lucas (III, 1-2), nos precisa además la fecha exacta en la que comenzó la revolución antirromana que Jesús debía acaudillar personalmente, haciendo predicar previamente la guerra santa por su primo Juan, el Bautista, a saber, “*el decimoquinto año del reinado de Tiberio César*”, o sea en el año 28 de nuestra era. Esta revolución, probablemente esporádica, cortada por la retirada a Fenicia, por altibajos, por la retirada a los maquis de la Alta Galilea o a las soledades desérticas de la salvaje Judea, para terminar en la huida a Samaria, duró de hecho unos seis años aproximadamente.¹³³

Permanece un testimonio sobre la virulencia de la llamada de las armas lanzada por el Bautista, el de Flavio Josefo:

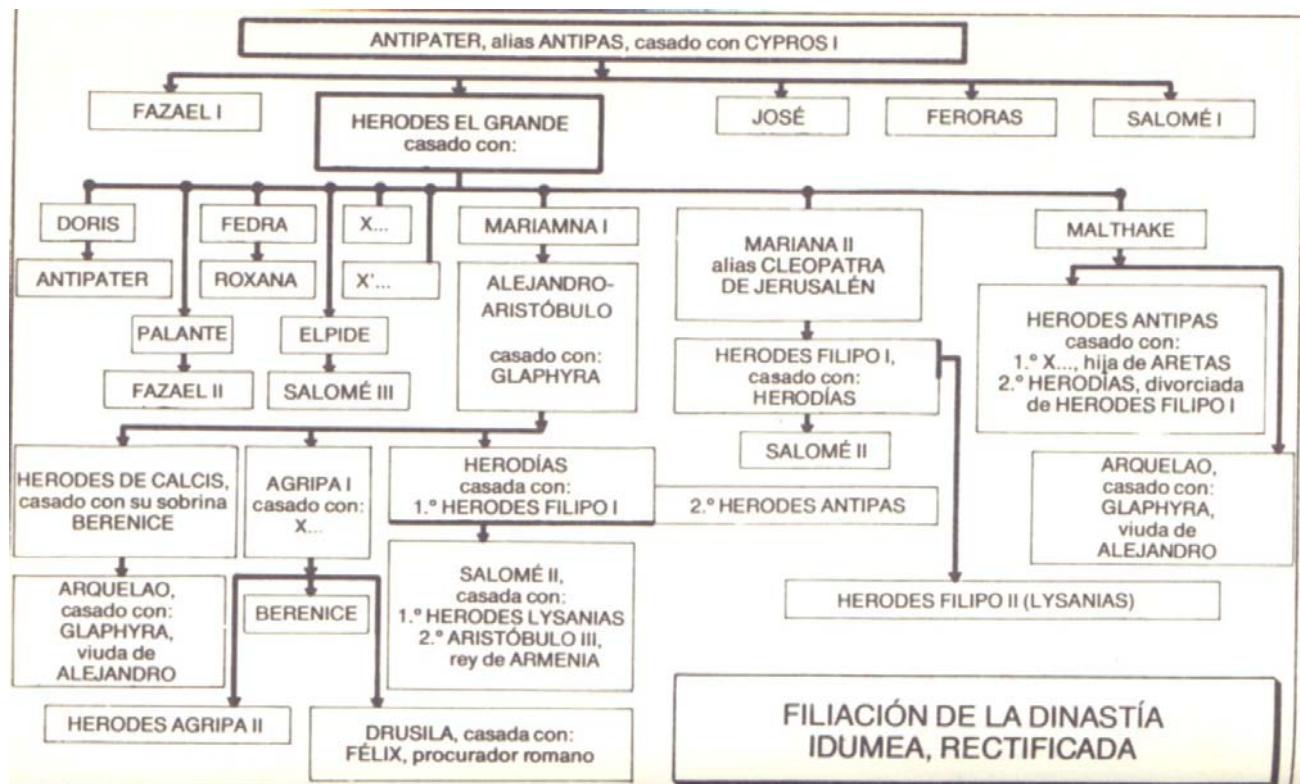
“Las gentes se habían reunido en torno a él, porque estaban muy exaltadas oyéndole hablar. Herodes (Antipas) temía que semejante facultad de persuasión no suscitara una revuelta, ya que la multitud parecía dispuesta a seguir *en todo los consejos* de este hombre ...” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, V, 118).

Como se ve, en los discursos reales del Bautista no se trataba de prédicas morales o devocionales. Se trataba lisa y llanamente de barrer a los ocupantes romanos y a sus hombres adictos, los reyezuelos herodianos. Porque las predicaciones religiosas no podían suscitar la desconfianza, y menos la ira de Herodes Antipas, antes al contrario. No podía ser lo mismo en el caso de discursos incendiarios de carácter político.

matrimonios por interés. De ahí las frecuentes uniones entre hermanos y hermanas en el mundo antiguo y en esas regiones.

¹³² Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*.

¹³³ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 126-138 y 184-190.



Segunda parte

Los secretos del Gólgota

¡Tranquilizaos, oh Mistos!
Vuestro dios ha resucitado
Sus penas y sus sufrimientos
Asegurarán vuestra salvación ...

JULIUS FORMICUS MATERNUS
*De Errorre: XVIII, ritual del dios Mitra*¹

¹ Se observará que el culto a Mithra es catorce siglos anterior al cristianismo, y que no desapareció hasta el siglo V de nuestra era.

Jesús-bar-Juda

En todas partes se ha visto a pueblos arrastrados por un solo milagro falso; ¿y Jesucristo no pudo hacer nada del pueblo judío, con una infinidad de milagros verdaderos? ... ¡Ese milagro, el de la incredulidad de los judíos, es el que conviene explicar ...!

DIDEROT,
Pensées philosophiques, addition

Jesús-bar-Juda, alias Jesús de Galilea, más tarde Jesús de Nazaret, es un nombre que vemos aparecer en el canon neotestamentario. En el Antiguo Testamento lo volvemos a encontrar, evidentemente, numerosas veces, pero bajo la forma de Josué, ya que Jesús es Josué, lo mismo que Josué es también Jesús. En hebreo ese nombre se pronuncia *Ieoshuah*, y se escribe exactamente así: *iod-he-waw-shin-ain*, y no *iod-he-shin-waw-he*, como algunos místicos cristianos del siglo XVII querían hacernos creer, seguidos más adelante por los martinistas contemporáneos y los seguidores del “maestro” Philippe de Lyon. *Jamás*, e insistimos en este término, *jamás* un rabino, cabalista o no, se permitiría semejante sacrilegio: *romper el NOMBRE SAGRADO introduciendo en él una quinta letra!* Y lo que es más, modificar así su valor numeral, es decir, 26, haciéndolo pasar a 326.² De hecho, fue por ignorancia en el campo teúrgico por lo que nuestros modificadores del Tetragrama divino introdujeron el sin en su centro. En cábala *práctica*, la letra *shin* significaba en el *esquema operativo*, y en el centro del tetragrama *circular*, algo muy diferente, pero eso el mundo no lo sabe.

En una obra precedente consagramos un capítulo a esos famosos “Años oscuros de Jesús”.³

Hemos aportado la prueba de que, a principios de nuestra era, cuando no contaba todavía más que veintitrés años aproximadamente, hubo una insurrección dirigida por él que implicó la toma de Jericó, y, al abandonar esa ciudad, ejecuciones de prisioneros o de rehenes.

Por otra parte, el procedimiento llamado del *carbono 14* no nos ha proporcionado sino una fecha media sobre el momento del ocultamiento bajo tierra de los manuscritos de Qumran, el año 34 de nuestra era, pero el período se extiende antes y después, en una “franja” de unos cincuenta años. Y esto confirma lo que recordábamos antes.

Por otra parte, cuando Jesús llama a Simón-Pedro *barjonna* (en acadio: anarquista, fuera de la ley),⁴ este pequeño detalle subraya que el citado Simón-Pedro está involucrado desde hace tiempo (como precisan sus otros sobrenombres: canaíta, zelote) en una lucha a mano armada contra los ocupantes romanos y contra los saduceos, sus “colaboradores”.

² Según Paul Vulliaud, en su *Kabale juive*, esa introducción del *shin* en el tetragrama divino lo sataniza, pues dicha letra es la inicial de Samael, el ángel malo, y según el *Zohar* Yavé la rechazó y no quiso utilizarla para la creación del mundo, ya que es la inicial de la palabra *schequer*, en hebreo *mentira*.

³ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 115 y ss.

⁴ Id., pp. 72.

Este período de los “años oscuros de Jesús” debió de ser el más violento. Primero porque él era joven, lo mismo que sus hermanos y lugartenientes, luego porque su padre Judas de Gamala y su tío Zacarías ya no estaban allí para moderar a toda esa juventud ardiente.

Diversas pruebas de ello subsisten *a contrario*. Ni Suetonio en su *Vida de los Doce Césares*, ni Tácito en sus *Historias* o en sus *Annales* nos cuentan nada referente a Judea en ese período. Los relatos se interrumpen bruscamente, o aparecen anormalmente acortados en comparación con los capítulos precedentes o siguientes. A ojos vista los celosos monjes copistas pasaron por allí.

Pero a pesar de todo, subsiste una prueba de su intervención, una última prueba; se encuentra en las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo:

“Hacia el mismo tiempo, sobrevino *en Judea una gran conmoción*, y un gran escándalo en Roma”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, IV, manuscrito griego).

Sería inútil buscar otros detalles en lo que nos queda de capítulo; la censura de los monjes copistas se ejerció de forma total. Pero la apretada comparación con los textos correspondientes de Tácito en sus *Annales* (libro I, cap. LXXXV) demuestra que se trata del período cubierto por dicho libro II, es decir, al año 16 de nuestra era (769 de Roma) al año 19 de la misma (772 de Roma). Y más concretamente esa gran conmoción que sobrevino a Judea tuvo lugar en el año 19 de nuestra era, siendo cónsules en Roma Julio Silano y Norbano Flacco, y procurador en Judea Valerio Grato. Jesús estaba en su mejor edad, y en aquel lugar. Pero no sabremos jamás lo que sucedió allí. Hubiera sido demasiado grave decírnoslo, ya que habría permitido que la verdad subsistiera. En todo caso, fue lo bastante violento como para justificar el decreto de Tiberio César expulsando aquel año a todos los judío de Italia ...

Y si tuviéramos alguna duda, nos bastaría con releer el propio texto de los evangelios canónicos y compararlos desde esta perspectiva que se dibuja ahora poco a poco.

Tomemos, pues, a Juan. Tras el célebre prólogo en el que el texto que falsamente le es atribuido identifica a Jesús y el Verbo divino, tomando esas afirmaciones *de textos paganos más antiguos*⁵, vemos aparecer a Jesús, *en la historia del cristianismo*, en el instante mismo de su bautismo por Juan Bautista, cuando hacía ya largo tiempo que había llegado a la edad adulta. De su nacimiento milagroso, de su juventud, *Juan no sabe nada o no nos cuenta nada* (*op. cit.*, I, 29).

Tomemos ahora a Lucas. Éste hace nacer a Jesús en el *año 6 de nuestra era*, cuando tuvo lugar el censo de Quirino, es decir, doce años después de la muerte de Herodes el Grande. No hay nada de los reyes magos, de la matanza de los inocentes, etc. En cuanto a la huída a Egipto, no nos dice ni una palabra de ello. Simplemente que “*el niño (Jesús) crecía y se robustecía en el espíritu y vivía en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel*” (*op. cit.*, I, 80). Luego volvemos inmediatamente al episodio del censo, lo que es del todo incoherente, asistimos a su examen catequístico por los doctores de la Ley,⁶ se pasa rápidamente sobre su infancia y nos encontramos, también aquí, frente al bautizo de Jesús, *sin que se nos haya contado nada de su adolescencia o de su juventud*.

Pasemos a Marcos. Aquí, lo mismo que en Juan, nos encontramos bruscamente en presencia de un Jesús que va de Galilea a Judea para hacerse bautizar por Juan el Bautista. Como se trata de un “bautismo de penitencia en remisión de los pecados” (Lucas, 3,3), hay que suponer que Jesús no tenía la conciencia tranquila y que tenía pecados que hacerse perdonar. Pero de nacimiento

⁵ “Él es quien lo ha hecho todo, y jamás nada fue hecho sin Él ...” (*Inscripción en el frontispicio del templo de Philae*). “En la Vida y en la Luz consiste el Padre de todas las cosas” (Louis Ménard, *Hermès Trismégiste*). Compárese con Juan, 1, 2 y 1, 3-4.

⁶ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, cap. 12, pp. 123-125.

milagroso, de los reyes magos, de la matanza de los inocentes, de la huida a Egipto, Marcos no sabe nada, *o al menos no nos informa nada.*

Nos queda Mateo. Él es quien nos cuenta todo lo concerniente a la maravillosa fecundación de María, la milagrosa natividad, el episodio de los reyes magos, la matanza de los inocentes, la huída a Egipto, etc. Pero, no obstante, hace nacer a Jesús en el año 6 *antes* de nuestra era, en vida todavía de Herodes ¡El Jesús de Mateo cuenta, pues, doce años cuando el de Lucas nace! Esto no tiene importancia, el problema no es de una sola incoherencia. Pero después de la huída a Egipto, también Mateo nos pone en presencia de un *Jesús adulto, que acude a Juan para que le bautice.*

Así pues, ningún evangelista canónico nos dice lo que hizo Jesús desde su primera infancia hasta su madurez (treinta años, según unos, y cincuenta según san Ireneo). Ignoramos la suerte de la santa familia durante los pesados y peligrosos años en los que sucedieron las indomables revoluciones judías y las implacables represiones romanas.

Ahora sabemos el porqué de ese silencio, teniendo en cuenta lo que Flavio Josefo nos da a entender, comparado cuidadosamente con Tácito. De la juventud guerrera de Jesús vale más no decir palabra.

Jesús-Barrabás

La verdad es siempre extraña, más extraña que la ficción ...

LORD BYRON,
Don Juan, XIV

Los evangelios canónicos nos cuentan el episodio de la sustitución de Jesús por un amotinador que había sido encarcelado por un asesinato que había cometido en el curso de una sedición, y que por dicho motivo también él había sido condenado a la crucifixión.

“Era costumbre que el procurador, con ocasión de la fiesta, diese a la muchedumbre la libertad de un preso, el que pidieran. Había entonces un *prisionero famoso* llamado Barrabás. Estando, pues, reunidos, les dijo Pilato: ‘¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús, el llamado Mesías?. Pues sabía que por envidia se lo habían entregado. (...) Ellos respondieron: ‘A Barrabás!’...” (Mateo, 27, 15-18, 21).

Algunos detalles complementarios, incluso con algunas diferencias muy ligeras, podemos encontrarlos en Marcos (15, 6 a 15), en Lucas (23, 17-19), y en Juan (18, 39-40). Pero ningún versículo aporta contradicción alguna a la breve narración hecha por Mateo.

Los manuscritos iniciales que poseemos (y que, recordemoslo, se remontan todos al siglo IV, como mínimo)⁷ transcriben ese nombre de cuatro maneras diferentes: *Varaba*, *Barabas*, *Barrabas* y *Bar-Rabban*.

De donde estas diversas significaciones:

- 1 – *Bar-rabba* Hijo del doctor
- 2 – *Bar-rabban* Hijo de nuestro doctor
- 3 – *Bar-Abba* Hijo del Padre
- 4 – *Bar-Abban* Hijo de nuestro Padre
- 5 – *Bar-Abba* Hijo de Abba

Observaremos, antes que nada, que no se sabe ninguna otra cosa de este nombre, salvo que, según Mateo, era un prisionero famoso, según Marcos un sedicioso que había cometido un asesinato durante un motín, Lucas precisa que ese asesinato había sido cometido “en la ciudad”, es decir, en Jesús, y Juan se limita a calificarlo de bandido, término que, con el de “galileo”, designaba entonces a los insurrectos zelotes en general.

El nombre propio de Jesús, que Orígenes afirma que era el de Barrabás, viene atestiguado por algunos de los manuscritos más antiguos, como:

- a) el *Codex Korideth* (siglos VII-IX);
- b) el *Groupe de Minuscules*, publicado por K. Lake en 1902;
- c) el *palimpsesto* del monasterio de Santa Catalina en el Monte Sinaí, encontrado por Lewis y Gibson, y que se remontaría al siglo IV.

⁷ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, cap. 2.

Como observa muy acertadamente el R.P. Lucien Deiss en su obra *Synopse des Evangiles*, es imposible imaginar que nadie se hubiera atrevido a inventar, ulteriormente, k semejante identidad de nombres propios. Tanto más cuanto que el gran Orígenes, que murió en el año 254, aseguró, como ya hemos dicho antes, que dicho nombre figuraba en ciertos manuscritos que obraban en su poder, con lo que de este modo nos aporta la prueba de que, ya en el siglo III, existían documentos más antiguos que los tres que aquí hemos citado, y que aplicaban el nombre de Jesús a ese misterioso Barrabás.

Daniel-Rops, examinando esa posibilidad de proceder a la sustitución legal de un condenado por otro con ocasión de la Pascua judía, nos dice lo siguiente en *Jésus et son temps*:

“Se ha discutido mucho sobre ese derecho de gracia que el pueblo podía reclamar, y que el procurador, según el evangelio, parece haber poseído. La gracia era, en Israel, muy rara; los reyes no disponían de ella, y en cambio tenían el poder de aumentar una pena que ellos juzgaran insuficiente. Y, en efecto, la remisión de las penas no es conciliable con el principio mismo de la ley mosaica, que ve en la falta una ofensa a Dios. En Roma sólo podía apelarse a los Comicios en caso de sentencia capital, pero no se ve que el pueblo hubiera tomado la iniciativa de pedir la gracia sin petición previa del condenado. Ahora bien, un papiro que data del año 86 u 88 de nuestra era confirmó el episodio evangélico al mostrar a un prefecto de Egipto perdonando a un culpable “a causa de la multitud”. El fundamento jurídico del acto de gracia importa poco, tanto si se trata de una forma de la *abolitio*, amnistía que los emperadores promulgaban con ocasión de sus victorias o de ciertas fiestas, como de una *indulgentia*, derecho de gracia que estaba en la mano de la persona del emperador, y que éste hubiera hecho extensivo a su representante. En este caso parece que se trató de una medida excepcional, resultante de unos hábitos locales de los que nosotros no estamos informados ...” (Cf. Daniel-Rops, *Jésus et son temps*, X, “Le procès de Jésus”).

Toda esta larga exposición, verbosa y vaga, en realidad está destinada exclusivamente a hacernos admitir una inverosimilitud histórica, y vamos a demostrarlo. Porque, en sus obras, Flavio Josefo no hace alusión ni una sola vez a semejante costumbre, él que era tan prolífico en lo que concernía a las tradiciones judías.

Y, en primer lugar ¿por qué Daniel-Rops no nos da las referencias exactas de ese papiro? Pues simplemente porque no se le podría alegar como argumento en apoyo de la sustitución de Jesús por Barrabás, y nuestro autor no quiere que el lector pueda contradecirle su falaz argumento.

Es que dicho documento no es otro que *el papiro de Florencia nº 50*, que data del año 85 de nuestra era, y que nos proporciona un ejemplo de gracia concedida a un acusado por un magistrado romano a petición de la multitud. Contiene, en efecto, el proceso verbal de un juicio dictado por G. Septimius Vegetus, gobernador de Egipto, en favor de un tal Fibion, quien, por su propia autoridad, y estimándose por encima de la ley, había encarcelado a un hombre honorable y a su esposa, que eran sus deudores. Y el gobernador declaró entonces: “¡Merecerías ser flagelado! Pero te entregaré al pueblo” (Cf. A. Deissmann; *Licht vom Osten, das Neue Testament und die neu entdeckten Texte der hellenistisch-römischen Welt*, Tubinga, 1908, pp. 193-194).

Es obvio que el citado Fibion merecía la flagelación legal por dicho crimen de secuestro arbitrario, pero si era *civis romanus* eso era imposible, ya que la *lex Valeria* del año 509 antes de nuestra era prohibía golpear a un ciudadano romano sin una decisión popular previa y decisiva, y la *lex Porcia*, del año 248, también de antes de nuestra era, prohibía hacer uso en ningún caso de los azotes lictoriales.

La sentencia del gobernador Septimius Vegetus, que declaraba tener en cuenta la decisión popular, aplicaba aquí, por lo tanto, la *lex Valeria* del año 509 a.C., y eso demuestra irrefutablemente que el tal Fibion era un *civis romanus*, cosa que la audacia de su acto ya hacía presumir.

En este caso el episodio en cuestión no puede, pues, tomarse en cuenta para justificar la llamada de Pilato solicitando la opinión del pueblo judío, *pues es evidente que Jesús no es ciudadano romano*, y mucho más tarde, el emperador Juliano, en su carta a Cirilo, obispo de Alejandría y antiguo condiscípulo suyo en las escuelas de Atenas, declararía que: “El hombre que fue crucificado por Poncio Pilato era *siervo de César*, y vamos a demostrarlo ...” (Cf. Cirilo de Alejandría, *Contra Julianum*).

De hecho, el término exacto era *esclavo de César* (*servus caesaris*), alusión al probable nacimiento de Jesús en Sérifos y a la deportación de la población de dicha ciudad por Varus. Pero volvamos al problema de la autenticidad de dicha sustitución.

El *Dictionnaire de la Bible*, de F. Vigouroux, sacerdote de Saint-Sulpice (tomo I, 2^a. Parte, 1926, Letouzey & Ané, *Imprimatur* inicial del 26 de octubre de 1891), nos dice lo siguiente:

“Esa costumbre de dar la libertad a un prisionero con ocasión de las fiestas de la Pascua no aparece mencionada en ninguna otra parte, ni en las *Sagradas Escrituras* ni en el *Talmud* (...) Costumbres similares existían entre los romanos durante los días de las *Lectisternes*, y entre los griegos durante las solemnidades de Bacchus Eleuthereus”.

Entre los griegos, Baco era el mismo dios que Dionisos, quien llevaba el sobrenombre de *liberador* (*liber*), dado que la embriaguez posee, en efecto, el don de liberar de las preocupaciones y de exagerar las pasiones habitualmente refrenadas.

En cuanto a las *Lectisternes*,⁸ se trataba de una ceremonia propiciatoria decidida en un período de grandes calamidades públicas, y celebrada en Roma y en las grandes ciudades del Imperio para obtener el cese de tales pruebas. Aquel día se ofrecía un banquete ritual a los principales dioses de Roma, sus efigies aparecían reclinadas sobre *lechos para comer* en la misma sala en la que se desarrollaba esa auténtica “*cena de los Invisibles*”. De ahí el furor de Saulo-Pablo ante la participación de sus discípulos en esos ágapes típicamente paganos: “Porque si alguno te viere a tí, que tienes ciencia, sentado a la mesa en un santuario de ídolos, en la flaqueza de su conciencia, ¿no se creerá inducido a comer las carnes sacrificadas a los ídolos? ...”. (Cf. I Epístola a los Corintios, 8, 10).

Teniendo en cuenta lo que precede, queda excluida la posibilidad de que semejante fiesta pudiera jamás haberse celebrado en la ciudad santa de Jerusalén, y menos aún en el Templo en donde residía la *Shekinah*, “la Presencia divina”. Eso hubiera suscitado tales sublevaciones por parte de los judíos, que a ningún procurador romano se le hubiera pasado ni siquiera por la cabeza tal idea. Recuérdese que Pilato, tras haber hecho penetrar *de noche* en la ciudadela *Antonia*, en Jerusalén, las *enseñas de las legiones* (que no hay que confundir con sus *águilas*) que iban a acantonarse allí, tuvo que hacerlas salir del lugar ante la inminente rebelión, ya que los sucesivos emperadores habían dado orden de respetar en Judea los principios religiosos de la población.

Pues bien, las *enseñas* legionarias ostentaban, o bien el busto de los emperadores, o bien símbolos animales: golondrina, jabalí, águila, etc. además, en los campamentos se les rendía un culto público. Cosas, todas ellas, que la ley de Moisés reprobaba.

Por otra parte, si en Roma podía ejercerse el derecho de la gracia, esto tenía que suceder *antes* de ser pronunciada la sentencia. Después, no era costumbre desmentirla, pues ello hubiera implicado la falibilidad de la Justicia. No le quedaba, pues, al condenado más que la suerte de encontrarse por el camino hacia su ejecución a una *vestal* (éstas poseían el privilegio de conceder la gracia *ipso facto* a

⁸ Existían las mismas ceremonias dedicadas a las diosas, y recibían el nombre de *Sellisternes* (cf. Tácito, *Anales*, IV, XLIV).

todo condenado con el que se cruzaran por el camino), o recurrir a la *indulgentia* imperial. Por eso Suetonio nos cuenta que Nerón, a quien horrorizaba el derramamiento de sangre,⁹ un día, al principio de su reinado, en el momento de refrendar la condena a muerte de un criminal notorio, dejó el “estilo” con el que se disponía a firmar y murmuró abatido: “¡Ay! ¿Por qué me enseñarían a escribir? ...” (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, *Nerón*, 10). Y Tácito observaría, además, que: “Cuando no puede evitar una condena, la aplaza tanto, que el acusado tiene tiempo de morir de viejo ...” (Cf. Tácito, *Annales*, XVIII, 33).

Todo eso demuestra claramente que, una vez pronunciada la sentencia, no se acostumbraba a modificarla.

Queda el concepto de gracia judicial en el Israel antiguo. Éste no existía allí en absoluto, y únicamente unas revelaciones nuevas podían justificar la suspensión provisional de una sentencia capital, y eventualmente una revisión. Ese carácter definitivo de la condena había sido precisado por el profeta Isaías:

*Si se hace gracia al impío, él no aprende la justicia;
en la tierra corrompe la rectitud,
no repara en la majestad de Yavé ...*

(Isaías, 26, 10)

De donde la hostilidad general de los maestros de la *Torah* ante la pena de muerte, porque es un castigo irreversible. Solía afirmarse que un Sanedrín que pronunciara once condenas de muerte en siete años era una *asamblea de asesinos*. Y Rabbi Eleazar-ben-Azaria llegaba aún más lejos: para su escuela, once condenas a la pena capital en setenta años justificaban ya ese apelativo de “tribunal asesino”. Otros, como Rabbi Tarphon y Rabbi Akiba eran contrarios totalmente a la pena de muerte (cf. *Talmud*, IV, *Nezikim*, 5 *Makkoth*).

Es decir, que toda esa historia de una sustitución legal de un culpable por otro, de un condenado a muerte por asesinato en el curso de una revuelta, perdonado contrariamente a todas las costumbres, tanto judías como romanas, por un procurador tan rudo y despiadado como parece que solía serlo Poncio Pilato, toda esa historia no constituye sino una mentira más de los escribas anónimos de los siglos IV y V, antisemitas patentes y aduladores interesados de los nuevos emperadores cristianos. No obstante, aún nos queda por ver otra misteriosa sustitución, problema que pronto vamos a abordar.

Porque, ¿qué *prisionero famoso* podía haber sido encarcelado por aquellos días, aparte de Jesús? Nadie conoce a Barrabás, fuera de los textos evangélicos del siglo IV. Flavio Josefo, el *Talmud* de Babilonia, el *Talmud* de Jerusalén, todos ignoran dicho personaje. Eusebio de Cesarea (fallecido en el año 340), al redactar su *Historia eclesiástica*, una obra enorme, no conoce a Barrabás. Sí que cita a un tal Agapios, quien figuraba entre los mártires de Palestina en el curso de la persecución de los años 306-307, y a quien la gracia imperial prefirió frente a un esclavo oscuro que había asesinado a su amo. Y el texto nos dice que fue “juzgado digno de piedad y benevolencia, casi de la misma manera que el famoso Barrabás en tiempos del Salvador ...” (Cf. *op. cit.*, *De martyribus Palestinae*, VI, 5). Pero existen dos recensiones diferentes de ese texto, una corta y una larga, la primera en griego, la segunda en siríaco. “Las relaciones entre las dos recensiones son difíciles de determinar ...”, nos dice el P. Mondésert, S.J., y es evidente. No estamos absolutamente convencidos de que todo el conjunto proceda de Eusebio de Cesarea. Porque sólo en ese texto indeciso aparece una alusión a Barrabás, y eso es algo muy sorprendente, teniendo en cuenta la importancia del resto de su obra, donde no faltaron las ocasiones para poderlo citar.

⁹ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, cap. 21.

Para nosotros, Jesús y Jesús-Barrabás no son sino la misma persona, y esa sustitución no se imaginó hasta mucho más tarde, para hacer desaparecer el papel de otro misterioso comparsa. Nosotros hemos citado a *Simón de Cirene*, quien sustituyó en realidad a Jesús y fue crucificado en su lugar, seis semanas antes de Pascua, y la muerte, esta vez bien real, de este último.

Cuando el lector haya llegado al próximo capítulo, titulado *El crimen del Templo*, podrá constatar que el “*bandolero famoso, autor de un asesinato en el curso de una sedición en la ciudad*” no pudo ser otro que Jesús, pues no había ninguno más.

El crimen del Templo

Hay hombres en los que la vergüenza se ceba más allá de la tumba ... Ese es el autor primero de la superstición judaica ...

FABIUS QUINTILIANUS,
De institutione oratoria

En los textos evangélicos aparece citado un documento que plantea todo el problema referente a la autenticidad del relato tradicional sobre la crucifixión de Jesús. Se trata del texto de la sentencia abreviada que figuraba sobre la cruz, y que se atribuye al propio Pilato. Cosa en sí ya bastante dudosa, pues difícilmente nos imaginamos al procurador de Roma en Judea haciendo el trabajo de los *auxiliarii* y aplicándose, incluso de ser necesario con la lengua fuera, en trazar sobre una planchita de madera el motivo de la condena de un rebelde judío, en el que concurría además el agravante de ser también un bandolero. Para este fin tenía a sus escribas, y sería uno de ellos el que se ocuparía del *titulus* legal.

La inauténticidad de dicho texto viene subrayada por el hecho de que los evangelios sinópticos y el de Juan no están totalmente de acuerdo sobre él. Veamos las variantes:

- Mateo: “He aquí al rey de los judíos” (27, 37),
- Marcos: “El rey de los judíos” (15, 27),
- Lucas: “Este es el rey de los judíos” (23, 38),
- Juan: “Jesús de Nazaret, rey de los judíos” (19, 19).

Los evangelios iniciales que han llegado hasta nosotros están redactados en griego. No es preciso ser un gran letrado para comprender que, traducidas al latín, es imposible que esas cuatro inscripciones diferentes den invariablemente “I.N.R.I.”.

Pero ¿fué ése el texto que figuró en cabeza de la cruz de Jesús? Eso es algo perfectamente dudoso, porque:

- no es posible que Pilato dijera que Jesús era originario de Nazaret, ya que dicha localidad no existía en aquella época, pues la crearon (cambiando de nombre a un lugar dado, para satisfacer a los peregrinos iluminados) *hacia el siglo VIII*. El texto latino de la Vulgata de san Jerónimo, texto oficial de la iglesia católica, tampoco lo dice. Califica a Jesús de *nazareus*, es decir, de *nazareno*, o, lo que es lo mismo, “consagrado al Señor”, en hebreo *nazir*. Las leyes del *nazareato* están precisadas en el Libro de los Números (6, 2);
- por otra parte, Pilato no pudo darle este calificativo a Jesús, ya que:
 - a) evidentemente, éste no era un motivo de condena a los ojos de la ley romana, era algo que no se le podía reprochar a Jesús;
 - b) Jesús jamás fue nazareno, o no lo era desde hacía ya bastante tiempo, porque tal consagración le prohibía beber vino, comer carne, acercarse a las gentes ritualmente impuras a los ojos de la ley judía, y, sobre todo, acercarse a un cadáver o tocarlo. Cosas todas ellas de las que él nunca se privó. Por los citados motivos, y con perdón de los místicos más heterodoxos, *Jesús no fue jamás nazareno* en el curso de su vida pública.

Por consiguiente, si no podía haber sido originario de Nazaret, si no era nazareno, el texto de la condena atribuido a Pilato es, pues, un texto mendaz. Los escribas anónimos de los siglos IV y V, al redactar, *por orden*, unos evangelios oportunistas, colocaron este texto en sustitución de un *titulus* real, pero infamante, que justificaba el que Jesús hubiera sido crucificado *cabeza arriba*, como los malhechores y los esclavos, y no *cabeza abajo*, como sucedía con los rebeldes, lo que hubiera sido su caso si sólo se le hubiera acusado de calificarse de “rey de los judíos”.¹⁰

También es probable que la pancarta que acompañaba a toda ejecución en la cruz hubiera ido primero colgada del cuello del condenado, quien la llevaría así desde el lugar de su detención al de su ejecución. Sus brazos estarían entonces extendidos lateralmente y atados al madero transversal, que reposaba sobre su nuca a la manera de un *yugo*. Eso era todo lo que llevaba el condenado, ya que el poste vertical de dicha cruz permanecía hincado en el suelo, en el emplazamiento habitual de las crucifixiones.

Esta formalidad legal justificaba el que se dijera que el desgraciado “llevó su cruz”, como precisan los autores antiguos (Séneca, Cicerón, Plutarco, etc.), pero es que se tenía en cuenta que era imposible que el condenado cargara con la totalidad, que representaba un peso de unos setenta kilos, a veces después incluso de una terrible flagelación que minaba sus últimas fuerzas (la mayoría de las veces, y con el fin de evitar dicho riesgo, esta flagelación se le infligía en el lugar mismo de la crucifixión).

Ese travesaño al que estaban atados los brazos del futuro crucificado impedía, además, cualquier intento de evasión, ya que no permitía una fuga rápida por las estrechas callejas transversales, aunque se le facilitara dicha fuga, y le dificultaba asimismo el buscar refugio en alguna vivienda amiga, dado que la obtura de la puerta no permitía una penetración fácil. Además, exponía al condenado a las injurias, bofetadas, escupitajos, pedradas y proyección de inmundicias por parte de sus adversarios de la víspera; y el mundo antiguo no sabía lo que era la piedad.

Volviendo a los verdaderos motivos de la condena de Jesús, es evidente que éstos fueron muy numerosos. Está, sin duda, el hecho de que se dijera “rey de los judíos”,¹¹ cosa que se añade a las actividades zelotes y a sus habituales actos de violencia,¹² a los cobros de un diezmo muy parecido a nuestro moderno *racket*, e incluso al bandidaje puro y simple. No condenemos a los zelotes sin comprenderlos. Un guerrillero come también al menos una vez al día, y el dinero ha sido siempre el nervio de la guerra. Y aquí vamos por fin a abordar el estudio de ese famoso *crimen, cometido en el curso de una sedición* por el misterioso *Jesús-Barrabás*, “bandolero famoso”, *encarcelado con otros sediciosos* (cf. Marcos, 15, 7).

Ahora sabemos (véase el capítulo anterior) que Jesús y Barrabás son un mismo personaje. No perdamos, pues, nuestro tiempo epilogando de nuevo este problema.

Cuando nuestro jefe zelote hace su entrada triunfal en Jerusalén, el famoso día llamado “de Ramos”, montado sobre un asno que caminaba al lado de su madre asna, el hecho nos parece ya sospechoso. En efecto, a fin de no mancillar la ciudad santa, caballos, asnos, perros, corderos, cabras, etc., no podían circular por dentro de ella. No olvidemos que el verdadero nombre de la ciudad se mantenía en secreto, y no se podía pronunciar: *Kedesha*, “la Santa”. Se decía simplemente *Ierushalaim* (Jerusalén), del mismo modo que se decía *Adonai* (Señor), en lugar del *nombre impronunciable de Iaweh*, que era el tetragrama divino.

¹⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 223-226.

¹¹ Id., p. 208.

¹² Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 162-183.

Por lo tanto, los animales destinados al sacrificio penetraban en la ciudad por la puerta del Norte, pasaban por delante de la ciudadela Antonia y llegaban así rápidamente al recinto de espera del interior del Templo. Pero pasemos por alto esos errores de nuestros copistas, y veamos cómo los jóvenes judíos aclamaban a Jesús como el esperado libertador:

“¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! ...” (Cf. Mateo, 21, 9). El escriba se confunde con *aleluya* ...

Porque *hosanna* no significa, ni mucho menos, “alabado seas”, sino “libéranos”, lo que implica que nuestros jóvenes pertenecían, al menos ideológicamente, a la corriente de los zelotes. Y eso demuestra que el citado episodio fue manipulado.

Entonces dispusieron delante de Jesús, por el camino, y a medida que él avanzaba, innumerables vestimentas, y las multitudes cortaban ramas de palmas y de árboles diversos y las disponían a su paso. No es difícil imaginar que todo ese grupo que acompañaba a Jesús y que, desde Jericó, recibía la parte de aclamaciones entusiastas que le correspondía,¹³ estaba compuesto por partidarios de la resistencia judía contra Roma. *Eran militantes zelotes* ...

Transcurrieron algunos días. Jesús había sido detenido, y otra multitud (pero, ¿qué no era la *misma* ...) reclamó apasionadamente al procurador romano que le dieran muerte, *por blasfemo y sacrílego*.

¿Qué era, entonces, lo que había sucedido? ¿A qué vino semejante cambio de actitud?

Daniel-Rops, en *Jesús en son temps*, lo achaca a la versatilidad popular. Esto podría ser cierto en el caso de una multitud corriente, pero no en el de una masa de seguidores con los ojos fijos -y con qué violencia!- en una ideología muy precisa, elaborada doctrinalmente. Volvamos, pues, a los evangelistas ...

“(Jesús) Estando sentado enfrente del gazolifacio, observaba cómo la multitud iba echando monedas en el tesoro, y *muchos ricos echaban muchas* ... (Cf. Marcos, 12, 41).

Y no ignora la existencia del famoso “tesoro del Templo”, el *Korban*, alimentado tanto por las *donaciones* como por los *depósitos provisionales*, ya que numerosos judíos ricos preferían confiar su fortuna a esa ciudadela religiosa, antes que perderla en su vivienda en manos de malhechores.

Además, el Templo abrigaba el arsenal de los levitas encargados de su defensa y de la policía de sus recintos: arcos, flechas, lanzas, escudos, espadas, hondas, etc., todo estaba allí. Y hay que reconocer que el *dinero* y las *armas* constituyen la riqueza esencial de todo movimiento revolucionario.

Indudablemente, se nos ha dicho con frecuencia que de lo que se trataba era de expulsar el mercantilismo de los “mercaderes del Templo”. Pero ¿por qué atacó Jesús igualmente a los infortunados peregrinos que, al llegar a Jerusalén y verse objeto de tal violencia, no debieron entender absolutamente nada? Porque eso es lo que sucedió, si damos crédito a los evangelios:

“Entró Jesús en el Templo y arrojó de allí a cuantos vendían y *compraban en él*, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas ...” (Mateo, 21, 12; Marcos, 11, 15; Lucas, 19, 45; Juan, 2, 13-17).

De hecho, todo estaba ya preparado, minuciosamente, con anterioridad. Jesús no tiró él solo todos los tenderetes de los cambistas y derribó a todos los mercaderes que esperaban, *en la antesala*, la venta de sus animales.

¹³ Véase, en *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 173 a 177, que aclararán este capítulo.

Porque no era dentro del Templo donde estaban expuestos los animales, pues semejante cosa era impensable. Además, no podían prescindir de esos abastecedores, porque sin ellos, sin sus ventas, se hacían imposibles las ofrendas de sacrificios. Y si no se trataba más que de reprimir esos sacrificios, no era necesario agredir a esos desgraciados peregrinos que no debieron de comprender nada de tal escándalo. Hacía siglos y siglos que la Ley judía era así, y si había que modificarla, lo cierto es que no había de serlo entregándose a semejantes actos de violencia.

Así pues, esta camorra había sido organizada de antemano. Y se desencadenó tras unas palabras de Jesús. Uno puede preguntarse, teniendo en cuenta todo lo que antecede, si todo el dinero así dispersado por el suelo, esas piezas de oro y plata rodando a centenares de aquí para allá, fueron recuperadas a continuación por sus propietarios legítimos. Porque sabemos que el “tesorero” era un tal Judas Iscariote (Juan, 13, 29), que robaba en la bolsa cuanto se metía en ella (Juan, 12, 6), porque “era ladrón” (*id.*), y más teniendo en cuenta que su nombre significa “hombre criminal”. Y a pesar de todos esos inconvenientes, Jesús lo conserva como tesorero. ¡Asombroso! En ese ataque al Templo, en ese escándalo, el lector reconocerá fácilmente la técnica habitual de los truhanes modernos, extorsionando a los propietarios de los salones nocturnos, o saqueando sus establecimientos si se muestran recalcitrantes. No hay nada nuevo bajo el sol.

Sin embargo, es probable que el *estratega* del Templo que estaba al mando de la milicia levítica, avisado de esa revuelta a mano armada, enviara de inmediato un destacamento armado para restablecer el orden. Y que, paralelamente, desde la cercana ciudadela Antonia, que dominaba el Templo, la centuria legionaria “de día”, alertada por sus vigías, acudiera a cortarle la retirada a Jesús y a sus hombres. Y debió de ser así como nuestro Barrabás y algunos de sus cómplices caerían en manos de los romanos, y se verían encarcelados por homicidio cometido en el curso de una revuelta, en la ciudad (cf. Marcos, 15, 7).

Así pues, hemos llegado ya al meollo del problema que evoca el título de este capítulo.

El grupo de exaltados y de hombres dispuestos a todo que invadió el Templo siguiendo a Jesús iba armado con *cachiporras*, las armas elementales y clásicas de todo el mundo árabe desde siempre. El propio término viene de esa lengua: *matrak*, con el mismo significado.

Con toda probabilidad iban armados asimismo con la *sicca*, ese puñal grande y curvo que les dio nombre (*sicarii*).

Veamos los textos de los evangelios:

Mateo: “... otros, cortando *ramas de árboles*, las extendían en la calzada ...” (op. cit., 21, 8).

Marcos: “... otros cortaban *follaje* de los campos ...” (op. cit., 11, 8).

Lucas: este autor no habla de ramas, sino sólo de las vestiduras extendidas sobre el camino.

Juan: éste nos presenta otra versión, indudablemente mucho más verídica: “Al día siguiente, la numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron *ramos de palmera* y salieron a su encuentro gritando: ¡Hosanna!” (Op. cit., 12, 12-13).

No era cuestión de cubrir el camino de Jericó a Jerusalén, ya de por sí bastante rudimentario, con ramas de árboles, que no habrían hecho sino entorpecer la marcha del joven asno sobre el que avanzaba Jesús. Pero *en la mano* de sus seguidores constituían perfectamente unas armas improvisadas, porque desde el sur de Marruecos, en país bereber, hasta el sur de Tunicia, y en todo el Oriente Medio, el arma más extendida es una *rama de palmera*, despojada de sus hojas, y que se presenta bajo el aspecto de una cachiporra cuyo extremo grueso puede medir de cinco a seis dedos de anchura, y la extremidad menor, la que se conserva en la mano, unos dos dedos. La flexibilidad de semejante garrote, que recuerda un poco la forma del *pen-baz* bretón, o incluso del *makila* vasco, hace de él una temible arma contundente.

Ahora bien, el texto inicial de Juan (2, 15) emplea el término *skoinion*, que significa sogas, para designar el manojo de cuerdas con que Jesús habría golpeado a aquellos “que compraban y que vendían”.

Si observamos que en griego se utiliza *skoidion* para traducir una *rama de árbol*, es evidente que uno puede preguntarse si bajo el raspador experto y prudente de los astutos escribas anónimos del siglo IV, la *delta* de *skoidion* no se convertiría en la inocente *ny* de *skoinion*. Porque basta con hacer la parte superior de la *delta* para obtener una *ny* muy presentable.¹⁴

En una palabra, Jesús habría ido armado también él, al igual que sus seguidores, no de un simple manojo de cuerdas recogido sobre el terreno, sino de una rama de árbol, de una *cachiporra*, cortada y preparada con vistas a esta algarada en el seno del Templo. Recordemos algunas de sus palabras:

“¡Y en cuanto a aquellos enemigos míos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá y degolladlos en mi presencia! Y dicho esto, siguió adelante, subiendo hacia Jerusalén ...” (Lucas, 19, 27-28).

“Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda? ...” (Lucas, 12, 49).

“Porque he venido a separa al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa ...” (Mateo, 10, 35-36).

“No penséis que he venido a poner paz sobre la tierra; no vine a poner paz, sino espada ...” (Mateo, 10, 34).

“Y quien no tenga espada, venda su manto y cómprese una ...” (Lucas, 22, 36).

Y esto es algo que desagradará a ciertos admiradores del famoso *Sermón de la montaña* que se limitan prudentemente a los versículos 20 a 23 del capítulo 6 de Lucas, omitiendo, por prudencia y astucia, *las maldiciones que componen, inmediatamente después, los versículos 24 a 26*. Porque hay que hacer desaparecer todo rastro del Jesús zelote, que maldecía violentamente a sus enemigos.

Volvamos ahora al episodio del Templo. Jesús propinó golpes de cachiporra a enemigos y a mercaderes con los que se aprovisionaban. Hubo muertos y heridos, en proporción al número de agresores y de víctimas. Y ese sería el “crimen” que le haría perder a Jesús gran número de partidarios, que incluso a veces llegaron a sumarse al número de sus adversarios.

Porque, volvámolo a decir, el grito de *hosanna* que claman los jóvenes judíos a su llegada a la Puerta Dorada, procedente de Jericó, significa “libéranos ...” en hebreo. Lo que todos esperan, por consiguiente, es que Jesús los lleve al asalto de la ciudadela *Antonia*, donde se halla atrincherada la guarnición romana de Jerusalén, y que, mediante los prodigios anunciados, expulse a los odiados ocupantes fuera de la Ciudad santa. ¡En lugar de eso lo que hace es llevarlos a atacar a sus propios correligionarios, tanto a los comerciantes habituales como a los piadosos peregrinos! ¡Y en el propio recinto del Templo, el lugar más sagrado de todos, lo que constituye un sacrilegio más!

¹⁴ En el terreno de las letras mayúsculas también resulta muy fácil efectuar esa prudente “corrección”.

Por poco que nuestros zelotes robaran a los cambistas, o incluso fracturaran aquellos cepillos que tanto interesaban a Jesús, esa juventud apasionada pero idealista descubrió que, en lugar de hallarse frente a un liberador, lo que tenían era a un simple guerrillero que actuaba además como bandolero.¹⁵

Porque ese asesinato atribuido al hipotético Barrabás, pero que sin lugar a dudas fue obra de Jesús, se encuentra en la filigrana de nuestros manuscritos griegos. Y aquí tenemos la demostración.

En Marcos (15, 7) se nos dice que Barrabás está encarcelado por *asesinato*, y en el manuscrito griego inicial ese término viene dado por el nombre de *phonon*, con el mismo significado (*crimen, asesinato*).

Tres versículos más lejos nos enteramos de que los jefes de los sacerdotes habían entregado Jesús a Pilato por *envidia*, es decir, por *phtonon* en el griego del manuscrito inicial.

Entre *phonon*, que significa *asesinato*, y *phtonon*, que significa *envidia*, hay en el griego cursivo una similitud bastante incómoda. Basta con insertar, después de la *phi* de *phonon*, una simple *theta*, y entonces se obtiene *phtonon*, que significa *envidia*. Y así quedará borrada toda huella del crimen sacrílego cometido por Jesús.

Empezamos a comprender por qué nuestros documentos más antiguos del cristianismo nos han llegado siempre, no en arameo, sino en griego. *Porque es una lengua cuya grafía se presta a muchos arreglos, como puede constatarse por lo que sigue:*

Cuadro comparativo de los términos:

<i>skoinion</i>	<i>ξχοινιων</i>	<i>cuerdas</i>
<i>skoidion</i>	<i>ξχοιδιον</i>	<i>rama de árbol</i>
<i>phonon</i>	<i>Φὸνον</i>	<i>asesinato, crimen</i>
<i>phtonon</i>	<i>Φθὸνον</i>	<i>envidia, celos</i>

Es evidente que esta comparación es particularmente demostrativa, ya que el escándalo causado por esos pillajes y esos asesinatos fue tal, como verdadero sacrilegio que violaba la Casa del Eterno, *que Jesús tuvo que huir y ocultarse en la ciudad durante cerca de seis meses*. Aquí tenemos la prueba.

En el tomo II de su *Synopse des quatre Evangiles*, el R.P. Boismard, recogiendo una tesis sostenida tiempo atrás por el cardenal Jean Daniélou, estima que nosotros situamos la fiesta de Ramos en una fecha muy diferente de la realidad histórica, al colocarla ocho días antes de Pascua. De hecho, la entrada de Jesús bajo las aclamaciones de la juventud judía se habría desarrollado *seis meses antes*, durante la fiesta de los Tabernáculos, es decir, en el otoño precedente. Veamos qué hay de todo eso.

Inicialmente, dos grandes fiestas marcaban el año judío: la de la Primavera y la del Otoño, que se convirtieron la una en la Pascua judía (aniversario de la salida de Egipto), y la otra en la fiesta de las Cabañas, o fiesta de las Vendimias, convertida en fiesta de los Tabernáculos. La primera se desarrollaba invariablemente durante la luna llena del mes de *Nisan*, la segunda durante los primeros días del mes de *Tischri*.

La Socoth, alias fiesta de los Tabernáculos, que se observaba desde tiempos muy remotos como una fiesta de la Naturaleza, implicaba que los israelitas vivieron durante siete días en tiendas o en cabañas, llamadas más tarde tabernáculos.

¹⁵ El Templo de Jerusalén, único lugar donde se suponía que residía Yavé, era considerado como la residencia de la *shekinah*, la “Presencia divina”, es decir, algo así como la manifestación material de Dios. Imagínese el escándalo causado ...

Pasaremos por alto el ritual de las ceremonias propias de la Socoth, para subrayar su significación mesiánica. Y aquí citaremos al cardenal Jean Daniélou en su libro *Les symboles chrétiens primitifs*:

“La fiesta parece tener, efectivamente, una relación muy especial con las esperanzas mesiánicas. Los orígenes de esa relación son oscuros. Pero parece que la fiesta de los Tabernáculos estaría ligada, o bien con *la fiesta anual de la instauración real*, o bien, como piensa Kraus, con la renovación de la alianza *con el rey davídico*. Los restos desintegrados de esta fiesta serían los que subsistirían en las tres grandes fiestas judías de Tischri: *Rosh-ha-Shana*, *Kippur*, y *Sukkoth*. Esta fiesta habría adquirido en el judaísmo un carácter mesiánico, es decir, que se habría relacionado con la *espera del venidero rey*. Aquí no se trata de los orígenes primeros de la fiesta, que parecen ser unos ritos estacionales, sino de una transformación que habría sufrido en la época real y que habría introducido en ella elementos nuevos” (*Op. cit.*, p. 11).

“Así, para los judíos, la festividad de los Tabernáculos, donde cada uno comía y bebía con su familia en su choza adornada con ramas variadas, aparecían como una prefiguración de los gozos materiales en el reino mesiánico. Las esperanzas mesiánicas alimentadas por la fiesta pueden explicarnos *que ésta diera ocasión a una cierta agitación política*, y que los Padres de la Iglesia pongan a los cristianos especialmente en guardia contra ella” (*Op. cit.*, p. 13).

Hemos subrayado algunas frases que en el libro de Juan Daniélou no aparecen subrayadas, al menos voluntariamente. Nosotros ya habíamos demostrado que Jesús había reconocido ante Pilato que había reivindicado la realeza de Israel, sin discusión posible,¹⁶ y que había sido necesaria su captura para que él considerara entonces que se había equivocado y se viera en la obligación de situar esa dignidad real en el otro mundo. Ahora hemos probado que había participado en una agitación política conmemorativa de la instauración de la realeza en Israel, y que en esa circunstancia se había dejado aclamar como rey liberador y como soberano, ya que aparece subrayada su calidad de “hijo de David”. Pues bien, él no desautorizó esas manifestaciones de entusiasmo, esas aclamaciones tan precisas, esa calidad de “liberador”, antes al contrario, se prestó a ellas complaciente, al subir de Jericó a Jerusalén *en cabeza de sus partidarios*, después de haber mencionado que habría que degollar a todos aquellos que no lo quisieran reconocer como rey. (Cf. Lucas, 19, 11 a 27).

Y entonces, ¿cómo admitir ni por un momento que el procurador representante de Roma en Judea no se sintiera en la obligación de castigar severamente, fuera cual fuese la simpatía que él pudiera sentir hacia Jesús? Esto, evidentemente, no tardó en llegar, ya que el abad Laurentin, resumiendo el texto del P. Boismard, nos dice en el periódico *Le Figaro* de 25 de mayo de 1972:

“En cuanto a su entrada en Jerusalén (los Ramos) parece que tuvo lugar mucho antes de lo que dicen los evangelistas, durante la fiesta de los Tabernáculos (par. 273., p. 333), de modo que Jesús habría pasado sus últimos días en Jerusalén, no como un hombre que enseña todavía con éxito, sino como un proscrito que se oculta y que finalmente será traicionado y entregado por uno de los suyos”.

Aquí debemos puntualizar. La fiesta de los Tabernáculos se desarrolla en septiembre, y Jesús murió en Pascua, es decir, en abril. Por lo tanto se encontró proscrito durante *seis meses*, y se vio obligado a ocultarse en Jerusalén, literalmente cogido en la trampa, sin poder salir de ella *durante todo este período*. Si uno recuerda que Jesús se había visto ya en la obligación de huir cuando estaba en Fenicia, y que luego, reconocido por la mujer cananea (Mateo, 15, 21-24), y no pudiendo “*seguir oculto allí*” (sic) (Marcos, 7, 24-25), tuvo que huir de nuevo, e intentar despistar a la policía romana lanzada en pos de él,¹⁷ se convendrá que esta actitud resulta más bien sorprendente en un “Hijo de Dios” venido a ofrecerse en sacrificio para aplacar la cólera de su Padre.

¹⁶ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 153-161.

¹⁷ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 184-190.

El lector más indulgente considerará entonces que el “Hijo de Dios” no tenía mucha prisa por asegurar la salvación de la humanidad, ya que, durante todo ese tiempo perdido, y según la dogmática cristiana, ésta continuaba condenándose, dado que: “Los niños que nacen y que mueren sin recibir el sacramento del bautismo no pueden salvarse, ya que para ellos, y según el orden establecido por Dios en la sociedad de los hombres, no existe otro medio que éste para ser incorporado a Jesucristo y recibir su gracia, sin la cual no existe salvación entre los hijos de Adán”. (Cf. Tomás de Aquino, *Suma teológica*, LXVIII, 3).

Ese carácter temeroso del pseudo-sacrificio voluntario también está reconocido en Daniel-Rops, ya que nos dice en *Jésus en son temps*:

“Ella explica también el desplazamiento repentino de Jesús, *deseoso* de pasar a la soberanía más benevolente del tetrarca Filipo, pasando al otro lado del río (el Jordán) para no permanecer más tiempo en poder de Antipas, el asesino de san Juan Bautista” (*Op. cit.*, p. 257, *La mort du Précurseur*). ¡Vaya si lo comprendemos! Y también cómo todo resulta más claro al volverse más humano ...

En cuanto al lugar donde se oculta Jesús en Jerusalén durante seis largos meses después del ataque al Templo (según opinión de Daniel-Rops y de numerosos exégetas, hubo dos ataques de este género), lo ignoramos. Es poco probable que se refugiara en una vivienda amiga, porque había siempre la posibilidad de una denuncia por parte de un vecino hostil, o a quien le atrajera la recompensa ofrecida. Y una huida así implicaba un recorrido bastante largo por la ciudad inflamada de rumores. Es más probable que Jesús huyera hacia la puerta Norte (véase el capítulo 27), y saliera de la ciudad en dirección a lo que Flavio Josefo llama las “cavernas reales”. A pocos pasos de la actual puerta de Damasco, bajo la escarpada roca coronada por la muralla de la ciudad, se observa una pequeña puerta cerrada; allí se habrían antaño las canteras de Bezatha, de donde se trajeron en diversas épocas los hermosos bloques de piedra empleados en las construcciones del Templo o de los palacios asmoneos y herodianos. Esas canteras fueron inauguradas por el rey Salomón. El arqueólogo Clément Ganneau descubrió, asimismo, un graffiti fenicio en aquel lugar. En el exterior, el orificio de entrada desemboca en el foso antiguo de la ciudad.

Fue indudablemente en estos amplios subterráneos donde tuvieron lugar aquellas asambleas secretas a las que hacen alusión los *Salmos de Salomón*, en el curso de las cuales tenían lugar orgías sexuales de formas rituales que implicaban una supervivencia de los cultos a Astarté y a Baal, tomados probablemente de las lejanas tradicionales del tantrismo indio. Remitimos al lector al capítulo 20.

Es poco probable que los zelotes no conocieran la existencia de dichas canteras, tanto más si se tiene en cuenta que la tía de Jesús, María II (alias Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén), no ignoraba, como ya hemos visto, esas mismas tradiciones orgiásticas, puesto que las había practicado en el palacio de Herodes el Grande.

Y, cuando llegó el momento, fue desde allí desde donde Jesús acudió a los dominios de Ierahmeel, en los Olivos, retiro que su sobrino Judas Iscariote reveló al tribuno de los cohortes, gobernador de la *Antonio* y jefe de armas de Jerusalén (cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, página 274 y siguientes). Porque la leyenda de la cena pascual en Jerusalén y luego, inmediatamente después, la salida con dirección a los Olivos, es inverosímil. Las puertas de la ciudad estaban cerradas y vigiladas, patrullas romanas recorrían las calles, porque la Pascua era un período de agitación mesiánica; y, por último, el Éxodo (12, 22) lo especifica de forma tajante: después de la comida pascual estaba prohibido salir de la vivienda hasta el alba siguiente. Todo judío encontrado *de noche* por la ciudad, habría resultado sospechoso y habría sido detenido por las patrullas.

La verdad sobre la Pasión

Que el juez no preste oídos a los vanos clamores de la multitud. Con demasiada frecuencia desea perdonar al culpable y condenar al inocente ...

DIOCLECIANO, Axiomas jurídicos

Cuando se lee en los evangelios sinópticos el relato de la Pasión de Jesús, en especial todo lo que tiene relación con el montaje de escarnio que sucedió a la flagelación legal, cuando se ve a los legionarios romanos revistiendo a Jesús con una clámide escarlata, probablemente tomada de entre las ropas viejas de su cuartel, luego poniéndole en la mano una caña, a modo de cetro irrisorio, y por último coronándolo con una corona de espinas, a uno le sorprende constatar que, en el evangelio de Lucas, esta frase, que sin embargo es impresionante, es totalmente ignorada por su redactor. Pero Lucas, de quien la Iglesia afirma que fue el autor de dicho relato, debió atenerse al de su maestro, que fue el apóstol Pablo. Si éste se hallaba en Jerusalén en el año 36 de nuestra era, cuando tuvo lugar la lapidación de Esteban,¹⁸ estudiando la *Thora* a los pies de su maestro el *rabban* Gamaliel, debía encontrarse también en esta ciudad el año precedente, el 35, cuando se produjo la muerte de Jesús. Y, sin embargo, no sabe nada de esa exhibición de escarnio. Qué raro.

Para la mayoría de los historiadores conformistas, la historicidad de este episodio no ofrece ninguna duda. Y Daniel-Rops, en *Jésus en son temps*, nos dice lo siguiente:

“Ese otro suplicio, *Pilato no lo había ordenado*.¹⁹ Pero la multitud humana es feroz con los vencidos, ¿y qué puede esperarse de una soldadesca desenfrenada? Esos soldados eran sirios, beduinos, mandados quizás por algunos oficiales romanos. Se les entregaba un judío que no debía valer demasiado, ya que el gobernador lo había mandado flagelar.

“Aquí es donde *puede defenderse la hipótesis* de una imitación de costumbres más o menos carnavalescas. Alguno de los soldados aquellos había podido hallarse en alguna guarnición de Alejandría o de Mesopotamia, y ser allí testigo de una fiesta de origen escita que se conocía con el nombre de *Sacaea*: se elegía un rey de pantomima que, durante dos o tres días podía permitírselo todo, incluido el utilizar a las concubinas reales, pero, al final de la fiesta, era despojado de sus vestiduras reales, azotado y ahorcado.

“En algunas legiones romanas, durante la fiesta de las *Saturnales*, se elegía a suertes a un soldado como “rey Saturno”, y, después de innumerables episodios de desenfrenadas bacanales, se le daba muerte”. (Cf. Daniel-Rops, *Jésus en son temps*, X).

Observemos que para el propio Daniel-Rops los elementos de este relato parecen inciertos, emplea el término de *hipótesis*, que puede *defenderse*, aunque *Pilato no hubiera ordenado ese inesperado suplemento de la flagelación legal*.

En opinión del abad Loisy, que fue profesor de hebreo en el Institut Catholique de París, profesor de Sagradas Escrituras, y luego profesor de historia de las religiones en el Collège de France (1857-1940), todo esto no se tiene en pie:

¹⁸ Cf. Hechos de los Apóstoles, 7, 58 y 8-1.

¹⁹ ¡Y más cuando los evangelios canónicos nos precisan que él quería liberar a Jesús! (Juan, 19, 12). Por lo tanto, ¿cómo iba Pilato a tolerar semejante acumulación de suplicios en el hombre al que deseaba salvar?

“¡No hay ni necesidad de señalar que semejante procedimiento se ajustaba muy poco a los hábitos de la justicia romana, al carácter de Pilato y a la verosimilitud del caso! Para el evangelista eso no era sino un medio de alargar el drama y de acentuar el crimen de los judíos”. (Cf. A. Loisy, *Le quatrième évangile, Jean*, XIX, 2-5, comentario).

Y es exacto a más no poder. El *derecho romano*, que subsiste todavía en buen número de nuestros textos legislativos europeos, era absoluto. No había fantasía alguna en la aplicación de las penas, todo estaba previsto, catalogado, considerado. Únicamente, cosa que Daniel-Rops ignora o finge ignorar, es que la costumbre pedía que todo acusado, fuera cual fuese su rango social, en el momento de comparecer ante sus jueces, se despojara de sus vestiduras habituales y se revistiera de otras ignominiosas, proporcionadas por la prisión. Esto se hacía con el fin de incitar a los jueces a la piedad, así como para refrenar la altivez de ciertos detenidos cuyo origen o riqueza podían volver insolentes. Ese fue el caso de Jesús,²⁰ y se le hizo desvestir, como a todo el mundo.

Porque, al regreso de casa de Herodes Antipas, le visten con las ropas “deslumbrantes” que éste le hizo ponerse, en lugar de sus vestiduras hechas de jirones en el curso del combate de los Olivos.²¹ Pues bien, estos ropajes, según los exégetas, consistían en una túnica blanca, idéntica a la que revestían los tribunos de las cohortes antes del combate, o los candidatos que aspiraban en Roma a un elevado cargo público. En función de dicho uso legal, se había despojado a Jesús de sus halagadoras ropas y hacerle vestir ropas infamantes. Cosa que se hizo, *pero mucho antes de la comparecencia ante el procurador, y mucho antes de la flagelación que le siguió*. Y esos ropajes a continuación le fueron restituidos *legalmente*, ya que son estos mismos, tejidos sin costura (Juan, 19, 23), y por lo tanto de máximo lujo, los que los soldados romanos que actuaron de verdugos echaron a suertes cuando tuvo lugar la crucifixión. (*op. cit.*)

Todo esto desmiente el episodio de la exhibición de burla. *No era en absoluto legal*, ya que el derecho romano no dejaba nada a la fantasía de los verdugos. El juez era el único que decidía sobre tal o cual pena, el instante de su aplicación, y el de su suspensión.

Quedan esas aparentes referencias históricas a las que se remite Daniel-Rops para justificar la identificación de Jesús con un “rey de Carnaval”.

Es real el hecho de que, entre los escitas, hubiera habido soberanos efímeros sacrificados tal como se ha dicho. Pero Roma no dominaba aquellas regiones, ya que rápidamente hubiera hecho desaparecer semejantes sacrificios humanos, ella que los había extirpado sin piedad en las Galias druídicas, y en todos los lugares donde plantaba las insignias de sus legiones. Recordemos que al padre de Tertuliano, que era centurión legionario, un día se le encargó como *exactor mortis* que hiciera crucificar a todos los sacerdotes de Cartago culpables de haber proseguido clandestinamente con los sacrificios humanos habituales dedicados al dios Moloch.

El hecho de que las legiones romanas designaran, durante la fiesta de las *Saturnales*, un dios efímero para el tiempo que durara la fiesta, no implicaba que sus camaradas tuvieran el derecho de sacrificarlo a continuación. Es preciso no conocer absolutamente nada de la *implacable disciplina* existente en aquellas regiones, para admitir aunque sólo sea un instante la hipótesis de tal crimen ritual, así tolerado por los tribunos de las cohortes y sus centuriones. Durante las *Saturnales*, en Roma (primero durante un día, luego durante tres, más tarde cuatro, luego cinco y por último siete días), quedaba perturbado el ritmo habitual de la sociedad, los esclavos recibían el mismo trato que

²⁰ En Roma era habitual que los acusados fueran revestidos de harapos para demostrar así que esperaban obtener la piedad de sus jueces. Esta costumbre fue suprimida por Vitelio, alias Germánico, un mes antes de su acceso al trono imperial, o sea en el año 69 de nuestra era. (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, *Vitelio*, VIII).

²¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 239-240.

los amos, y algunos incluso llegaban a abusar de ello, *sin que a continuación se les pudiera castigar*. Por consiguiente, ¿cómo imaginar semejantes asesinatos en el seno de las legiones romanas? Es indudable que en Roma había también un *Saturnalicius princeps*, análogo al “rey Saturno” de los soldados, que encabezaba todas esas licenciosidades un poco a la manera del *rey Carnaval* de la ciudad de Niza. Pero ni allí ni en Roma se daba muerte a ser humano alguno. Y es preciso remontarse a las épocas más lejanas para encontrar en los viejos cultos mediterráneos el sacrificio de ese efímero soberano, supuesta encarnación del dios, cuya sangre derramada aseguraría la fertilidad de la Tierra.

Por cierto que Tácito nos cuenta que Nerón, cuando era todavía un adolescente, fue designado por la suerte como “rey Saturno” en el curso de esas mismas fiestas *Saturnales*, y es evidente que a nadie se le ocurrió la idea de sacrificarlo. (cf. Tácito, *Annales*, XIII, XV).

Nada de eso existía, pues, en la época de Jesús, y no tenemos ninguna referencia sobre esas misteriosas legiones romanas en las que un soldado se enfrentara con el hecho de tener que ser ejecutado con ocasión de la celebración de las *Saturnales*. Y poseemos la lista completa de dichas unidades, así como sus localizaciones históricas en tal o cual época. ¿Cómo imaginar, entonces, que algunas de ellas hubieran poseído el privilegio de llevar a cabo *asesinatos rituales*, si todos éstos estaban prohibidos en todo el Imperio, bajo pena de muerte? Por último, las *Saturnales* tenían lugar a partir del 17 de diciembre; en la época de Jesús duraban tres días, por lo que habían finalizado en el 19 por la noche. Simbolizaban el retorno al *caos primitivo*, ya que a partir del 20 o del 21 de diciembre, fecha media del solsticio de invierno, el sol al remontarse sobre la eclíptica anuncia una nueva era anual. Pero Jesús fue crucificado en el *mes de Nisán*, que cubre la lunación de la Pascua judía, y se sitúa entre el 21 de marzo y el 21 de abril. *Estamos, pues, muy lejos de las Saturnales*. De modo que la hipótesis de Daniel-Rops de que Jesús fue asimilado a un “rey de Carnaval” y sufriera, a dicho título, las vejaciones de los legionarios, carece de fundamento.

Entonces, ¿en qué época se imaginó todo ese sádico montaje teatral? Indudablemente en época bastante tardía, ya que los *Acta Pilati*, célebre apócrifo copto, no lo conocen, pero el *Evangelio de Pedro*, en cambio, nos lo presenta bajo otra forma, fuera del pretorio y fuera de la *Antonia*, y esta vez es la multitud la que somete a Jesús a malos tratos y le impone la corona de espinas. Como se ve, todos esos relatos están lejos de concordar y abundan las contradicciones. Veamos este pasaje:

“Y él (Pilato) lo entregó al pueblo la víspera de los Asimos, su fiesta. Y éstos, después de haber tomado al Señor, *lo empujaban corriendo*, y decían: ‘Arrastramos al hijo de Dios, ya que está en nuestro poder’ ...” (Cf. *Evangelio de Pedro*, 7).

En realidad, probablemente el hecho de haber impuesto a Jesús las *vestiduras infamantes* de comparación ante los jueces, costumbre habitual y legal, y que, por pura casualidad, resultó ser una vieja clámide militar usada, sería lo que desencadenó el proceso de elaboración de la leyenda, y cada cual aportó algo a ella. Por otra parte, en su libro *Théologie du judéo-christianisme*, el cardenal Jean Daniélou nos dice lo siguiente:

“La *Epístola a Bernabé*²² contiene una serie de citas que parecen venir de un *midrash* cristiano sobre el *Levítico* y los *Números*. Los ritos judíos están descritos en ellos de forma que pongan en relieve los puntos de contacto con el cristianismo ...” (Cf. Jean Daniélou, *Epístola a Bernabé*, III, *midrash chrétiens*, p. 112).

Los *midrashim* (plural de *midrash*) son paráfrasis de textos del Antiguo Testamento, ligeramente diferentes a estos últimos y redactados por los doctores de la Ley de forma más clara que los textos iniciales, de modo que se pudieran suprimir los inevitables comentarios.

²² Bernabé es uno de los cuatro “Padres apostólicos”.

Incluyen buen número de enseñanzas preciosas sobre las tradiciones rituales judaicas, tradiciones que sin ellos nosotros ignoraríamos.

Y el examen de esos *midrashim*, en lo que concierne a todo el ritual de la víctima propiciatoria descrito en el *Levítico* (capítulos 4, 9, 10 y 16), nos demuestra que el episodio de la vieja túnica *escarlata* impuesta a Jesús cuando tuvo que comparecer, y en función del uso legal romano, fue lo que desencadenó el proceso de creación de la leyenda de la pasión. Júzguese:

“¿Qué dice el Señor en casa del Profeta? Que coman del macho cabrío ofrecido el Día del Ayuno por todos los pecados. Y tened esto en cuenta: que todos los sacerdotes, y sólo ellos, coman las vísceras no lavadas *con vinagre*”. (*Epístola de Bernabé*, VII, 4).

He ahí el origen de la esponja y del vinagre ...

De ahí procede asimismo el tema (ignorado por Jesús) de la ingestión de su propia carne bajo las formas eucarísticas, al ser él la víctima propiciatoria por excelencia, sacrificada por todos los pecados del mundo. Continuemos:

“Prestad atención a lo que está prescrito: Tomad los machos cabríos, hermosos y semejantes, y ofrecedlos. Que el sacerdote tome uno para el holocausto por los pecados. En cuanto al otro, ¿qué harán de él? El otro, según está escrito, está maldito. Escupid todos sobre él, punzadlo, coronad su cabeza con lana escarlata, y que sea así expulsado al desierto”. (*Epístola de Bernabé*, VII, 6-8).

“Cuando todo eso se haya ejecutado, que quien se lleve al macho cabrío lo conduzca hacia el desierto, le quite la lana, que pondrá sobre una zarza”. (*Epístola de Bernabé*, VII, 8).

Es evidente que todo eso sugirió a los escribas cristianos un buen número de *imágenes análogas*. Como Jesús ya estaba prefigurado por el carnero por el que Abraham sustituye a su hijo Isaac cuando el sacrificio de éste, y este carnero tenía los cuernos enganchados en unas zarzas, podía continuarse la composición de esa escena imaginaria que es la Pasión. La clámide escarlata (el *escarlata*, en el simbolismo judaico, era la imagen del pecado) permitió identificar a Jesús con la víctima propiciatoria, a la que se coronaba con una lana escarlata que representaba los pecados del pueblo de Israel. La mata de zarzas sobre la que el encargado enganchaba la citada lana escarlata sugirió la idea de una corona de espinas, a lo que siguió la esponja embebida de vinagre.

Mucho más tarde, Melitón, obispo de Sardes, en Lidia (muerto hacia el año 195), redactaría una *Homilía sobre la Pasión*, en la que declaró audazmente:

“Tú (Dios) has puesto el escarlata sobre su cuerpo, y la espina sobre su cabeza ...” (Cf. Melitón de Sardes, *Homilía sobre la Pasión*, XIII, 3-4).

Tanto más cuanto que en Roma, además de los harapos legales, los detenidos comparecían con la cabeza rodeada por dos cintas, una blanca y la otra escarlata, la primera (*velamenta*) como presunción de inocencia, la segunda (*infulae*) de culpabilidad (cf. Tácito, *Historias*, III, XXXI). Es muy posible que esta costumbre legal fuera observada durante el proceso de Jesús ante un procurador romano. Y esto no lo ignoraban los escribas anónimos de los siglos IV y V. Y sacaron buen partido de ello.

El psicoanálisis moderno permitirá captar fácilmente el proceso por el que se fue creando la leyenda de la Pasión de Jesús a partir de un hecho trivial, y el humilde legionario que le hizo revestir una vieja túnica reglamentaria en desuso no podía imaginar que iba a asegurar, durante siglos, un inmenso y fructífero comercio, el de las efigies, cuadros, grabados, etc., representando una serie de hechos *totalmente imaginarios*.

Sin duda se nos presentará como objeción las “visiones” de la hermana Anne-Catherine Emmerich. Pero aparte de que viera a Pilato a caballo, en cortejo (¡debió de confundirlo con el *centurión de la semana!*) y que ignora a Simón de Cirene, pues Jesús llevaba él mismo la cruz, también estuvo en la Luna. Mucho antes que los cosmonautas, evidentemente. Y allí encontró a los habitantes de ésta, que son temerosos, tímidos, viven en cavernas y no rinden ningún culto a Dios, lo que a sus ojos no está bien, claro. (cf. *Vie de Catherine Emmerich*, III, 15 a 18). ¡No nos riámos, lector! Cuando los primeros cohetes soviéticos llegaron a nuestro satélite, un docto canónigo, director del *Osservatore Romano* dominical, declaró gravemente en el curso de una conferencia de prensa y a un grupo de periodistas italianos asombrados, que cuando llegáramos a la Luna se plantearía el problema de saber si sus habitantes “habrían conservado la gracia cuando Adán la perdió, o si, por el contrario, la perderían a la vez que él” (*sic*). Semejante candor no precisa de comentarios, evidentemente.

Como es natural, poseemos todas las reliquias de la Pasión, fragmentos de la túnica escarlata, caña, corona de espinas, no faltan más que los escupitajos de la soldadesca. Añadámosle la *Santa Faz*, los clavos, la cruz, la pancarta, la lanza, la esponja, los lienzos, e incluso *la escalera del pretorio*, que ahora se halla en San Juan de Letrán. El lector que se interese por el estudio de la ingenuidad humana encontrará todo eso en *Des reliques et cde leur bon usage*, de Patrice Boussel, conservador en la Bibliothèque historique de la Ville de París (París, 1971, Balland éd.).²³

Veamos ahora la verdad, lector, y no se parece en nada a la leyenda.

Y, en primer lugar, ¿qué es esa corona de espinas que le habrían puesto a Jesús los legionarios romanos, añadiéndole así sufrimientos, y en señal de burla frente a sus pretensiones reales?

Al principio hubo a su respecto un silencio de cuatro siglos, nadie hablaba de ella, y los historiadores no encontraron su huella hasta las afirmaciones de san Paulino, obispo de Nole, en Campania, en documentos del siglo V. cien años más tarde, Gregorio de Tours nos afirma que las espinas tienen fama de permanecer siempre verdes, y san Germán, al regreso de una peregrinación a Jerusalén, se dice que recibió del emperador Justiniano una de esas espinas, que él depositó piadosamente en las arcas de la iglesia Saint-Vincent-et-Sainte-Croix, que luego se convertiría en Saint-Germanin-des-Prés.

Si se da crédito a la tradición, Carlomagno habría sido recompensado con un cierto número de ellas por la emperatriz Irene, o por el entonces patriarca de Jerusalén. No se han puesto de acuerdo. Donde el problema se convierte en misterio es en 1239, cuando llega la corona a París, casi totalmente intacta. El misterio se acrecentará cuando constatemos que, *en la misma época*, Ruhault de Fleury nos afirma que los habitantes de la ciudad de Pisa, en Italia, hicieron construir la iglesia de Santa-Maria-della-Spina para abrigar en ella dos partes de esa corona.

Porque 1239 es precisamente el año en que Luis IX, alias san Luis, mandará construir la Sainte-Chapelle, para albergar dicho objeto, que unos astutos venecianos le vendieron a buen precio. Ese rey era un ingenuo y un fanático. Fue él quien decidió que a partir de entonces se atravesara la lengua de los blasfemos con un hierro al rojo vivo (incluyendo entre ellos a los herejes y a los judíos, claro está), y que se quemara vivo, con la *Thora* enrollada alrededor del pecho desnudo, a los rabinos que se negaran a admitir la divinidad de Jesús. Luis IX, hijo de una madre particularmente fanática, doña Blanca de Castilla, llevaba en sus venas sangre española, lo que explica muchas cosas.

Es obvio que jamás se han analizado dichas espinas, no se sabe siquiera si estuvieron alguna vez ensangrentadas; jamás se ha buscado con el carbono 14 la época de su aparición en el mundo vegetal. Ese tipo de experimentos casi nunca los autorizan.

²³ En el año 70 Tito hizo demoler y nivelar Jerusalén por los prisioneros judíos. Flavio Josefo y Plinio aseguran que era imposible imaginar que se hubiera elevado una ciudad en aquel lugar. ¡Y esta escalera fue encontrada y transportada a Roma varios siglos más tarde!

Hoy que las espinas están dispuestas prudentemente por toda la Europa cristiana, la reliquia ya no se presenta más que bajo el aspecto de su soporte de círculos de junco, el *Juncus balticus* de los botánicos, trenzados y atados unos a otros por una quincena de ligamentos. Ese soporte habría permitido a los legionarios romanos enrollar en él las ramas espinosas propiamente dichas, hechas con el *Rhamus spina christi* de los arqueólogos cristianos. Esa planta es muy común en Judea.

Daniel-Rops se pregunta si Jesús la llevaba aún en la cruz. Antes de resolver esta cuestión, plantearemos otras, más molestas.

Basta con releer lo que todos los autores antiguos han subrayado en lo referente a la disciplina en el seno de las legiones, la perfecta armonía y la total limpieza de los campamentos, aunque estuvieran montados rápidamente por la noche, después de una etapa fatigosa, para imaginar lo que debía de ser la ciudadela *Antonia*, donde residían seis centurias de veteranos, un tribuno de las cohortes con rango de cónsul y que ejercía las funciones de jefe de armas de Jerusalén, para negarse a admitir que se hubiera tolerado ni por un solo instante la presencia de matorrales espinosos y matas de juncos en el patio de dicha ciudadela. Entonces, ¿dónde se habrían procurado los legionarios dichos juncos y espinos? Los fosos, por prudencia, estaban cuidadosamente desprovistos de toda vegetación que pudiera enmascarar al enemigo, y Herodes el Grande había mandado revestir las murallas exteriores con placas de mármol blanco, con el fin de impedir cualquier escalada, según nos dice Flavio Josefo.

Por otra parte, esos pinchos vegetales tienen unos ocho centímetros de longitud; enrollarlos alrededor de la corona de junco hubiera representado inevitablemente que el encargado sufriera heridas en las manos, ya que los legionarios romanos no disponían en absoluto de guantes de hierro que les protegieran.

Y, una vez más, ¿por qué prodigo todos esos accesorios de una “pasión” absolutamente ilegal pudieron ser recogidos por los discípulos, todos ellos zelotes, buscados por Roma? Y más cuanto que unas leyes muy severas castigaban, incluso con la pena de muerte, a quienquiera que se procurara elementos materiales que hubieran formado parte de una ejecución capital o una inhumación: sangre del ajusticiado, restos corporales, huesos, clavos de cruz, etc., en vista a posteriores operaciones mágicas.

Pues bien, una vez más, nosotros poseemos milagrosamente todos esos objetos..

En el mundo antiguo era costumbre crucificar o empalar al condenado con la prueba material del delito que se le reprochaba, cuando ello era posible, o con las insignias de su función o de su rango social. Así por ejemplo, cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, saca los ojos a Sedecías, rey de Judea (quien ya tiene la mandíbula perforada con un anillo soldado a una cadena que sostiene Nabucodonosor), con un hierro de venablo al rojo vivo, Sedecías lleva aún la tiara real.

Esta costumbre la conocían los romanos. En el año 69 de nuestra era, la ciudad de Terracina, en Italia, que se había rebelado contra Vitelio César, le fue entregada por un esclavo que pertenecía a un tal Vergilio Capito. Como recompensa, Vitelio le concedió al esclavo el anillo de oro que hacía de él un caballero romano. Cuando este emperador fue derrocado, y luego asesinado por los partidarios de Romaciano, el esclavo que había traicionado a su amo y que había entregado la ciudad de Terracina, fue crucificado, pero llevando en el dedo el anillo de oro de la *orden ecuestre* con el que Vitelio lo había honrado tan escandalosamente (cf. Tácito, *Historias*, III, LXXII y IV, III).

Esta forma legal no tenía por objeto honrar al condenado, sino subrayar la fuerza del poder que le podía dar la muerte, y la importancia de la ceremonia capital.

Ese fue, sin lugar a dudas, el caso de Jesús. Estaba condenado a muerte por Roma por haberse proclamado rey de Israel y haberlo reconocido ante Pilato.²⁴

No hay nada de sorprendente, por lo tanto, en el hecho de que Jesús llevara la corona real durante todo el ceremonial de su ejecución.

Pero, se preguntarán, ¿de dónde salía esa corona desconocida? Observaremos que ese símbolo de la realeza antigua no se presentaba bajo el aspecto de las pesadas coronas europeas que conocemos desde la Edad Media. En todo el Oriente Medio se trata, simplemente, de la corona llamada “radiada”, compuesta por una estrecha banda que rodeaba la cabeza y de donde brotaban, como rayos (de donde su nombre), unas puntas que se abrían hacia afuera. Se la encuentra en las monedas de Antíoco Epífano, rey de Siria, y todavía era utilizada en los primeros siglos de nuestra era por los reyezuelos de esas regiones. Esa fue, como es natural, la corona de los reyes de Judá y de Israel.

El oro de la corona principal, la de las consagraciones y las ceremonias grandiosas, hacía de ella, teniendo en cuenta su densidad, un ornamento muy pesado. Se aligeraba, por lo tanto, la banda de soporte y el número de puntas. Y para las ceremonias cotidianas se utilizaba una corona de cobre, que era una réplica exacta de la corona de oro oficial. Una corona de cobre, de forma un poco diferente, ha sido descubierta en el desierto de Judá, procedente sin duda del tesoro de Engaddi. Ese tipo de corona tenía la ventaja de que era mucho más ligera, ya que como la densidad del cobre es de 8,92, y la del oro de 19, 3, el peso era de menos de la mitad. Además, como ese metal era muy común, apenas se corría el riesgo de tentar a los ladrones, y su color, una vez aleado con el estaño, le daba una apariencia muy cercana al oro, y lo aligeraba un poco más.

¿Poseyó Jesús una corona de ese tipo y de esa naturaleza? Probablemente. Hace alusión a ella en su *Apocalipsis*, que redactó en vida como ya hemos demostrado.²⁵ Así leemos esto:

“Ví, en medio del trono y de los otros seres vivientes, y en medio de los ancianos,²⁶ un cordero que estaba allí como inmolado. Tenía siete cuernos y siete ojos ... (Cf. Apocalipsis, 5, 6).

La versión de Lemaistre de Sacy precisa que el cordero estaba *de pie* y como *degollado*. Y esto es una prueba más de que el Apocalipsis fue redactado en vida de Jesús. Ese texto no incluye ninguna alusión a la crucifixión, la mayor parte de los manuscritos hablan de una degollación, y el cordero está de pie. Ahora bien, Jesús sabía perfectamente que perecería en mano de los romanos. Pero no supuso ni por un instante que sería en la cruz de la infamia, reservada a los criminales comunes y a los esclavos rebeldes. Creía que figuraría en el desfile triunfal de su vencedor en Roma, donde él aparecería coronado, para luego, según la costumbre, ser degollado como sucedió con sus trágicos predecesores. La alusión a los siete cuernos (el cuerno era símbolo de poder) y a los siete ojos era simplemente una alusión a las siete puntas de la corona “radiada” y a las perlas o a las gemas que la terminaban.

El que Jesús poseyera una corona de cobre entre sus efectos personales no es, en sí, nada extraño. Su abuela Ana, madre de su madre María, poseía su propia diadema real, si damos crédito al *Protoevangelio de Santiago*:

“Ana se lamentaba doblemente, diciendo: ‘Lloraré mi viudez y mi esterilidad’. Pero he aquí lo que sucedió el día del Señor; Judith, su sirvienta, le dijo: ¿Hasta cuándo afligirás tu alma? Ha llegado el día del Señor (el *sabbat*), y no te está permitido lamentarte. Vamos, toma esa *diadema* que me ha

²⁴ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 153-161. Sus respuestas son inequívocas.

²⁵ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 30-36. La prosecución de nuestros estudios en este terreno no nos ha permitido modificar esta conclusión, antes al contrario.

²⁶ Esos 24 ancianos representan las 24 clases de *cohanim* (sacerdotes) de Israel.

dado (para tí) el ama de servicio y que no me está permitido a mí ceñir, porque yo soy una sirvienta, y es una *banda real*" (Abad. E. Amann, *Protoevangelio de Santiago*, II, 2).

Ese traductor observa con toda justicia que el término griego utilizado en el manuscrito es *kephalodesmion*, que designa muy exactamente a la diadema en el sentido etimológico de la palabra, es decir, "la banda más o menos adornada que sirve para sujetar los cabellos y que, fijada en la parte baja de la tiara persa, se convierte en un ornamento real. No sin intención, el autor hace que se proponga este adorno a la mujer de Joaquín. Quiere hacer pensar muy discretamente en la dignidad de Ana; sólo ella puede llevar dicha cinta, pues sólo la hija de los reyes es digna de ella". (*Op. cit.*, *Comentario* del abad E. Amann, traductor del *Protoevangelio*).

Y la corona de cobre de los reyes de Judá podía muy bien encontrarse ya en la *Antonia*, con las vestiduras sagradas, la tiara y la ropa del pontífice de Israel, como nos cuenta Flavio Josefo: (*Antigüedades judaicas*, XX, I, 1 a 6).

Además, los hijos de David reivindicaban también el poder pontificio. En Eusebio de Cesarea leemos lo siguiente:

"También Juan, aquel que reposó sobre el pecho del Señor y que fue sacerdote (en hebreo *cohen*), y que llevó el *petalon*, que fue didáscalo y mártir ..." (cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, VII, XIX).

El *petalon* era una insignia pontifical, propia del sumo sacerdote de Israel. Está descrito en el Éxodo (28, 36-38) como una lámina de oro que llevaba la inscripción "*Consagrado a Yavé*" y que estaba fijado sobre la tiara del pontífice.

Por otra parte, y siempre en Eusebio, descubrimos un detalle bastante importante:

"También el trono de Santiago, de aquel que fue el primero en recibir del Salvador y de los apóstoles, el episcopado de la Iglesia de Jerusalén, y al que las divinas Escrituras designan por lo general como el hermano de Cristo, se ha conservado hasta la actualidad". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, VII, XIX).

Ahora bien, los tronos episcopales no aparecerán, bajo el aspecto de cátedras de piedra o de mármol, hasta que los cristianos posean basílicas, es decir, en el siglo IV. Ese *trono*, que en opinión de los exégetas y de los arqueólogos debía ser de madera, y casi con toda seguridad de cedro, era un signo de autoridad de Santiago, hermano de Jesús, y esa autoridad era *temporal*, ya que Juan poseía la autoridad *espiritual* (el *petalon*). Era, por lo tanto, un trono *real*, y no una cátedra episcopal, desconocida en aquella época. Y entonces, ¿por qué los hijos de David no iban a poseer una *corona*, si existía entre ellos un *trono*, y su abuela Ana llevaba a veces, en los días de gran solemnidad, una *diadema real*?

Así pues, es más que probable que Jesús fuera crucificado tocado con esa corona de cobre. La corona de oro hay que excluirla, ya que habría sido confiscada, teniendo en cuenta su valor, y luego enviada a Tiberio, y su peso habría disuadido a los zelotes de conservarla permanentemente en el curso de sus movidas campañas.

Jesús debía de llevarla habitualmente, y este ornamento era el que hacía que las gentes le reconocieran como el "Hijo de David".

Fue para ocultar este detalle por lo que se imaginó, mucho más tarde, la corona de espinas, cuya morfología se adaptaba perfectamente a la de corona "radiada" y a los siete cuernos del cordero vencedor descrito en el Apocalipsis.

Es conveniente observar, por cierto, que únicamente Mateo (27, 29), Marcos (15, 17), y Juan (19, 2 y 5) conocen el episodio de la corona de espinas, en cambio Lucas lo ignora por completo. Según los tres primeros, se la impusieron a Jesús en el pretorio, en el seno de la ciudadela *Antonia*, mientras que según el *Evangelio de Pedro* (6 y 7), fue la multitud hostil la que le coronó con ella, en el camino hacia el *Gólgota*, fuera de la fortaleza. Por el contrario, en los *Acta Pilati* fue en el instante de la crucifixión cuando Jesús recibió esa dolorosa diadema:

“Tras estas cosas, Jesús salió del pretorio con los dos ladrones. Cuando llegó al lugar designado, se le despojó de sus vestiduras, se le ciñó un *linteum*, y se colocó sobre su cabeza una corona de espinas. De manera similar fueron crucificados los dos ladrones, Dimas a su derecha y Cestas a su izquierda”. (*Op. cit.*, X).

Este viejo apócrifo copto es el que más se aproxima a la verdad histórica; cuando se acababa de clavar el *titulus* que indicaba que se trataba de “*Jesús rey de los judíos*” (cf. Mateo, 27, 37), se le puso al condenado la corona de cobre, de la que probablemente se habían apoderado durante el sitio de los dominios de Ierahmeel, tras el combate de los Olivos.²⁷

Dicha costumbre se perpetuó durante mucho tiempo todavía, ya que más de trece siglos más tarde, el 10 de junio de 1358, cuando se hubo vencido la Jacquerie, Carlos el Malo hizo coronar a su jefe, Guillermo Calot, con un trébede de hierro, previamente enrojecido al rojo vivo, antes de hacerlo decapitar. Y es que Guillermo Calot había sido proclamado “rey de los Jacques” al principio de la insurrección.

Esta corona de siete puntas adornadas con gemas es, por otra parte, un símbolo clásico del reino de Dios sobre el universo creado, como subrayan las oraciones judías cotidianas con su permanente alusión a dicha realeza: “Seas alabado, Yavé nuestro Dios, *rey del Universo*, Tú que ... etcétera”. Aparece con frecuencia representada en la ornamentación litúrgica del judaísmo tradicional. Poseemos un pequeño relicario de hierro forjado descubierto por uno de nuestros amigos en Valencia (España), y en él domina la abertura de dos puertecillas que descubren un pergamo en donde está transscrito *ritualmente* el nombre divino *Shadai*, es decir, “Todopoderoso”.

De hecho, las siete puntas o cuerno de la *corona radiada* se refieren esotéricamente a los siete *Sephiroth* inferiores: *Geburah* (el Rigor), *Hoesed* (la Misericordia), *Tipheret* (la Belleza), *Netzah* (la Gloria), *Hod* (la Victoria), *Iesod* (el Fundamento), *Malkuth* (el Reino). Constituyen el Microprosopio o “Pequeño Rostro”, la “Pareja Inferior” de la Cábala judía tradicional.²⁸

Ese nombre de “corona” es asimismo el de la *Sephirah* suprema, llamada en hebreo *Kether*, o “Umbral de la Eternidad”. Las siete gema o perlas que coronan las puntas figuran los siete Espíritus ante el Trono (cf. Apocalipsis, 4, 5), y los siete arcángeles clásicos: Miguel (el Sol), Gabriel (la Luna), Anael (Venus), Rafael (Mercurio), Zaquiel (Júpiter), Orifiel (Saturno), Samael (Marte). En el ritmo cuaternario, relativo a los arcángeles de los otros Elementos, están Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel.

Al reivindicar esta corona, Jesús pretendía sustituir a Metatron-saar-ha-Panim (el “Príncipe de los Rostros” de Dios), alias Saar-ha-Olam (el “Príncipe del Mundo”), o Saar-ha-Gadol (el “Gran Príncipe”), a quien también se le da el nombre de Miguel (“Semejante a Dios”), citado en la profecía de Daniel:

“En aquellos tiempos se levantará *Miguel*, el *Gran Príncipe*, protector de los hijos de nuestro pueblo ...”. (Cf. Daniel, 12, 1).

²⁷ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 239-240.

²⁸ Cf. R. AMBELAIN, *La Kabale pratique*, París, 1951, Niclaus édit.

En este caso, ¿cómo podía permitirse Jesús, *sin caer en una herejía blasfematoria indiscutible*, rechazar a ese *Gran Príncipe*, protector de Israel según la voluntad divina, y reducirlo al rango de poder demoníaco, en el evangelio de Juan?:

“Ahora el Príncipe de este Mundo será arrojado fuera ...” (Cf. Juan, 12, 31).
“Porque viene el Príncipe del Mundo, que en mí no tiene nada ...” (Cf. Juan, 14, 30).
“El Príncipe de este Mundo ya está juzgado ...” (Cf. Juan, 16, 11).

Después de esto, a la Iglesia todavía se le ocurrirá constituir una *Archicofradía de San Miguel*, cuya sede se halla precisamente en el famoso monte de dicho nombre (Mont Saint-Michel), la “maravillosa de Occidente”, y difundir un exorcismo especial colocado bajo el patrocinio del arcángel.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Se observará que los términos más frecuentes utilizados en los Evangelios canónicos para designar las espinas de la corona son (en los originales griegos) *akanthon* (Mateo, 27, 29, y Juan, 19, 2) y *akanthinon* (Marcos, 15, 17). Lucas ignora la existencia de la citada corona.

Pues bien, ese término está muy próximo al también griego de *akanthos*, que designa el *acanto ornamental*, y no al temible y doloroso *rhamus spina christi*, de espinas de ocho centímetros de longitud. Porque el acanto posee una especie espinosa y otra no espinosa.

Por otra parte, el griego *akane* y *akanès* designa una *canasta*, términos ambos que se aproximan a *akanea*: espino (arbollo). ¿La corona de espinas de la supuesta Pasión sería una trivial e insignificante canasta boca abajo, a la que habrían arrancado el fondo? En este caso, en el lugar de la crucifixión sería donde habría tenido lugar este ilegal ultraje, *más tarde* y por parte de los adversarios judíos de Jesús. Porque una vez el crucificado quedaba abandonado a las rapaces y carroñeros de todas las especies, la ley romana ya no protegía el cadáver ...

El famoso *sudario de Turín* (existen treinta y nueve ejemplares ...) no prueba nada, ya que desde su aparición, en la Edad Media, la Iglesia prohíbe que se haga ostentación de él, y el obispo de Troyes declaró que había recogido la confesión del falsificador que lo realizó.

El secreto de Simón de Cirene

¡Y luego Dios, a veces, hace un milagro!
 ¡Pionius adormeció la mano de sus verdugos ... La sangre de Policarpio apagaba las llamas de su hoguera! ...

GUSTAVE FLAUBERT,
La tentation de Saint Antoine, IV

Cualquiera que haya leído el relato de la Pasión de Jesús sabe que, debilitado por la flagelación previa, no pudo llevar su cruz hasta el lugar de su ejecución,²⁹ y que los legionarios romanos requirieron para eso los servicios de un tal Simón, originario de la Cirenaica. Tomemos el texto mismo de los evangelios y anotemos cuidadosamente sus más mínimos detalles.

“Después de haberse divertido con él, le quitaron la clámide, le pusieron sus vestidos y le llevaron a crucificar. *Al salir* encontraron a un hombre de Cirene, de nombre Simón, al cual requirieron para que llevase la cruz”. (Mateo, 27, 31-32).

“Después de haberse burlado de él, le quitaron *la púrpura* y le vistieron sus propios vestidos. Le sacaron para crucificarle y requirieron a un transeúnte, un cierto Simón de Cirene, *que venía del campo*, el padre de Alejandro y de Rufo,³⁰ para que tomara la cruz” (Marcos 15, 20-21).

“*Cuando le llevaban, echaron mano de un cierto Simón de Cirene*, que venía del campo, y le cargaron con la cruz para que la llevase *en pos de Jesús*”. (Lucas, 23, 26-27).

Juan, en su evangelio, ignora totalmente la existencia de ese Simón de Cirene, y lo que es más aún, *vio a Jesús llevar él mismo su cruz*:

“Tomaron, pues, a Jesús, *que, llevando su cruz*, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice *golgota*”. (Juan, 19, 16-17).

Así pues, el “apóstol bienamado”, el más posible testigo ocular de los hechos, no vio sino a un solo portador de la cruz patibular, y era el propio Jesús. Lo mismo sucede en los Hechos de los Apóstoles y en las Epístolas, tanto en las de Pablo, Simón-Pedro, o Juan como en las de Santiago, todos los cuales ignoran a ese Simón de Cirene. Y mucho más tarde, en el siglo IV, Eusebio de Cesarea, en su *Historia eclesiástica*, no lo menciona tampoco.

Lo que explica que el *Grand Dictionnaire de théologie catholique* de Vacant no contenga ninguna rúbrica con dicho nombre, y que el *Dictionnaire de la Bible* de Vigouroux se limite a resumir en unas pocas líneas muy breves lo que dicen Mateo, Marcos y Lucas.

De ese silencio un poco inquietante, y que permitirá soñar al exégeta liberal, habituado a las argucias de los antiguos escribanos, Daniel-Rops se consuela rápidamente declarando: “*Puede admitirse* que el hombre que llevó personalmente la cruz recibió de ella la gracia de su conversión”. (Cf. Daniel-

²⁹ Sobre la incertidumbre de ese lugar de ejecución, cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 228-234.

³⁰ Futuros discípulos de Saúl-Pablo (Romanos, 16, 13; Hechos de los Apóstoles, 19, 33; I Timoteo, 1, 20; II Timoteo, 4, 14).

Rops, *Jésus en son temps*, XI). Pero si sus hijos Alejandro y Rufo fueron, como se ha visto, ulteriores discípulos de Saulo-Pablo, que luego se retiraron de entre sus fieles (I Timoteo, 1, 20; II Timoteo, 4, 14), eso significa que el cristianismo de Pablo no correspondía a lo que ellos esperaban de él, lo que nos induce a sacar la conclusión de que *Simón, su padre, era un zelote*, de donde su formación inicial, que los llevó a abandonar la nueva religión conservadora, prorrromana, y contraria a la ley de Moisés, del tal Saulo-Pablo.³¹

Y aquí se plantea ya una primera pregunta. Las enseñanzas y los ritos de la Iglesia católica nos hablan de un “Via Crucis” a lo largo del cual Jesús, abrumado por el peso de la cruz, cayó al suelo en el transcurso de las catorce “estaciones” del citado “Camino”. Y se recomienda encarecidamente que se haga partícipe de sus beneficios a los niños a muy temprana edad: “Así, también *un bebé de tres o cuatro años de edad puede efectuar, con inteligencia y emoción, un rápido via crucis*” (Cf. *Liturgie*, París, 1947, Bloud & Gay, p. 989). ¡Evidentemente, algo de lo más apropiado para su edad!

En el curso de esta reconstitución de una *vía dolorosa* puramente imaginaria, durante la cual Jesús cayó supuestamente un cierto número de veces, hay incluso una mujer que, al secar el rostro del maestro, se encontró con que éste se había quedado milagrosamente dibujado sobre el lienzo que ella había utilizado. A esa santa mujer se le da el nombre de Verónica, ya que en latín *verax* significa verdadero, y en griego *ikon* quiere decir imagen. Por otra parte, sería a causa de esas repetidas caídas por lo que el centurión *exactor mortis*, a quien correspondía ordenar todo el aparato judicial para la ejecución, pediría a Simón el Cireneo que aliviara de su carga a Jesús, para permitirle así alcanzar aún con vida el lugar de la crucifixión.

En la lectura de los evangelios canónicos y de los versículos que citaremos a continuación, se constatará *que no hay nada de todo eso, y que ningún texto apostólico nos aporta tales detalles*. Los interesados fabricantes de la leyenda cristiana fueron quienes, a lo largo de los siglos, imaginaron semejantes cosas. Y como no dejaron de adjudicar suculentas *indulgencias*, el “Via Crucis” se convirtió en una ceremonia bastante lucrativa, sin omitir el aspecto comercial de sus accesorios materiales.

Porque también los evangelios apócrifos más antiguos ignoran, al igual que sus hermanos los canónicos, esos detalles destinados a sensibilizar a las multitudes creyentes, así como la propia existencia de Simón el Cireneo.

E, inevitablemente, eso incitará al historiador curioso a profundizar en ese extraño enigma.

Es evidente que si los legionarios romanos requirieron la ayuda de Simón *a la salida del pretorio* (Mateo, 27, 31), toda la leyenda de la *vía dolorosa* se viene abajo, ya que nada en los evangelios evoca la menor caída, ni tan sólo la más mínima dificultad de marcha por parte de Jesús. Y, por lo tanto, todo el ritual del “Via Crucis”, su solemne fiesta del primer viernes de marzo, sus reconstituciones en Jerusalén durante la Semana Santa, y en tantas ciudades del mundo, sólo reposan sobre una tradición mendaz y un simple interés comercial y turístico.

Y nuestra primera pregunta será la siguiente: ¿por qué se inventó ese suplemento de sadismo y se añadió a un conjunto ya de por sí bastante cruel?

Todo lo que ahora va a seguir, permitirá darle una respuesta.

³¹ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 157-172.

Cuando uno relea atentamente, pesando bien todos los términos, ciertos textos cristianos de los primeros siglos, queda sorprendido por una serie de afirmaciones tendentes a consolidar la tradición común, es decir, *que fue Jesús, y en modo alguno ningún otro personaje, quien fue crucificado*.

Cosa que hubiera sido bastante superflua si la tradición clásica no hubiera sido discutida antaño. Pues bien, veamos algunos de esos textos:

“¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros, *ante cuyos ojos fue presentado Jesús como muerto en la cruz? ...*” (Cf. Pablo, Epístola a los Gálatas, 3, 1).

“Fue realmente atravesado por clavos, *en su propia carne*, bajo Poncio Pilato y Herodes el Tetrarca ...” (Cf. Ignacio de Antioquía, Epístola a los esmirnos, 1).

“Sabemos que *fue él quien fue crucificado*, en los días de Poncio Pilato y del príncipe Arquelao,³² y que fue crucificado entre dos ladrones, y que *junto con ellos* fue descendido del árbol de la cruz y fue sepultado en el lugar llamado Qaranjo³³ ...” (Cf. *Le Testament en Galilée*, III, 20; apócrifo etíope, *Imprimatur* en París, 1912).³⁴

Es evidente que si la crucifixión *real* de Jesús no hubiera sido puesta jamás en duda, esas perentorias afirmaciones resultarían de lo más superfluas. Por otra parte, la negación del hecho debió de surgir muy pronto, ya que Ignacio de Antioquía, uno de los cuatro “Padres apostólicos”,³⁵ era discípulo directo de Simón-Pedro, y según la tradición eclesiástica debió de vivir de los años 35 a 107 de nuestra era. También aquí nos seguimos encontrando en las fuentes mismas del movimiento.

Y otro apócrifo célebre abre una primera grieta en la trama de la leyenda clásica. Júzguese, en la lectura de los *Hechos de Juan*:

“*Esa cruz, pues, reúne en ella todas las cosas con una palabra, ella las separa de las cosas inferiores, y, al ser única, conduce todas las cosas a la Unidad. ¡Pero no es la cruz de madera que verás al irte de aquí! Y quien está sobre la cruz tampoco soy yo, a quien ahora no ves, y de quien sólo oyes la voz. Se me ha tenido por quien no soy, al no ser lo que parecía ser a muchos otros, ya que me tenían por otra cosa, vil e indigna de mí ...*” (Cf. *Hechos de Juan*, XCIX).

Por consiguiente, en ese extraño texto Jesús revelaría a su bienamado Juan que no fue él quien vio crucificado en la cruz *de madera*, la cruz material, sino otro personaje, vil e indigno de ser siquiera nombrado. Y si el lector duda todavía de nuestra interpretación de este pasaje, veamos lo que sigue, que aporta aún más pruebas:

“*Sin embargo, yo no he padecido ninguno de los sufrimientos que me veréis sufrir ... En una palabra, lo que se dice de mí, no me ha sucedido, y lo que no se dice, en cambio, lo he sufrido ...*” (Cf. *Hechos de Juan*, CI).

Aquí vemos apuntar una interpretación oficial a la que se dejó un tiempo desarrollarse libremente, a fin de sofocar mejor la verdad histórica, muy embarazosa. Se trata de la tradición gnóstica llamada de los *Docetas*, según la cual el cuerpo de Cristo no fue sino una pura apariencia, que lo hizo así

³² *Lapsus calami*. Herodes Arquelao reinó del año –6 al 6 de nuestra era, y Poncio Pilato no fue procurador de Judea hasta el año 25 de ésta.

³³ En griego *kranios*: cráneo.

³⁴ Traducción de un texto copto más antiguo, sobre un original griego desaparecido muy tempranamente. Como se ve, este relato se remonta a las fuentes mismas del cristianismo.

³⁵ Padres “apostólicos”: que conocieron a uno de los apóstoles. Son cuatro: Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Hermas de Cubes y Bernabé de Chipre.

insensible al sufrimiento y a la impureza propios de la naturaleza humana. Permanece un eco de ello en el *Corán*, lo que atestigua que Mahoma también consultó abundantemente viejos documentos gnósticos en lo que concierne a su concepción del personaje de Jesús:

“No le dieron muerte, no le crucificaron! Un cuerpo fantástico engañó a su barbarie ... Los que discuten sobre este respecto no tienen más que incertidumbres, y la verdadera ciencia no les alumbría. Lo que ellos siguen es una opinión, pero no hicieron morir a Jesús ...” (Cf. *Corán*, IV, 156).

Esta tradición irracional, pero que enfebrecía el entusiasmo de los exaltados de la mística, fue profesada por muy grandes doctores cristianos, gnósticos u ortodoxos, hasta los siglos IV y V.

De un tratado perdido de Hipólito de Roma, reconstruido a partir de los textos del pseudo-Tertuliano (capítulo I), del de Philaster (*Diversarum haereseon liber*, XXXII), y de Epifanio (*Adversus Haereses*, XXIV, 1-4 y *passim*), Eugène de Faye extrae la siguiente conclusión en su libro *Gnostiques et Gnosticisme*:

“Según dice (Hipólito de Roma –n. del a.-), Basílides habría profesado un docetismo extremo en materia de cristología. Ese docetismo no tenía en sí nada que pudiera extrañar demasiado a Clemente de Alejandría. ¡No era mucho menos doceta que Basílides! ¿Quién no lo era más o menos en el siglo II? Pero lo que no hubiera dejado de indignar y de excitar su espíritu crítico habría sido la fábula de la sustitución de Jesucristo por Simón el de Cirene. ¿No es más extraño que no lo mencionara en ninguna parte? Si verdaderamente su autor era el propio Basílides, ¿cómo habría perdido Clemente una ocasión tan buena de confundirlo? ¿Cómo un Agrippa Castor no habría hecho, por lo que parece, mención alguna? Carguemos esta absurda invención en la cuenta de los adeptos posteriores de la secta, y estaremos probablemente más cerca de la verdad histórica ...” (Cf. Eugène de Faye, *Gnostiques et Gnosticisme*, p. 53).

En esta conclusión del pastor de Faye hay quizás una contradicción. Clemente de Alejandría probablemente habló de ella, lo mismo que Agrippa Castor, pero los monjes copistas los censurarían espontáneamente, mientras que los encargados de copiar a Epifano no lo creyeron útil. Por eso es por lo que podemos encontrar esta extraña tradición en la *Homilía XX* de Epifano y en Teodoro (*Hoer. fab.*, I), quienes nos resumen la opinión de Basílides:

“Jesús en realidad no se había encarnado, simplemente había adoptado la apariencia de un hombre, y, durante la Pasión, se burlaba de los judíos y *del crucificado*, sin que ellos lo vieran. Luego ascendió de nuevo a los Cielos, sin haber sido conocido ni por los ángeles ni por los hombres ...” (Cf. Epifano, *Homilía XXIV*).

Lo que demuestra, sin discusión posible, que esta afirmación se había transmitido ya a los medios gnósticos de su época, y que el célebre doctor la utilizaba. Ahora bien, Basílides enseñó en Alejandría hacia los años 120-140 de nuestra era. Así que, también aquí, nos encontramos en las fuentes mismas del cristianismo. Ahora sólo nos queda, pues, examinar de más cerca estas enseñanzas realmente curiosas.

Pero, ante todo, ¿qué hay que creer de todo esto?

Según Basílides, en el momento de la crucifixión en el Gólgota, Jesús “*se burlaba de los judíos y del crucificado, sin que ellos lovieran*”.

Consultemos ahora a Pablo, en su Epístola a los Colosenses:

“... Canceló el acta escrita contra nosotros con sus prescripciones, que nos era contraria, y la quitó de en medio, *clavándola en la cruz*; y habiendo despojado a los principados y a las potestades, *los exhibió públicamente*, triunfando de ellos por la cruz ...” (Cf. Epístola a los Colosenses, 2, 13).

Como se ve, para Basílides, Jesús se burla del crucificado; y, para Pablo, Jesús hace burla de los *Arkontes*, clavados a la cruz. Hay ahí más que un paralelismo, si uno quiere tomarse la molestia de remitirse a lo que nos dicen los ya citados *Hechos de Juan*, y volverlos a leer atentamente: “/ quien está sobre la cruz tampoco soy yo ... Lo que se dice de mí, no me ha sucedido ... “. Y el que estaba en la cruz era un ser vil, indigno de él ...”

Además, quedan todavía las extrañas afirmaciones contrarias (que no se impondrían sin una razón de peso) del *Testament en Galilée* y de la *Epístola a los esmirnos*, que nos aseguran que fue Jesús el crucificado, y que fue realmente su propia *carne* la que sufrió ese suplicio, y *no otra persona*.

Otra tradición, que procede directamente de la gnosis caínica, pretende que fue Judas Iscariote el crucificado en lugar de Jesús, ese Judas *en quien había entrado Satanás* cuando le fue ofrecido el pan mojado de vino.

Y, como nuevo eco de esa enigmática tradición, los maniqueos enseñaban que el *Príncipe de las Tinieblas* había sido crucificado en el lugar del Jesús ...”

Citaremos a este respecto la *Epître du Fondement*, de Manès, que nos proporcionan Alejandro de Lycopolis y Evode d'Uzale. Pues bien, nosotros sabemos por fuentes fidedignas que el fundador del maniqueísmo había hecho reunir por sus primeros discípulos textos cristianos extremadamente antiguos, textos que desaparecieron con la destrucción de los suyos. Veamos este pasaje:

“El enemigo esperaba haber crucificado al Salvador, Padre de los Justos. Pero fue él quien se encontró crucificado. En esta circunstancia la realidad fue muy diferente a las apariencias. El Príncipe de las Tinieblas se vio, pues, sujeto a la cruz; llevó con sus compañeros la corona de espinas, y fue revestido con las vestiduras de púrpura. Bebió la hiel y el vinagre que, según algunos, se le dio a beber al Salvador. Todos los sufrimientos que éste pareció padecer, fueron reservados a los tenebrosos Arcontes. Ellos solos fueron atravesados por los clavos y la lanza ...” (Cf. Evode d'Uzale, *Des croyances manichéenes*, 38).

Es posible que los Templarios recogieran en Oriente ecos de esta extraña tradición, lo que habría justificado a sus ojos el escupir sobre el crucifijo. Pero lo que es seguro es que la *cruz ahorquillada*, llamada también “cruz de los locos” o “cruz cornuda”, y que, por lo que parece, fue el talismán de Wallenstein, a donde había sido necesariamente llevada como paradigma iniciático por los cátaros, bogomilos y neomaniqueos.

Dicho esto, y teniendo en cuenta que los legionarios romanos con toda seguridad no crucificaron a Lucifer en lugar de a Jesús, y con razón, hay que admitir que fue Simón, llamado de Cirene, quien tomó su lugar en la cruz. ¡Y fue para hacer desaparecer esa realidad histórica, tan poco brillante, por lo que se dio nacimiento a la leyenda del diablo crucificado!

Tanto en un caso como en el otro era, pues, el “vehículo” carnal del demonio el que había sufrido el suplicio de la cruz.

Hay que reconocer que todo eso, una vez apartado el velo de las fantasmagorías, suena bastante raro.

Y a la mente acude una pregunta: ¿Qué hecho, que se nos oculta cuidadosamente, pudo justificar esa enigmática querella entre exégetas, querella de la que se quiere apartar a toda costa al simple creyente, de donde el voluntario aspecto nebuloso de sus afirmaciones recíprocas?

Y una vez más será Celso, en su terrible *Discurso verdadero*, quien nos pondrá sobre la pista. Como amigo de juventud del emperador Juliano,³⁶ sabía, igual que el emperador, a qué atenerse en lo que este último llamaba con desprecio los “galileos”, y sobre los orígenes del cristianismo. Es evidente que, al estar los dos asociados a una reacción filosófico-pagana, los archivos de la cancillería imperial, que normalmente estaban cerrados a las gentes corrientes, a él le estaban totalmente abiertos.³⁷ Pues bien, ¿qué nos dice él? Esto, que está muy claro:

“Pero ¿cómo recibir como Dios a aquel que, entre otras cosas motivo de queja, no realizó nada de lo que había prometido? ¿A aquel que, convencido, juzgado, y condenado a suplicio, se escapó vergonzosamente, y fue capturado de nuevo en las condiciones más humillantes, gracias a la traición de aquellos mismos a los que él llamaba sus discípulos? ... (Cf. Celso, *Discurso verdadero*, II, 16, J.J. Pauvert, édit., París, 1965).

Como se observará, aquí no se trata ya de Judas Iscariote. Aquel no desempeñó ningún papel más, aparte del de la *primera detención de Jesús*,³⁸ porque en realidad hubo dos, con seis semanas de intervalo, como pronto veremos. En su segunda captura, fueron algunos de sus “discípulos” quienes lo entregaron a los romanos, y también a éstos intentaremos darles un nombre.

Hubo, por lo tanto, dos detenciones de Jesús, separadas por una evasión y una huida, lo que implica dos procesos. Y la brevedad del que narran los evangelios, que es el segundo, brevedad que siempre sorprendió a los historiadores y que hizo correr mucha tinta, se desprende del hecho de que no consistió sino en una simple y rápida identificación, cuyas formalidades legales eran muy sencillas. Pilato hizo presentar a Jesús ante Caifás y los principales sanedritas, que representaban el poder religioso, y saduceo, y luego ante Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, de quién dependía Jesús por su nacimiento (Lucas, 23, 7), *lo que implica que no había nacido en Belén de Judea, sino en Belén de Galilea*, próxima a Séforis, patria de su madre María. A continuación, cuando todo estuvo en regla, Pilato lo mandó crucificar sin más preámbulos, y esta vez de manera definitiva.

Daniel Massé cuenta que, en ciertas versiones del *Talmud de Babilonia*, leyó que Jesús fue capturado *por primera vez* seis semanas antes de Pascua. Así se explicarían las contradicciones entre los evangelios sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas, y el de Juan, ya que *se trataría del relato de dos fases diferentes del final de Jesús*. Eso justificaría el que Juan no hable de Simón de Cirene, lo mismo que los otros evangelios apócrifos, y el hecho de que el *Evangelio de Pedro* y otros apócrifos no citen jamás a Judas Iscariote.

La razón es que los unos y los otros no relatan la misma fracción de las últimas semanas de la vida de Jesús-bar-Juda.

Pero, ¿cuál fue, entonces, en realidad, el papel exacto de Simón el Cireneo?

Observaremos, en primer lugar, que la *idea de la sustitución* se halla ya en germen en nuestros evangelios y en la trama general de todos los relatos paraevangélicos, con esa sustitución de Jesús-bar-Juda y Jesús-Bar-abbas. Porque, ¿cómo admitir que este último, “culpable de asesinato en el curso de una sedición” (Marcos, 15, 6-15), en espera de ser ejecutado en la cruz, encarcelado con sus cómplices, pueda ser indultado por el procurador Poncio Pilato, verdadero “gobernador a la rusa”, en el sentido que podía darse a ese término en la época del zarismo? Pilato era un procurador de mano dura, justo pero implacable, que no dependía sino del legado imperial de Siria, y por consiguiente era dueño absoluto de toda la Palestina, dado que, al ser superior jerárquico de los tetrarcas

³⁶ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 254-255.

³⁷ El papa Gregorio I, llamado Magno (santo), que reinó del año 590 al 604, fue quien mandó quemar los archivos del antiguo imperio romano, sin duda por prudencia, ya que a través de ellos sabríamos mucho más sobre Jesús.

³⁸ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 274-288.

colaboradores de Roma, éstos estaban prácticamente a sus órdenes. ¿Por qué pretender que este hombre sintiera escrúpulos frente a un rebelde, que era además guerrillero con frecuentes tendencias al bandolerismo puro y simple, y que tocaba diferentes medios, entre ellos el de la prostitución?³⁹ ¿Y cómo podía distinguir y ofrecer, en el lugar de Jesús, a un criminal calificado como de famoso, y que era igual de inexcusable ante las leyes de Roma?

Que el lector se remita al capítulo 23, “Jesús-Barrabás”, y que relea todo lo que aportamos sobre la tesis negativa de la existencia concreta de ese tal Barrabás. *Repetimos, Jesús-Barrabás no es otro que Jesús-bar-Juda.* De ahí el hecho de que sea ignorado en tantos textos ulteriores.⁴⁰

Volvamos ahora a Simón el de Cirene, y para eso tomemos el texto griego y sus diversas variantes en los más antiguos manuscritos evangélicos conocidos:

1º. *Cireneo* aparece en ellos como *Kurenaion*, traducido por *Kureneo* en el texto griego de los Hechos de los Apóstoles (2, 10).

2º. Se dice en los evangelios sinópticos que Simón el Cireneo “volvía del campo”, pero alguno de sus manuscritos griegos iniciales nos dicen que “venía a su encuentro”, por ejemplo, el *Codez Bezae*, o *Codez Cantagrigiensis*, que es del siglo V.

Pues bien, en griego *kureo* significa *encontrar*, y ese prefijo figura en los verbos que significan *luchar*:

- *kurebasia*: combate, pendencia, enfrentamiento, duelo, violencias;
- *kurebazo*: pelearse, combatir, luchar, enfrentarse.

¡No busquemos más! Ese término de *kurenaion*, al que se quiere hacer significar *cireneo*, no resulta ser aquí sino una expresión impropia, que designa simplemente el hecho de que Simón no volvía en absoluto de los campos, sino que iba realmente “*al encuentro*” del manípulo legionario que conducía a Jesús al lugar de su ejecución. Y, además, con el sentido habitual de *oposición*, *combate*, *violencias*, etc., tal y como lo relata el *Codez Bezae*.

Y ahí fue donde Jesús consiguió huir, en el transcurso de esa nueva revuelta a mano armada, mientras que Simón, jefe del comando zelote liberador, fue capturado por los romanos, *quienes inmediatamente después le crucificaron en lugar de Jesús*.

Esos dos hechos, aparentemente distintos, pero perfectamente relacionados por la lógica más absoluta, están justificados históricamente por:

- *Celso*, quien en su *Discurso verdadero* nos dice que Jesús consiguió huir, y huir de manera vergonzante, ya que su liberador Simón de Cirene fue crucificado en su lugar, tal como cuentan:
- *Basílides de Alejandría*, en su *Evaggelion*, citado por Hipólito de Roma, san Epifano y Teodoro, y que así, según él
- a *Flavio Josefo*, en sus *Antigüedades judaicas* y su *Guerra de los Judíos*, con el combate del monte Garitzim, en Samaria.

³⁹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 162-183.

⁴⁰ *Op. cit.*, al ser Judas de Gamala el padre *carnal* de Jesús, el nombre de circuncisión de este último era necesariamente Jesús-bar-Juda.

Pero observemos ya el hecho de que no deja de ser de lo más sorprendente que el “Hijo de Dios”, *venido libremente* aquí abajo para *ofrecerse en sacrificio y aplacar la cólera de su Padre*, aprovechara la primera ocasión para huir, y permitir que crucificaran en su lugar a su humilde liberador.

Sobre el período de la vida de Jesús que se extiende desde esa evasión hasta su captura definitiva, obtenemos lo siguiente de Flavio Josefo; pero, en primer lugar, precisemos la fecha exacta.

En *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, nosotros nos adherimos a la tesis del año 35 de nuestra era (789 de Roma, según Varrón) para la muerte de Jesús. Veamos, pues, lo que dice Flavio Josefo:

“Los samaritanos no carecieron tampoco de disturbios, pues estaban incitados por un hombre que no consideraba grave el mentir, y que lo combinaba todo con tal de agradar al pueblo. Les ordenó que ascendieran con él al monte Garitzim,⁴¹ al que tienen como la más santa de las montañas, asegurándoles con vehemencia que, una vez llegaran allí, les mostraría unos vasos sagrados enterrados por Moisés, quien los había colocado allí en depósito. Ellos, creyendo que sus palabras eran verídicas, *tomaron las armas, y, tras instalarse en un pueblo llamado Tirathana, adhirieron a cuantas gentes pudieron recoger*, de forma que iniciaron la ascensión de la montaña en masa. Pero Pilato se apresuró a ocupar con antelación el camino por el que debían efectuar la ascensión, y envió allí a caballeros y a soldados de a pie, y éstos, cargando contra las gentes que se habían reunido en el pueblo, mataron a unos en la refriega, pusieron a otros en fuga, y a muchos se los llevaron prisioneros, *los principales de los cuales fueron ejecutados por orden de Pilato, así como los más influyentes de entre los fugitivos*”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, IV, 1, manuscrito griego).

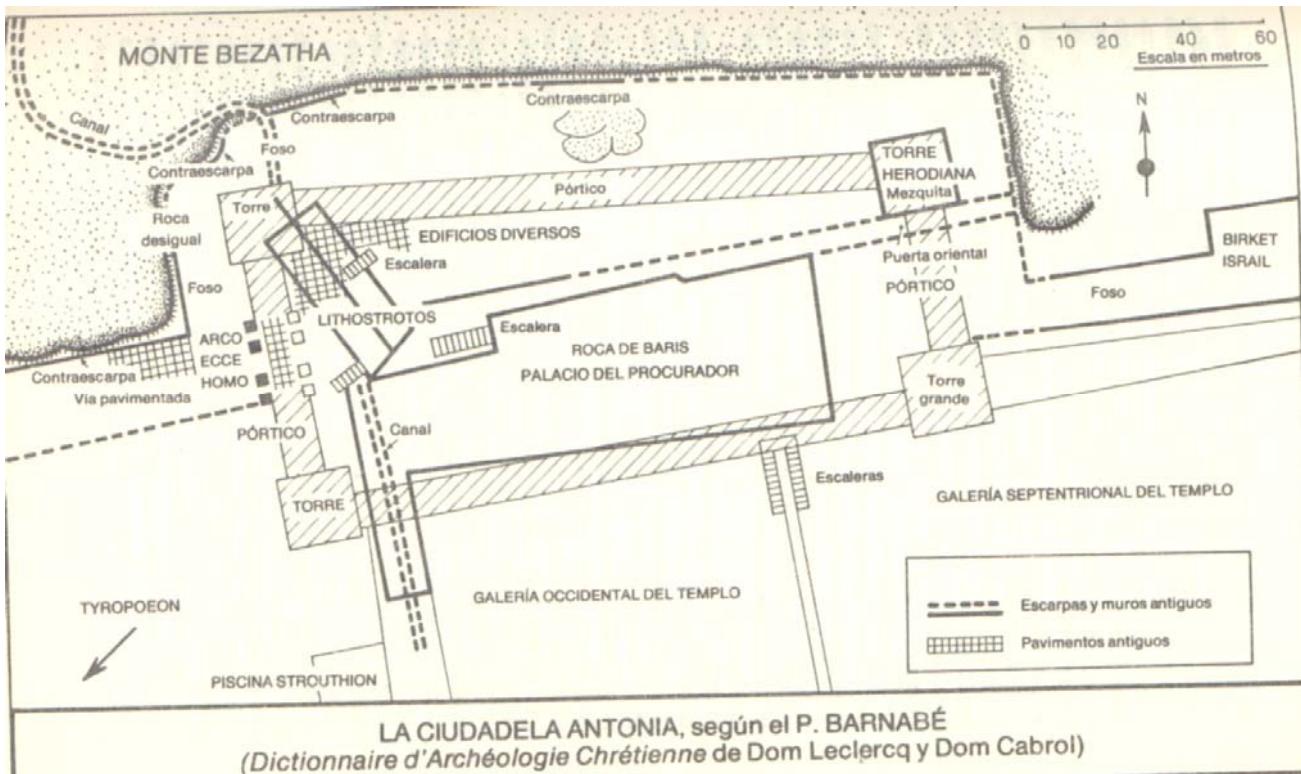
Sobre el lugar de la detención de Jesús después de esta aventura del monte Garitzim, sobre las propias condiciones en las que fue capturado, encontramos lo siguiente en el *Talmud* de Jerusalén:

“Para mejor espiar al seductor (de las multitudes), se ocultó a dos testigos en la cámara del fondo, y se colocó al acusado en la cámara exterior, dejando arder una luz a su lado, a fin de poder verlo mientras se escuchaba su voz ... ¡Así se hizo con Ben Sotada en Lydda! Se ocultó, para espiarlo, a dos sabios doctores, luego se le condujo (en seguida) ante el tribunal, y fue lapidado” (Cf. *Talmud de Jerusalén, Sanedrín*, 25, cf. *Yebamoth* 15 d.).

Sabemos que el sobrenombre de Ben Sotada, en hebreo “hijo de la desviación”, es un epíteto injurioso que los talmudistas aplicaron a Jesús en adelante, durante sus polémicas con los cristianos que formaban los discípulos de Saulo-Pablo.

El motivo era que Jesús descendía, a través de Salomón, de David, y de Betsabé, es decir, de una pareja adúltera y asesina, el primero por haber mandado matar a Urías, esposo de la segunda, que consintió en ello. Por lo tanto, se trata efectivamente de nuestro personaje, y no de un homónimo. Por otra parte, este pasaje nos da el lugar de su captura final: Lydda, ciudad situada a treinta kilómetros del monte Garitzim, en el camino de Jerusalén a Joppe. Por último, primero fue capturado e interrogado por sus adversarios saduceos en esa misma ciudad, y luego entregado por ellos a los romanos. Lo que coincide con el relato de Celso en su *Discurso verdadero*, sólo que confunde la traición de Judas y la de los saduceos, a quienes toma por discípulos de Jesús. Por el contrario, el *Talmud de Jerusalén* pretende que fue lapidado, con el fin de ocultar la crucifixión por parte de los romanos de un “hijo de David” que les había sido entregado por los saduceos. Esto no les parecía muy honorable, y además era ilegal. Es probable que los saduceos cedieran ante el miedo a represalias romanas en caso de negarse.

⁴¹ Hoy llamado *Djebel-el-Tar*, y situado al sur de la antigua ciudad de Siquem.



Pero, como se ve, las diversas migajas de información que nos han llegado de fuentes diversas: judías generales con el *Talmud*, particulares con Flavio Josefo, romanas con Celso, concuerdan todas perfectamente, incluida esa puesta en libertad por parte de Pilato, imaginada por los monjes bizantinos, y después continuada por los copistas de la versión eslava, para disimular mejor la huida de Jesús a Samaria.

Luego Pilato cayó en desgracia ante Vitelio, cónsul y gobernador de Siria, por motivos que pronto analizaremos: *según parece*, fue debido a las quejas de esos samaritanos. Ya veremos qué debemos creer de todo ello.

¿Recurrió Pilato al *cesare apello*, la apelación al César, privilegio de todo ciudadano romano, y suyo en especial, por ser *amicus Caesaris*? Es muy posible. Pero, del mismo modo, también Vitelio pudo no querer aplicarle una sanción por sí mismo, y remitirse al emperador, en este caso Tiberio, que ya estaría debidamente informado.

Sea lo que fuere, Pilato se embarcó con dirección a Roma, adonde, sin embargo, no llegó hasta después de la muerte del emperador, quien no debemos olvidar que se había convertido en su suegro por alianza, al haberse casado (según ciertas tradiciones) en terceras nupcias con Julia, *abuela de su esposa Claudia Procula*. Este óbito fue, evidentemente, muy contrariante para Pilato, como veremos a continuación.

De todos modos, aquí abriremos un paréntesis. Aparte de Flavio Josefo, de Filón de Alejandría y de los textos neotestamentarios (evangelios, hechos apostólicos, tanto canónicos como apócrifos), Poncio Pilato, procurador de Judea, sólo aparece citado en Tácito, en sus *Anales*, libro XV, XLIV. Lo que induce a ciertos historiadores racionalistas a negar su existencia real. Es muy fácil darle una respuesta a esto: Tácito no nos da los nombres de todos los procuradores que gobernaron Judea, y ello no significa que Roma dejara a veces a esa provincia, tan difícil de gobernar, sin su representante. Pues bien, *nosotros conocemos los nombres de todos los procuradores*, pero sólo a través de Flavio Josefo, y Pilato figura efectivamente entre ellos, en varias fases de dichos relatos.

Además, se posee la placa dedicatoria de un edificio construido en Cesarea Marítima en honor del emperador Tiberio. En dicha inscripción permanecen aún legibles los nombres de Tiberio y de Poncio Pilato. Esa placa se conserva en la actualidad en el Museo de Israel, en Jerusalén, y contesta a las dudas sobre la existencia del procurador.

Pues bien, como hemos dicho antes, Tiberio falleció el 16 de marzo del año 37 de nuestra era, en Misena. Si los hechos de Samaria relatados antes por Flavio Josefo se desarrollaron en los primeros meses del año 35, puede admitirse que la queja de los samaritanos (*si fue ése el verdadero motivo* de la caída en desgracia de Pilato, lo que es muy dudoso, como pronto veremos) no fue llevada al gobernador de Siria ni admitida hasta varios meses después de dichos sucesos. Porque Vitelio jamás habría admitido que se exigiera de él una respuesta inmediata.

Entonces se ordenó una investigación sobre los hechos alegados. La prudencia romana no podía dejar descuidada a la Samaria, provincia por lo general pacífica. ¿Cuánto tiempo se tardó, después de la admisión de esa queja, en decidir dicha investigación? ¿Cuánto tiempo duró? ¿Cuánto tiempo transcurrió entre sus inicios y la decisión del gobernador Vitelio de enviar a Pilato ante Tiberio César?⁴² ¿Cuántas semanas, o incluso meses, pasaron desde que se decidió enviarlo a Roma, hasta que se embarcó? ¿Y cuántas semanas en el mar, desde su partida hasta la muerte de Tiberio?

Entre el final de Jesús, en abril del año 35, y el de Tiberio, en marzo del 37, transcurrieron dos años. Si recordamos que entre la apelación a César formulada por Saulo-Pablo en Cesarea Marítima y la sentencia final en Roma pasaron como mínimo treinta y dos meses, en opinión de los exégetas católicos más calificados, el lapso de tiempo implicado por los hechos antes citados no puede ser más plausible, e incluso resulta muy breve.

Y ahora volvemos al episodio narrado por Flavio Josefo. ¿Quién era ese *impostor* (término usado por Arnauld d'Andilly en su traducción del griego) que amotinó a los samaritanos? ¿Por qué, si de lo que se trataba era simplemente de encontrar unos vasos sagrados ocultados antaño por Moisés, les mandó *tomar las armas*? Y ese *impostor*, ¿de dónde venía? La respuesta es fácil. *Se llamaba Jesús ...* Y venía, naturalmente, de Judea, más exactamente de Jerusalén, de donde había huido después de su liberación por los zelotes, dejando que crucificaran en su lugar a su jefe, Simón, más tarde llamado “de Cirene”.

La traducción de Arnauld d'Andilly nos dice que Pilato “capturó a algunos, y mandó *cortar la cabeza a los principales ...*”.

Ese tipo de ejecución se reservaba generalmente a los prisioneros ejecutados en el propio campo de batalla, ya que sus cabezas se llevaban a la autoridad interesada, como prueba. No fue eso, evidentemente, lo que se aplicó a Jesús, ya que según se nos dice fue “entregado por los suyos” (Cf. Celso, *op. cit.*). A fin de mostrar al pueblo judío que Roma tenía siempre la última palabra, lo llevaron encadenado a Jerusalén, y después de haberlo presentado rápidamente a las tres autoridades legales para su identificación, lo crucificaron, esta vez definitivamente, tal como lo describimos ya en una de nuestras obras precedentes.⁴³ Y eso justifica, además, el que se citen *dos lugares* como emplazamiento de su crucifixión. En los evangelios canónicos se trata del *Gólgota*, al noroeste de la ciudad, inmediatamente después de la guerra de Efraím. En los *Acta Pilati* se trata del Monte de los Olivos, al este de Jerusalén, después de haber franqueado la Puerta Dorada. La evasión hubo de tener lugar, forzosamente, mientras conducían a Jesús hacia el *Gólgota*, y la verdadera crucifixión tuvo lugar, por lo tanto, en los Olivos. Ahora veremos por qué:

⁴² Pilato era el nieto por alianza de Tiberio, y Tácito nos describe a Vitelio como un cortesano de una total simpleza. Debió de reflexionar ...

⁴³ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 222-240.

Daniel-Rops, en *Jésus en son temps*, capítulo X, nos describe el lugar donde se desarrolló el pseudo-episodio de la mofa, en el curso del cual los veteranos de la cohorte se burlaron de Jesús, “rey de los judíos”. En ese lugar hay una especie de mosaico llamado *lithostrotos*. Pues bien, éste se encuentra situado “en un ángulo del patio de la *Antonia*, cerca de una escalera que conducía al cuerpo de guardia”, según sigue precisándonos Daniel-Rops.

Así pues, para ir al *Gólgota*, Jesús pasó con su escolta legionaria por delante de la Puerta del Norte, *de donde salía precisamente el camino que conducía a Samaria*.⁴⁴

Y salió de la ciudadela *Antonia*, y no del palacio de Herodes, que se había convertido en la residencia del procurador. Por el contrario, en la segunda y definitiva salida hacia su destino, fue de este último emplazamiento de donde se encaminó hacia el monte de los Olivos, o, más probablemente aún, hacia el cementerio ritual de dicho nombre.⁴⁵

De esas dos fases distintas de las últimas semanas de Jesús, de esos dos procesos, se intentó realzar un solo relato, con el fin de escamotear dicha evasión, bastante enojosa en un “hijo de Dios”. Y eso explica las incoherencias, las contradicciones y las divergencias existentes entre los textos neotestamentarios.

Además, en lo smedios gnósticos, que luego escaparían a la disciplina escrituraria de la gran Iglesia, nacería de esas mismas mezclas tan torpes una tradición bastarda que, al perpetuarse, contaría que Jesús no fue clavado en la cruz, sino un tal Simón, llamado “de Cirene”, quien también habría llevado “la cruz de Jesús”. La llevó, eso es cierto, pero no en el sentido que se daría a esta expresión en los futuros arreglos de los evangelios.

Porque cuando Basílides de Alejandría, que era discípulo de Glacia, quien a su vez era discípulo de Simón-Pedro, nos afirma que “todo sucedió como dicen los evangelios”, si tenemos en cuenta que para él no fue Jesús el crucificado, sino Simón “de Cirene”, este hecho nos demuestra *ipso facto* que dichos evangelios no son los que han llegado hasta nosotros, y que estos últimos no son otra cosa que textos manipulados, elaborados en el siglo IV bajo la vigilancia de Eusebio de Cesarea. En su época, hacia los años 120-140 de nuestra era, había *otros evangelios*, que desaparecieron en el siglo IV, y es a ellos a los que hace alusión Basílides.

Ahora nos queda por estudiar las condiciones de aquella liberación momentánea de Jesús, liberación que es obvio que sólo pudo producirse con la ayuda de numerosas complicidades, y, *sobre todo, con el acuerdo tácito de autoridades romanas, acuerdo secreto sin el cual la evasión no podía salir bien*.

Y también aquí, como decía Byron, la verdad es siempre extraña, más extraña que la ficción ...

⁴⁴ Véase el plano de Jerusalén, en la **pág. ...** de la presente obra.

⁴⁵ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp 229-234.

La evasión de Jesús

Con una mentira como cebo, se pesca una carpa
de verdad ...

SHAKESPEARE, *Hamlet*

Si uno consulta numerosos *Indices* bíblicos, constatará que uno de los versículos más asombrosos del *Nuevo Testamento* no aparece mencionado en ellos. En efecto, si uno busca la palabra “liberar”, la palabra “Pilato”, o el término “librar”, se ve forzado a constatar que el versículo 12 del capítulo 19 del Evangelio de Juan no tienen ninguna referencia. Y eso conduce al historiador, curioso por naturaleza, y más aún si es imparcial, a buscar el porqué de esa extraña omisión. Veamos, pues, ese pasaje:

“Desde entonces, Pilato buscará librar a Jesús ...” (Cf. Juan, 19, 12).

Mateo (27, 11-31), y Marcos (15, 1-20) dan a entender la misma intención de parte del procurador. Pero en cambio Lucas es igual de categórico que Juan:

“De nuevo Pilato se dirigió a ellos, queriendo librar a Jesús ...” (Cf. Lucas, 23, 20).

Tomemos ahora el manuscrito eslavo de la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo, que en esta versión se titula *La toma de Jerusalén*. Se trata de una transcripción efectuada por los monjes ortodoxos en la Edad Media; los manuscritos datan de los siglos XV y XVI, sobre copias perdidas de los siglos XI-XII. La célebre interpolación relativa a Jesús, que figuraba habitualmente en las versiones griegas y árabes de las *Antigüedades judaicas*, fue transferida aquí por los escribas bizantinos en los siglos IV y V, lo que constituye con toda seguridad la mejor prueba de esa manipulación intencional. Pues bien, en el pasaje que trata de la insurrección samaritana del monte Garitzim, ya relatada, leemos lo que sigue, y son los monjes copistas ortodoxos los responsables:

“Éste (Pilato) envió hombres, mató a muchos entre el pueblo, y se apoderó de aquel hacedor de milagros. Investigó sobre él y supo que hacía el bien y no el mal, que no era ni *rebelde ni ávido del poder real*,⁴⁶ y *le soltó*, porque había curado a su mujer, que se moría. Y cuando hubo regresado al lugar acostumbrado, siguió haciendo allí las obras acostumbradas. Y de nuevo, como gran número de gentes se reunían en torno a él, fue renombrado por sus obras por encima de todos”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, manuscrito eslavo, II, 4).

Este pasaje es una interpretación libre de Mateo, 27, 19.⁴⁷

¿Teníamos o no teníamos razón, lector, al afirmar que el hombre que sublevó a los samaritanos les hizo tomar las armas bajo un falaz pretexto, se atrincheró en Tirathana y fue finalmente capturado, no era otro que Jesús? Y se nos dice que Pilato lo soltó.

⁴⁶ Esos detalles confirman, de hecho, lo que ya precisamos en *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, en el capítulo 15, es decir, que Jesús, durante una época, pretendió hacerse con la corona de Israel.

⁴⁷ De hecho, fue en la primera detención cuando Pilato toleró la evasión de Jesús. Después de lo de Garitzim lo mandó crucificar.

Cometeríamos una gran equivocación si supusiéramos que lo que acabamos de revelar aquí al público en general lo ignoraban los exégetas católicos y protestantes. El hecho de no mencionar en los *Indices* bíblicos esa intención de Pilato de liberar a Jesús constituye la prueba de ello. Y más cuando Daniel-Rops, historiador oficial de la Iglesia católica, nos confiesa en *Jésus en son temps*: “Él (Pilato) no deseaba otra cosa que la liberación de Jesús ...”, y “Más que nunca hubiera querido soltar a aquel profeta que invocabía el poder divino ...” (*op. cit.*, *Le procès de Jésus X, Ecce Homo*). ¿Hubiera querido? ¡Pero si ya lo había hecho una vez!

Por otra parte, Epifano, en su *De Fide*, aludiendo al culto que se celebra (en su época) “en ciertos lugares” durante la semana de la Pasión, el jueves santo, a la hora nona, sabe de una tradición transmitida por algunos que afirman que “ese jueves, hacia la hora nona, los apóstoles pudieron reunirse con Jesús en secreto, y éste efectuó con ellos en su prisión la fracción del pan”. (Cf. Epifano, *De Fide*, fragmentos publicados por Holl, p. 206, 17-20), y citados por Annie Jaubert, en *La Date de la Cène*, p. 88).

Este sorprendente episodio nos lo confirma Victoris, obispo de Poetovio, en Pannonia, fallecido en el año 304, en su tratado *De fabrica mundi*.

Es perfectamente evidente que para penetrar, y además varias personas, en el calabozo de un prisionero del Estado, hay que gozar de poderosas protecciones, o de complicidades tácitas. Pues bien, además de la benevolencia secreta del procurador, Jesús tenía poderosos protectores en el partido fariseo, valga con citar a Nicodemo, “uno de los principales entre los judíos” (cf. Juan, 3, 1), lo que da a entender que era miembro del Sanedrín, o a esos fariseos anónimos que acuden a advertir a Jesús de que Antipas tiene la intención de hacerlo asesinar (cf. Lucas, 13, 31). De hecho, no tenía otros adversarios que los saduceos, secta que agrupaba a la clase materialista, rica, colaboradora de Roma y enemiga de los zelotes.

Si a esos partidarios se les añade las influencias femeninas, nada despreciables, por citar sólo a Salomé II, princesa herodiana, viuda de Herodes Filipo, hijastra y a la vez sobrina de Herodes Antipas, y a Iochanah (Juana), mujer de Chuza, intendente del mismo tetrarca, y a Claudia Procula, esposa de Pilato, se constatará que no está abandonado en el mundo de las esferas oficiales influyentes (cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, págs. 289 a 303; *El hombre que creó a Jesucristo*, págs. 183 a 202). Es más, entre Salomé II y Jesús habían existido unas relaciones muy estrechas; están atestiguadas por un evangelio muy antiguo, que se creía que había desaparecido para siempre, y que providencialmente fue encontrado de nuevo en el Alto Egipto, en Nag-Hamadi, en el año 1947. El manuscrito es del siglo IV, está redactado en copto, sobre un texto inicial de principios del siglo III. Y en él leemos este anonadante versículo:

“Jesús dijo: ‘Dos reposarán allá, sobre un lecho ... ¡El uno morirá, el otro vivirá!. Y Salomé dijo: ‘¿Y tú quién eres, hombre? ¿De quién has salido para haberte metido en mi cama y haber comido en mi mesa? ...’.” (Cf. *Evangelio de Tomás*, folio 43, versículo 65).

Esto nos parece muy claro. Porque la hipótesis de un *lecho para comer*, de los utilizados en los banquetes antiguos, no es rentable. Las mujeres estaban sentadas, los hombres acostados, ellas no tenían lecho propio, y si se recostaban después del festín, era por invitación del hombre (cf. Petronio, *El Satírico*, 67).

Por otra parte, puede admitirse que en el *Talmud*, y para evitar ser condenados a la hoguera por crimen de lesa majestad divina, los talmudistas dispersaron todo cuanto concernía a Jesús y situaron todos los pasajes que se refieren a él en épocas diferentes. Así podían argüir que el Jesús que ellos vilipendiaban no era el mismo al que los cristianos habían deificado.

Una sencilla consigna oral, integrada en la tradición secreta rabínica, permitía entonces a los iniciados establecer la verdad histórica. Y ante los jueces reales o ante la Inquisición, siempre podían jugar con las palabras y salir bien librados del atolladero. En el *Talmud de Jerusalén*, por ejemplo, leemos lo siguiente:

“Rabbi Abun dijo: ‘En presencia de un prosélito y de un renegado que desee volver a ser judío, este último tendrá la prioridad, a causa del hecho sobrevenido’.”⁴⁸ (Cf. *Talmud de Jerusalén*, volumen 6, tratado *Horaioth*, III).

Es indudable que el Jesús evocado aquí es el mismo del Nuevo Testamento, aunque el hecho de asociarlo a Josué-ben-Parabia tienda a disociarlo de él. En efecto, Josué-ben-Parabia vivió en el año 60 antes de nuestra era. Pero, admitiendo que otro Jesús hubiera sido hereje en aquella época, no se ve bien cómo, en el siglo IV, el hecho de haber sido rechazado en su petición de reintegración al judaísmo pudo ser “grave por sus consecuencias” para los judíos de entonces. El único que corresponde a esa definición es el nuestro. Fue de su historia de donde salieron todas las persecuciones y las matanzas que Israel tuvo que sufrir durante siglos.

Además, todos los Jesús citados como herejes en el *Talmud* fueron ejecutados una víspera de Pascua. Y esa es la clave que permite a los rabinos talmudistas orientarse en ese esoterismo histórico. Basta con saberlo, porque sólo los romanos se permitían violar así la santidad de la semana pascual. Ahora bien, en el año 60 la Judea no era todavía provincia romana, y no lo sería hasta el año 69, con la entrada de Pompeyo en Jerusalén.

Volvamos a la liberación de Jesús, afirmada por los monjes copistas ortodoxos.

Imaginar que este hombre, cuya captura en los Olivos exigió la movilización de una cohorte de veteranos, es decir, de seiscientos soldados de élite, acompañados de un importante destacamento de milicianos del Templo, y dirigidos por un tribuno militar, magistrado con rango de cónsul,⁴⁹ repito, imaginar que este hombre pudo haber sido puesto en libertad por el procurador de Roma a la vista y en presencia de toda la ciudad de Jerusalén, guarnición incluida, es un perfecto disparate. Lo único que pudo hacer Pilato es facilitar una evasión, adoptando todas las medidas oportunas para que ésta fuera un éxito: endeblez numérica de la escolta de ejecución, elección de un lugar y un itinerario especialmente propicios para una huida, acuerdo secreto con los partidarios, y acuerdo también con el interesado en lo que respecta a su desaparición y a su neutralidad tras esa discreta “liberación”. Y eso es lo que sucedió en parte.⁵⁰

Los archivos del Imperio romano comprendían diversos tipos de documentos. Estaban las *Actas del Senado*, el *Diario de Roma*, y los *Archivos imperiales*. Estos últimos estaban compuestos por notas redactadas por el emperador o por sus secretarios, y los informes confidenciales enviados a Roma por los legados imperiales, gobernadores de provincias, etc. El propio Tácito, a pesar del favor de que gozaba por parte de los emperadores Nerva y luego Trajano, jamás pudo enterarse del contenido de dichos *Archivos imperiales* (*comentarios principales*), (cf. H. Goelzer, *Tacite, Annales, Introduction*, XII-XIII), y fue el papa Gregorio I quien los mandó destruir, como hemos dicho antes.

⁴⁸ “Según el comentario *Pne-Mosche*, éste es el hecho acaecido del que se trata aquí. Ante el Rabbi Josué-be-Parabia, Jesús se habría ofrecido a retractarse de sus doctrinas heréticas si este rabino no lo hubiera rechazado. Este rechazo, grave por sus consecuencias, luego fue lamentado” (*Op. cit.*)

⁴⁹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 239-240 y 274-278. Véase asimismo Juan (18, 3 y 13, y Evangelio de los Doce Apóstoles, 15º frag.

⁵⁰ Además de las importantes intervenciones ya evocadas en favor de Jesús, pudo haber también un considerable rescate pagado a Pilato, a quien Flavio Josefo nos describe como avaricioso, y que sería extraído de los tesoros zelotes entonces existentes, según nos revelan los rollos de cobre descubiertos cerca del Mar Muerto. Nerón tampoco actuaría de otro modo con Eleazar-Andrés.

Ahora bien, hubo un hombre que, indudablemente, fue autorizado a informarse en esos documentos confidenciales, y fue *Celsus*, alias Celso, el “tercer Celso”, generalmente ignorado por los historiadores oficiales, y con razón.⁵¹

Celso, amigo del emperador Juliano, su compañero de estudios en las escuelas de Atenas, alumno, amigo y compañero de Libanio, y a quien Julio César hizo gobernador de las provincias de Capadocia y Cilicia, pretor de Bitinia, colaboró con el emperador en la reacción pagana que se desarrolló del año 361 a 363. Aparece citado por Amiano Marcelino y por Libanio, contemporáneos suyos, así como por Paul Allard, historiador católico, en su libro *Julien*. Mientras el joven emperador (a quienes los cristianos denominarían *el Apóstata* después de hacerlo asesinar)⁵² redactaba su libro *Contra los Galileos*, Celso componía su famoso discurso titulado *Aletès logos* o *Discurso verdadero*, luego más conocido con el nombre de *Contra los cristianos*;⁵³ y puede admitirse perfectamente que su poderoso amigo Juliano, para esta colaboración, le abriría los *Archivos imperiales* sin ninguna dificultad, al menos en lo que atañía al período sobre el que versaba el trabajo que preparaba Celso, es decir, los once años del procurado de Poncio Pilato.

Y en el *Discurso de verdad* o *Discurso verdadero* hemos descubierto este sorprendente pasaje ya citado:

“Pero ¿cómo recibir como Dios a aquel que, entre otras cosas motivo de queja, no realizó nada de lo que había prometido? A aquel que, convencido, juzgado y condenado al suplicio, *se escapó vergonzosamente*, y fue capturado de nuevo en las condiciones más humillantes, gracias a la traición de aquellos mismos a los que él llamaba sus discípulos ...” (Cf. Celso, *Discurso verdadero*, II, 16).

Que se tranquilice el lector, pronto conoceremos el nombre del segundo traidor que entregó a Jesús.

Esta evasión se consiguió gracias a la complicidad tácita de Poncio Pilato, y probablemente también de Herodes Antipas, tetrarca bonachón, indeciso y astuto, que quizás cedió a instancias de su sobrina e hijastra Salomé II, así como de Pilato y de Claudia Procula.

Sobre la complicidad de Pilato existe todavía un documento, un viejo apócrifo del siglo VI, basado en un texto inicial mucho más antiguo, y que recibe el nombre de *pseudo-Marcellus. Imprimatur* del 8-9-1921, París, Letouzey & Ané édit., París, 1922).

En los *Hechos de Pedro* se habla de una carta que Poncio Pilato habría dirigido al emperador Claudio, y que figura en el *pseudo-Marcellus*. “¿Fue sugerida por Tertuliano, o corría ya en ciertos círculos cristianos” ...”, se pregunta el abad Vouaux. No puede decirse nada al respecto. Pero una alusión sorprendente ya a primera vista, y es el hecho de que Poncio Pilato dirigiera una carta al emperador Claudio. Porque Pilato murió en Vienne en el año 39, y Claudio no fue emperador hasta el año 41. Pensamos que se trata de un añadido de un copista demasiado celoso. No es imposible que Pilato redactara un *informe* (y no una carta) dirigido a la atención de Claudio, pero este último todavía no era emperador. No olvidemos que éste pasó por Vienne al ir a combatir a los bretones, cuando Pilato estaba todavía deportado en esta ciudad (o muy cerca de ella), en el año 39. Este informe, probablemente una queja o justificación, Pilato lo habría redactado con la esperanza de obtener su progreso, perdonado, cuando Claudio pasara por Vienne, siendo entonces legado imperial y cónsul.

En el texto del *pseudo-Marcellus* que ha llegado hasta nosotros (y que probablemente fue apañado y embellecido por los escribas anónimos en sus posteriores recensiones), Pilato recuerda los milagros

⁵¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 246-248, y 254-255.

⁵² Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 246-247.

⁵³ Cf. CELSO, *Discours de vérité*, Pauvert édit.

de Jesús, el odio de los príncipes, de los sacerdotes, su crucifixión y su resurrección, que los judíos habrían intentado hacer pasar por una mentira de parte de los guarianes.

Dejemos esa verborrea y tengamos en cuenta que con toda probabilidad Pilato dirigió un informe justificativo a Claudio, entonces simple cónsul. La benevolencia del procurador para con Jesús habría estado justificada por el hecho de que Tiberio, en un momento de su reinado, tuvo la idea de dar la tetrarquía de Herodes Filipo, que acababa de ser destituido (en el año 34 de nuestra era), a Jesús, con el fin de aplacar la resistencia judía latente, al darles un “hijo de David” como soberano de Batanea, Traconítide, Gaulanítide y Auranítide. Dos evangelios nos cuentan este hecho, el de Juan (6, 15), y el conocido como *Evangelio de los Doce Apóstoles* fragmento II). Este último estaba considerado por el gran Orígenes como muy anterior al de Lucas.⁵⁴

Por otra parte, lo que confirma esta decisión de Tiberio (que fracasó a consecuencia de intrigas locales en Palestina), es que una *Histoire de la ville de Vienne*, de Mermet, sen., (París, 1828, Didot édit.), contiene una *Historia inédita de la ciudad de Vienne bajo los Doce Césares* de un tal Trebonius Rufinus, senador romano, dirigida a C. Plino Coecilio Secundo. Trebonius Rufinus dice ser antiguo administrador de la ciudad de Vienne. Este texto dataría del año 109 o 110 de nuestra era. En él puede leerse, en el capítulo VII del libro VI, que Tiberio había propuesto al Senado de Roma que admitieran a Jesús en el rango de los dioses del Imperio. Tras un examen atento de la información que poseían, el Senado rechazó esa propuesta, porque les parecía inconveniente deificar, lo mismo que a un César romano, a un individuo que había sido sometido al suplicio reservado a los rebeldes y a los esclavos, y además por sentencia de un procurador de Roma. Vienen a continuación algunas líneas sobre las persecuciones que tuvieron lugar bajo Nerón.

De todos modos, y para ser objetivos, conviene señalar que lo que pretendía Tiberio no era proclamar a Jesús como *dios* en el sentido que le dan al término los cristianos actuales. No se trataba sino de la *apoteosis*, es decir, de la apoteosis o glorificación póstuma que elevaba a un muerto a la categoría de los héroes divinizados; Zeus conservaba el primer lugar en la teogonía secular. Para Tiberio, este hecho carecía de importancia; Suetonio nos dice de él que había estudiado astrología en Rodas, con el astrólogo Trasilo como maestro, y que era “indiferente a los dioses y a la religión, ya que se entregaba a la astrología y creía firmemente que todo obedecía a la Fatalidad ...”. (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, *Tiberio*, XIV y LXIX).

Es evidente que, si este hecho es verídico, los Padres conscriptos, responsables de la gloria del Imperio, no podían poner en el mismo pedestal a un rebelde judío y a Augusto, el más grande de sus emperadores. Esto debió de parecerles impensable, o incluso ofensivo.

Pero uno se preguntará ¿a través de quién había oído Tiberio hablar de Jesús? Pues simplemente a través de un informe de Pilato. Cuando tuvo lugar la destitución de Herodes Filipo, con ocasión de la denuncia de un pseudo-complot hecha por su primo hermano Herodes Antipas, el procurador tuvo que rendir cuentas de los acontecimientos que la motivaron. Probablemente fue consultado sobre la elección del posible sucesor. Impulsado por su esposa Claudia Procula, quizás amiga de Salomé II (los miembros de la alta sociedad, como es natural, se frecuentaban, fuera cual fuese su origen), pudo sugerir a Jesús. Eso explicaría que fuera primero enemigo de Herodes Antipas, quien esperaba ser el heredero de los bienes de su primo hermano. Porque esa hostilidad aparece atestiguada en los evangelios canónicos: “En aquel día se hicieron amigos uno del otro, Herodes y Pilato, pues antes eran enemigos”. (Cf. Lucas, 23, 12).

Sin embargo, quizás hay algo más que esas relaciones entre Pilato y Tiberio, o su esposa Claudia Procula, o Salomé II. En efecto, consultemos de nuevo el *Evangelio de los Doce Apóstoles*, y

⁵⁴ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 153-161, y *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 190-202.

volvamos a ese episodio de la investigación de Tiberio sobre Jesús, relatada en nuestra primera obra.⁵⁵ Carios, enviado del emperador, tenía como misión establecer esa relación, con el fin de nombrar a Jesús tetrarca, reemplazando a Herodes Filipo, destituido de esa dignidad. Y veamos lo que dice ya sobre ello ese misterioso evangelio:⁵⁶

“En cuanto a Carios, envió junto al emperador al apóstol Juan, quien le relató muchas cosas respecto a Jesús. El emperador Tiberio concedió grandes honores a Juan y escribió, sobre Jesús, que lo tomaran para hacerlo rey, según lo que está escrito en los evangelios, a saber: ‘Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró otra vez al monte, él solo ...’.” (Cf. Juan, 6, 15).

Tenemos, pues, que el *Evangelio de los Doce Apóstoles* confirma lo que ya nos decía otro apócrifo copto, los *Hechos de Pilato*. Y en un fragmento conservado en la Biblioteca Nacional de París (manuscrito nro. 129/17, folio 10), el mismo *Evangelio de los Doce Apóstoles* aporta todavía otra precisión:

“Después de este tiempo, cuando Tiberio César pasó (por Palestina), Herodes el Tetrarca fue a encontrarse con él, siendo Pilato el prefecto de Judea ...”.

Sin duda no se encuentra ninguna estancia concreta de Tiberio *en Judea*. Pero antes de ser emperador viajó mucho. Nació en Roma el 16 de noviembre del año 42 antes de nuestra era, se convirtió en emperador en el año 14 de nuestra era, murió en Misene el 16 de marzo del 37. fue cónsul en el -20, y aquel mismo año fue a Armenia para restaurar allí el reino de Tigrano. Luego fue gobernador de la Galia Transalpina, y en el año -15 fue a respaldar a Druso con las legiones del Rin y del Danubio. Del -15 al -9 obtuvo numerosas victorias sobre los ilirios y los panonios. En el -12 se casó con Julia I, hija de Augusto, fue adoptado por este emperador en el año 4 de nuestra era, y vivió entonces, desde el -16 hasta el 4 de nuestra era, en la isla de Rodas, pues se alejó rápidamente de su esposa, a causa de sus adulterios. Cuando regresó a Roma, en el año 4, partió a la conquista de la Germania septentrional y llegó hasta el curso inferior del Elba. En el año 6 de nuestra era efectuó campañas en los Balcanes y en Iliria. En el 14 fue emperador, y se retiró en el 27 a la isla de Capri.

Pues bien, Rodas está a poco más de 700 km. de Cesarea Marítima, y eso sólo representaba unos diez días de navegación, en aquella época. ¿Por qué Tiberio no habría de haber estado jamás en Palestina, si estuvo en Armenia, y luego en Rodas, más cerca? De este hombre no lo sabemos todo; los *Anales* de Tácito no empiezan, en su primer libro, hasta el año 14 de nuestra era, bajo los consulados de Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo. Y Suetonio, en su *Vida de los Doce Césares*, despacha en sólo cuatro líneas las actividades anteriores de Tiberio en el Oriente Medio:

“Tomó sus primeras armas en la expedición contra los cántabros en calidad de tribuno militar,⁵⁷ luego, tras conducir un ejército a Oriente, devolvió a Tigrano al trono de Armenia y lo coronó con la diadema delante de su tribunal. Recuperó asimismo las enseñas que los partos habían arrebatado a M. Craso”. (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, Tiberio, IX).

Tengamos en cuenta que los partos ocupaban Persia y Babilonia hasta el Éufrates, y que allí *se está muy cerca de Antioquía de Siria*. Por consiguiente, es seguro que Tiberio estuvo en esas regiones. ¿En qué época? El *Evangelio de los Doce Apóstoles* os aporta una precisión a la que parece que los exégetas no han prestado atención: “siendo Pilato prefecto de Judea ...”. ¿Prefecto de Judea o prefecto *en* Judea?

⁵⁵ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 157-161.

⁵⁶ Apócrifo, en griego *apocryphos*, no significa falso o dudoso, sino *críptico, secreto, misterioso*. Por consiguiente, no son textos destinados a los fieles corrientes. De ahí la desconfianza de la Iglesia en lo que respecta a ellos ...

⁵⁷ Los cántabros estaban constituidos por poblaciones ibéricas de la costa cantábrica, en la orilla atlántica septentrional de la península Ibérica.

Prefecto de Judea haría de él un administrador civil, y Pilato era militar. Prefecto en Judea lo mostraría como simple prefecto legionario, es decir, algo así como general, ya que tenía bajo sus órdenes los *seis tribunos de las cohortes* habituales en una legión romana. Nos encontramos, pues, antes del año 26 de nuestra era, fecha en la cual, siendo Tiberio emperador, Pilato fue nombrado procurador de Judea. Y en ese período Jesús contaba ya más de cuarenta años, puesto que había nacido en el 17 de nuestra era.⁵⁸

Como se ve, no hay ninguna imposibilidad histórica en el hecho de que Tiberio, en el curso de una estancia más o menos larga en Siria o en Palestina, hubiera oído hablar de Jesús en los medios aristocráticos donde necesariamente fue recibido: dinastía herodiana (Herodes Antipas, tetrarca, Salomé II, Herodías, etc.), jerarquía religiosa judía (miembros del Sanedrín, pontífice, sumos sacerdotes diversos, etc.), jerarquía militar ocupante (cuadros de la administración romana, civil y militar).

Y no es imposible que la placa conmemorativa descubierta en Cesarea, que menciona a Tiberio y a Pilato, no sea el testimonio de una visita de Tiberio a Jerusalén, y además en la época en que Jesús era de la máxima actualidad, *tanto por el papel que desempeñaba, como por sus alianzas familiares*

...

En cuanto al hecho de que se enviara ante Tiberio al apóstol Juan, el hermano más joven de Jesús, por orden de Carios, es evidente que se trata de una pura invención de los piadosos copistas. Un simple informe de dicho Carios, enviado del emperador, le bastaba a este último para darse por enterado. Pero si Tiberio tuvo la idea de confiar un día una tetrarquía a Jesús, este proyecto pudo muy bien germinar en su mente en el curso de esa estancia en Siria o en Palestina, sin necesidad de interrogar al tal Juan. Poseía muchos otros medios de investigación, por ser ya cónsul, legado de César, etcétera.

Y ahora podemos hacer el balance de nuestros descubrimientos:

1. Hemos visto que Pilato deseaba liberar a Jesús, pero que no podía hacerlo oficialmente.
2. Hemos visto que en su mente había en germen una idea de sustitución, que los evangelios ocultaron, con el asunto de Jesús Barrabás.
3. Hemos visto que numerosos textos combaten, con palabras de doble sentido, una tesis que pretendía que Jesús no había sido crucificado.
4. Hemos visto que ciertas tradiciones afirmaban que Simón de Cirene había sido crucificado en lugar de Jesús.
5. Hemos visto que el texto de Celso afirmaba que Jesús se había evadido y había sido entregado por sus discípulos.
6. Sabemos que los evangelios sinópticos de Mateo, Marcos, Lucas, afirman que Simón de Cirene llevaba la cruz de Jesús, mientras que el de Juan afirma que Jesús había llegado al lugar de la ejecución llevando él mismo su cruz.
7. Sabemos que esos evangelios no están de acuerdo en lo que respecta al día de la semana y la hora de la crucifixión; ese es un problema que divide a los exégetas desde hace siglos.
8. Sabemos que una tradición afirmaba que Jesús había recibido en su prisión la visita de algunos de sus apóstoles.
9. Sabemos que los *Acta Pilati* afirman que Jesús fue crucificado en los Olivos, hecho confirmado por el relato de la peregrina Eteria, mientras que los evangelios canónicos (arreglados en el siglo IV) afirman que fue en el Gólgota.

⁵⁸ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 45-53 y 30-36.

En su diario de viaje, titulado *Peregrinatio ad loca Sancta*, la peregrina Eteria nos muestra, en efecto, que hacia el año 400, es decir, todavía a principios del siglo V, en Jerusalén la oblación del jueves santo se realizaba por la noche, en el *Gólgota*, mientras que la conmemoración *de la agonía y de la muerte de Jesús* se realizaba *en Getsemaní y en el monte de los Olivos*. Eso prueba que, en aquella época, se sabía que la ejecución había tenido lugar en los Olivos, pero que, a pesar de todo, algo había sucedido en el *Gólgota*. ¿El qué? ¡Ya no poseían la clave!

1. El *Talmud de Babilonia* afirmaba que Jesús fue “detenido” 40 días antes de ser ejecutado. Tengamos simplemente en cuenta el hecho de que *la condena y la ejecución* estuvieron separadas por un período de aproximadamente seis semanas. Por cierto que Lucas distingue dos *comparecencias* de Jesús ante Pilato, en 23, 1 a 7, y en 23, 13 a 25.
2. Pronto constataremos que los motivos alegados en las diferentes versiones de las *Antigüedades judaicas* y de la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo son incoherentes y contradictorios en lo que se refiere a la caída en desgracia de Poncio Pilato y de Herodes Antipas.
3. Sabemos que Pilato tuvo que reprimir una revuelta armada de gran envergadura, dirigida por un cabecilla que se decía profeta y mago, que sublevó a buena parte de Samaria, tras la muerte “oficial” de Jesús según los evangelios canónicos, y que ese profeta mago fue conducido a Jerusalén y ejecutado.

En vista de todo esto, podemos concluir que:

Hubo, efectivamente, dos detenciones de Jesús.⁵⁹ La primera tuvo lugar unas seis semanas (40 días) antes de Pascua y de su verdadera crucifixión. Fue seguida de un proceso romano en regla, con todo el aparato y las minucias exigidas por ese derecho romano del que todavía están impregnadas todas nuestras legislaciones contemporáneas.

Fue condenado a muerte y conducido a un lugar de ejecución inusual, el *Gólgota*, con el fin de hacerlo pasar, al salir de la *Antonia*, y del pretorio, por delante de la Puerta del Norte, de donde partía, inmediatamente después, el camino que conducía a Samaria, territorio prohibido a los judíos legalistas, y donde Jesús tenía amigos.

Para permitir la evasión, el destacamento que lo conducía hacia el *Gólgota* era de número reducido. Además, no era Jesús quien llevaba el travesaño al que debería haber estado atado por los puños, sino un portador desconocido. La flagelación todavía no le había sido aplicada, ya que en los casos de condena a muerte a menudo tenía lugar en el mismo emplazamiento de la ejecución. Así pues, Jesús estaba en posesión de todas sus facultades.

Al pasar delante de la Puerta del Norte, un comando zelote suscitó un motín entre los partidarios de Jesús, que habían acudido en masa. El movimiento libertador tuvo lugar desde el interior de la ciudad hacia la Puerta del Norte, y no desde la puerta hacia la ciudad, a fin de facilitar la huida del condenado. En el curso de la escaramuza, el jefe del comando cainita, un tal Simón, que no era de Cirene, sino que acudía “al encuentro” de los legionarios, quedó en manos de estos últimos, y fue ejecutado en el lugar de Jesús, en el *Gólgota*, aquel mismo día.

Bien a caballo, bien en mula (la historia del pequeño asno quizás invirtió la verdad), Jesús y su gente consiguieron llegar a Samaria. En la prisión se le había puesto al corriente de los tratos que se habían realizado en su favor. Se comprometieron en su nombre a renunciar a toda actividad zelote, y a caer

⁵⁹ La primera detención es la que tuvo lugar después de la batalla de los Olivos, en las propiedades de Ierahmeel, después de la traición de Judas Iscariote, hijo de Simón-Pedro y sobrino de Jesús. (cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 274-275).

en el olvido. Pero él luego renunciaría a doblegarse ante esa cláusula y reemprendería las hostilidades en Samaria.

Pilato se vería entonces en la obligación de enviar a sus tropas a reducir esta nueva insurrección. Entre los prisioneros figuraba Jesús, entregado por algunos de sus lugartenientes, que identificaremos al final del presente volumen. El prisionero fue conducido a Jerusalén. Y efectivamente habían transcurrido unas seis semanas desde su huida o su primera condena.

Jesús entonces, y sólo a fin de que le identificaran, fue presentado a las tres autoridades oficiales: las religiosas, con Anás y Caifás y una delegación del Sanedrín; la administrativa, con Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea (pues Jesús era galileo); y las ocupantes, con Poncio Pilato. Eso explica la brevedad del plazo transcurrido entre la comparecencia y la ejecución, brevedad que siempre ha dejado estupefacto al historiador e hizo creer en la ilegalidad de esas formalidades. De hecho, el proceso había tenido ya lugar en su forma regular, y Jesús era simplemente un contumaz, condenado a muerte, y que había escapado a sus guardias haciendo uso de la fuerza. No había ninguna necesidad de empezar de nuevo con otro proceso.

Jesús fue conducido a continuación al lugar habitual de las ejecuciones, es decir, al cementerio de los Olivos, al pie del monte, y fue crucificado entre dos bandidos salteadores de caminos, según los evangelios canónicos, pero en realidad entre dos de sus guardaespaldas. Sus nombres tenderían a relacionarlos con dos antiguos gladiadores dados a la fuga.⁶⁰

De las mezclas que se han realizado entre estos dos casos nacieron las contradicciones que se encuentran en los diferentes evangelios, y las incoherencias que en ellos se descubren es indudable que no se deben a otra cosa. Sin embargo, es posible que esas mezclas fueran premeditadas, puesto que había que hacer desaparecer a toda costa cualquier rastro de un Jesús prisionero y evadido.

Desgraciadamente, había demasiadas grietas en la elaboración de la fábula, y la verdad acaba siempre saliendo a la luz.

En Marcos tenemos precisiones sobre su deseo de permanecer oculto:

“Jesús, partiendo de allí (de Jerusalén), se fue hacia los confines de Tiro y Sidón. Entró en una casa, *no queriendo ser de nadie conocido*, pero no le fue posible *ocultarse*, porque luego, en oyendo hablar de Él, una mujer cuya hijita tenía un espíritu impuro entró y se postró a sus pies ...” (Marcos, 7, 24-25).

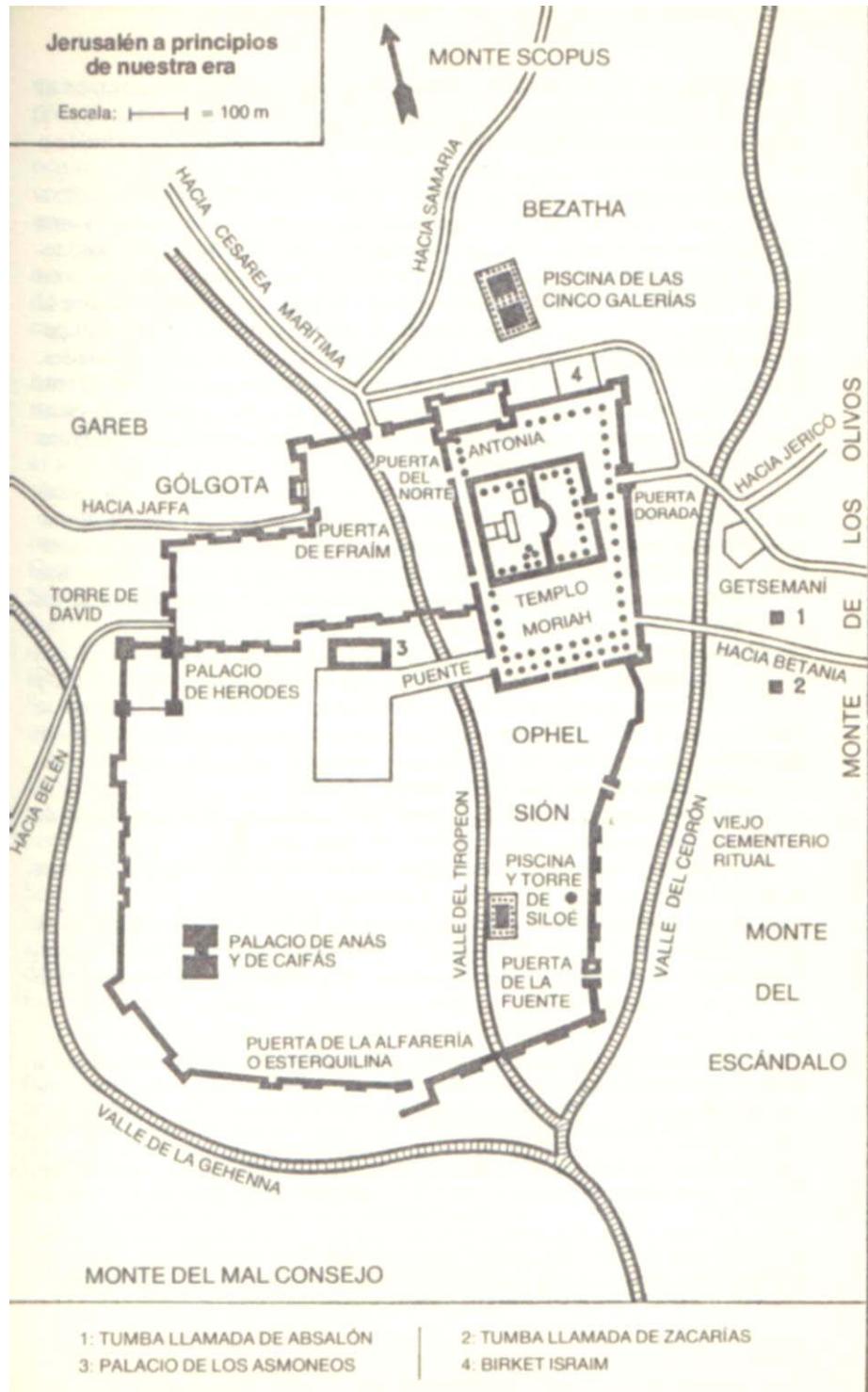
De modo que deseaba que nadie supiera quién era, y permanecer oculto. Extraña actitud para un dios encarnado, venido a proclamar la verdad a las multitudes, esa de huir y meterse “*en una casa*”, y querer “*ocultarse*” en ella.

Esa casa era, probablemente, la del misterioso hermano cuyo nombre ignoramos, y que vivía en Sidón, con el sobrenombre de *Sidonios*. ¿Sería éste el misterioso *hijo oculto* del que hablamos en el capítulo 10?

⁶⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, p. 227. Uno de ellos, según la tradición eclesiástica, se llamaba *Dimas*, nombre que podía derivarse de *dimakairos*, que significa “que tiene dos espadas” en griego, y que designa a una categoría particular de gladiadores (cf. Roland Auguet, *Crauté et Civilisation: les jeux romains*, París, 1970, Flammarion édit.). El segundo se llamaba *Cystas*, probablemente derivado de *kistos*, en griego la jara, o del latín *coestus*, guantelete reforzado con hierro o plomo, que utilizaba otro tipo de gladiadores. Lo que confirma que se trataba de sus guardias de corps, es el pasaje de los *Acta Pilati*: “... que te crucifiquen en el lugar donde te capturaron, con Dimas y Cystas, los dos ladrones *capturados contigo* ...”. (Cf. *Acta Pilati*, manuscrito copto del siglo IV, sobre un original citado por Justino en el siglo II, IX, fº 18). No olvidemos que desconfiaba de sus hermanos (Juan, 7, 6-10; Mateo, 12, 46-50; Marcos, 3, 21; Juan, 7, 2-4), lo que justifica la presencia de esos “protectores”.

Conocemos la continuación del asunto; Jesús, al no poder permanecer más tiempo en Fenicia, dado que le han reconocido, *huye de nuevo*:

“Saliendo de nuevo de los confines de Tiro, se fue por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando los confines de la Decápolis ...” (Marcos, 7, 31).



Pues bien, si se examina el mapa de esas regiones (pág. 49), se constatará que Jesús intentó darles el cambiazo a las gentes de Tiro. Desde esa ciudad se remontó, en efecto, hacia el norte, a lo largo del litoral mediterráneo, hasta Sidón, ciudad situada a unos cincuenta kilómetros *por encima de Tiro*. Así los tirios pudieron suponer que se iba definitivamente de Palestina.

Y si proporcionaron alguna información sobre él a la gendarmería romana, esa información fue errónea. De Sidón volvió entonces, transversalmente hacia el este, *pero por la Decápolis, de nuevo a Galilea*.

Todo esto es perfectamente normal por parte de un hombre cuya cabeza está puesta a precio, y que tiene a las legiones romanas en perpetua operación policial contra sus propias tropas, pero es totalmente ilógico por parte de un “predestinado”, venido esencialmente para sacrificarse. En realidad, esos repliegues estratégicos en Fenicia y Samaria serán su segunda y tercera huida, ya que, cuando Jesús se había refugiado en Egipto, tras el fracaso de la revolución dirigida por su padre Judas de Gamala, en el año 6 antes de nuestra era, contaba ya doce años (pues había nacido hacia el –17), y poseía por lo tanto la mayoría civil y religiosa según los términos de la ley judía.⁶¹

Y tres fugas sucesivas es mucho para un mesías.

Los desplazamientos de Jesús durante los cuatro años de su vida pública no son, pues, debidos al azar. Están necesariamente ligados a una necesidad de seguridad. Al pretender restaurar un reinado de carácter religioso, heredar el trono de David, y estar rodeado de *zelotes*, algunos de los cuales tenían bastante mala reputación, si se tiene en cuenta sus apodos, no podía sino estar vigilado por la policía romana, a la que se añadía la de los tetrarcas idumeos.

Por eso, cuando vemos a los historiadores cristianos dando el nombre de “retiro” a su viaje a Fenicia, y en el sentido piadoso del término, no podemos dejar de asombrarnos, y entender esa palabra en su significado militar, es decir, “retirada”.

En efecto, cuando uno se encuentra en Jerusalén, la *Ciudad Santa*, donde, como buen judío de raza, se tiene derecho al acceso al penúltimo recinto, el de los hombres, cada día (y Jesús no se priva de ello), en ese templo que es el único lugar de culto regular, con exclusión de cualquier otro, ¿cómo justificar que se fuera a realizar un retiro a Fenicia, Estado cuya población era desde siempre hostil al pueblo hebreo, cuyos cultos eran esencialmente paganos, y donde, inevitablemente, la impureza ritual acechaba a cada instante? En el peor de los casos, podía irse a meditar “a la montaña”.

De hecho, se trataba de una “retirada militar”, es decir, de una fuga, y precisamente en una región en la que no se pensaría ni por un instante que Jesús hubiera podido refugiarse. Desde Jerusalén, donde se encontraba entonces, hasta Sidón, a través de Judea, la Samaria hostil y Galilea, hay en total unos ciento noventa kilómetros *a vuelo de pájaro*, aproximadamente.

Siempre ignoraremos el camino exacto que siguió Jesús, pero podemos suponer que, junto con los pocos discípulos que le acompañaron (sin duda los mismos de siempre, Simón, Santiago y Juan), se mezcló a una caravana de peregrinos que se dirigían a Fenicia para las ceremonias conmemorativas de la muerte y resurrección de Adonis.

Porque si damos crédito a los trabajos de los exégetas e historiadores católicos, fue precisamente en junio del año 29 cuando Jesús se refugió en Fenicia. Y llegó allí justo para las ceremonias anuales, las cuales se desarrollaron, como veremos, en el solsticio de verano, cuando florece la “rosa de Damasco”, esa anémona *consagrada a Adonis*.

Pero permanecería allí poco tiempo, diez días todo lo más, ya que fue reconocido:

“Saliendo de allí Jesús (de Jerusalén), se retiró a los términos de Tiro y de Sidón. Una mujer cananea de aquellos contornos comenzó a gritar, diciendo: ‘Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David: mi hija es malamente atormentada por el demonio ...’ Pero él no le contestaba palabra. Los discípulos se le

⁶¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 45-53.

acercaron y le rogaron, diciendo: ‘Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros ...’.” (Mateo, 15, 21-24).

Y, en efecto, así corrían el riesgo de ser identificados, lo que, como es natural, no les convenía en absoluto. Nuestros personajes no tenían, pues, la conciencia tranquila desde el punto de vista político, dado que, en Tiro y Sidón, no corrían absolutamente ningún peligro por parte de las autoridades religiosas judías, así que, para amenazarlos, no quedaban sino *las autoridades romanas*, que no ejercían sobre la población del Oriente Medio ningún control religioso, exceptuando lo que concernía a los sacrificios humanos.

Queda ahora el problema del segundo denunciante que, probablemente con otros, más oscuros, decidió entregar a Jesús a los romanos, tras el fracaso de la insurrección del Garitzim. ¿Quiénes son entonces “aquellos a los que él llamaba sus discípulos”? , según la expresión de Celso en su *Discurso verdadero (op. cit., II, 16)*.

No busquemos. Se encuentran entre aquellos que Clemente de Alejandría dice que abandonaron “la misión que Jesús les había confiado”.

“Los elegidos, no todos confesaron al Señor por la palabra, y no todos murieron en su nombre. *Entre ellos se cuentan Mateo, Felipe, Tomás, y muchos otros ...*” (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates*, IV, 9).

Y para justificar esta traición está sólo el cansancio de siete años de fracasos sucesivos, de vida errante, de huidas consecutivas a los golpes de mano más o menos gratificantes, y estaba también el interés. ¿En qué consistía? Primero, indudablemente, en la certeza de que se beneficiarían de impunidad por la participación en aquella rebelión de Samaria, luego, probablemente, en una importante recompensa, ya que sin duda la cabeza de Jesús había sido puesta a precio.

Asimismo, era preciso que el traidor poseyera una cierta autoridad jerárquica y moral sobre la masa de los partidarios, para poder poner en marcha su proyecto.

No podía ser Tomás, el gemelo, alias Judas, ya que, como sabemos ahora, pronto desempeñaría el papel de Jesús resucitado. (Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 263 a 267).

No podía ser Felipe, ya que la “tradición”, a pesar de todo, lo hace morir más tarde por la causa, y existe una *Epístola de Pedro a Felipe, su hermano mayor y su compañero*, manuscrito del siglo V, redactado en copto tebano, y que tiende a asentar la posibilidad de ulteriores contactos entre esos dos hermanos de Jesús.

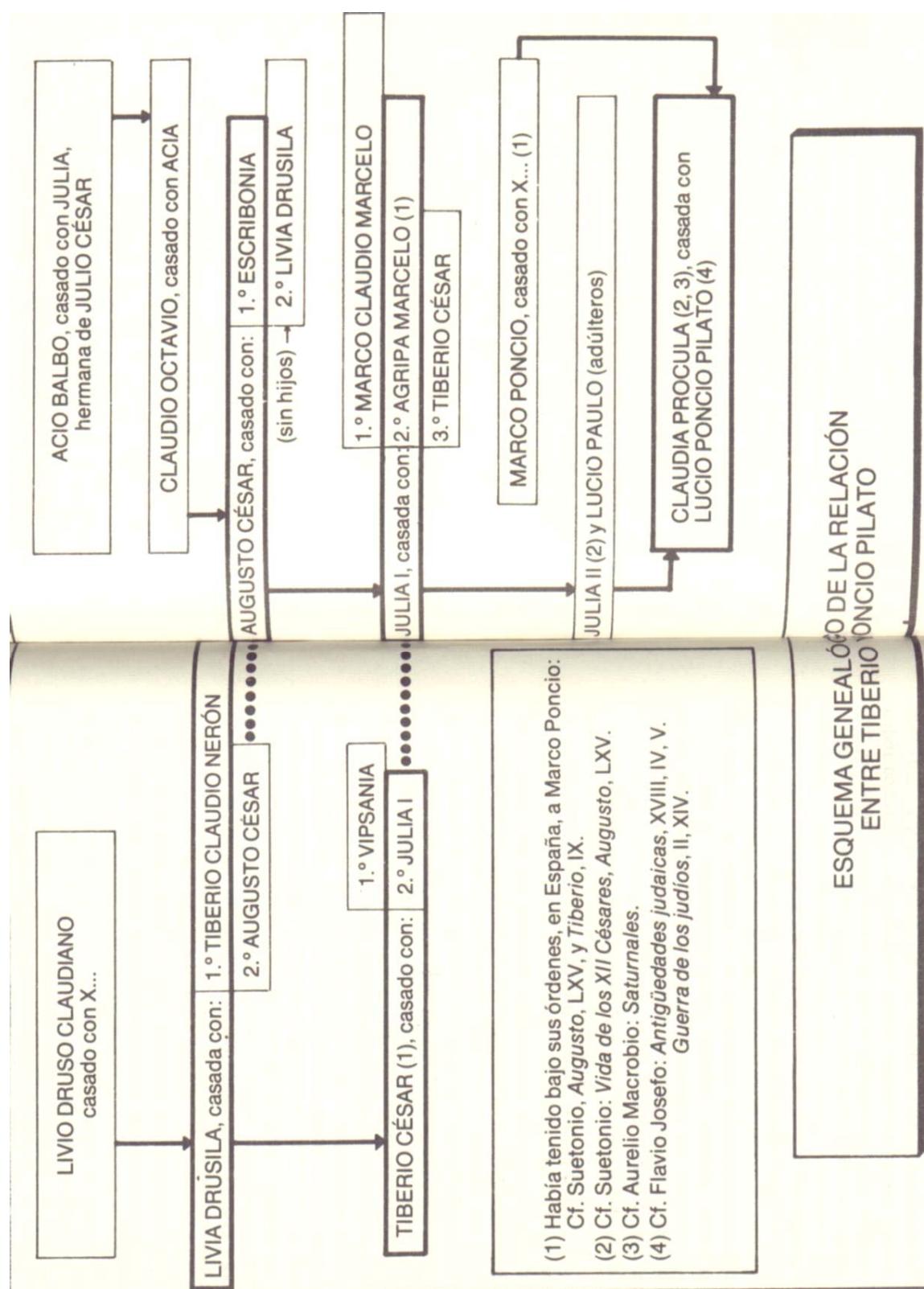
No queda, pues, nadie más que Mateo, alias Leví, tío de Jesús, *funcionario de Roma*, ya que era peajero y mantenía una relación bastante curiosa con el “medio” de esas regiones, como nos cuentan los propios evangelios canónicos:

“Y sucedió que, estando Jesús sentado a la mesa en casa de aquél (de Mateo), vinieron muchos publicanos y pecadores a sentarse con Jesús y sus discípulos”. (Cf. Mateo, 9, 10).

Marcos (2, 15) nos precisa que se trataba de la vivienda de Leví-Mateo, y Lucas (5, 29), que ese festín (*sic*) ofrecido por el mismo causó escándalo entre los judíos ordinarios.

Si uno recuerda que el *Talmud* colocaba a los peajeros al mismo nivel que los malandrines y los proxenetas, que para ser peajero era preciso haber comprado ese “peaje” a los ocupantes romanos, y que ese cargo, muy remunerador, implicaba el hecho de tener que eximir a sus propios compatriotas, se convendrá en que el personaje de Leví-Mateo no era de lo más recomendable, pues

había apostado sobre los dos bandos y había *jugado un doble juego*, como tantos “colaboradores” de todas las épocas.



Y lo que queda entonces es que el tío Mateo, personaje poco limpio a nivel moral, pudo muy bien haber sido el segundo traidor que entregó a Jesús, su sobrino y su rey legítimo. Lo que justificaría entonces el silencio total de los historiadores de la Iglesia a su respecto, y su negativa a afirmar nada sobre su fin. ¡Quizás fue tan trágico como el de su otro sobrino, Judas Iscariote!

Dos caídas en desgracia Harto misteriosas

En el Paradosis Pilati, el emperador juzga y manda ejecutar a Pilato, a quien ese documento oriental presenta como un mártir, mientras que los textos occidentales hacen de él un criminal ...

ABAD F. AMIOT,
Les Évangiles apocryphes, 2^a. Parte, II

La Iglesia copta y la Iglesia griega santificaron a Poncio Pilato,⁶² confirmando de manera definitiva el carácter de *mártir* que la mayoría de Iglesias orientales que no reconocen al papa concedían ya al procurador que hizo crucificar a Jesús. Si uno recuerda que la Iglesia copta es una de las más antiguas entre las Iglesias orientales, que es la heredera de la de los Padres del desierto, que fue, concretamente la Iglesia de san Atanasio, y que no se adhirió definitivamente a la doctrina monofisita hasta mediados del siglo V, con su patriarca de Alejandría Dioscoro, sucesor de san Cirilo en el año 444, se convendrá en que debió de poseer tradiciones salidas de las mismas fuentes del cristianismo primitivo. Entonces, su culto de *dulía* hacia Poncio Pilato debe incitar al historiador imparcial a elucidar ese enigma. Nosotros no dejaremos de consagrarnos a él, naturalmente.

Ya un simple juego de palabras de mal gusto nos demuestra que el texto latino de la *Vulgata* de san Jerónimo, versión oficial de la Iglesia católica, debe movernos a la desconfianza. Veamos, pues, una vez más los evangelios:

“Le dijo entonces Pilato: ‘¿Luego tú eres rey?. Respondió Jesús: ‘Tú dices que soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz’. Pilato le dijo: ‘¿Y qué es la verdad? ...’”. (Cf. Juan, 18, 37-38).

En latín, la pregunta irónica de Pilatos: “¿Qué es la verdad?”, se traduce: “*Quid est veritas? ...*” (cf. *Novum Testamentum Latine, secundum editionem Sancti Hieronymi*, Londres, 1911). Y la tradición eclesiástica pretende que la respuesta se dé en los términos mismos de la pregunta: “*Qui est vir ad est ...*”, es decir, “Está delante de tí ...”. ¿Cómo imaginar que Jesús y Pilato se divirtieran haciendo anagramas en semejantes circunstancias, porque no se trata de otra cosa?⁶³

Todo eso nos demuestra que dichos textos, pretendidamente auténticos, fueron triturados, a fin de hacerles decir lo que la verdad inicial no decía. Y por lo tanto, debemos desconfiar. Volvamos a la historia de Pilato.

Citado por Tácito (*Anales*, XV, XLIV, 4), por Flavio Josefo (*Antigüedades judaicas*, XVIII, V, VII; *Guerra de los judíos*, II) y por Filón de Alejandría, fue nombrado procurador de Judea por Tiberio César el duodécimo año de su reinado, es decir, en el 26 de nuestra era. Permaneció en el cargo durante once años, aunque de hecho su procurado terminara ya en el año 36, cuando Vitelio, su superior jerárquico, gobernador de Siria, le obligó a justificarse a Roma, ante el emperador, es decir, un año después de la muerte de Jesús.

⁶² Lo mismo que a su esposa Claudia Prócula. La primera los conmemora el 25 de junio, la segunda el 27 de octubre.

⁶³ Y más cuando el diálogo debió desarrollarse en griego, lengua muy difundida en Palestina, mientras que Jesús ignoraba, inevitablemente, el latín, del mismo modo que Pilato ignoraba el arameo.

Pilato pertenecía a la orden ecuestre, que constituía la clase de los caballeros romanos. Se cree que su nombre era *Lucius Pontius Pilatus*, y era hijo de *Marcos Pontius*, quien, durante la guerra de los Astures, aliados de Roma contra sus compatriotas, habría recibido por dicha elección el clásico *pilum* de honor, con la ciudadanía romana, ya que inicialmente era de origen español.

Su hijo, nuestro *Poncio Pilato*, habría nacido en Sevilla, habría servido bajo las órdenes de *Germánico Julio César*, el vencedor de *Arminio* y el vengador de *Varo* en Germania.⁶⁴ Según el *Evangelio de Nicodemo*, se habría casado con una tal *Claudia Procula*. Dado que Daniel-Rops reprodujo, y bastante mal, en su libro *Jésus en son temps*, diversos datos históricos sobre esta última, en especial las opiniones de Rosadi y de Aurelio Macrobio en sus *Saturnales*, vamos a estudiar sus orígenes, a fin de borrar los errores de Daniel-Rops, que la convierte en hija de *Julia*, y de este modo en nieta de Augusto:

Hubo, en realidad, dos *Julias*:

- *Julia I*, hija de César Augusto, nació en el año 27 antes de nuestra era, de la unión de ese emperador con *Scribonia*. Ésta se casó sucesivamente con *Marco Claudio Marcelo*, y luego con *Agripa Marcelo*, de quien tuvo una hija, *Julia II*, y, por último, en terceras nupcias, con *Tiberio Claudio Nero*, alias *Tiberio*, futuro César. Si se observa que *Agripa Marcelo* había tenido bajo sus órdenes en España, a *Marco Poncio*, padre del futuro Pilato (cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, *Augusto*, LXV, y *Tiberio*, IX), se comprenderá mejor la unión de su hijo *Lucio Poncio Pilato* con la futura *Claudia Procula*.

Julia I, de la que se probó que había cometido adulterio con un tal *Julio Antonio*, fue internada por orden de su padre Augusto en la isla de Pandateria, donde permaneció cinco años. Luego fue transferida a Reghium (estrecho de Sicilia), donde murió a la edad de cincuenta y dos años, en el 15 de nuestra era.

- *Julia II*, su hija, y por consiguiente nieta de Augusto, tuvo por padre, como hemos dicho antes, a *Agripa Marcelo*. Se casó con *Lucio Paulo*, y rápidamente fue acusada de adulterio con un tal *D. Silano*. Entonces fue deportada a su vez, siempre por orden de César Augusto, a la isla de Trimera, cerca de las costas de Apulia, en el año 8 de nuestra era, donde murió a la edad de unos cuarenta y cinco años, en el 28 de nuestra era, después de haber permanecido allí durante veinte. Había nacido hacia el año 17 antes de nuestra era. Bien de su relación con *D. Silano*, o bien de otra aventura, había tenido una hija, que Augusto le prohibió reconocer y criar. (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, *Augusto*, LXV). Fue:
- *Claudia Procula*. Esta era, por tanto, la bisnieta de Augusto, y no la nieta. Nació hacia el año 3 de nuestra era, y contaba aproximadamente veintitrés cuando Pilato se convirtió en procurador de Judea, en el año 26. Su abuelo, *Agripa Marcelo*, había tenido en España bajo sus órdenes a *Marco Poncio*, padre de Poncio Pilato. No hay nada de extraordinario, por consiguiente, en que la nieta del primero se casara con el hijo del segundo. Entre esos dos hombres existían unos lazos, recuerdos de campañas militares en el seno de las legiones.

Pero *Julia I*, abuela de Claudia Procula, se había casado en terceras nupcias con Tiberio, el futuro emperador. Y por ese hecho, este último se convertía en abuelo por alianza de Claudia Procula. Y, al casarse con Claudia Procula, *Poncio Pilato se convirtió en su nieto por alianza*. No debe sorprendernos, pues, que luego se beneficiara de un cargo como el de procurador de Roma en Judea, y del título envidiado en todo el Imperio de *amicus caesaris*, “amigo del César”. Porque no era cualquier cosa eso de ser el nieto, aunque fuera por alianza, del emperador.

⁶⁴ No hay que confundir a este *Germánico* con el niño de este nombre, a quién Agripina haría envenenar por Locusta al advenimiento de Nerón.

El lector deseoso de verificar nuestras afirmaciones podrá remitirse a:

- a) Tácito: *Anales*, I, 53; III, 24; IV, 44, 71.
- b) Suetonio: *Vida de los Doce Césares*, II *Augusto*, 19, 31, 63, 64, 65, 72; III *Tiberio*, 7, 10, 11, 50.

Aurelio Macrobio, en sus *Saturnales*, insinúa que Julia II, madre de *Claudia Procula*, habría confiado su hija a Tiberio, su padrastro, durante su exilio a la isla de Trimera, y que éste muy bien pudo corromperla. Pero si recordamos que este emperador se retiró a Capri en el año 27 de nuestra era, cuando Poncio Pilato era ya procurador de Judea desde hacía un año, si a *Claudia Procula* se le permitió seguir a su esposo a Palestina, ignoró todo lo referente a esos “cuadros vivientes” y esas orgías, parece ser que indescriptibles, que constituyeron el interés de esa permanencia en la encantadora isla.⁶⁵ Por el contrario, si la *Lex Oppia*, que prohibía a las esposas de los altos funcionarios de Roma acompañar a sus esposos a los territorios de ultramar, le fue aplicada, es evidente que pudo seguir a Tiberio a Capri, y asistir o participar en esas escenas de desenfreno. Creemos, en beneficio de la duda, que la ley no le fue aplicada. Un senador llamado *Severo Cecina* había propuesto volver a aplicar estrictamente la *Lex Oppia*, caída un poco en desuso. Le contradijo *Valerio Mesalino*, y finalmente Tiberio zanjó la cuestión haciendo que el Senado romano rechazara la proposición de *Severo Cecina* (cf. Tácito, *Anales*, III, 34).

Por consiguiente, nada impide creer que *Claudia Procula* acompañara a Pilato a Judea. Y su matrimonio no hizo sino preceder a esa costumbre que tanto los reyes de Francia observaron para con sus bastardas. Consistía en hacerlas casarse con un oficial de vieja pero pequeña nobleza, sin fortuna, quien, al darles un nombre honorable, gozaban a continuación de ascensos y de ventajas sustanciales. No hay nada nuevo bajo el sol.

Este es, pues, nuestro procurador en funciones en Judea. Es un gobernador a la vez firme y astuto, pero también flexible. Sabía castigar severamente, pero también sabía doblegarse por diplomacia. Júzguese:

“A continuación, Tiberio envió a Judea a un procurador que, en secreto y de noche, hizo introducir en Jerusalén la imagen de César llamada *semaia* (era un busto del emperador fijado en lo alto de las *enseñas*). Mandó levantarla en la ciudad. A la mañana siguiente los judíos, en vista de ello, fueron presa de un gran tumulto; estaban horrorizados ante ese espectáculo, al ver pisoteada su ley. Porque ésta prohibía que hubiera en la ciudad imagen alguna. Las gentes de los alrededores, cuando se hubieron enterado de este suceso, acudieron todos, a toda prisa. Se precipitaron en Cesarea y suplicaron a Pilato que retirara la *semaia* de Jerusalén y que les permitiera mantener las costumbres de sus padres. Como Pilato rechazó sus ruegos, cayeron prosternados y permanecieron así, inmóviles, cinco días y cinco noches. Tras lo cual Pilato se sentó en su trono en el gran hipódromo, y convocó al pueblo para darle su respuesta. Luego ordenó a los soldados que rodearan súbitamente con sus armas a los judíos. Éstos, a la vista de este inesperado espectáculo de las tres cohortes que les rodeaban, temblaron en gran manera. Pilato, amenazador, les dijo: ‘Os degollaré a todos si no recibís la imagen del César’. Y ordenó a los soldados que desenvainaran las espadas. Todos los judíos, de común acuerdo, se echaron al suelo y tendieron el cuello, mientras clamaban: ‘Estamos dispuestos a ser inmolados como ovejas, antes que transgredir la Ley ...’, y Pilato, sorprendido ante su temor de Dios y su pureza, mandó retirar de Jerusalén la *semaia*”.⁶⁶

Veamos ahora otro episodio, aunque de conclusión muy diferente:

⁶⁵ La historia moderna ha hecho justicia a las calumnias que el Senado romano, despreciado por Tiberio, difundió sobre el emperador después de su muerte, y de las que se hicieron eco Tácito y Suetonio en sus obras. Ese desenfreno no va con él ...

⁶⁶ (Lo que no significa que saliera de Jerusalén! Simplemente fue devuelta a la *Antonia*.

“Pilato condujo el agua a Jerusalén con cargo sobre el Tesoro sagrado, captando la fuente de los cursos de agua a doscientos estadios de allá. Los judíos quedaron muy descontentos por las medidas adoptadas respecto a esta agua. Millares de gentes se reunieron y le gritaron que cesara en dicha empresa; algunos llegaron incluso a injuriarlo violentamente, como acostumbran a hacer las multitudes. Pero él, *tras enviar al lugar de la reunión un gran número de soldados, revestidos con las ropas judaicas y llevando porras ocultas bajo sus vestiduras*, les ordenó personalmente que se retiraran. Como los judíos hacían ademán de injuriarle, dio a los soldados la señal convenida antes, y los soldados golpearon aún más violentamente de lo que les había prescrito Pilato, castigando a la vez a los causantes del desorden y a los demás. Pero los judíos no manifestaban ninguna debilidad, hasta el punto que, al ser sorprendidos desarmados por gentes que les atacaban con propósitos deliberados, murieron en gran número en aquel mismo lugar, o se retiraron cubiertos de heridas. Así fue como se reprimió esta sedición”. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, III, 60-62, manuscrito griego).

El manuscrito eslavo de la *Guerra de los judíos* (II, 4), nos dice lo siguiente:

“Como el pueblo clamaba contra él (Pilato), envió a *unos hombres* a golpearlos con garrotes. Tres mil fueron aplastados mientras huían, y el resto se calló” (*Op. cit.*)

haremos aquí una primera observación. ¿Cómo pudieron los legionarios obtener en Jerusalén suficientes vestiduras judaicas rituales (nuevas, o en desuso, compradas a ropavejeros) para vestir con ellas a los hombres del servicio de represión, y cómo unas compras de semejante envergadura pudieron pasar desapercibidas a la población judía? ¿Podrá suponerse que se hizo aquí uso del famoso “teléfono árabe”? ¿Y cómo esos legionarios, de origen extranjero (germanos, galos, tracios, etc.), disfrazados con trajes típicos judíos, pudieron pasar desapercibidos? ¿Y, puede suponerse que un procurador de Roma recurriera a tal subterfugio, absolutamente ilegal, sin exponerse a que se le reprochara que desacreditaba a las legiones del Imperio?

La verdad nos viene dada en la versión eslava de la *Guerra de los judíos* citada antes. Ésta nos dice “*unos hombres*”, y no *soldados*, como hace la versión griega. De hecho, Pilato recurrió a sectarios típicamente judíos, pero adversarios de los fariseos y de los saduceos clásicos. Esta alianza sin futuro debió de tratarse con indudables contrapartidas. Pero también aquí Pilato, procurador hábil y astuto, supo maniobrar. Roma no intervino oficialmente, y los muertos de esta represión fueron cargados a la cuenta de un enfrentamiento entre facciones opuestas. Esto liberó al procurador de toda responsabilidad.

Y ahora se plantea el problema de saber con quién se alió momentáneamente Pilato. La respuesta es obvia. Los *esenios* tenían entre sus costumbres cotidianas la obligación de entregarse a numerosas abluciones; todos los autores antiguos que trajeron sobre ellos nos relatan su culto a la limpieza corporal. Probablemente la facción salida de esta secta y que se convirtió en la de los *canaítas* o *zelotes* fue la que se encargó de dicha represión,⁶⁷ sintiéndose además muy felices de poder por fin habérselas legalmente con sus mortales enemigos los saduceos y sus partidarios. En el peor de los casos, podría pensarse en que se reclutó a voluntarios samaritanos. Estos últimos, lo mismo que los zelotes, tenían sobrados motivos para sentirse felices de poder enfrentarse a los judíos legalistas en alborotos en los que la autoridad ocupante estaba de su parte.⁶⁸ No obstante, la continuación de nuestro estudio mostrará que es más plausible que se tratara de los zelotes. Hay alianzas que, por sorprendentes que parezcan, no dejan de tener su razón de ser, *por un tiempo*.

⁶⁷ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 42-43.

⁶⁸ Antes de la guerra de 1939-1945, un escándalo interno conmocionó a la policía parisina. Uno de sus más altos funcionarios, cubierto por el jefe de la policía de aquella época, había recurrido a los *Camelots du roi* y a las *Jeunesses patriotes* para *asumir un servicio de orden* discreto en la muchedumbre, al paso de músicas militares, y reprimir *manu militari* las contramanifestaciones de elementos izquierdistas. ¡Esto provocó no poco ruido en aquella época!

Ahora viene un último argumento en favor de esa alianza episódica que, con toda probabilidad, se “trató” entre Pilato y los propios zelotes. En el *Talmud* leemos lo que sigue:

“Rabbi Jossé y Rabbi Simeón estaban juntos, y con ellos se encontraba Judas, el hijo de un prosélito. Rabbi Judas abrió la boca y dijo: ‘Qué hermosos son los trabajos de esa nación (Roma); han abierto calles, lanzado puentes, *edificado termas!*’. Rabbi Jossé guardó silencio, y Rabbi Simeón respondió: ‘Todo eso que han construido, lo han hecho sólo para ellos mismos; han abierto calles, pero para establecer allí a prostitutas, termas para su placer, y puentes para percibir peajes ...’”. (Cf. *Talmud*, *Sabbat*, 33b).

Es evidente que el mundo de la prostitución y el de las termas tenían una necesidad común: la de abundante suministro de agua. Pues bien, el partido zelote obtenía unos ingresos sustanciosos de los proxenetas y de las prostitutas; para convencernos de ellos, tomemos de nuevo los evangelios canónicos:

“Y Jesús les dijo: ‘En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os preceden en el reino de Dios’ ...”. (Cf. Mateo, 21, 31).

“Estando sentado (Jesús) a la mesa en casa de éste (de Leví, el peajero), muchos publicanos y pecadores estaban recostados con Jesús y con sus discípulos ...” (Marcos, 2, 15; Lucas, 5, 29).

Vuélvase a leer todo el capítulo titulado *El diezmo mesianista*, en la primera obra de esta serie,⁶⁹ y se constatará que las relaciones entre los zelotes y el “medio” de aquella época no son una simple leyenda. Por consiguiente, si las prostitutas, sus “protectores” y sus clientes necesitan agua corriente, si Pilato toma todas las medidas para realizar las canalizaciones correspondientes, es lógico admitir que los zelotes tomarían partido en favor de esos trabajos, y se opondrían a los sectarios de las otras corrientes religiosas, adversarios suyos.

Releamos ahora el último episodio de Flavio Josefo sobre Poncio Pilato. Que el lector sopesse bien los términos, porque luego nos servirá para aclarar todo el *misterio del Gólgota*:

“Los samaritanos no carecieron tampoco de disturbios, pues estaban incitados por un hombre que no consideraba grave el mentir, y que lo combinaba todo con tal de agradar al pueblo. Les ordenó que ascendieran con él al monte Garitzim, al que tienen como la más santa de las montañas, asegurándoles con vehemencia que, una vez llegaran allí, les mostraría unos vasos sagrados enterrados por Moisés, quien los había colocado allí en depósito. Ellos, creyendo que sus palabras eran verídicas, *tomaron las armas*, y, tras instalarse en un pueblo llamado Tirathana, adhirieron a cuantas gentes pudieron recoger, de forma que iniciaron la ascensión de la montaña en masa. Pero Pilato se apresuró a ocupar con antelación el camino por el que debían efectuar la ascensión, y envió allí a caballeros y a soldados de a pie, y éstos, cargando contra las gentes que se habían reunido en el pueblo, mataron a unos en la refriega, pusieron a otros en fuga, y a muchos se los llevaron prisioneros, los principales de los cuales fueron ejecutados por orden de Pilato, así como los más influyentes de entre los fugitivos.

“Una vez calmado este disturbio, el *consejo de los samaritanos* acudió a Vitelio, personaje consular, gobernador de Siria, y acusó a Pilato de haber masacrado a las gentes que habían perecido; porque no era para rebelarse contra los romanos, sino para escapar a la violencia de Pilato, por lo que se habían reunido en Tirathana.

⁶⁹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 166-168. Como se ve, no es nada nuevo el que se produzcan tales contactos entre bandidos convertidos en “hombres útiles” y tales elementos políticos o religiosos. El papado los utilizó en el siglo XIX, en especial contra los *carbonaris*.

Después de haber enviado a uno de sus amigos, Marcelo, para ocuparse de los judíos, Vitelio ordenó a Pilato que volviera a Roma para dar cuenta al emperador de los actos de los que le acusaban *los judíos*. Pilato, después de diez años de permanencia en Judea, se apresuró a ir a Roma, por obediencia a las órdenes de Vitelio, a las que no podía objetar nada. Pero antes de que hubiera llegado a Roma, sobrevino la muerte de Tiberio. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, IV, 1-2).

Todo este largo pasaje respira manipulación, y una manipulación bastante torpe, porque durante once años Pilato gobernó Judea con mano de hierro.⁷⁰ Por las numerosas represiones que asumió en las diversas rebeliones, su superior Vitelio jamás le reprendió. Cuando mandó aporrear y matar a tres mil judíos en Jerusalén, en el caso de las canalizaciones de agua, ninguna sanción enfrió su celo. Y ahora los samaritanos se reunían y *tomaban las armas*, se apoderaban de la ciudad de Tirathana, reclutaban a gente entre la población de esta provincia, bajo la dirección de un agitador que la redacción medieval (la única que ha llegado a nosotros de Flavio Josefo) se guarda bien de describirnos más, pero al que sin embargo presenta bajo el doble aspecto de un agitador y un charlatán. ¿Y qué hace Pilato? Su deber de procurador, lo mismo que antes. Reprime esa *movilización a mano armada, esa ocupación y ese atrincheramiento en la cima de un monte de carácter sagrado, propio para exacerbar el fanatismo religioso de los rebeldes*.

¿Y se pretende que el gobernador de Siria, su jefe, se lo reprochara? Eso es, simplemente, impensable. Y tanto más cuanto que este último no ignora que Pilato es el *nieto por alianza del emperador Tiberio*. Y el escriba medieval que “apaña” así el texto de Flavio Josefo se enreda en sus mentiras, llegando incluso a confundir *judíos y samaritanos!* Lo que prueba que no estaba copiando un texto, sino que estaba redactando otro, con una finalidad muy concreta.

Porque es evidente que los ricos y poderosos saduceos fueron los que, después de haber acabado por enterarse de la comedia del *Gólgota* y la evasión de Jesús, alertaron a Vitelio, legado imperial en Siria. Entre la elaboración de su informe y la queja que presentaron, pudo muy bien transcurrir un año, y de ahí que entre la muerte de Jesús y la partida de Pilato hacia Roma haya un margen de tiempo que los separe, o sea de abril del año 35, a diciembre del 36.

Pues bien, con Poncio Pilato sucede lo mismo que con Salomé, hija de Herodías y de Herodes Filipo: numerosos textos patrísticos los silencian prudentemente, habida cuenta del papel que desempeñaron en la vida de Jesús.⁷¹

Por eso G. Ory, en su libro *Le Christ et Jésus* (páginas 186 y 187) cree útil subrayar algunos silencios sobre el procurador romano. Nosotros estamos acostumbrados, en efecto, a un *credo* clásico, que declara sin ambages: “... fue crucificado por Poncio Pilato ...”, ignorando, por lo general, que no hay un solo *credo* en la tradición cristiana.

Conocemos el origen de esa fórmula. En el Concilio de Nicea (año 325 de nuestra era), para no dejar a los herejes *arianos* ninguna posibilidad escapatoria, los padres conciliares creyeron bueno componer una fórmula de fe que no era, a fin de cuentas, otra cosa que el *Símbolo de los Apóstoles*, precisado y desarrollado en el espíritu del Concilio. En el de Constantinopla (año 381) se añadió los artículos *Dominum et vivificantem*, y la continuación (salvo el *Filioque*, que se añadió posteriormente), a fin de contrariar a los macedonios, que negaban la divinidad del Espíritu Santo. Ese es el motivo por el cual a ese segundo concilio se le llama también Concilio Niceo-Constantinopolitano.

⁷⁰ Parece, no obstante, que fue mucho más humano y más honesto que muchos otros procuradores romanos en Palestina, hay sobraditos hechos que lo prueban.

⁷¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 289-303, y *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 183-202.

En las liturgias orientales, las diversas fórmulas del *credo* utilizadas por ellas no mencionan siempre a Pilato, como por ejemplo la *bizantina*, la *armenia* y la *caldea*, mientras que las liturgias *siria*, *maronita* y *copta* hacen mención de él. El *credo* de Antíoco (siglo III) lo cita, el de Epifano (siglo IV) también. Por el contrario, el *credo* llamado de Eusebio, lo mismo que el de Nicea, lo ignoran, y todavía más el del Concilio de Jerusalén (siglo IV). Ireneo, en su obra *Contra los herejes* no cita a Pilato (siglo II), pero Tertuliano lo nombra en *El velo de las vírgenes* (siglo II).

Como se ve, algunos se sienten molestos por la presencia de este personaje, mientras que otros no ven ningún mal en incluirlo en sus relatos o comentarios. Así, Eusebio de Cesarea, en su *Crónica*, nos dice por boca de san Jerónimo en su texto latino que: “*Pontius Pilatus in multas incidens calamitates, propria se manu interficit, scribunt romanorum historici ...*” (cf. *Chronic. Ad annum 39*, edit. Helm, p. 178). O sea: Poncio Pilato, por efecto de su condenación, se hundió en la miseria y se mató por su propia mano, tal como dicen las historias romanas.

Mucho antes que Eusebio, Filón de Alejandría nos cuenta también que el procurador pereció de muerte violenta.

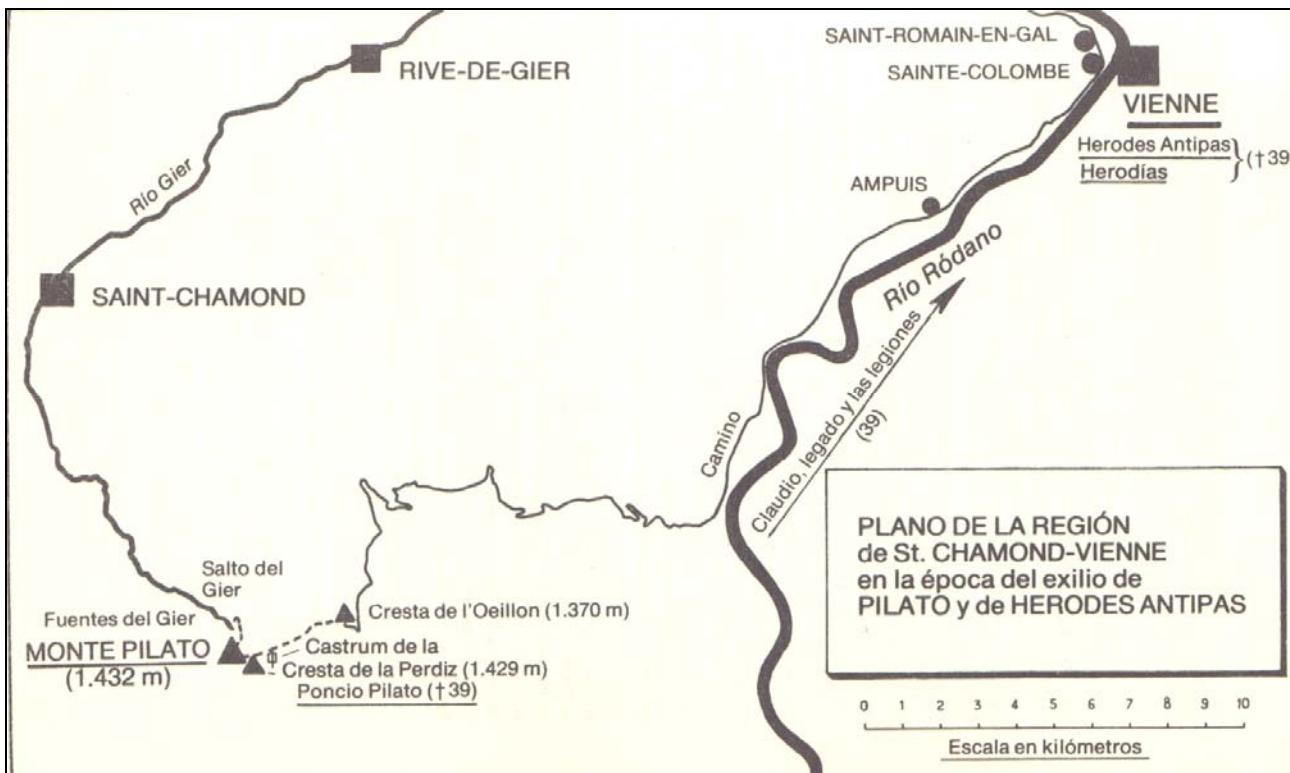
En efecto, cuando Pilato navegaba rumbo a Italia, y mientras se hallaba todavía en alta mar, murió Tiberio César, en marzo del año 37. Su sobrino nieto Calígula fue quien le sucedió. Si Pilato había esperado que su abuelo por alianza Tiberio César lo dejara fácilmente en libertad, no sucedió lo mismo con su sucesor. Calígula condenó al exilio en Vienne, en las Galias, al procurador caído, y éste se fue a pasar los últimos años de su vida entre las brumas del Ródano. La presencia romana en esta ciudad se remontaba a Julio César, y Vienne se convirtió rápidamente en un lugar de exilio riguroso.

Una tradición, parece ser que bastante afianzada, sostiene que Poncio Pilato se abrió las venas, o que se tiró al Gier, en el monte Pilato, a unas tres leguas aproximadamente de Vienne, entre Argental y Condrieu.

El mont Pilat, o monte Pilato, uno de los más altos de las Cévennes, fue durante mucho tiempo, hasta mediados del siglo XIX, un macizo amplio y sombrío, cubierto de bosques en sus pendientes inferiores, y, más arriba, de pastos. Una de sus principales cimas, la cresta de la Perdiz (crêt de la Perdrix), de 1.434 m., ve nacer al Gier. Las aguas de éste brotan de un verdadero pozo artesiano abierto por la naturaleza en la cima de esta montaña. En el curso de los siglos se llenó parcialmente ese pozo con ayuda de fragmentos de rocas y de leña muerta, a fin de que el ganado que acudía a él para abrevarse no corriera ningún peligro. El Gier, durante mucho tiempo, llevó pepitas de oro. Primero atraviesa penosamente algunas praderas, pronto su pendiente se inclina, y su lecho se encuentra obstruido por los restos de rocas que lo oprimen. Entonces se convierte en torrente, gruñe, echa espuma, y llega al fin a la cascada denominada el *salto del Gier*, donde sus aguas se precipitan desde una altura de más de treinta metros, en masas deslumbrantes.

Según la tradición, Pilato se habría precipitado en el Gier, bien en el abismo inicial de donde brotaban entonces las aguas de este río, o bien, más probablemente, en el *salto del Gier*. No es imposible que se hubiera abierto antes las venas. Tampoco es ilógico que el procurador estuviera confinado concretamente en el monte Pilato, ya que en aquella época un acueducto romano conducía hasta las puertas de Lyon, pasando por Vienne, las aguas de este río. Y, además, durante mucho tiempo se consideró que las piedras que se encuentran dispersas en la cima del Pilato, y que reciben allí el nombre local de *chirats*, no eran otra cosa que los restos de una construcción de vigilancia establecida por los romanos. Un pequeño *castrum* les habría permitido a éstos vigilar la región, a la vez que les permitía proteger la fuente del Gier, que alimentaba de agua potable a Vienne y Lyon.

Los historiadores antiguos fijan la muerte de Pilato en el año 39 de nuestra era. Por lo tanto, permaneció dos años en todo el rigor del exilio, al que se añadía quizás un cautiverio localizado en el monte Pilato, bajo la vigilancia de los legionarios acuartelados en el *castrum* de aquel lugar.



Su muerte coincide con el paso de *Tiberio Claudio Nero Druso*, futuro Claudio César, por el valle del Ródano, en el año 41. Este último, sobrino de Tiberio, debía suceder a Calígula tras el asesinado de éste. Por el momento conducía a las legiones romanas contra los bretones. ¿Era portador de una orden de ejecución contra Pilato, pero éste se enteró y prefirió darse muerte él mismo, a fin de evitar el oprobio de ser tirado a la *fossa infamia*, como todo condenado a muerte ejecutado legalmente? Es muy posible. Tácito nos cuenta que, en efecto, aquellos que, condenados a muerte, se tomaban la delantera y se la daban libremente ellos mismos, veían respetado su testamento y tenían los honores funerarios (cf. Tácito, *Anales*, VI, XXXV). Sea lo que fuere, Pilato se suicidó cuando estuvo en aquella región el futuro Claudio César, y no puede descartarse *a priori* una relación entre ambos hechos.

Quizá fue a la memoria del procurador de Roma a quien fue erigida esa estela funeraria anónima de la época galorromana, descubierta en el siglo pasado en el valle del Ródano, y tan emotiva en su simplicidad:

“Si las cenizas faltan en esta urna, oh caminante, al menos eleva tu corazón hacia el espíritu que la muerte ha liberado, al fin para siempre ...”

Porque este epitafio tiene resonancias gnóstico-cristianas, y no fueron los seguidores de los dioses del Imperio quienes lo mandaron erigir, pues es anónimo. Y entonces se plantea una pregunta: *¿Por qué no se atrevieron a nombrar al difunto?*

Ahora nos falta encontrar el verdadero motivo de su caída en desgracia, que no radica en el hecho de haber sofocado una revuelta a mano armada en Samaria, cuando ésta había sido siempre su manera de actuar, y desde hacía once años. Y si las Iglesias de Oriente lo consideran como *un mártir, si las Iglesias copta y griega lo santificaron, es porque su muerte estaba relacionada, favorablemente, con la de Jesús ...*

Al hacer eso, establecieron necesariamente un nexo de causa y efecto *entre esos dos óbitos por orden judicial*. Si no se hubiera tratado más que de recompensar a título póstumo una cierta benevolencia, que los propios evangelios canónicos nos relatan ya, hubiera bastado con la simple santificación. Pero el hecho de considerarlo como un mártir demuestra que reconocieron implícitamente que la muerte del procurador en el monte Pilato, cerca de Vienne, precedida de su exilio, *era consecuencia de sus intervenciones en favor de Jesús*.

La importancia de estas últimas aparece subrayada más aún por el hecho de que, hasta el siglo V, según testimonio de *La Vie de Pierre l'Ibère*, citada por el *Dictionnaire d'archéologie chrétienne*, de Dom Cabril y Dom Leclercq, hubo en Jerusalén una “iglesia de Pilato” (*op. cit.*, en el artículo *Prétoire*). Esta iglesia fue arrasada cuando tuvo lugar la destrucción de Jerusalén por los persas y los árabes, en el año 614. Se elevaba entonces en el emplazamiento del Pretorio, lo que es muy significativo.

Santificado, inscrito en el martirologio, con una iglesia dedicada a su nombre, el hecho es que Pilato no pudo haber sido exiliado, y luego haberse visto obligado a darse muerte por haber aplastado una rebelión *samaritana*. Fue tan duramente sancionado por Roma porque, quizás inconscientemente, fue manipulado y embaucado en favor de Jesús.

Y esto confirma además lo que decíamos sobre la primera condena de Jesús, su evasión organizada y facilitada, la comedia de su crucifixión prevista en el *Gólgota*, lugar inusual, la liberación por un comando zelote dirigido por un tal Simón, que no era de Cirene, la captura de éste, su ejecución allí mismo en lugar de Jesús, la huida de este último a Samaria, y, en vez de caer en el olvido, la nueva insurrección. De ahí la segunda captura y la verdadera crucifixión final, pero esta vez en los Olivos.⁷²

Pero ahora dejaremos momentáneamente al procurador, para estudiar una desgracia similar y paralela, y *probablemente justificada por los mismos motivos: la de Herodes Antipas*.

Cuando fue crucificado Jesús, en el año 35 de nuestra era, nuestro tetrarca gobernaba la Galilea y la Perea desde la muerte de su padre, Herodes el Grande. Contaba aproximadamente cincuenta y cinco años y siempre había llevado una vida muy apacible. Fue nombrado tetrarca por César Augusto, recibió de éste la mejor parte de la herencia de su padre, y fue, como él, un constructor. Edificó, en especial, y tomando como modelo las ciudades helenísticas, una nueva ciudad, a la que llamó Tiberíades, en honor a Tiberio César, el emperador reinante. Fue paternal para con su pueblo, y astuto, pero sin excesiva voluntad, y se dejaba dominar fácilmente por su sobrina y esposa Herodías,⁷³ a quien había convencido de que fuera a vivir maritalmente con él cuando cayó en desgracia su hermanastro Herodes Filipo, primer esposo de ésta. Así era el hombre, un reyezuelo a quien gustaba vivir bien y, a ser posible, sin complicaciones. Sin duda, la muerte de Juan el Bautista le fue impuesta por la necesidad de mantener la paz en sus dominios.⁷⁴

Y ahora nos lo encontramos de camino hacia Roma, en el año 38, inmediatamente después de la comparecencia de Pilato ante Calígula y de su exilio a Vienne. ¿Qué iba a hacer allí? Consultemos a Flavio Josefo. Herodes Agripa I acababa de ser nombrado rey de toda una parte de Palestina. En efecto, había recibido la tetrarquía de su tío Herodes Filipo, muerto en el año 34 de nuestra era. Ésta comprendía la Batanea, la Traconítide, la Gaulanítide y la Auranítide; más adelante Roma añadiría la Galilea y la Perea, y mucho más tarde, al advenimiento de Claudio César, poseería todo el reino de su antepasado Herodes el Grande.

⁷² Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 229-239.

⁷³ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 126-138.

⁷⁴ Tácito observa en sus *Anales* (12, 6 y 7) que las uniones entre tíos y sobrinas era en todos los otros pueblos una práctica consagrada, que ninguna ley condenaba, lo mismo que las de primos y primas. Por eso Vitelio, censor en el Senado, en el año 49 de nuestra era propuso, con el apoyo del emperador Claudio, la introducción de esta posibilidad legal en Roma, cosa que se hizo.

Desde el comienzo del favor romano que sucedió a una larga caída en desgracia, su elevación suscitó los celos de su hermana Herodías. Júzguese:

“Herodías, hermana del nuevo rey Agripa y mujer de Herodes, tetrarca de Galilea y Perea, no pudo mirar sin envidia esta prosperidad de su hermano, que lo elevaba por encima de su marido. Ardía en celos al ver aquel que antaño se vio obligado a refugiarse al lado de ella, porque no tenía siquiera medios para pagar sus deudas, regresar lleno de honor y de gloria. Un cambio de fortuna tan grande le resultaba insopportable, principalmente cuando lo veía caminar vestido de rey, en medio de todo el pueblo. Y no pudiendo disimular el despecho que le roía sin cesar el corazón, apremiaba de continuo a su esposo para que fuera a Roma a fin de obtener un honor semejante, diciendo que ella no podía seguir viviendo así ...” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, IX).

Se adivina la continuación de sus argumentos. Pero la que se torna bastante nebulosa es la de este asunto y sus conclusiones, al menos en lo que respecta a sus justificaciones:

“Como a Herodes le gustaba la tranquilidad y desconfiaba de la corte romana, hizo todo lo que pudo para distraer a su esposa de esos pensamientos, pero cuanto más le veía ella resistir, más le presionaba, sin que hubiera nada que su pasión por reinar no le impidiera hacer para conseguirlo ...” (Cf. Flavio Josefo, *op. cit.*, XVIII, IX).

Herodías consiguió persuadir a Herodes Antipas de que presentara su petición ante el emperador, en ese momento Calígula. Ambos se embarcaron, pues, hacia Roma. Pero Herodes Agripa I tuvo la noticia de las gestiones de su tío. Envió a uno de sus libertos, un hombre de confianza llamado Fortunato, a que presentara al emperador una oposición sólidamente fundamentada. Fortunato, aprovechando mejores vientos que la nave de Herodes Antipas y Herodías, llegó al mismo tiempo que ellos a la capital del Imperio. ¿En qué consistían sus argumentos? En esto: Herodes Antipas era acusado por Herodes Agripa I de haber participado en el complot de Sejano contra Tiberio, de favorecer a Artabán, rey de los partos, contra él, Herodes Agripa I, y de haber reunido secretamente, en un arsenal clandestino, material para armar y equipar a setenta mil guerreros. Calígula, impresionado ante tales acusaciones, preguntó entonces a Herodes Antipas si todo eso era verdad, y éste último confesó lastimosamente que, por desgracia, era la pura verdad. Entonces el emperador le destituyó de su tetrarquía, que dio a Herodes Agripa I, confiscó toda su fortuna, y le condenó a exilio perpetuo en Lyon, en las Galias. No obstante, como supo que Herodías era la hermana de Herodes Agripa I, Calígula decidió dejarle la fortuna de su esposo, y la libertad. Noblemente, Herodías respondió que su amor hacia su marido la obligaba a rehusar y a seguirle en el exilio. Cosa que le fue inmediatamente concedida por Calígula.

Ahora bien, nada de esto resiste a un examen.

En primer lugar, hacía ocho años que había quedado liquidado el complot de Sejano. ¿Y cómo imaginar que este último hubiera tenido necesidad de incluir entre sus cómplices a un oscuro príncipe palestino, que además residía a varios miles de kilómetros de Roma, único centro vital del Imperio romano a donde valía la pena dirigir el golpe esencial de la conspiración?

En segundo lugar, imaginar que Herodes Agripa favorecería la entrada de las tropas de Artabán en la tetrarquía de Herodes Agripa I era prestarle el deseo de ser a su vez despojado por ellos de la suya. Porque esto no hubiera dejado de suceder. Por lo tanto, el segundo argumento no se tiene más en pie.

Por último, suponer que Herodes Antipas disponía de los medios para reclutar, equipar, armar, alimentar, alojar y pagar a *setenta mil mercenarios*, era olvidar que su feudo, por su exigüedad, difícilmente podía proporcionárselos. Ni la población, ni los ingresos de esta tetrarquía se lo permitían. No olvidemos que más tarde, en el año 135, bajo el emperador Adriano, cuando Roma deberá contar con un ejército considerable para liquidar la rebelión de Simeón-bar-Koseba, reuniría

diez legiones, es decir, ¡exactamente setenta mil hombres! ¿De dónde hubiera podido sacar Antipas semejante ejército?⁷⁵

Por otra parte, se subraya el hecho de que Herodes Antipas es un hombre apacible, que no tiene ni quiere complicaciones, y que resiste lo mejor que puede a las instigaciones de su esposa. Así que, ¿cómo imaginarlo en la piel de semejante conspirador? Eso no va con él.

Además de todo esto, no omitiremos señalarle al lector que, en la *Guerra de los judíos* del mismo Flavio Josefo, los motivos de esa caída en desgracia son totalmente diferentes. Calígula exilia a Antipas “por su avaricia” (*op. cit.*, II, XVI).

Esas variantes son obra de los monjes copistas católicos que, en la Edad Media, “apañaron” las obras de Flavio Josefo en sus versiones griegas. Pero si tomamos la versión eslava de la *Guerra de los judíos*, que fue acomodada por monjes copistas que pertenecían a la Iglesia ortodoxa, nos enteraremos de que el emperador despojó a Antipas de sus bienes y lo exilió con Herodías por el simple motivo de “*su insaciabilidad*”. Y, además, todo esto no se desarrolla ya durante el reinado de Calígula, sino durante el de Tiberio, y Herodes Antipas y Herodías no fueron exiliados a Lyon, en las Galias, sino a España. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, IV, manuscrito eslavo).

Así pues, las incoherencias, contradicciones, diferencias considerables que se ven no hacen sino subrayar que los monjes copistas que censuraron, interpolaron y maquillaron la obra de Flavio Josefo en la Edad Media, lo hicieron de cualquier manera, *intentando ocultar a todo precio algún hecho importante: el verdadero motivo de la caída en desgracia de Herodes Antipas*.

Aquí hemos llegado al mismo punto del problema ya expuesto en el caso de Poncio Pilato. Ahora nos corresponde, por lo tanto, indagar la verdad, aunque ésta tenga que traumatizar y desolar a las almas místicas y sensibles. En estas circunstancias debemos recordar el consejo de Anatole France: “Aprendamos de Montaigne la verdadera duda, la duda indulgente, que nos dispone a comprender todas las creencias, *sin ser presa de ninguna de ellas*, y a no despreciar a los hombres cuando se equivocan ...”

Para concluir con el destino de Herodes Antipas y de Herodías, recordaremos simplemente que fueron en efecto exiliados ambos por Calígula en el año 38 de nuestra era, que llegaron a Lyon, o, lo que es más probable, a Vienne, *ciudad de deportación*, situada a 31 km. al sur de aquélla, y que murieron en el año 39, lo mismo que Pilato, y casi con toda seguridad la misma vez que Claudio pasó por allí, cuando iba a guerrear contra los bretones.⁷⁶ Eusebio de Cesarea (cf. *Historia eclesiástica*, I, XI, 3) nos confirma que se trataba, efectivamente, de la “Vienne de las Galias”; Flavio Josefo dice *Lugdunum*, o sea, Lyon en latín. Algunos, ante su afirmación en la *Guerra de los judíos* (II, XVI), que situaba dicho exilio en España, supusieron que se trataba de Saint-Bertrand-de-Comminges, al norte de los Pirineos, que en latín se llamaba *Lugdunum Convenarum*. Pero aquél lugar jamás estuvo situado en España, y todos los historiadores serios se adhirieron a la teoría de que se trataba del Lyon del valle del Ródano, o más exactamente de su ciudad vecina, Vienne, donde Eusebio de Cesarea sitúa la deportación del tetrarca y de Herodías.

No obstante, antes de cerrar este capítulo, recordaremos al lector que los libros VII, VIII, IX, X y XI de los *Anales* de Tácito, que cubrían todo el período de Calígula emperador y de Claudio cónsul, desaparecieron providencialmente. Es para creer que el historiador latino justificaba, con sus datos históricos, la tesis que hemos sostenido aquí.

⁷⁵ El ejército de Alejandro de Macedonia no comprendía más que treinta mil soldados de infantería y cinco mil jinetes. Y bajo Augusto las legiones romanas ordinarias (a excepción de las legiones urbanas, que no salían de Italia) constituyan una fuerza de unos ciento veinticinco mil hombres *para todo el Imperio*, repartida en veinticuatro legiones. ¡De manera que Herodes habría poseído un ejército nada menos que la mitad de grande que el de Roma! Es impensable.

⁷⁶ Se trata de los bretones de la *isla de Bretaña*, y no de la Armónica.

29

¿Cuándo murió Jesús?

¡Buscando pruebas es cuando encontré dificultades! ...
DIDEROT, *Pensées*, LXI

Para Lemaistre de Sacy, eminente traductor de una Biblia católica a más no poder, Jesús murió en el año 33 de nuestra era, decimonono año del reinado de Tiberio César. Para la mayoría de los exégetas protestantes, eso sucedió en el año 31, decimoséptimo año de ese mismo reinado. Para Daniel-Rops, historiador oficial de la Iglesia católica, fue en el año 30, decimosexto del citado reinado. Nosotros sostuvimos en la obra precedente de esta serie que Jesús había muerto en el año 35, al año veintiuno del reinado de dicho emperador. Algunos retrocedieron mucho más y hablaron del año 27. Pero nadie llegó más lejos que san Ireneo, discípulo de los “Padres apostólicos”, quien hizo morir a Jesús a los cincuenta años de edad, “próximo a la vejez”, bajo Claudio César.

Ya no se sabía cuándo había nacido Jesús,⁷⁷ y resulta que tampoco se sabe mucho mejor cuándo murió. De modo que vamos a intentar, a nuestra vez, aportar un poco de claridad a este problema.

Daniel-Rops, en *Jesús en son temps*, nos dice lo siguiente sobre el año de la crucifixión:

“Si se sigue la indicación del cuarto evangelio, cuyas anotaciones cronológicas son las más precisas, debe admitirse que la muerte tuvo lugar el día mismo que debía comerse la Pascua (Juan, 18, 28), es decir, según el calendario litúrgico judío, el 14 de *Nisán*. Pues bien, la coincidencia entre un viernes y la Pascua sólo se realizó, en la época de Cristo, el 11 de abril del año 27, el 7 de abril del año 30 y el 4 de abril del 33. Si se compara esta información con las indicaciones que tenemos ya sobre su nacimiento, y la duración del ministerio público de Jesús, nos vemos inducidos a elegir la segunda de estas tres fechas. La “semana santa” comenzó, por lo tanto, el domingo 2 de abril del año 30, y fue el viernes 7 cuando Jesús fue elevado sobre la cruz, en una colina desnuda, a las puertas de Jerusalén” (Cf. Daniel-Rops, *Jesús en son temps*, cap. IX, p. 439).

Y una vez más sorprendemos a este autor cometiendo toda una serie de errores, por no decir que sosteniendo una tesis sin preocuparse de las contradicciones que salen a su encuentro.

Cualquiera que, como el autor de las presentes líneas, esté familiarizado con los cálculos cosmográficos, posee un juego de efemérides planetarias que abarcan generalmente dos siglos, del 1800 al año 2000, lo que es más que suficiente para toda investigación de este género. Porque es obvio que, para semejantes cálculos, no podemos utilizar el cómputo eclesiástico habitual, demasiado primario, sino que debemos calcular de nuevo, *muy matemáticamente*, las neomenias y sus épocas exactas.

Pues bien, en astronomía hay una ley, a la que se ha denominado el *Ciclo de oro* de Meton, por el nombre del astrónomo ateniense que la descubrió hacia el año 433 antes de nuestra era. Esta ley asegura que, cada diecinueve años, la Luna vuelve a encontrarse, en el mismo grado y aproximadamente a la misma hora, en conjunción con el Sol (*luna nueva*), y en la misma posición zodiacal. Ese es el ciclo lunar de los astrónomos. Cuando, dos semanas más tarde, llega al punto opuesto, es decir, ciento ochenta grados más lejos en su curso, y al signo zodiacal *opuesto*, es *luna llena*.

⁷⁷ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp- 41-53.

Observemos de paso (porque es bueno reírse un poco) que los exégetas de los primeros siglos estaban todos, y por una vez, de acuerdo en un punto, a saber, que cuando el Señor creó, repentinamente y a la vez, a todas las constelaciones, la Luna fue creada y apareció en oposición al Sol, toda redonda, y contando ya quince días de edad.⁷⁸

Volviendo al *Ciclo de Meton*, constataremos que por lo tanto puede establecerse por un momento dado la longitud lunar, y así se obtiene fácilmente la fecha del calendario, es decir, la fecha de la *luna nueva* y de la *luna llena*. El día de la semana lo precisará cualquier *calendario perpetuo* bien conocido, que se remonte hasta el siglo I.

Y si nos entregamos a las verificaciones descritas arriba, nos vemos forzados a constatar que todo lo que Daniel-Rops nos afirma sobre la fecha de la Pascua judía de los años 27, 30 y 33 de nuestra era es falso:

1. *Año 27* – Según él, la Pascua judía de *Nisán* (mes lunar que comienza en la luna nueva que sigue al equinoccio de primavera), cayó en el 11 de abril, viernes. Y es un error; la neomenia de *Nisán* recayó, en realidad, en el 2 de abril, y como la Pascua judía tenía lugar 14 días más tarde (Cf. Números, 28, 16), eso la hace caer el 16 de abril, y ese día era un miércoles.
2. *Año 27* – Según él, la Pascua judía de *Nisán* cayó en un 7 de abril y viernes. Y también eso es falso, porque fue un 12 y miércoles, ya que la neomenia tuvo lugar el 29 de marzo.
3. *Año 33* – Según él, la Pascua judía cayó en 4 de abril y viernes. Y sigue siendo erróneo, porque la neomenia tuvo lugar el 27 de marzo, la Pascua fue el 10 de abril, y viernes. Pero como el día no empezaba en realidad, según costumbre en Israel, *hasta la puesta del sol*, y Jesús murió mucho antes de que cayera la noche, según se nos dice a las quince horas, eso hace que se encontraran todavía en la jornada del jueves.

Si, por el contrario, nos quedamos con la fecha del año 35, como desarrollamos en nuestra primera obra, constatamos que la luna nueva de *Nisán* tiene lugar el 2 de abril, y que la luna llena se sitúa el 16 de abril, es decir, un sábado; pero en virtud de la regla judía recordada antes, como Jesús murió antes de la puesta del sol, estamos todavía en la jornada del viernes. Como, por cierto, anotaron con toda exactitud los discípulos y sus sucesores, inicialmente todos judíos.

Jesús, por lo tanto, murió en el año 35 de nuestra era, el 15 de abril, y no en el año 30, 31 o 33, según los historiadores oficiales de la Iglesia.

Pero, ¿por qué toda esa serie de errores por parte de los exégetas? ¿Y por qué esa elección preferencial, sin bases matemáticas exactas, de Daniel-Rops?

Todo eso no es fortuito. Si algunos pueden alegar, a modo de excusa, que quisieron respetar una tradición secular, no es menos cierto que los que la establecieron lo hicieron intencionadamente. En los orígenes, en la Iglesia de los primeros siglos, hubo historiadores y exégetas que sabían perfectamente a qué atenerse sobre los verdaderos orígenes del cristianismo. No ignoraban que el viejo sueño mesianista de los judíos integristas que aspiraba a la dominación de las naciones paganas, sueño aniquilado por la destrucción de Israel en el año 135 de nuestra era, y por la dispersión de todo ese infortunado pueblo, ese viejo sueño había sido transpuesto por unos astutos compadres venidos de la gentilidad en su mayor parte.

⁷⁸ El examen de las rocas traídas por los cosmonautas ha demostrado que la Luna era más antigua que la Tierra *en varios miles de millones de años*. Ya se ve el coeficiente de seriedad que puede dársele al Génesis.

El sueño desmesurado de Saulo-Pablo,⁷⁹ su ambición de realizar una religión nueva que coronaría un verdadero imperio oculto, ese sueño sorprendente empezaba a realizarse. Y había que alimentar el mito, hacer desaparecer la realidad histórica. Para eso, el *Jesús de la historia* debía ceder su lugar al *Cristo de la leyenda* cristiana.

Se pusieron manos a la obra. Y con este fin, entre otras “modificaciones piadosas, cuidaron bien de establecer el máximo tiempo de separación posible entre la muerte de Jesús y la caída en desgracia de Pilato, a fin de hacer desaparecer todo rastro de esa asombrosa relación entre la muerte del primero y la caída en desgracia del segundo. Porque la evasión a Samaria que sucedió al “retiro” en Fenicia, que había seguido a la “huída” a Egipto, el paso prudente de una tetrarquía a otra cuando se detuvo al Bautista, los seis meses oculto en Jerusalén, sin poder salir de allí, el perpetuo ir errante del norte al sur y del sur al norte, todos esos episodios son demasiado reveladores como para no ver el verdadero rostro de aquel que no había sido jamás otra cosa que el jefe de la resistencia judía contra Roma, papel, por cierto, perfectamente honorable, pero que no podía asumir un dios encarnado, venido a propósito para ofrecerse en sacrificio.

Todo eso confirma la existencia en el seno de la Iglesia de ese misterioso “secreto” evocado por el juramento del obispo en el curso de la ceremonia de la consagración, como ya demostramos en el primer volumen de esta serie.⁸⁰ Y ese “secreto” encubre simplemente el viejo sueño de dominación universal.

⁷⁹ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 201-216.

⁸⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 16-17.

30

El misterio de la tumba

Estamos en nuestro derecho de conjeturar que, la tarde
de la Pasión, el cuerpo de Jesús fue descolgado de la cruz
por los soldados y lanzado a alguna fosa común ...

ABBÉ LOISY, *Quelques letres*

Por desgracia para los redactores de los evangelios, la leyenda del entierro de Jesús en una tumba honorable está en contradicción absoluta con el derecho penal romano. Y nadie ignora el carácter imprescriptible de éste. Tácito nos recuerda ese aspecto severo de las leyes romanas en sus *Anales*:

“Como los condenados a muerte, además de la confiscación de sus bienes, *eran privados de sepultura*, mientras que aquellos que se ejecutaban a sí mismos recibían los honores fúnebres y sabían que sus testamentos serían respetados, valía la pena acelerar su muerte”. (Cf. Tácito, *Anales*, VI, XXXV).

Por otra parte, la destrucción de Séforis, patria de su madre María, y la deportación de toda la población de esa región, en el año 6 antes de nuestra era, por las legiones de Varo, habían hecho de todos sus habitantes “esclavos de César”, y esta despiadada medida se aplicaba tanto a sus hijos como a aquellos que, más afortunados, habían podido emprender la huida y escapar.

Por eso el emperador Juliano podía responder al obispo Cirilo de Alejandría, su antiguo condiscípulo en las escuelas de Atenas: “El hombre era esclavo de César, y vamos a demostrarlo ...” (Cf. Cirilo de Alejandría, *Contra Julianum*).

Es decir que Jesús, que así pues a los ojos de Roma era un simple *esclavo de César* y un *rebelde contumaz*, sobre quien había podido ejercerse una misteriosa benevolencia salida de diversos medios (el propio Daniel-Rops lo reconoce en su *Jesús en son temps*) por razones igual de misteriosas, Jesús crucificado no podía esperar en esa oculta protección. Inexorablemente barrido por la potencia ocupante, definitivamente condenado a muerte, y al más infamante de los suplicios legales implicados por ésta, las imbricaciones legales debían escalonarse en su orden immutable, sin que ningún motivo útil ni válido a los ojos de Roma pudiera suavizarlas. Por todo ello, es impensable que Jesús se hubiera beneficiado de una tumba honorable y ritual, pues sólo la *fossa infamia* de los condenados a muerte podía recibir su cadáver. Y así fue.

Y, en efecto, quedan algunos testimonios más conocidos de ese importante detalle. El emperador Juliano, que tenía a su disposición los Archivos imperiales, en su *Epístola a Pothius* nos confirma que Jesús tuvo como sepultura la fosa común legal para los condenados a muerte. El propio Jesús no ignoraba que iría a parar allí, como todo ajusticiado, y lo predijo con toda claridad, en su parábola de Mateo (21, 39) y Marcos (12, 8), cuando los viñadores asesinan al hijo del dueño de la viña, “y asíéndole, le mataron y *le arrojaron fuera de la viña*”.

Esta tradición se perpetuó durante largo tiempo después de los inicios del período apostólico. Existe, en efecto, un viejo evangelio ya citado, que conocemos como *El Evangelio de los Doce Apóstoles*, donde leemos lo siguiente:

“Condujeron a Pilato y al centurión hasta el pozo de agua del huerto, pozo muy profundo ... Miraron hacia abajo, en el pozo, y los judíos gritaron: ‘Oh, Pilato! El cuerpo de Jesús, que murió, ¿no es ése de ahí ...?’” (*Op. cit.*, 15º fragmento).

Sin duda la continuación del texto arregla el asunto, pues Pilato les dice: “Creéis que es el Nazareno?”. Ellos respondieron: “Lo creemos ...”. Entonces él dijo: “Conviene colocar su cuerpo en una tumba, como se hace con todos los muertos” (*Op. cit.*, 15º fragmento).

Por consiguiente, al principio, los legionarios romanos que desclavaron el cadáver de Jesús (y no José de Arimatea, según Mateo (27, 59), Marcos (15, 46), Lucas (23, 53) y Juan (19, 38), pues es impensable que la policía romana abdicara sus obligaciones legales y penales sobre unos civiles muy sospechosos), esos legionarios echaron el cadáver de Jesús a la *fossa infamia*.

Con el abad Loisy, antiguo profesor de hebreo del *Institut catholique* de París, el académico católico Edouard Le Roy ha negado que se hubiera concedido una tumba regular a Jesús (cf. *Dogme et Critique*). Y es evidente.

Ese hecho que se le precipitara en una fosa, que en realidad no era otra cosa que un osario legal (también existía uno en Roma, en el cementerio Esquilino), facilitó a los discípulos deseosos de asentar la fábula de la resurrección el robo del cadáver. Es evidente que no todos estuvieron en el secreto, sino que hubo unos cuantos encargados de la operación. Y el mismo evangelio copto nos aporta algunos ecos del hecho:

“Él (Pilato) llamó al segundo. Le dijo: ‘Sé que tú eres un hombre veraz, más que todos éstos. Dime cuántos apóstoles han tomado de la tumba el cuerpo de Jesús’. Éste respondió: ‘Vinieron todos los once, así como sus discípulos, lo sacaron furtivamente, y se separaron sólo de este otro (de Judas)’. Él (Pilato) llamó entonces al tercero y le dijo: ‘Valoró tu testimonio mucho más que el de esos otros. ¿Quién tomó el cuerpo de Jesús de la tumba?’. Él le respondió: ‘José con Nicodemo y sus parientes’. Llamó al cuarto y le dijo: ‘Tú eres el más considerado entre ellos, y los he despedido a todos. Dime ahora qué fue lo que sucedió cuando tomaron de vuestras manos el cuerpo de Jesús en la tumba’. Él le dijo: ‘Nuestro señor prefecto, esto fue: Nosotros dormíamos, nos descuidamos y no pudimos saber quién lo había sacado. Enseguida nos levantamos, lo buscamos y no lo encontramos ... Y entonces es cuando avisamos ...’.” (Cf. *Evangelio de los Doce Apóstoles*, 15º fragmento).

Pilato se personó entonces en la tumba, no convencido por todas esas contradicciones. Se observará que ni por un instante niegan los apóstoles que el cadáver fuera robado. Por lo tanto tampoco ellos creen en la resurrección.

En la tumba, el procurador no ve sino las mortajas tiradas en el suelo, y objeta: “Si hubieran cogido el cuerpo, se habrían llevado las mortajas con él ...”.

Pero los judíos presentes le hacen observar: “¿Pero no ves que no son las suyas, sino otras, extrañas? ...”.

No se trataba, por lo tanto, de mortajas con las que se ligaban las manos y se sostenían el mentón, sino de otras, cuya presencia no se explica, *a menos que se tratara de vendas*. Porque en ese viejo evangelio, tan imprudentemente redactado, no se habla para nada de sudarios ...

Y aquí es donde vamos a evocar otras hipótesis sobre la pseudoresurrección.

En la primera obra de esta serie,⁸¹ dimos nuestra explicación personal de ésta. Una vez muerto Jesús, lo sustituyeron por su hermano gemelo, probablemente el que vivía en Sidón, y conocido por el nombre de Sidonios.⁸² Conocemos su existencia a través de Josefo el Eclesiástico y de Hipólito de Tebas (cf. Migne, *Patrologie*, CVI, p. 187).

⁸¹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 60-69.

⁸² *Id.*, pp. 59 y 185-186.

Pero existen otras explicaciones para esas manifestaciones tan discretas de Jesús después de su muerte. Porque es muy sorprendente que el “hijo de Dios” resucitado no pudiera manifestarse en toda su gloria, tanto delante de Anás y Caifás como delante de todo el pueblo de Israel ... Y es extraño también que esas pocas manifestaciones no fueran sino encuentros nocturnos, en un camino, en una casa amiga, y que ese glorioso resucitado sólo circulara bajo una apariencia que no permitiera reconocerlo a simple vista. Y, lo que es más, algunos de sus discípulos “dudaron” de esa resurrección (cf. Mateo, 28, 18), pues sabían de antemano a qué atenerse a ese respecto.

Y, antes que nada, abordando otros trabajos exegéticos, citaremos a Schalom-Ben-Chorin, quien en su libro *Jesus Bruder Jesus (Der Nazarener in Jüdischer Sicht)* nos habla, entre otros autores, de H.S. Reimarus (1694-1768), el cual en sus *Wolffenbütteler Fragmenten* (Lessing 1777), bajo el título *Von der Zwecke Jesu und seiner Jünger*, seguía la tradición de los *Toledo Jeschuah*, fuente judía anónima según la cual el cuerpo había sido robado por los discípulos.

Para Schalom-Ben-Chorin, la tesis de la resurrección dataría de la “visión” de Saulo-Pablo (cf. I Epístola a los Corintios, 15, 14), quien nos apremia a elegir: “Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación ...”. ¡Qué los manes de Saulo-Pablo, si no se han disuelto en los limbos, se queden tranquilos! Nuestra elección está hecha.

Sobre este mismo tema poseemos todavía otras tradiciones.

Para el doctor Hugh J. Schoenfield, en su obra *The Passover Plot* (Ed. Hutchison, 1965), que fue el resultado de cuarenta años de investigaciones y confrontaciones de hechos, Jesús había programado deliberadamente su vida de manera que se adaptara perfectamente, en todos los puntos, a las profecías del Antiguo Testamento. Por otra parte, se las habrían arreglado para que fuera ejecutado un viernes, ya que el *sabbat* se iniciaba aquel mismo día a la puesta del sol, cosa que obligaría a los ejecutores a retirarlo de la cruz antes del anochecer. De este modo, sólo habría permanecido en la situación de un crucificado durante algunas horas. Pero éstos, por regla general, morían mucho después de tan corto espacio de tiempo, y de ahí el asombro de Pilato al enterarse de que Jesús ya había muerto. (Marcos, 15, 44). La razón había que buscarla en la esponja mojada en vinagre, que en realidad había sido embebida de un narcótico, con lo que se provocó la inconsciencia de Jesús y una cierta catalepsia. Inmediatamente después de la inhumación, José de Arimatea y Nicodemo habrían procedido a llevarse el cuerpo de la tumba. Siempre según el doctor Hugh J. Schoenfield, Jesús habría recobrado ulteriormente el conocimiento, pero, muy debilitado por la flagelación y la crucifixión, habría fallecido algún tiempo después. Así se explicarían los contactos verbales y visuales con los discípulos, la exhibición de sus llagas, etc., y luego su desaparición, que en seguida habrían transformado en ascensión corporal al cielo.

Citaremos todavía a otro autor alemán: a Kurt Berna, presidente de la *International Foundation for the Holy Shroud*, de Zurich, quien en su libro, muy ilustrado, que se titula *Jesus nicht am Kreuz gestorben* (Jesús no murió en la cruz, de Ed. Hans Naber, Stuttgart, 1962), nos dice, con fotografías en su apoyo, que el sudario de Turín no sería un sudario ficticio (se conocen 39 ...). La hoja del *pilum* del legionario romano no habría tocado el corazón, y como el hecho de que brotara sangre y agua no constituía jamás una prueba de fallecimiento, podía admitirse que Jesús estaba vivo cuando se le depositó en la tumba. a continuación le habrían hecho volver en sí y se habría vestido con ropas del jardinero.

Todas esas explicaciones serían aceptables, a condición de que Jesús hubiera podido ser depositado en una tumba con cámaras, como era costumbre en el Israel antiguo. Desde el momento en que el cuerpo fue echado a la *fossa infamia*, todas esas medidas de reanimación y de disfraz son difícilmente aceptables. La *fossa infamia* del cementerio de los Olivos era visible desde todas partes, y quizás incluso colocaban allí a un centinela después de cada ejecución. Pues bien, todo tiende a demostrarnos que Jesús, lo mismo que los dos ladrones crucificados a su lado, fue echado a esa

misma fosa, y el emperador Juliano, que disponía de archivos y de leyes para ayudarle, no lo afirmó sin pruebas a Cirilo de Alejandría.

Ahora, para explicar las “apariciones” póstumas, no nos queda ya más explicación que la de un compinche que hubiera hecho este papel, en este caso su hermano gemelo,⁸³ cuya existencia, si no su papel, no puede ponerse en duda.

Recapitulemos.

Legalmente, el cadáver de Jesús fue depositado (o más bien tirado) en la fosa de los condenados a muerte, y los de los dos ladrones también. Se les había quebrado las piernas, antes de desclavarlos, para que la asfixia acabara rápidamente con ellos, al no poder sostenerse más sobre sus pies, según la versión oficial. Pero las cruces poseían una especie de clavija, sobre la que reposaba el perineo de los condenados, lo que añadía a todos los otros sufrimientos el del “caballete”. Por consiguiente, la rotura de las piernas no tenía por objetivo acabar con ellos, sino sólo impedir que, una vez arrojados a la *fossa infamia*, pudieran salirse o rebelarse. Para los cómplices eventuales del exterior había, sin lugar a dudas, uno o dos centinelas de guardia.

Los dos ladrones seguro que debieron agonizar allí, y el tétanos o la gangrena acabarían lo que la crucifixión no había terminado. En el caso de Jesús esto fue aún más sencillo: estaba aparentemente muerto, pero, por prudencia, un decurión de la patrulla de control le hundió el triángulo de su lanza en el flanco. Porque había anunciado su *resurrección*, y también por miedo a los fenómenos de vampirismo, terror del mundo antiguo, es por lo que se le perforó el flanco.

A continuación el cadáver fue a reunirse con los dos ladrones todavía vivos, en la misma fosa de infamia. Porque éstos probablemente aún no habían muerto, sus estertores, sus gemidos, aún eran audibles. Cuando los centinelas no oyeron ningún otro ruido, avisaron de ello, y abandonaron definitivamente su puesto de guardia. Entonces fue cuando llegaron los zelotes, con toda seguridad de noche, se apoderaron del cuerpo de Jesús, y se lo llevaron, al amanecer, a Samaria.⁸⁴ Próximamente aportaremos la prueba formal de ello, con ayuda de un texto conocido desde el siglo II.

En el caso más extremo puede admitirse todavía que Pilato aceptó, *cuando hubo constatado debidamente el óbito*, que los discípulos o la familia retiraran el cadáver de la *fossa infamia* y lo depositaran en una tumba ritual. Porque, a pesar de todo, era un “hijo de David”, y había gozado de numerosos y poderosos apoyos. Esto Pilato no lo ignoraba, y en el punto en que se encontraban, este último favor no acarreaba ninguna consecuencia. Además, si como afirman los *Acta Pilati*, en su segunda detención fue crucificado en los Olivos, el cementerio ritual se encontraba allí, y no faltaban tumbas vacías.

Esta última suposición viene confirmada en el texto del *Evangelio de los Doce Apóstoles*, en su 15º fragmento, donde se ve al procurador haciendo retirar por los judíos (¿o los discípulos?) el cuerpo de Jesús fuera de la fosa común, y aconsejando que se le deposite en una tumba.

Nuestros contradictores habituales, por toda respuesta, nos arguyen a su vez “que no están de acuerdo”.

⁸³ M Jacques Sadoul, “historiador de la alquimia”, considera que hemos naufragado en nuestra carrera de historiador por culpa de haberle atribuido este papel al hermano gemelo de Jesús. ¡Jamás debe utilizarse el tema de un gemelo en una novela, está pasado de moda! Transmitimos esta observación al rabinato francés. No hay duda de que, a pesar de los reproches de nuestro joven colega, no se suprimirán en la Biblia todos los casos de hermanos gemelos: Esaú y Jacob, Caín y Aclinia, etc. ¡En una novela así, eso es lo de menos! Porque para M. Sadoul, el evangelio es una novela. Que conste en acta ...

⁸⁴ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 241-258.

Esto es poco, en ausencia de cualquier *argumento*, apoyado por un *documento*. Para ellos, el que un hombre fuera flagelado con látigos de plomo, que fuera crucificado, que recibiera una lanzada en el costado, muriera, estuviera enterrado durante tres días, y luego resucitara, fresco y dispuesto, todo eso es de los más plausible. Pero que se les diga que simplemente robaron clandestinamente su cadáver, y que unos cuantos listillos montaron con destreza una pequeña comedia que tuvo un perfecto éxito, habida cuenta de la época y de la ignorancia general del pueblo, y se volverán indignados, alegando que es impensable, ilógico e inverosímil.

“Creo en los testigos que se dejan degollar ...”, afirmaba Pascal. ¡Lástima! La historia ha demostrado que también se puede morir por una causa estúpida, incluso inepta. Y la frase de Jean Rostand conserva aquí toda su sabiduría:

“A menudo es más fácil morir por lo que uno cree, que renunciar a ello ...”

Sobre la incineración del cadáver de Jesús

Decidle al rey: el hermoso templo adornado está en ruinas, el laurel mántico se ha muerto, la fuente gorgoteante ha enmudecido, Apolo no tiene ya morada ...

SPIROS ALIBERTIS,
Bizance et Thessalonique, le dernier oracle de Delphes

No queremos terminar esta parte sobre el misterio de la tumba sin volver, a petición de diversos lectores de la obra precedente, al problema de *la incineración de los restos de Jesús*, en el año 362, en Sebasta, Samaria, y por orden del emperador Juliano. Primero que nada releeremos las páginas que tienen relación con esta sensacional destrucción (que barre definitivamente la leyenda de la pseudorresurrección), que aparece ya relatada en el primer volumen.⁸⁵

No hay que confundir este episodio de lo que con justicia se llama la *reacción pagana*, con la transferencia de los restos del obispo Babylas, de los que se habían servido los cristianos para mancillar el templo de Apolo en Dafne, en las afueras de Antioquía de Siria. Esa exhumación tuvo lugar en el mismo año 362, el 21 de octubre, cuando el César, Juliano, se hallaba en Antioquía. Pero entre Sebasta de Samaria y Dafne de Siria hay aproximadamente 450 km a vuelo de pájaro. Por lo tanto se trata de dos hechos bien diferentes. Resumamos.

Juliano, deseoso de abrir de nuevo el templo de Apolo en Dafne, y de restaurar el culto y su oráculo, dio la orden de retirar de él el cuerpo del obispo de Antioquia Babylas, que estaba inhumado allí. Consultado el oráculo vecino, éste respondió, en efecto, que antes había que purificarlo: “Quitad los cadáveres ...”. En esas regiones, y desde hacía miles de años, se mancillaba y profanaba el lugar del culto odiado desparramando en él huesos y restos de cadáveres (Números, 19, 16; I Reyes, 13, 2; II Reyes, 21, 14-16; Ezequiel, 6, 5).

Los cristianos se llevaron entonces los restos de Babylas entonando cánticos, y, como vemos, sin sufrir ninguna persecución ni molestia.

Por la noche, y como por azar, el fuego del cielo cayó sobre el santuario y lo redujo a cenizas, con la estatua y todos los accesorios del culto de Apolo. Y Juan Crisóstomo declaró haber sido *testigo ocular* de este suceso, en su *Cuarta Homilía sobre el elogio de San Pablo*, y en su *Discurso contra los Gentiles*.

Concluyamos que *esperó a la noche para ordenar prenderle fuego*, porque ¿qué cosa vaga e imprecisa podía estar esperando allí, nada menos que durante horas? Y lo mismo sucedería en el año 404, la noche en que sería exiliado de Bizancio por orden de la emperatriz Eudoxia. Los cristianos incendiarían los monumentos más hermosos de la ciudad, y en especial su maravillosa biblioteca.⁸⁶

Poco antes, y en ese mismo año 362, pero *en agosto*, Juliano había ordenado abrir la tumba de aquel a quien él llamaba “*el muerto*”, “a quien los *judíos adoran como un dios ...*”, “*a quien pretenden resucitado ...*”. Harían quemar sus restos y dispersar sus cenizas en Samaria, y mucho más tarde los

⁸⁵ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 254-258.

⁸⁶ Cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 250-258.

cristianos, para salir del apuro, afirmarían que se trataba simplemente de los restos de Juan el Bautista.⁸⁷

Pero nadie pretendió jamás que el Bautista había resucitado, y nadie lo adoró jamás como a un dios, ni siquiera sus propios discípulos, los *mandeanos*, para quien no fue más que un profeta. El único personaje que corresponde a esas definiciones *es Jesús*.

Porque, o bien la cabeza del Bautista, que fue decapitado en la fortaleza de Maqueronte, en Transjordania, fue expuesta a las rapaces clavada en la punta de una lanza, en lo alto de la torre más elevada, o bien fue llevada por un pequeño destacamento de jinetes a Jerusalén, ante Herodes Antipas. Ambas costumbres se seguían en aquella época. En el primer caso, los discípulos de Juan el Bautista no obtuvieron ningún vestigio de su maestro. En el segundo caso, pudieron atacar el pequeño destacamento por el camino a Jerusalén, y robarles la cabeza del Bautista. *Pero ésta jamás fue conducida a Samaria*, por varias razones:

- a) no hay necesidad de una *tumba* para guardar una cabeza, bastan un relicario, una urna o un pequeño sarcófago. Pero en Sabasta lo que se abrió fue una *tumba*. Además, no se habla de restos en el caso de una cabeza, se dice “*el cráneo*” o “*la cabeza*”. Y lo que los paganos incineraron en Sebasta, en el año 362, fue un *esqueleto*, *los restos de un esqueleto*. Nada de una cabeza;
- b) Eusebio de Cesarea, en su *Historia eclesiástica* (I, XI), hablando de la ejecución del Bautista, ignora la leyenda de la cabeza entregada a sus discípulos, y no habla de ninguna inhumación;
- c) Sozomenes, en su *Historia eclesiástica* (VII, 21), nos dice que la cabeza del Bautista fue *lo único que se salvó, fue trasladada de Jerusalén a Cilicia, y de allí a Constantinopla*. No se habla para nada de Sebasta ...
- d) lo que barre definitivamente la leyenda de la conservación de la cabeza de Juan el Bautista es que una *segunda cabeza* fue inhumada, en el siglo IV, en la iglesia de Teodosio, en Damasco. Y todavía hoy, en la mezquita de los Omeyas, un edículo de mármol pretende contener otra. Tres cabezas para un solo decapitado es mucho ...
- e) según la ley judía, el cuerpo de los condenados a muerte no era devuelto a sus familiares.⁸⁸

Fueron, por lo tanto, los restos de Jesús los que Juliano mandó incinerar en agosto del año 362 en Makron de Samaria, y no los del Bautista. En el capítulo del primer volumen consagrado a este problema figuran otros argumentos. En especial la confesión del pseudo Orígenes en su *Contra Celsum*.⁸⁹ A él remitimos al lector.

⁸⁷ En especial Teodoro (*Historia de la Iglesia*, III, VII) y Gregorio Nacianceno (*Oratio*, V, 29). Teodoro es tajante en lo que respecta al Bautista.

⁸⁸ Cf. *Talmud* (*Sanedrín*, VI, 5). Y Herodes Antipas observaba necesariamente la ley judía en materia penal.

⁸⁹ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 254-255.

Los resucitados del viernes santo

Cuando oyeron hablar de la resurrección de los muertos, unos se echaron a reír, otros dijeron: “Te oiremos sobre esto otra vez ...”

Hechos de los Apóstoles, 17, 32

Cometeríamos un gran error si supusiéramos por un instante que el público culto, los filósofos en particular, y todos los miembros de la clase aristocrática del Imperio romano, constituyeron una masa considerable de ingenuos y papanatas. Todo lo más hay que dejar esto a las poblaciones semíticas del Oriente Medio de aquella época. La duda cartesiana, el respeto por la razón no nacieron en el siglo XVII, sino que era ya propios del mundo helénico y latino. Si dudáramos de ello, nos bastaría con releer lo que declaraba un sabio emperador del siglo IV respecto a los pseudo-resucitados del viernes santo. Nos estamos refiriendo a Juliano César:

“¿Cómo? ¿Una masa de difuntos que resucitan y que se pasean por Jerusalén a la muerte de ese dios (Jesús), sin que ningún senador romano haya sido informado jamás de ninguna de sus aventuras, en los tiempos en que el Senado romano era el amo de Judea, y hacía que su procurador y todos los comisionados le rindieran cuentas exactas de todo lo que sucedía? ... ¿Cómo? ¿Unos prodigios que habrían ocupado la atención del mundo entero habrían sido ignorados en toda la tierra? ... ¿Cómo? ¿El propio nombre del evangelio habría sido desconocido por los romanos durante más de dos siglos? ...” (Cf. Juliano César, *Contra los galileos, suplemento*).

El evangelio al que el emperador Juliano hace alusión en este texto es el de Mateo, en su capítulo 27, versículos 51 a 54. añadamos que ni Flavio Josefo, que sin embargo había sido sometido a tantas revisiones y había sido tan completado por los monjes copistas, ni los dos *Talmuds*, tanto el de Jerusalén como el de Babilonia, ni ningún autor antiguo que hubiera tratado la historia de esas regiones, oyeron hablar jamás de esa inesperada salida por la ciudad de los muertos del cementerio de Jerusalén. Y, lo que es más, los otros evangelios canónicos, tanto el de Marcos como el de Lucas y el de Juan, ignoran ese pasmoso prodigo. Tomemos, pues, el texto de Mateo en el instante preciso en que nos describe la muerte de Jesús:

“... la tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de santos muertos, resucitaron, y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Él, vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos ...” (Cf. Mateo, 27, 51-54).

Los atenienses, miembros del Areópago, célebre tribunal con sede en la colina consagrada a Ares (el Marte griego), se burlaron de Saulo-Pablo cuando éste les habló de la resurrección de Jesús. ¿Qué habrían dicho si se les hubiera anunciado, por añadidura, la de los muertos del cementerio ritual de Jerusalén?

Ante esta demencial afirmación del anónimo redactor del evangelio *según Mateo*, los Padres de la Iglesia intentaron justificar los hechos supuestos. Vamos, pues, a tomar el conocido *Dictionnaire de la Bible*, de F. Vigouroux, sacerdote de Saint-Sulpice (París, 1922, Letouzey & Ané, Edith.), y ver qué hay de todo eso a los ojos del dócil creyente:

“Aunque el evangelista relaciona esas resurrecciones con la muerte misma del Salvador, estamos de acuerdo en admitir que éstas no se produjeron antes de la de Jesucristo, ‘el primer renacido entre los

muertos' (cf. I Corintios, 15, 20). Los sepulcros pudieron abrirse en el momento del temblor de tierra, pero los muertos resucitados no tuvieron que permanecer vivos durante unas cuarenta horas. Aparecieron a continuación para testimoniar la resurrección, y por consiguiente la divinidad de Jesús. No aparecieron con formas ficticias, como aquellas de las que se sirven los ángeles, sino con sus verdaderos cuerpos, de otro modo la apertura de sus sepulcros no habría tenido razón de ser. Sus cuerpos estaban, por lo tanto, en el estado que describe san Pablo (cf. I Corintios, 15, 35, 44) para los cuerpos resucitados".

"Se trata aquí de personajes santos, probablemente fallecidos lo bastante recientemente como para ser reconocidos por aquellos a los que se mostraron. San Mateo no dice lo que fue de ellos después de esas apariciones. San Agustín (*Epist. -CLIV*, 9; *Ad Evod.* XXXIII, col. 712) piensa que regresaron a sus tumbas. Pero muchos otros creen que, asociados a la resurrección corporal de Cristo, le acompañaron al cielo en cuerpo y alma el día de su Ascensión (Cf. San Ambrosio, *In Ps.* I, 54, tomo XIV, col. 951; *Serm. LXI*, 2, tomo XVII, col. 729; San Jerónimo, *Epis. CXX*, 8, 2, tomo XXII, col. 993; San Epifanio, *Haeres. LXXV*, 8, tomo XLII, col. 513)".

¡Se diría que estamos soñando! Así que unos muertos recientes resucitan en el instante en que Jesús exhala el último suspiro en la cruz. Sus tumbas se abren por efecto del seísmo, pero ellos permanecen acostados dentro, aunque transmutados en su "cuerpo de resurrección", hasta que el propio Jesús haya resucitado. Lo que exige que esos muertos permanezcan acostados, a cielo abierto, desde el viernes santo hasta el alba del domingo, es decir, durante unas cuarenta horas. Sin moverse, naturalmente, y sin padecer el frío de las noches de Nisán en Palestina. Luego, el domingo por la mañana, al alba, entran en bloque en Jerusalén, van a visitar a sus parientes más allegados, y luego vuelven a sus sepulcros, a esperar o bien el Juicio final, o bien la Ascensión de Jesús, que no se producirá hasta cuarenta días más tarde. Como no se nos dice que el encargado del cementerio comunal cerró de nuevo sus tumbas, debieron sufrir mucho frío nocturno durante esas seis semanas. Por último, el día solemne de la Ascensión, se elevan por los aires y sirven de cortejo de honor a Jesús mientras asciende. Lo molesto es que ni Mateo ni Juan, en sus evangelios, nos hablan de una ascensión de Jesús, y sólo la citan Marcos y Lucas, el primero la sitúa en Galilea (Marcos, 16, 7), mientras que el segundo la sitúa en Judea. Sólo que no está de acuerdo consigo mismo, porque en su evangelio tiene lugar en Betania, pueblecito situado a pocos kilómetros de Jerusalén (*op. cit.*, 24, 50), y en los Hechos de los Apóstoles la sitúa en Jerusalén, en el monte de los Olivos (*op. cit.*, 1, 9 y 12). Que lo entienda quien pueda.

Esta leyenda con el tiempo fue desarrollándose. Daniel-Rops, en *Jesús en son temps*, nos cuenta ((*op. cit.*, XI) que entre esos muertos había dos hijos del santo anciano Simeón, presente cuando María y José subieron al Templo, en la natividad de Jesús (cf. Lucas, 2, 25 a 35). Esos dos hijos de Simeón, cosa curiosa, llevan nombres latinos. Se llaman Carinus y Leucius, y después de su inesperada resurrección se instalarán en Arimatea. Como esa palabra no hace sino velar el cementerio de los Olivos, en Jerusalén (*har-ha-mettim*, en hebreo, significa fosa de los muertos; el pueblo de Arimatea no tenía existencia histórica en aquella época),⁹⁰ nuestros dos resucitados regresaron, pues, a sus tumbas. Es lo mejor que podían hacer. Pero un autor apostólico antiguo, citado por Eusebio de Cesarea, asegura que encontró a otros resucitados del viernes santo mucho más tarde en Alejandría.⁹¹ Como nuestros fenómenos, según se nos dice, habían revestido su "cuerpo de resurrección", no pudieron morir de nuevo, y tuvieron que pasearse por el vasto mundo en espera del Juicio final.

Lo que nuestros narradores apostólicos olvidan decírnos es el espanto que debió de apoderarse de la población de Jerusalén ante esa procesión alucinante de cadáveres brotados de sus sepulcros.

⁹⁰ Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 209-212. atribuir la misma localidad a la Arimatea moderna y a la Ramathaim antigua, en nuestros días Rentis, es demostrar que se desconoce el hebreo y la geografía del Antiguo Testamento.

⁹¹ Se trata de Quadratus, obispo de Atenas, en su *Apología*, dedicada al emperador Adriano.

No olvidemos que el mundo antiguo conocía perfectamente la leyenda, a la vez fascinante y terrible, del vampiro que subsistía en una vida larvaria en su tumba, y cuyo “doble” fluídico se desprendía por la noche para ir literalmente a bombardear el fluido vital de los humanos dormidos, lo mismo que una esponja absorbiendo un poco de agua. El R.P. Dom Augustin Calmet, de la Orden de san Benito, y abad de Senores, en Lorena, les consagró un curioso tratado, titulado *Dissertations sur les apparitions des anges, démons, esprits, et sur les revenants et vampires de Hongrie, Bohème, Moravie et Silésie* (Cf. París, 1746).

Pues bien, de ese espanto tan natural, Mateo no nos dice nada. Ni de los problemas a los que debieron enfrentarse los herederos y sucesores de esos muertos, que habían “regresado” de esta guisa, y de los que podía esperarse que quisieran recuperar su antiguo puesto en la casa, ni del lado cómico de la procesión, ya que esos muertos, según la costumbre judía, tenían las muñecas y los tobillos atados con mortajas, y además estaban estrechamente envueltos en su sudario. Y esta dificultosa procesión debía de parecerse rabiosamente a una pueblerina carrera de sacos. De hecho, y según las costumbres antiguas de toda la cuenca mediterránea, todo muerto salido de su tumba debía tener el corazón atravesado y la cabeza cortada. Luego se quemaba definitivamente el cadáver sobre una hoguera.

Y ahora vamos a intentar encontrar la verdad detrás de la leyenda. En primer lugar observaremos que, prudentemente, Marcos, Lucas y Juan se guardaron bien de incluir este relato en sus evangelios.

Volvamos, pues a la imprudente narración de Mateo. Se nos dice que: “se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de *santos* muertos, resucitaron, y saliendo de los sepulcros ... vinieron a la ciudad santa ...” (Cf. Mateo, 27, 51-54).

Antes que nada, ¿cómo sabían, *en aquella época*, que se trataba de *santos*, si el Israel antiguo no conocía la glorificación póstuma, análoga a la *apoteosis* practicada en Roma para sus emperadores y por Atenas para sus héroes? De hecho, la palabra *santo* se traduce en hebreo por *kadosh*, y significa simplemente *separado, puesto aparte*. En los *Salmos de Salomón*, composición realizada a principios de nuestra era (un siglo a caballo del año 1, aproximadamente), ese término designa a los *justos*, a los poseedores de la *santidad legal*, es decir, a los *fariseos*.

Los manuscritos del mar Muerto nos presentan a las sectas de Qumran calificándose a sí mismas así. Por otra parte, los *canaítas*, o *zelotes*, sacaban su nombre de celador, el primer término del hebreo, y el segundo del griego.

Lemaistre de Sacy, además, en su notable traducción francesa del Nuevo Testamento, nos dice simplemente que esos santos “*estaban dormidos*”.

Empezamos ya a ver un poco más claro. Resumamos.

El cementerio ritual situado en los Olivos era *ipso facto* un lugar totalmente impuro para los judíos.⁹² Allí no se iba más que para las inhumaciones, y a continuación había que purificarse durante varios días. Es evidente que para los zelotes, que no observaban el sabbat, que no se lavaban ritualmente las manos antes de las comidas, una violación más o menos de los tabúes religiosos importaba poco. Y el cementerio ritual, con sus numerosos vacíos, compuestos cada uno por dos cámaras funerarias separadas por una losa móvil, constituía un conjunto de reductos secretos donde no corrían el riesgo de que nadie les molestara. Esas son las “sepulturas de los santos”, que bajo la pluma del psudo-Mateo se convirtieron en milagrosas tumbas. ¿Fue la resurrección, en realidad, una salida en masa de los combatientes zelotes refugiados en el cementerio, y que penetrarían en Jerusalén con el fin de vengar a Jesús, su jefe y su rey?

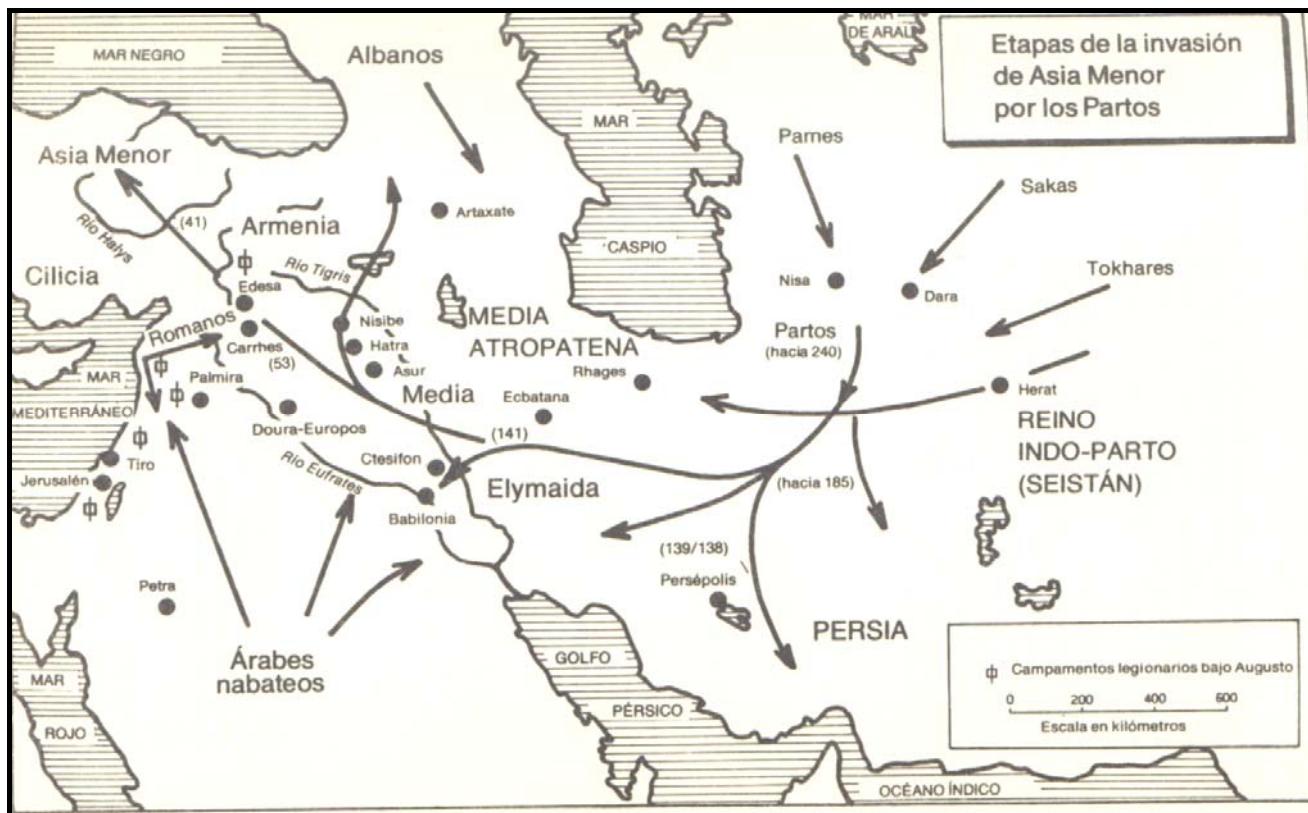
⁹² Números, 19, 16.

¿Fue simplemente una especie de carga operada por los legionarios de Roma, alertados por un adversario de los zelotes, y éstos huyeron del cementerio para refugiarse en la ciudad? ¿Se trató, por el contrario, de la aparición del comando zelote que liberó a Jesús, bajo las órdenes de Simón, presunto Cireneo? Es demasiado tarde para precisarlo. Nosotros, personalmente, nos inclinamos por la segunda hipótesis, la de la vieja guardia zelote oculta en el seno de las tumbas y a la que los romanos habrían hecho salir. En cuanto a los “resucitados” del viernes santo, se los dejamos con mucho gusto a los amantes de lo fabuloso.

En el evangelio de Marcos permanece un último eco de esta explicación, aunque sabiamente deformado por los colaboradores de Eusebio de Cesarea en su escuela de copistas:

“Llegaron al otro lado del mar, a la región de los gerasenos, y en cuanto salió Jesús de la barca vino a su encuentro, saliendo de entre los sepulcros, un hombre poseído de un espíritu impuro, *que tenía su morada en los sepulcros* y ni aún con cadenas nadie podía tenerle atado, pues muchas veces le habían puesto grillos y *cadenas*, pero él había roto las cadenas y quebrado los grillos, sin que nadie pudiera sujetarle. Continuamente noche y día iba entre los monumentos y por los monjes gritando e hiriéndose con piedras. Viendo desde lejos a Jesús, corrió y se postró ante él ...” (Cr. Marcos, 5, 1-6).

En primer lugar, precisaremos que el R.P. de Tonquédec, de la *Compañía de Jesús*, que hasta su muerte, durante cerca de medio siglo, fue el exorcista oficial de la diócesis de París, declaró a nuestro llorado amigo Paul-Clément Jagot, que en toda su carrera no había encontrado jamás un solo caso de posesión, sino simplemente enfermos mentales. Pues bien, él era doctor en medicina, especialista en neuropsiquiatría. Observemos que la Iglesia católica, en su reforma de las Órdenes menores, acaba de suprimir la de los *exorcistas*. O sea, que ya no hay más demonios ni posesos.



Una vez expuesto esto, nos extrañamos de que un pseudo-poseso, necesariamente subalimentado a causa de esa vida errante, tuviera a pesar de todo bastante fuerza muscular para romper unas cadenas que lo sujetaban estrechamente, y luego, con sus manos, quebrar los grilletes que le trababan los tobillos. Es algo digno de ver, sobre todo habida cuenta de que las cadenas antiguas no eran precisamente pulseras de adorno.

Además, en aquella época, ante semejante fenómeno humano de fuerza, siempre podían bajar a ese loco furioso a cualquier mazmorra bien profunda, donde, con o sin cadenas, estaba seguro que no saldría.

De hecho, ese cuento evangélico vino a superponerse al hecho histórico evidente, a saber, que unos esclavos rebeldes, unos gladiadores que habían roto con sus terribles *ludi*,⁹³ y unos insurrectos zelotes perseguidos por Roma, habían quebrado simbólicamente sus cadenas y establecido sus refugios en tumbas.

⁹³ Los *ludi* eran las escuelas donde se formaba a los gladiadores. Estas, que eran a la vez casas cerradas, prisiones, centros de entrenamiento severo, no carecían de nada: alojamiento, vestiduras, alimentación, mujeres (esclavas al servicio de la escuela), todo esto les era proporcionado allí. Sólo les faltaba la libertad, y la esperanza de llegar a viejos ... La mayoría de ellos eran esclavos, y se les sometía a diversos castigos reservados a los esclavos. Las excavaciones de Pompeya han revelado que a veces se daba el caso de que mujeres ricas fueran a pasar la noche en un *ludi*, con uno o varios gladiadores, como Mesalina en el lupanar. El amo se embolsaba entonces las ganancias reportadas por esa prostitución masculina.

La sombra de Tiberio

Algunos estiman que, leyendo en el porvenir, supo todo esto por adelantado, y que desde hacía tiempo había previsto qué reprobación y qué espantosa reputación le reservaba el Destino.

SUETONIO,

Vida de los Doce Césares, Tiberio, LXVII

Ya hemos visto anteriormente que Tiberio había proyectado dar la tetrarquía de Herodes Filipo I a Jesús. Nosotros nos quedamos con la hipótesis según la cual había oído hablar de él en Siria, con ocasión de su campaña en Mesopotamia, donde había vencido a los partos en el Éufrates. Sabemos también que Pilato, su nieto por alianza, había protegido a Jesús hasta el punto de facilitar su evasión. Y sobre este proyecto de Jesús como tetrarca permanece un testimonio en el evangelio de Juan:

“Y Jesús, conociendo que iban para arrebatarle y hacerle rey, se retiró otra vez al monte él solo”. (*Op. cit.*, 6, 15).

Sin duda Pilato había estado sometido a las presiones de ciertos elementos de las dinastías davídica y herodiana, a lo que se habían añadido influencias fariseas igual de poderosas. Pero no era un hombre que se comprometiera sin tener detrás de él la aprobación imperial. Por lo tanto ahora conviene buscar en Tiberio la sombra protectora que durante un tiempo veló por Jesús, rey legítimo, si no legal, de Israel.

Conocemos al emperador a través de Tácito en sus *Anales* (I, 53; III, 24; IV, 44 y 71), a través de Suetonio en su *Vida de los Doce Césares* (Cf. *Augusto*, 19, 31, 63, 64, 65, 72; *Tiberio*, principalmente, 7, 10, 11, 50), y por Aurelio Macrobio en sus *Saturnales*.

De todo esto resulta que el hombre era mejor que su leyenda. Ha llegado hasta nosotros una frase que demuestra su liberalismo: “En un Estado libre, la palabra y el pensamiento deben ser libres ...” (cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Tiberio*, 28). Por otra parte, manifiesta una cierta actitud laxa para con los demás, las desviaciones de conducta de sus semejantes le dejan indiferente, y en este aspecto se opone a la severidad moral tradicional de Roma, y que el Senado romano perpetúa. Así, por ejemplo, ante los adulterios de su esposa Julia no interviene, no la acusa ni declara contra ella, y será Augusto, padre de Julia, quien adoptará las medidas necesarias para la sanción legal inevitable, ya que la hija de un César no podía seguir escandalizando al Imperio. Tiberio, además, huía de las multitudes, y sus aislamientos sucesivos en Rodas y luego en Capri lo demuestran de forma indiscutible: buscó inconscientemente las *islas*.

Pero lo que lo diferencia indiscutiblemente de los otros emperadores es la indiferencia religiosa que nos cuenta Tácito: en efecto, no creía ni en la existencia de los dioses ni en el valor de la religión del Imperio. Era fatalista, y no creía más que en el Destino, y se había aferrado a esa opinión a través de una práctica continuada de la astrología, que había estudiado en Rodas, con el astrólogo Trasilo como maestro, y a quien siempre conservó a su lado, entre sus íntimos.

Puede, por lo tanto, sostenerse la hipótesis de un Tiberio supersticioso, que descubriría en los astros el futuro de aquel modesto jefe zelote llamado Jesús, y, a partir de entonces, se negaría a ir en contra

de aquel Destino fatal que constituía su única creencia. Por otra parte, despreciaba a los cobardes y a los serviles: “Se cuenta que Tiberio, cada vez que abandonaba el Senado, exclamaba en griego: ‘Oh, hombres! ¡Siempre dispuestos a la esclavitud! ...’. Aparentemente, ese hombre que no aceptaba la libertad pública, sentía asco ante semejante resignación de esclavos”. (Cf. Tácito, *Anales* III, 65). Podemos sacar la conclusión de que Tiberio deseaba la libertad para aquellos que eran dignos de ella, así es como puede conciliarse a Suetonio y a Tácito. Y, desde ese supuesto, la indomable resistencia judía no podía sino suscitar la admiración del emperador.

Por otra parte, lo que reforzaba la opinión de Tiberio sobre el futuro de Jesús, era que unas extrañas corrientes ideológicas estaban recorriendo el viejo mundo en aquella época. Los judíos esperaban a un mesías que dominaría al mundo entero, y que gobernaría las naciones con una vara de hierro (cf. Salmos, 2, 9). Y el patriarca Jacob les había predicho: “No será quitado el cetro de Judá ni el bastón de mando de entre sus pies, hasta que venga el *Schilo* al cual darán obediencia los pueblos ...” (cf. Génesis, 49, 10). Conclusión: el misterioso *Schilo*, palabra hebrea que significa *enviado, mesías*, estaba próximo, ya que el cetro acababa de salir de Judá, en el año 6 antes de nuestra era, y la Judea se había convertido en provincia romana. En Israel nadie ignoraba esas cosas; fue Juan el Bautista quien preguntó a Jesús: “¿Eres tú el que ha de venir, o hemos de esperar a otro? ...” (Lucas, 7, 19); y la samaritana responde a Jesús: “Yo sé que el Mesías está por venir ...” (Juan, 4,25). Flavio Josefo nos confirma esta idea general: “Lo que incitó a los judíos a la guerra, fue un oráculo equívoco de las Escrituras, que anunciaba que un hombre salido del país se convertiría en dueño del universo” (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, VI, V, 4).

¡Reconozcamos que eso fue lo que sucedió después, y que, desde el siglo IV, la vara de hierro de las profecías ha mantenido el reino de un personaje en cuyo nombre se hizo correr mucha sangre y muchas lágrimas! Y cuando el papa Pablo VI, arrodillado, pidió perdón al mundo por el triste pasado de la Iglesia, esto no reparó aquello.

Tiberio se había reforzado también en la idea de un dominador universal salido de Palestina por el ambiguo arte de las sibilas. Pero no debía ignorar las profecías judías, ya que su ex ministro Sejano, que era muy antisemita, había hecho expulsar a los judíos de Italia en el año 19 de nuestra era, y, evidentemente, en aquella ocasión se habrían apoderado de algunos libros de profecías. De ese conocimiento general nos aportan el testimonio Tácito (cf. *Historias*, V, XIII) y Suetonio (cf. *Vida de los Doce Césares*, *Vespasiano*, IV).

Por otra parte, se esperaba una especie de revolución general en el mundo conocido. Ya en el año 43 antes de nuestra era, mientras Octavio estaba en Roma, se había acuñado monedas que anuncianaban el regreso de la Edad de oro, se estimaba que el gran círculo de Pitágoras se había cerrado, y Virgilio saludaba ese “gran regreso” de manera tan ambigua en su *IV Égloga*, que los cristianos transformaron su alusión en profecía mesiánica, en provecho suyo.

Esas eran las oscuras razones que hicieron del supersticioso Tiberio un protector inconsciente de Jesús. Pero tuvo otras protecciones más serias, y más claras también, porque eran puramente políticas. Y vamos ahora a examinarlas, porque en el caso del emperador correspondían a un sentido político muy experto, a lo que se aliaba una indiscutible ciencia de la estrategia.

Suetonio, en su *Vida de los Doce Césares* (cf. *Tiberio*, IX), nos dice: “Recuperó asimismo las enseñas que los partos habían arrebatado a M. Craso”. Este autor no nos cuenta nada más sobre la citada campaña. Si Tácito, en sus *Anales*, no hubiera sido cuidadosamente expurgado, ahora dispondríamos de unos relatos que se iniciarían antes de la ascensión de Tiberio a la púrpura imperial, y poseeríamos todavía los libros VII a XII, que han desaparecido, providencialmente, añadiríamos nosotros.

De todos modos, y también de manera muy providencial, Suetonio conservó la huella del paso de Tiberio por Siria antes de su elevación a la púrpura imperial, y cuando iba a combatir a los partos:

“Cuando emprendió su primera expedición y atravesó la Macedonia para conducir su ejército a Siria ...” (Cf. *Vida de los Doce Césares, Tiberio*, XIV).

Tiberio, por lo tanto, desembarcó necesariamente en Selucia, puerto de Antioquia de Siria; desde allí no había más que 500 kilómetros hasta Jerusalén. ¿Cómo suponer ni por un instante que Tiberio no intentara contemplar la prestigiosa ciudad, y aquel templo extraordinario que se contaba entre las maravillas de la época? Y más cuando hay que tener en cuenta que no poseemos, digámoslo una vez más, los libros VII a XII de los *Anales* de Tácito, y que sólo ha llegado hasta nosotros un fragmento del libro V. Quizá tuvo una campaña contra los árabes nabateos, porque desde hace tiempo se nos ha atestiguado la existencia de una guerra entre Roma y éstos. Ya estaba latente desde tiempos de Augusto, suegro de Tiberio. Y para ir a combatir a esos nabateos, había que pasar por Galilea, Samaria y ... *Judea*.

A partir del año 16 de nuestra era (769 de Roma), los partos se agitan de nuevo, dirigidos por Artabán. Este último, príncipe de la dinastía de los Arsácidas, con sus maniobras alimenta la agitación de Armenia y en Cilicia. Pero será en los años 34 y 35 (año de la muerte de Jesús) cuando la guerra entre Roma y los partos alcanzará su punto culminante. Artabán, expulsado de su reino, será sustituido por Fraates, y éste por Tirídates. Tiberio nombra a Vitelio legado imperial de Siria. Roma consigue entonces el apoyo de los armenios, de los albanos y de los íberos, estos dos últimos asentados en el sur del Cáucaso, al oeste del mar Caspio. Hartaban, vencido, se ve obligado a refugiarse en la Escitia, y Tirídates, aliado de Roma, penetra en Mesopotamia a instigación de Vitelio, entra por último en Seleucia y es coronado en Ctesifon. Pero la nobleza parta toma la decisión de restaurar a Artabán en el poder, pone en pie de guerra a las tropas y obliga a Tirídates a retirarse.

Si uno consulta el mapa de esas luchas entre Roma y los partos, observará que para el Imperio romano esa incesante guerra no podía tomarse a la ligera. Y más cuanto que todavía había que contar con las hostilidades de los árabes nabateos. Y el territorio controlado por las legiones se limitaba, de hecho, a Siria, Galilea, Samaria, la Decápolis y Judea. Todo el norte de Asia Menor estaba fluctuante, y su resistencia a los partos estaba en función de la lealtad de sus naciones a Roma.

Ahora bien, Tiberio, por experiencia histórica, no desconocía el arrojo y el valor militar de los combatientes judíos. Hacía mucho tiempo que los reinos de Egipto empleaban para la vigilancia de sus fronteras a unidades mercenarias judías, de las que no tenían sino alabanzas. Y si el emperador despreciaba a los perros lamedores (“¡Oh hombres! ¡Siempre dispuestos a la esclavitud!”, en cambio apreciaba en mucho el valor. Y detrás de esa actitud racional estaba la inconsciente creencia en ese hombre que debía venir de Judea para gobernar el mundo con puño de hierro. Añadamos a eso su fe en la astrología, que practicaba sin cesar, y su perfecto conocimiento de la estrategia militar de aquel tiempo, y todo se vuelve claro.

Por eso, cuando Sejano, su primer ministro, decidiría en el año 19 de nuestra era, y por odio a las religiones egipcia y judía, expulsar de Italia a todos los judíos libres, Tiberio César crearía, con cuatro mil jóvenes judíos libertos, una legión destinada a reprimir el bandidismo y la anarquía en Cerdeña, azotes que causaban estragos allí en estado latente. Este hecho nos lo confirma Tácito (*Anales*, II, LXXXV) y Suetonio (cf. *Vida de los Doce Césares, Tiberio*, XXXVI).

De manera que, si se podía unificar totalmente la Palestina, reuniendo bajo un solo cetro, legítimo e indiscutible, la Judea, la Idumea, la Samaria, la Decápolis y la Galilea, se poseería un sólido bastión, que sería a la vez montañoso y árido, de cara a los árabes nabateos, y fértil y fecundo de cara a la Siria romana.

Toda la orilla oriental del Mediterráneo quedaba asegurada, de este modo, en manos de los romanos, sin necesidad de grandes efectivos militares. Entonces bastaba con armar solamente el norte de Asia: Cilicia, Lycaonia, Galacia, Capadocia, Armenia, provincias que, desde hacía tiempo, o al menos algunas de ellas, abastecían de excelentes unidades auxiliares, quedando así definitivamente yugulada la amenaza parta, así como la procedente de Arabia Pétrea. Pero una alianza antirromana alcanzará su apogeo en el año 614, cuando Cosroes II el Sasánida, rey de Persia, y sus aliados árabes destruirán totalmente la nueva Jerusalén de Adriano.

¿Quién puede decir si el proyecto de Tiberio César de hacer de los judíos una nación según la fórmula “*amiga y aliada del pueblo romano*” no hubiera cambiado la faz del viejo mundo durante largo tiempo? Su éxito hubiera ahorrado la guerra desastrosa de los años 66-70, la nivelación de Jerusalén, luego la última revolución del año 135, con la dispersión total del pueblo judío, y millones de cadáveres ...

Si la frase del evangelio de Juan ya citada: “Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró otra vez al monte él solo ...” (Juan, 6, 15) es verídica, habrá que depolar entones la tozudez ciega del jefe zelote al refugiarse en la ciudad familiar de Gamala, en vez de aceptar el ofrecimiento romano. Porque se retiró allí *solo*, según nos dice el texto evangélico. Lo que prueba que sus lugartenientes no eran de su opinión. Y ese desacuerdo explica quizás las traiciones sucesivas de éstos.

Es cierto que uno sólo es traicionado por los suyos, según reza la sabiduría de las naciones, pero ese doble abandono demuestra perfectamente que los lugartenientes de Jesús jamás habían oído hablar de un reino que no fuera de este mundo, y que él siempre les había hecho ver la restauración de Israel únicamente desde el plano temporal. Y así fue incluso después de la pseudorresurrección, ya que en los Hechos de los Apóstoles leemos esto: Jesús se aparece a los discípulos y les recomienda que no se alejen de Jerusalén, lo que contradice aquella de “*Id, y bautizad a todas las naciones ...*” de Mateo (28, 19). Y ellos le replicaron: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer *el reino de Israel?* ...” (Hechos, I, 6). Como Tiberio César, con su conocimiento del “arte de los caldeos”, era mejor profeta, propuso al Senado romano que se concediera la *apoteosis* a los manes de Jesús ...

Otro problema, el último, se plantea en lo referente a las circunstancias de la muerte de Tiberio César. Consultemos de nuevo a Suetonio:

“No atreviéndose a arriesgar nada sin hallarse en lugar seguro, resolvió volver a su isla (Capri) a toda costa. Pero, retenido por las tempestades y por la agravación de su mal, murió poco tiempo después en la ciudad de Lucullus, a los setenta y ocho años de edad, veintitrés de su principado, el decimoséptimo día antes de las calendas de abril, bajo el consulado de C. Acerronio Próculo y de C. Poncio Nigrinio. Algunos piensan que Gayo⁹⁴ le había administrado veneno que lo minó lentamente”. (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, Tiberio, LXXIII).

Tácito, en sus *Anales*, nos precisa otros detalles:

“El decimoséptimo día antes de las calendas de abril, su respiración se detuvo, y se creyó que había cumplido su destino mortal. En medio ya de una afluencia de felicitaciones, Gayo César salía para tomar posesión del Imperio, cuando de pronto le llevaron la noticia de que Tiberio había recuperado la palabra y la vista, y que había mandado llamar a aquellos que debían llevarle alimentos para reanimar su desfallecimiento. El espanto fue general. Se dispersaron a toda prisa, y cada uno adoptó un aire de aflicción o de ignorancia. Gayo César, inmóvil y silencioso, cayó desde lo alto de sus esperanzas y esperó los últimos rigores. Macron, sin perder la cabeza, dio entonces orden de asfixiar al anciano bajo su montón de cobertores, y de abandonar el lugar. Así fue el final de Tiberio, a los setenta y ocho años de edad”. (Cf. Tácito, *Anales*, VI, LVI).

⁹⁴ Gayo César, alias Calígula.

Resumamos.

Según Suetonio, Gayo, por sobrenombre Calígula, diminutivo de *caliga*, término que designaba una corta bota militar, habría mandado envenenar a Tiberio, y lo confirma un poco más adelante (Cf. Suetonio, *Calígula*, XII). Como el anciano (que lo había designado como sucesor) parecía volver en sí, Macron, prefecto de las cohortes pretorianas, ordenó asfixiar al emperador. Ahora bien, Calígula era el amante de la esposa de Macron, Ennia Naevia (y fue por ella por quien tuvo a su lado al esposo), y ésta le prometió por escrito y bajo juramento que se casaría con él si se convertía en emperador. Es probable que fuera Macron quien animara a Tiberio a elegir a Gayo, alias Calígula, como sucesor. Porque el emperador había leído en los astros todo lo que haría Calígula, y había declarado abiertamente: “Que Gayo vivía para su propia perdición (para él, Tiberio), y para la de todos; que estaba criando así una hidra para el pueblo romano, y un nuevo Faetón para el universo ...” (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, *Calígula*, XI y XII). Pero Tiberio, arreligioso pero fatalista, aceptó el destino e hizo de su futuro asesino su sucesor, porque “estaba escrito en los astros”.

No obstante, nosotros no nos contentamos con esas conclusiones de los historiadores antiguos. Hay otra cosa, en función de lo que hemos revelado en las páginas precedentes; está el problema de las luchas incessantes entre Roma y los partos, y el de las facciones romanas. Como Tiberio murió en Misena, en la ciudad de Lucullus, Calígula presidió el duelo imperial. Al regresar a Roma, el Senado, que siempre estuvo en sorda rivalidad con el emperador difunto, anuló la cláusula de testamento por la cual Tiberio dejaba como coheredero del Imperio romano a su otro nieto, Tiberio, hijo de Druso, todavía adolescente, e hizo de Calígula el nuevo César. (Cf. Suetonio, *Calígula*, XIII, XIV).

Y aquí es donde aparece la mano invisible de la política, y donde volvemos a lo que habíamos evocado precedentemente. Porque Gayo César siguió exactamente la línea contraria de su tío abuelo Tiberio. Siempre en Suetonio, leemos lo siguiente:

“Así Artabán, rey de los partos, que proclamaba su odio y su desprecio hacia Tiberio, solicitó por sí mismo la amistad de Calígula, tuvo una entrevista con él, y, atravesando el Éufrates, rindió homenaje a las águilas, a las enseñas romanas y a las efigies de los Césares”. (Cf., Suetonio, *Calígula*, XIV).

El vasto plan de Tiberio había quedado destruido definitivamente;⁹⁵ a pesar del pasajero éxito de Trajano en Mesopotamia, mucho más tarde, de nuevo las legiones romanas se batirían en retirada bajo Adriano. A partir de entonces, la *pax romana* no rebasaría jamás el Éufrates.

30 de junio de 1971 – 15 de septiembre de 1972.

⁹⁵ Damasco fue entregada asimismo por Calígula a Aretas III, rey de los árabes nabateos (cf. *El hombre que creó a Jesucristo*, pp. 103-107).